


MANFRED MAX-NEEF y PHILIP B. SMITH

La economía desenmascarada

Del poder y la codicia
a la compasión y el bien común

402

Icaria  Antrazyt






Icaria * Antrazyt

Manfred Max-Neef es economista especializado en el área de desarrollo internacional. Su obra *Desarrollo a escala humana*, publicada por esta misma editorial, ha sido considerada por la Universidad de Cambridge como uno de los 50 libros más importantes en materia de sostenibilidad. Tiene una larga trayectoria como profesor en universidades de los Estados Unidos, Latinoamérica y Europa y ha recibido numerosos galardones, entre ellos el Right Livelihood Award. Entre 1994 y 2002 fue vicedecano de la Universidad Austral de Chile y actualmente es director del Instituto de Economía de esta misma institución.

Philip Barlett Smith era físico experimental. Dio clases en Brasil y después en la Universidad de Groningen. La fuerte crítica a la política imperialista del gobierno de su país natal Estados Unidos fue la causa de su exilio académico. Después de su jubilación se centró en el desarme, el medio ambiente y la energía, la pobreza y la economía mundial. Editó junto a S. E. Okoye, J. de Wilde y P. Deshingkar *The World at the Crossroads: Towards a sustainable, equitable and livable world* y *Dimensions of Sustainability*. Barlett Smith falleció en 2005.



La colección **Antrazyt** pretende ser una herramienta imprescindible para universitarios, estudiosos, gestores políticos y sociales, y todos aquellos lectores interesados en profundizar en la temática que ofrece cada libro.

Antrazyt recoge trabajos sobre aspectos de la realidad social, histórica o presente, y apuntes para el desarrollo de otros posibles modelos.

MANFRED MAX-NEEF
PHILIP B. SMITH

LA ECONOMÍA DESENMASCARADA

DEL PODER Y LA CODICIA
A LA COMPASIÓN Y EL BIEN COMÚN

Icaria ♣ **Antrazyt**
ECOLOGÍA

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas

Título original: *Economics Unmasked*, editado en inglés por Green Books, 2011
This translation of *Economics Unmasked* is published by arrangement with Icaria Editorial.

Traducción del inglés: Angelo Ponziano

© Philip B. Smith & Manfred Max-Neef, 2011

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

ISBN: 978-84-9888-557-6
Depósito legal: B. 7009-2014

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

Comentario a la edición española, *Manfred Max-Neef* 5

Introducción: A favor de una nueva economía 9

Prefacio 13

- I. Del conocimiento a la comprensión 17
- II. La función de la economía en la sociedad 25
- III. Keynesianismo: su auge y decadencia 37
- IV. Honestidad y juicios de valor 63
- V. La imitación de las ciencias exactas: reduccionismo, modelos matemáticos y Pareto 77
- VI. El crecimiento económico 85
- VII. La globalización 117
- VIII. Compasión 145
- IX. El mundo en curso de colisión y la necesidad de una nueva economía 155
- X. Una economía humanizada para el siglo XXI 167
- XI. Estados Unidos: una nación en vías de subdesarrollo 185
- XII. Una enseñanza no tóxica de la economía 195
- XIII. Implementación: de la aldea a un orden global 205

COMENTARIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.

Manfred Max-Neef

El sistema económico que domina en el mundo actual no hace más que forzar a la gran mayoría de la humanidad a vivir con indignidad y pobreza. Además amenaza todas las formas de vida, incluso la vida misma. España es hoy, por desgracia, un buen ejemplo. El hecho de que se haya llegado a un punto en que son más las personas que mueren por suicidio que por accidentes del tránsito, nos lleva a plantearnos una pregunta fundamental: estos suicidios ¿son realmente suicidios, o son asesinatos de un sistema económico perverso?

¿Y por qué es perverso el sistema económico imperante? La economía, contrariamente a lo que nos cuentan, no es una ciencia. Es una disciplina cuya función es construir modelos matemáticos que pretenden interpretar y representar los procesos del mundo en que vivimos. Y es tal la adhesión a dichos modelos, que cuando las políticas económicas que se implementan basadas en ellos no funcionan, no es porque el modelo esté mal, sino porque la realidad hace trampas. Así, pues, no importa lo que ocurra, siempre se vuelve a insistir en lo mismo. Es siempre más de lo mismo lo que resuelve los problemas.

Si la economía fuese una ciencia, los economistas actuarían como científicos. Vale decir que si se constata que una teoría o modelo no funcionan, de inmediato se los descarta para buscar otras alternativas. Pues eso es exactamente lo que el economista no hace. Y como resultado tenemos un mundo manejado por políticos, asesorados por economistas que no conocen ni entienden la realidad.

La economía convencional (*mainstream*) se sustenta en teorías neoclásicas, de fines del siglo XIX, que se basan en una cosmovisión mecánica. Ello implica que lo único que persigue son metas cuantitativas representadas por el crecimiento medido a través del Producto Interno Bruto (PIB), que se ha convertido en el indicador fundamental para todos los países y se ha transformado en un fetiche que, a estas alturas, está haciendo mucho daño.

Puesto que el mundo no es mecánico, como supone la economía neoclásica, sino orgánico, como lo entiende la economía ecológica, no hay que sorprenderse de que la disciplina tal como se la enseña, crea economistas que no entienden el mundo real. Por lo tanto es imposible para ellos percibir la trascendencia de la interconexión inseparable entre economía, naturaleza y sociedad.

Los fundamentos de la economía dominante se componen de tres principios peligrosos. Primero, la obsesión del crecimiento con incrementos exponenciales del consumismo. Segundo, el supuesto de las externalidades, que desplaza de la responsabilidad de los procesos económicos, todos los efectos negativos. Tercero, la aberración macroeconómica de contabilizar la pérdida de patrimonio como incremento del ingreso. Cada uno de estos principios puede generar efectos negativos; pero los tres juntos pueden resultar devastadores tanto para la naturaleza como para la sociedad.

A la incapacidad de comprender el mundo real, hay que agregar la notable arrogancia de los economistas convencionales. En el momento de escribir estos comentarios me encuentro con un artículo¹ que analiza un libro recientemente editado por el profesor español Ignacio Palacios-Huerta. El articulista² manifiesta que es cierto que esta profesión (la economía) no previó la crisis financiera, pero aún así el editor escribe en la introducción que «los economistas saben más sobre las leyes de las interacciones humanas, y han reflexionado más profundamente sobre ellas y con mejores métodos *que cualquier otro ser humano*».³ Es bueno saber que la filosofía, el derecho, la psi-

1. *Diario La Tercera*, Chile, 15 de febrero 2014: «La guía del economista para el futuro». Hace referencia al libro *En 100 años* recientemente editado por Ignacio Palacios-Huerta en que participan una docena de economistas, incluidos algunos Nobel, contestando la pregunta de cómo será el mundo en cien años más.

2. Simon Kuper, *Financial Times*.

3. Itálicas mías.

cología, la sociología, la antropología, la medicina, y tantas otras, están de más. Para qué recurrir a ellas si basta con preguntarle a un economista.

Nuestro libro intenta explicar cómo y por qué se ha llegado a esta situación tan absurda, en que una disciplina decimonónica ha llegado a convertirse en una pseudoreligión que maneja un mundo que no entiende y cuya ignorancia se oculta detrás de dogmas que han logrado lavarle el cerebro a gran parte de la humanidad.

Esperamos que este libro ayude a la liberación de sus lectores. Frente a una religión perversa, la herejía es buena para la salud.

INTRODUCCIÓN: A FAVOR DE UNA NUEVA ECONOMÍA

Nuestra visión de un mundo justo nos condujo a elaborar este análisis crítico del pensamiento económico a comienzos del siglo XXI. En un mundo justo, todos los seres humanos se tratan entre sí con equidad, de modo que todos puedan vivir dignamente, sin temores y con los medios adecuados para satisfacer las necesidades universales de la humanidad. Por supuesto, nunca ha existido una sociedad verdaderamente justa. Pero no todas las sociedades son injustas por igual. Hay enormes diferencias en el grado de justicia de países diferentes y entre los diversos segmentos de la sociedad dentro de cada país. Esto da como resultado una imagen complicada, multidimensional. Aun así, en el núcleo, hay una relación simple entre la estructura de una sociedad y su nivel de justicia.

En pocas palabras, es la distribución del poder económico y financiero lo que determina cuán justa una sociedad es. Cuanto más concentrado esté el poder, menos justa será una sociedad. Esta relación simple es especialmente relevante en el paradigma económico sobre el que se fundamenta el neoliberalismo, que exalta el mercado desregulado. Puesto que un mercado desregulado (llamado «libre») conduce irremisiblemente a la concentración del poder económico, es decir, a la injusticia, queda claro que para construir una sociedad mejor que se aproxime más a la ideal, debemos mirar críticamente al paradigma de mercado, y preguntarnos si no puede ser sustituido por una alternativa más humanizada. Esta es la principal finalidad de este libro, que esperamos será de utilidad para aquellos que comparten nuestra visión de un mundo justo; por más que no resulte sencillo crear un mundo así. Aunque hay ahora, como siempre los

ha habido, muchos que dedican su vida a la justicia, el deseo de un mundo justo es lo menos extendido entre aquellos que más influyen sobre el destino de la humanidad, es decir, quienes detentan el poder económico y financiero.

La política y la economía no pueden estar separadas, pero en este libro nos centraremos en la relación entre la justicia y la organización económica de la sociedad. Así lo hacemos porque es la estructura económica del mundo global actual la que genera los mayores obstáculos para darle forma a una sociedad mundial más justa. El poder político está subordinado al poder económico, simplemente porque el poder económico y financiero concede el poder político a quienes ya tienen el primero, y, a la inversa, aquellos sin poder económico son despojados de los medios para ejercer el poder político. Sin duda, más allá de lo económico, los sistemas políticos injustos causan enormes sufrimientos, pero el régimen político de un país es visible y puede, en principio, ser combatido. No sucede lo mismo con el sistema económico, cuyos mecanismos son en gran medida invisibles.

En los que, en líneas generales, son definidos como países capitalistas, vemos un cierto grado de regulación de los mercados, por más que en las pasadas tres décadas haya habido una convergencia a favor de la desregulación, especialmente en los sectores monetario y financiero. Como ya hemos dicho, un mercado desregulado sin duda favorecerá una división injusta del poder; porque el mercado transfiere más riqueza y poder a aquellos que ya tienen mucho de ambas cosas, mientras que excluye a quienes no tienen la posibilidad de defenderse contra la explotación y la injusticia resultante. La colonización, el saqueo de los países más pobres (a los que se define como «la periferia» en el discurso del desarrollo) por parte de los poderes capitalistas, fue promovido inicialmente por medios políticos y militares. Pero fue fundamentalmente un acuerdo económico, según el cual los países más pobres aportaban mano de obra barata, materias primas y productos agrícolas, a la vez que servían como mercados para los productos manufacturados. Tal es también la función de lo que hoy se denomina globalización, y su sirvienta, la tan cacareada «competencia en igualdad de condiciones». Aquí prácticamente no es necesario el poderío militar, basta tan solo con un poder económico en gran medida invisible, para que continúe

este incesante y centenario proceso de expolio. Esto explica por qué la globalización es tan popular, tanto a escala nacional como internacional, entre aquellos individuos y naciones que más riqueza y poder tienen.

El sistema económico en el que vivimos no hace más que forzar a la gran mayoría de la humanidad a vivir sus vidas en la indignidad y la pobreza. También amenaza a todas las formas de vida; hasta a la vida misma. La despiadada arremetida contra la capacidad sustentadora de vida de los ecosistemas, provocada por el incesante aumento en décadas recientes de la producción y el consecuente envenenamiento y el agotamiento de las reservas, no es una característica fortuita del sistema. Es inherente al sistema; es una consecuencia directa de la visión de la vida, tanto humana como no humana, fomentada por el pensamiento económico neoliberal; que, como corolario a su *raison d'être* fundamental, el enriquecimiento de los pocos, solo es capaz de reconocer valor a los objetos materiales. La obsesión con el crecimiento de la producción, característica de este patrón de pensamiento, no es una concepción errónea que los economistas ortodoxos puedan desaprender. Es algo inherente a su visión de la vida. De ahí que otro motivo igualmente importante para escribir este libro sea el intentar promover una nueva visión de la vida misma, presentando una crítica convincente del paradigma económico dominante, para contribuir a transformar nuestra sociedad en una en la que todas las formas de vida estén protegidas contra los ataques. Solo una sociedad así podrá ser sostenible. Un sistema socioeconómico basado en el paradigma del crecimiento jamás será sostenible.

Rechazamos la afirmación superficial de que la organización de la sociedad que nosotros deseamos promover contradice los principios de la economía. Todo dependerá de qué principios económicos se consideren. La etimología de la palabra economía (oikonomia, que significa el cuidado de la casa) sugiere que esta sería la disciplina que uno esperaría que estableciera las reglas necesarias para asegurar la protección de aquello que defendemos. Pero la economía, tal como hoy está planteada esta disciplina (excluyendo a la economía ecológica), no dispone de mecanismos que proporcionen tal protección. Está centrada en aumentar la producción sin límites, y el paradigma sobre el que se sustenta postula, por muy increíble que parezca, que los ecosistemas son invulnerables a los daños que la humanidad pueda

causar. Otro postulado básico es que la naturaleza tiene la capacidad de proveer eternamente a la humanidad con una cantidad ilimitada de materias primas. Oikonomía, en cambio, sugiere que tú te encargas de que la «casa» esté bien proveída, tanto mañana como en el futuro. Pero el economista neoliberal parece totalmente resuelto a explotar la «casa» hasta el límite, y no está interesado en el futuro de la vida en la Tierra, más allá de las cifras de los próximos trimestres.

Hemos hablado de justicia y sostenibilidad. Es posible que ambos conceptos no sean, a corto plazo, sinónimos. Pero nos resulta sumamente difícil imaginar un mundo donde, durante un largo período de tiempo, la sociedad pueda funcionar sosteniblemente pero sin justicia. La poderosa resistencia que los economistas ortodoxos, y las teorías que defienden, presentan ante quienes deseamos forjar un mundo más justo y sostenible no están exentas de juicios de valor, sino que intrínsecamente se oponen tanto a la justicia como a la sostenibilidad. El paradigma de la economía moderna no es el de cuidar la casa, sino el de la explotación (crematístico, en el sentido aristotélico; ver más sobre esto en el Capítulo 4). El comportamiento humano codicioso, que a lo largo de la historia humana ha sido condenado por todas las religiones y por todas las escuelas filosóficas, es hoy considerado algo loable en el mundo de la economía ortodoxa. Pero no se puede estar a favor de la codicia y de la justicia al mismo tiempo, ni se puede defender el futuro de la vida, si hoy explotamos ilimitadamente las riquezas del planeta.

Como ya hemos dicho, hay economía y economía. La mayor parte de este libro está dedicada a mostrar que, puesto que la disciplina económica ha evolucionado a partir de diversas posibilidades, se han escogido construcciones teóricas que apuntalan la injusticia. La ordenación económica de la sociedad se ajusta a los intereses de quienes más se benefician de ella; y no es ninguna coincidencia que sean los mismos que detentan el poder, el poder de mantener intacto el ordenamiento que más les conviene. La historia no nos brinda ejemplos de poderosos que voluntariamente cedan su poder a los desvalidos. Por lo tanto, probablemente estas palabras no induzcan a los satisfechos a favorecer un cambio en el ordenamiento económico del mundo. Pero las palabras tienen su poder, y tal vez el poder de estas palabras contribuya a que la humanidad avance hacia un futuro mejor.

PREFACIO

La historia detrás de este libro

Este libro es el resultado de un largo diálogo entre un físico y un economista.

Philip Smith, que obtuvo su doctorado en física en la Universidad de Illinois, dio clases durante siete años en Brasil —un exiliado de la era McCarthy— y posteriormente, durante 25 años, en la Universidad de Groningen, Holanda. Después de su jubilación, informó a sus amigos y colegas de que había leído «tres metros lineales de libros sobre economía» y que se sentía preparado para debatir sobre esta disciplina. Su motivación fue su profundo compromiso de toda la vida con la justicia social. Como físico fue un miembro destacado de Pugwash, una organización en contra de la proliferación nuclear, cuyo ámbito de trabajo no se limitaba estrictamente a las armas nucleares. Philip estaba principalmente interesado en las opciones éticas que se le presentan a toda sociedad, la economía y el medio ambiente. Durante su travesía por esos tres metros de libros, comprendió no solo que la economía neoclásica era una pseudociencia llena de inconsistencias y fracasos, como consecuencia de intentar parecerse lo más posible a la física, sino también que el propósito esencial de la disciplina, en su versión neoclásica, era de funcionar como defensora del statu quo de la riqueza y el poder. Era una disciplina claramente ajena a cualquier posibilidad de justicia social.

A su vez, yo (Manfred Max-Neef) me recibí de economista en la Universidad de Chile, y comencé mi carrera académica a los

27 años, como profesor en Berkeley durante los primeros años de la década de 1960. Después de mi etapa californiana, trabajé para la Organización de Estados Americanos y posteriormente para la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura) y la OIT (Organización Internacional del Trabajo) de las Naciones Unidas, en zonas rurales y urbanas de extrema pobreza. Fue entonces cuando un día, en un pueblo de los Andes, estaba yo de pie en medio del barro y frente a mí, también en el barro, se hallaba un hombre delgado, hambriento y sin trabajo, con cinco hijos, una esposa y una abuela. Mientras nos mirábamos el uno al otro, me vi abrumado por la repentina constatación de que carecía de un lenguaje que tuviese algún sentido en semejante situación. Todo mi discurso como académico económico convencional era completamente inadecuado para que pudiese decir algo significativo. Estaba acostumbrado a diagnosticar y analizar, pero no estaba acostumbrado a comprender. Sabía todo sobre la pobreza y tenía todas las estadísticas, pero aun así allí estaba, mudo, mirando a la pobreza a la cara. Para mí quedó claro que debía inventar un nuevo lenguaje. Tal fue el origen de mis «principios de economía descalza», y mi renacimiento como un completo disidente de la economía ortodoxa por su incapacidad para interpretar la pobreza y, por consiguiente, la justicia social.

Fue simplemente una cuestión de sincronidad jungiana que los senderos del físico y del economista acabaran convergiendo. El encuentro se dio en agosto de 1996 en Amsterdam, durante el Congreso sobre Desafíos al Desarrollo Sostenible, organizado por la Red Internacional de Ingenieros y Científicos por la Responsabilidad Global. Philip y yo coincidimos en un taller e inmediatamente surgió una empatía recíproca. Siguieron largas y animadas charlas durante las dos tardes que pasamos caminando junto a los canales de Ámsterdam y bebiendo algunos buenos vinos chilenos. Nuestra amistad se consolidó. Intercambiamos correspondencia frecuentemente y, unos cinco años después, surgió la idea de que podríamos escribir un libro juntos, con la intención de demostrar cómo era la economía detrás de su máscara de supuesta ciencia exacta, matemática y libre de juicios de valor.

Invité a Philip para que viniese a Valdivia, cuando era Rector de la Universidad. Permaneció aquí durante tres meses de intensas, entretenidas y a menudo graciosas conversaciones sobre economía,

justicia social, trascendencia, espiritualidad, teoría del caos y física cuántica. Flotábamos alegremente en una maravillosa transdisciplinaridad que nos acercó cada vez más a comprender la frustrada relación entre la economía y el mundo real. Decidimos que Philip escribiría un borrador de la primera parte del libro, centrándose en el análisis crítico de la economía del desarrollo, y que yo posteriormente escribiría una parte adicional, con propuestas para una nueva economía, coherente con los desafíos del siglo XXI. Discutimos sus borradores por correo, y estuvimos totalmente de acuerdo con la versión final que se presenta en este libro.

Cuando tuve mi parte terminada, viajé a Groningen para visitar a Philip y mostrarle mi contribución. Una vez más, estuvimos de completo acuerdo, pero desafortunadamente él estaba bastante enfermo y unas pocas semanas después su corazón dijo basta; falleció el 15 de diciembre de 2005. En consecuencia, Philip no llegó a ver el resultado final, pero estoy seguro de que, esté donde esté, lo aprobará. Cuando me despedí de él, me dijo: «Manfred, asegúrate de que el libro se publique; quiero que sea mi testimonio final para el mundo». Estoy, por lo tanto, extremadamente feliz porque este testimonio perdurará.

El libro es obra de ambos. No obstante, Philip es el principal responsable de los Capítulos II al VIII; yo lo soy de los Capítulos I y del IX al XIII. Aunque a lo largo del texto utilizamos preferentemente la palabra «nosotros», en el Capítulo 4 el «nosotros» ha sido sustituido por el «yo» porque el contenido expresa una reflexión profundamente personal de Philip sobre la honestidad y los valores. Sin embargo, es una reflexión que comparto plenamente.

Esta aventura conjunta, intelectual y espiritual, con Philip ha sido una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Fue también fascinante constatar personalmente cuán fácil es para los expertos en ciencias naturales descubrir las muchas inconsistencias y absurdidades matemáticas de la economía, una vez que deciden familiarizarse con esta disciplina. El de Philip es un caso similar al de Frederick Soddy, laureado con el premio Nobel de Química, que a comienzos de la década de 1920 escribió un par de libros en los que demostraba que había comprendido la economía mucho mejor que la mayoría de los economistas; por tal razón fue ridiculizado y excomulgado del establishment económico, y sus libros fueron

eliminados de las listas de lecturas para los estudiantes. Hoy día las verdades de Soddy continúan siendo incuestionables, y estoy seguro de que lo mismo sucederá con las verdades de Philip Smith.

Manfred Max-Neef,
Valdivia, Chile, enero de 2011

I. DEL CONOCIMIENTO A LA COMPRENSIÓN

La vida es una inacabable secuencia de bifurcaciones: La decisión que tome implica todas aquellas decisiones que no he tomado. Nuestra vida es, inevitablemente, la permanente elección de una posibilidad dentro de una infinidad de posibilidades ontológicas. El hecho de que yo haya estado en un determinado lugar, en un preciso momento, al darse una determinada situación o aparecer una persona en particular, puede haber tenido un efecto decisivo sobre el resto de mi vida. Unos pocos minutos antes o después, unos pocos pasos más lejos en cualquier dirección, podrían haber determinado una bifurcación diferente y, por lo tanto, una vida completamente diferente. Como el gran filósofo José Ortega y Gasset señalase: «Yo soy yo y mi circunstancia».

Aquello que vale para las vidas individuales vale también para las comunidades y hasta para sociedades enteras. Nuestra civilización occidental (judeocristiana) es el resultado de sus propias bifurcaciones. Nosotros, en Occidente, somos lo que somos, pero podríamos haber sido algo que no somos. Intentemos de recordar algunas de nuestras bifurcaciones decisivas.

A principios del siglo XIII, en Italia, un joven llamado Giovanni di Bernardone, siendo aún muy joven y muy rico, decide cambiar radicalmente su vida. Como resultado de su transformación, hoy lo conocemos con un nombre diferente: San Francisco de Asís. Francisco, cuando se refiere al mundo, habla de hermano Sol y hermana Luna; de hermanos lobo, agua, fuego y árboles; y también de la gente como hermanos y hermanas. El mundo que describe y siente

es un mundo donde el amor no solo es posible, sino que además es coherente y tiene un significado universal.

Un tiempo después, también en Italia, oímos la resonante voz del brillante y astuto Maquiavelo advirtiéndonos de que: «Es mucho más seguro ser temido que ser amado». Él también describe un mundo, pero además lo crea.

El mundo en el que hoy vivimos no es el de Francisco, es el mundo de Maquiavelo. La de Francisco fue la ruta que no navegamos. La navegación que escogimos fue la de Maquiavelo, e inspirados en ella hemos construido nuestros conceptos sociales, políticos y económicos.

En 1487, otro joven de solo 23 años, Francesco Pico della Mirandola, se prepara para la defensa pública de sus 900 tesis sobre la concordancia entre diferentes religiones y filosofías. Se niega a confinarse en la estrechez de una sola doctrina. Convencido de que las verdades son múltiples, y nunca únicas y universales, añora una renovación espiritual que pueda reconciliar a la humanidad.

Algunos años después, Francis Bacon, un ferviente creyente en la verdad absoluta y en las posibilidades de la certidumbre, nos invita a torturar a la naturaleza para que, al extraerle sus secretos, logremos alcanzar la verdad.

Una vez más, dos mundos. Uno representa la ruta que hemos navegado; el otro, la ruta que no escogimos. No seguimos la senda sugerida por Pico della Mirandola. Optamos por aceptar la invitación de Bacon y, de tal modo, continuamos aplicando su receta con eficiencia y entusiasmo. Continuamos torturando a la naturaleza con la intención de sacar de ella aquello que creemos es la verdad.

En el año 1600, Giordano Bruno arde en la hoguera víctima de su panteísmo, puesto que cree que la Tierra tiene vida y alma. Todas las cosas, para él, son manifestaciones de la vida. Todo es vida.

Tres décadas más tarde, Descartes susurra: «A través de mi ventana, lo que veo son sombreros y abrigos que cubren a máquinas automáticas».

Tampoco escogimos la ruta de Giordano Bruno. Optamos por seguir la ruta de Descartes y, de esa manera, hemos sido testigos del triunfo del mecanicismo y del reduccionismo.

Para Galileo y para Newton, el lenguaje de la naturaleza son las matemáticas. Para la ciencia, nada es importante si no puede

ser medido. Nosotros y la naturaleza, el observador y lo observado, somos entidades separadas. La ciencia es la manifestación suprema de la razón, y la razón es el atributo supremo del ser humano.

Goethe, cuyas contribuciones científicas se han visto (injustamente) eclipsadas debido a sus colosales logros en el campo de la literatura y de las artes, se sentía molesto por lo que él consideraba las limitaciones de la física newtoniana. Para Goethe, «la ciencia es tanto una senda interior hacia el desarrollo espiritual como una disciplina tendiente a acumular conocimientos sobre el mundo físico. Implica no solo un riguroso entrenamiento de nuestras facultades de observación y pensamiento, sino también de otras facultades humanas que pueden permitirnos armonizar con la dimensión espiritual que subyace e interpenetra lo físico: facultades como el sentimiento, la imaginación y la intuición. La ciencia, según la concebía y practicaba Goethe, tiene como meta suprema el despertar del sentimiento de asombro mediante la *mirada contemplativa* (*Anschauung*), con la que el científico podría ver a Dios en la naturaleza y a la naturaleza en Dios».¹

Dos mundos una vez más; una nueva bifurcación. Continuamos bajo el hechizo del poderoso lustre de Galileo y Newton, y hemos elegido no navegar la ruta de la ciencia goethiana. El sentimiento, la intuición, la conciencia y la espiritualidad continúan proscritas en el reino de la ciencia, a pesar de ciertos esclarecimientos que recientemente ha aportado el campo de la física cuántica. La enseñanza de la economía convencional, que, por increíble que pueda sonar, se declara «carente de valores», es un excelente ejemplo. Una disciplina en la que las matemáticas se han convertido en un fin en sí mismo en lugar de una herramienta, y en la que solo es importante lo que puede ser medido, ha generado modelos e interpretaciones que son teóricamente atractivas, pero completamente divorciadas de la realidad.

Johannes Brahms compuso dos conciertos para piano y orquesta. Independientemente de cuál de ellos pueda resultar más agradable al oyente, el primero es fascinante. De hecho, es una espléndida exposición de la ruta que Brahms finalmente decidió no navegar. Nos hemos quedado con la eterna curiosidad de saber cómo hubiese sido el *otro* Brahms.

1. Jeremy Naydler (2000): *Goethe on Science*, Floris Books, Edimburgo, p.23.

Así son las cosas. Hay una ruta no navegada, recordada solo por las «ratas de biblioteca», y una ruta navegada a la que le atribuimos éxitos y logros espectaculares. Las universidades, en particular, han escogido las rutas de Maquiavelo, Bacon, Descartes, Galileo y Newton. En lo que concierne a San Francisco, Pico, Giordano Bruno y Goethe (el científico), han sido relegados a anecdóticos pies de página.

Como consecuencia de la ruta navegada, hemos conseguido construir un mundo en el que —como sugiere el filósofo catalán Jordi Pigem²— las virtudes cristianas como la fe, la esperanza y la caridad, se manifiestan hoy metamorfoseadas como esquizofrenia, depresión y narcisismo. La navegación, sin duda, ha sido fascinante y espectacular. Hay mucho en ella digno de admiración. No obstante, si la esquizofrenia, la depresión y el narcisismo son ahora el espejo de nuestra realidad existencial, ello se debe a que de repente nos sentimos inmersos en un mundo de confusión. Nos hallamos en un mundo de desencanto, donde el progreso se vuelve paradójico y absurdo, y la realidad se torna tan incomprensible que buscamos desesperadamente refugio en una tecnología que nos ofrece evasión a través de las *realidades virtuales*.

¿Dónde hemos llegado?

Hemos llegado a un punto de nuestra evolución humana cuya principal característica es que *sabemos* mucho, pero *comprendemos* muy poco. La navegación escogida ha estado pilotada por la razón y conduce al puerto del conocimiento. En tal sentido, ha sido una navegación arrolladoramente exitosa. Nunca, a lo largo de toda nuestra existencia como especie, habíamos acumulado tantos conocimientos como en los últimos cien años. Estamos celebrando la apoteosis de la razón, pero en medio de tan espléndida celebración sentimos repentinamente que algo nos está faltando.

Ciertamente, podemos lograr conocer acerca de casi todo aquello que queramos. Podemos, por ejemplo, guiados por nuestro amado método científico, estudiar, desde la perspectiva teológica, antropológica, sociológica, psicológica y hasta bioquímica, todo lo relativo a

2. Jordi Pigem (1993). *La Odisea de Occidente*, Editorial Kairós, Barcelona.

ese fenómeno humano llamado amor. El resultado será que *sabremos* todo lo que es posible saber sobre el amor. Pero una vez que hayamos logrado ese completo conocimiento, tarde o temprano descubriremos que nunca llegaremos a *comprender* el amor a menos que nos enamoremos. Comprobaremos que el conocimiento no es el camino que lleva a la comprensión, porque el puerto de la comprensión se halla en otra costa y requiere una navegación diferente. Tomaremos conciencia entonces de que solo podemos intentar comprender aquello que se ha convertido en parte nuestra; que la comprensión es resultado de la integración, mientras que el conocimiento ha sido resultado de la separación. En síntesis, que la comprensión es holística, mientras que el conocimiento es fragmentado.

Finalmente hemos llegado al punto en el que (a pesar de muchos académicos convencionales) aquellos que compartimos la perspectiva de Goethe, preocupados por la relación entre ciencia y espiritualidad, estamos tomando conciencia de que el conocimiento no es suficiente; que debemos aprender a alcanzar la comprensión para lograr la completitud de nuestro ser y la completitud de nuestra ciencia.

Tal vez estemos comenzando a darnos cuenta de que el conocimiento sin comprensión es algo hueco, y que la comprensión sin conocimiento es algo incompleto. Necesitamos, por lo tanto, emprender de una vez la navegación que tanto hemos pospuesto. Pero, para hacerlo, debemos afrontar el gran reto de un cambio de lenguaje.

José Ortega y Gasset, el filósofo español antes mencionado, acostumbraba decir que «cada generación tiene su tema». Deberíamos agregar que cada generación o período histórico está dominada, o cae bajo el hechizo, de algún lenguaje. Esto es así, y no tiene nada de malo, siempre y cuando el lenguaje dominante de un determinado período sea coherente con los desafíos de ese período. Es importante tener en mente que el lenguaje influye sobre nuestras percepciones y, por lo tanto, condiciona nuestros actos. Veamos algunos ejemplos.

Durante los tres primeros siglos del segundo milenio de la civilización occidental, el lenguaje dominante fue de naturaleza teológica, por lo que los actos humanos debían justificarse en términos de una vocación que era superior y estaba más allá de las necesidades de la vida cotidiana. Esto hizo posible la construcción de grandes catedra-

les y monasterios, donde el tiempo no tenía importancia. ¿Que la construcción llevaría 600 años? ¡Y qué! Nadie tenía prisa. Después de todo, estaban construyendo para la eternidad, y la eternidad no es tiempo infinito, sino atemporalidad. Agradecemos a Dios que el lenguaje de la «eficiencia económica» aún no había sido inventado. La importancia estaba en el acto, no en el tiempo que podía llevar. Era un ejemplo de coherencia entre el lenguaje y el desafío histórico.

En el siglo XIX, el lenguaje dominante fue básicamente el de la consolidación del Estado-nación. Los grandes discursos de líderes políticos como Disraeli, Gladstone y Bismarck son ejemplos relevantes. Sin entrar en demasiados detalles, podríamos decir que el lenguaje dominante del siglo era coherente con los retos históricos de la época.

Es solo en el siglo XX, especialmente durante la segunda mitad, que la lengua dominante llega a ser la de la economía. Una rápida visión panorámica nos brinda ciertas perspectivas interesantes. El final de la década de 1920 y el comienzo de la de 1930, la época de la llamada Gran Depresión, coincide con el surgimiento de la economía keynesiana. El lenguaje keynesiano es, en muchos sentidos, el producto de la crisis y se caracteriza por tener tanto la capacidad de interpretar dicha crisis como de superarla. Es, una vez más, un lenguaje (o más bien un sublenguaje) coherente con su etapa histórica.

El siguiente cambio de sublenguaje acontece durante las décadas de 1950 y 1960, con el surgimiento del llamado lenguaje desarrollista. Es este un lenguaje optimista, utópico y feliz. Los economistas que escribían en esos años estaban dominados principalmente por el sentimiento de que, finalmente, habíamos descubierto cómo promover un verdadero desarrollo y vencer a la pobreza mundial. No tiene sentido reproducir aquí sus recomendaciones, pero hay que reconocer que, aunque las metas esperadas no llegaron a concretarse plenamente, durante esas décadas muchas cosas cambiaron de manera positiva. Este lenguaje fue, al menos parcialmente, coherente con sus retos históricos.

Luego llegaron las últimas tres décadas del siglo XX, con el surgimiento del discurso neoliberal. Este es el lenguaje todavía dominante, en un período en que la pobreza mundial se ha incrementado dramáticamente y la carga de la deuda ha paralizado numerosas economías nacionales, generando una brutal sobreexplotación

tanto de las personas como de los recursos; una época en la que la destrucción de los ecosistemas y de la biodiversidad ha alcanzado niveles desconocidos en la historia de la humanidad, y en la que la acumulación de riquezas financieras en cada vez menos manos ha alcanzado proporciones obscenas. Los desastrosos efectos de este lenguaje, absolutamente incoherente con sus desafíos históricos, es suficientemente claro como para ser percibido por todo el mundo, aunque los que toman las decisiones y los que detentan el poder prefieran mirar en otra dirección y continuar aferrándose a sus pócimas pseudorreligiosas.

¿Hacia dónde vamos ahora?

En Occidente tendemos a percibirnos como miembros de una cultura triunfadora. Sin embargo, lo cierto es que por más que amplíemos mucho el concepto de éxito, continuamos siendo seres incompletos, materialmente hiperdesarrollados y espiritualmente pobres. Lo más probable es que sea esa falta de completitud, esa pobreza, la responsable de la intranquilidad y de la ansiedad que impregnan nuestra existencia en el mundo actual. Quizá haya llegado el momento de detenerse y reflexionar. Tenemos ahora la oportunidad de analizar con total honestidad el mapa que muestra por dónde hemos navegado, con todos sus peligros y sus éxitos, con todas sus tragedias y sus glorias. Luego sería un gesto de sabiduría desenterrar el mapa alternativo de la ruta que no hemos navegado, y ver si logramos hallar en él la orientación que pueda rescatarnos de esta confusión existencial.

Tal vez, como consecuencia de esa exhumación del mapa olvidado, tendría sentido comenzar a percibir a los hermanos y hermanas que nos rodean. Quizá sería bueno creer en las posibilidades de una armonía entre las muchas verdades posibles. Puede ser ventajoso para nosotros el atrevernos a imaginar y creer que la Tierra tiene un alma y que todo lo que nos rodea es vida. Tal vez sería bueno comprender que no hay ninguna razón para proscribir a la intuición, la espiritualidad y la conciencia del reino de la ciencia. O, en palabras de Goethe: «Si buscamos el confort en la totalidad, debemos aprender a descubrir la totalidad en la parte más pequeña», pues «nada está más en consonancia con la naturaleza que aquello

que ella pone en marcha en el más pequeño detalle respecto a lo que pretende como un todo».³

Nuestra apasionada búsqueda del conocimiento ha postergado nuestra navegación en pos de la comprensión. No debería haber nada que nos impidiese ahora emprender esta navegación, excepto una economía que, si se practica bajo el hechizo del discurso neoliberal, distorsiona cada vez más la realidad, acrecentando nuestra confusión y contribuyendo a falsificar el propio conocimiento.

Ningún tipo de sostenibilidad (que obviamente requiere comprensión) podrá alcanzarse sin un profundo cambio de lenguaje. Necesitamos un lenguaje nuevo, que abra la puerta a la comprensión; es decir, no un lenguaje de poder y dominación, sino uno que surja de las profundidades de nuestro autoconocimiento, como parte inseparable de un todo que es la cuna del milagro de la vida. Si logramos provocar tal cambio, podríamos experimentar la satisfacción de haber propiciado un siglo en el que merezca la pena vivir.

Esperemos disfrutar de un viaje seguro y de una navegación gratificante hacia un destino que nos convierta en seres completos, capaces de comprender la completitud de la vida.

3. Citado por Jeremy Naydler en *Goethe on Science*, op. cit., pp. 92-3.

II. LA FUNCIÓN DE LA ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD

En el capítulo anterior hemos viajado a través de las bifurcaciones de nuestra civilización occidental en general. En los siguientes capítulos viajaremos a través de las bifurcaciones que han afectado al desarrollo de la disciplina de la economía.

Nosotros, los autores, sostenemos que la economía cumple una función en la sociedad que es paralela, y complementaria, a la de la ley: concretamente, la de baluarte de una estructura de clases. La estructura de clases de la sociedad siempre ha estado sustentada y estabilizada por el sistema de leyes existente. Es esta una importante *raison d'être* de todos los códigos de leyes. El Código de Hammurabi (el más antiguo de los códigos ancestrales bien conservados, que data del 1792 a.C. y que graduaba las penalizaciones según el estatus social; por ejemplo, entre esclavos y hombres libres) fue formulado explícitamente para apuntalar la estructura de clases y, aunque en otros sistemas de leyes esta función no está expresamente mencionada, está implícita en los códigos legales. En Occidente, cuando el período feudal llegaba a su fin, surgió la necesidad, con el fin de mantener la estabilidad, de desarrollar más de un sistema basado en la fuerza de la ley. Más abajo resumimos las características de tal desarrollo.

Justificar el *statu quo*

Se pueden dividir las funciones de la ley en la protección de la integridad de la vida, por un lado, y en la protección del privilegio, especialmente la posesión de propiedades, por el otro. Las partes

de la ley relacionadas con lo primero, y con la gama de costumbres que prevalecen en las relaciones entre individuos, son casi universalmente percibidas como *naturales* y, por lo tanto, sin necesidad de justificación. En la etapa feudal de la historia occidental, quienes detentaban la autoridad consideraban igualmente naturales aquellas leyes que estaban relacionadas con la propiedad. La ley feudal regía la estructura de clases y era todo lo que se necesitaba para precisar completamente las relaciones sociales. Estas relaciones eran percibidas y aceptadas por todos, incluso los desposeídos y oprimidos, como establecidas por Dios. A medida que crecían el poder y la riqueza de la clase comerciante (y luego manufacturera), es decir la burguesía¹, provocando el fin de la época feudal, el conflicto real (pero oculto) entre los que tenían y los que no, salió a la superficie como un rasgo permanente de la sociedad. Maquiavelo fue el primero en describir esta dicotomía básica, utilizando un ejemplo de su propia ciudad, Florencia. En el párrafo IX de *El príncipe* él distingue en cada ciudad (es decir, sociedad) dos «disposiciones», el *pueblo* y el *poderoso*², y «El pueblo en todas partes está ansioso por no verse dominado u oprimido por el poderoso, mientras que el poderoso intenta dominar y oprimir al pueblo.» Unas pocas líneas después queda claro sobre qué bando recaen las simpatías de Maquiavelo, cuando escribe: «El pueblo es más honesto en sus intenciones que el poderoso, porque este busca oprimir al pueblo, mientras que la gente del pueblo solo busca no ser oprimida.» En el capítulo 3 de este libro, donde planteamos nuestras propias simpatías, dejamos claro que, en lo concerniente a esta cuestión ética, estamos con Maquiavelo.³

1. Uso burguesía en su sentido original (*les bourgeois*) para referirme a aquellos cuya riqueza les ha dado el poder de controlar la vida económica de la comunidad, y no en el sentido usado en EE UU de *petite bourgeoisie*.

2. En la traducción de George Bull (Penguin, 1961, 1975) esta división es descrita como «el pueblo y los *nobles*». En el original, Maquiavelo utiliza *grandi*, que creemos se traduce mejor por los poderosos, refiriéndose en una sociedad democrática al poder financiero, es decir, la riqueza, pues en la sociedad moderna es esta, y no la «alta cuna», la que le otorga poder a quien la posee.

3. Como un inciso, sugerimos que esta simpatía puede haber sido más responsable de la violenta condena de Maquiavelo por parte de los moralistas que sus astutas recomendaciones a los gobernantes sobre cómo gestionar sus países; recomendaciones cuyas ideas centrales continuaban siendo adoptadas hoy por todo aquel practicante de la *realpolitik* que se precie de serlo.

Este conflicto básico ha sido un determinante esencial en los acontecimientos históricos de la segunda mitad del segundo milenio. Ha estado detrás de todas las revoluciones, alzamientos y revueltas que la civilización occidental ha experimentado. En la historia filosófica y ética, los partidarios de variadas utopías han soñado con un mundo en el que este conflicto se haya resuelto. Un buen ejemplo sería la predicción de Marx, no basada en algún precedente ni en la observación, sino simplemente «sacada de la chistera», de que el Estado desaparecería una vez que la posesión de los medios de producción se resolviese adecuadamente. En la línea de Maquiavelo, el filósofo político Claude Lefort ve a esta y a otras líneas similares de pensamiento como sueños vacíos. En su opinión, si dejásemos a un lado nuestros sueños y aprendiésemos lo que la historia nos enseña, llegaríamos a la conclusión de que el conflicto entre el pueblo (el hombre común) y el poderoso nunca puede ser resuelto de forma permanente; es un *conflicto indisoluble*. Lo mejor que podemos hacer es anticipar, en nuestros acuerdos sociales y políticos, la posibilidad de que la gente se involucre en batallas justas —por ejemplo, batallas controladas por reglas establecidas— en la lucha a largo plazo. Del mismo modo que Lefort, nosotros (los autores) consideramos que la democracia es el único orden social que proporciona, o que puede proporcionar, una plataforma en la que el conflicto pueda ser resuelto de forma más o menos justa. Esta plataforma, con una rama legislativa generadora de leyes y con una magistratura independiente próxima a la rama ejecutiva, según la descripción de Montesquieu, solo puede existir en una democracia en la que el sillón del poder esté temporalmente ocupado por una u otra facción. Dicha temporalidad hace imposible (en principio) que uno de los ocupantes del sillón pueda lograr un acuerdo permanente ante el conflicto. En las formas autoritarias de sociedad, las relaciones entre clases están (pre)determinadas por la oligarquía gobernante y, por lo tanto, no pueden ser cuestionadas. En tal sistema, la magistratura también está subordinada al grupo o facción gobernante.

Al mismo tiempo que esta imagen puede resultar coherente con un pensamiento igualitario, también señala la vulnerabilidad del gobierno democrático. A los poderosos siempre les irrita la democracia; preferirían resolver el conflicto según sus propias preferencias (y en su propio beneficio, por supuesto). Este deseo ha llevado a los

hambrientos de poder, desde Julio César en adelante, a subvertir una y otra vez la democracia con el fin de librarse de esta irritante plataforma.

Con el ascenso de la burguesía llegó la necesidad de una nueva disciplina que pudiese justificar su poder financiero. La «naturalidad» de las grandes fortunas y el poder político que estas otorgaban a sus poseedores ya no era evidente, porque ya no resultaba creíble que ese orden social fuese de origen divino. La forma en que los ricos se hacían ricos y poderosos era visible para todo aquel que tuviese ojos, mientras que en la época feudal los poderosos nacían poderosos y los sin poder nacían sin poder, y había sido así desde tiempos inmemoriales. El concepto, surgido durante el Renacimiento, de que cada uno era un individuo único, comenzó lentamente a realizar su tarea niveladora, por lo que, con el transcurso del tiempo, resultó imposible afirmar que algunos nacían con derechos naturales de propiedad y otros no. Se podía confiar en que la ley, en forma de policía o de milicia, defendería las posesiones de los ricos ante la ira popular; algo que ha sucedido miles de veces en los últimos quinientos años. Al menos físicamente, los poderosos podían disponer como quisieran de la riqueza creada por el pueblo, pero como sus derechos de acceso a la riqueza carecían de la bendición divina, se precisaba de otro fundamento intelectual. Esto era así, puesto que las tendencias igualitarias que habían comenzado a manifestarse a partir del Renacimiento tornaban cada vez más incierta la posibilidad de que la ley pudiese continuar proporcionando esa protección. Quedaba clara la necesidad de otro muro de contención. Resulta especialmente urgente en una democracia, donde los poderosos deben prepararse constantemente para la siguiente vuelta del conflicto indisoluble.

Se necesitaban argumentos que demostrasen que el hambre de los pobres es *natural*, y que tratar de aliviarlo iría contra la naturaleza y perturbaría el ordenado estado de las cosas. Para proporcionar tales argumentos, además de la ley, era necesaria otra institución que mantuviese el orden social. Tal institución no solo debía formular la justificación teórica del nuevo orden, sino que además debía aportar instrumentos para proteger a los propietarios de fortunas acumuladas de la promulgación de leyes y regulaciones que amenazasen su derecho a tal posesión. Debía también contribuir a la racionalización de mecanismos (como un mercado no regulado) mediante los cuales

el desvío de la riqueza –y por ende, del poder– de sus creadores (es decir, quienes trabajan) hacia los ricos pudiese ser justificado como correcto y apropiado.

El nacimiento de la economía y su reinención

Para cubrir esta necesidad, surgió la disciplina económica. Desde sus inicios, el fundamento de esta nueva economía era que la dicotomía social no se centraba solo en cómo *eran* las cosas, sino en cómo *debían ser*. Por «nueva economía» hacemos referencia a esa escuela de pensamiento que escogió la bifurcación que permitía justificar el statu quo, pues la economía no ha sido siempre igual.

Veamos cómo era la economía, según se la concebía originariamente, comparada con lo que ha acabado siendo.

Aristóteles, en el capítulo inicial de su *Política*⁴, hace una clara distinción entre lo que él denomina *oikonomia* (el arte de la gestión del hogar) y *krematistiké* (el arte de la adquisición).

La *oikonomia* de Aristóteles incluía el estudio de y la práctica en diversas esferas vinculadas a la (re)producción de valores de uso como la agricultura, las artesanías, la caza y la recolección, la minería y hasta los conflictos bélicos. También incluía la discusión sobre el significado y sobre el valor, de la ética y de la estética, como parte integral de su «arte de vivir y de vivir bien». Implicaba, por lo tanto, un enfoque del proceso económico centrado en el valor de uso, articulado en torno a la producción para el autoconsumo y al propósito básico de mejorar el bienestar de los hogares. El comercio (la *crematística*) tenía asignado un papel secundario. Dentro de la *crematística*, Aristóteles introdujo una distinción fundamental entre dos tipos de comercio: uno subordinado a la lógica del valor de uso y por lo tanto a la *oikonomia* (satisfacer las necesidades de los hogares de aquello que internamente escaseaba, a cambio de aquello producido en exceso), y otro relacionado con «el arte de hacer dinero» –acumulación de valores de cambio mediante el comercio– que él acertadamente consideraba secundario desde

4. Aristóteles, *Política*, Gredos, Madrid.

un punto de vista lógico e histórico. Toda vez que este segundo principio se convertía en un fin en sí mismo —disociado de la amplia lógica del valor de uso de la *oikonomia*— ese tipo de crematística dejaba de ser instrumental para la *oikonomia*, y era considerado por Aristóteles como algo externo a ella, como algo «antinatural». ⁵

La economía aristotélica, centrada en *el arte de vivir y de vivir bien*, válida para todos los ciudadanos, no permitía ser invocada como justificación del mantenimiento del statu quo. Sin embargo, una lamentable bifurcación, la crematística —si se la convertía en prioritaria— podía resolver el inconveniente. Revirtiendo el pensamiento de Aristóteles, la subordinación de la lógica del valor de uso a la lógica del valor de cambio se convirtió en la base de la nueva economía, de cuyo vocabulario el concepto de crematística (ahora llamado economía) desapareció completamente.

Para justificar la adquisición de riqueza y poder, surgió la disciplina de la nueva economía (la antigua crematística). Según esta, se suponía que la pobreza estaba determinada por la *ley natural*,⁶ y mediante tal razonamiento —con una obvia laguna lógica— se asumía que cuando el poderoso acumula riqueza todo el mundo se beneficia. En su *Teoría general*, Keynes identificó la distorsión de la realidad utilizada por Ricardo para ocultar la miseria causada por los ciclos económicos. Ricardo simplemente afirmaba que los ciclos económicos eran imposibles, convirtiéndose así en el creador de la máxima económica: «Si la teoría y la realidad colisionan, ignora la realidad». Keynes lo explica de la siguiente manera:

La idea de que podemos ignorar sin más la función de la demanda agregada es fundamental en la economía ricardiana, que es la base de lo que se nos ha enseñado durante más de un siglo. Es cierto que Malthus se había opuesto vivamente a la doctrina de

5. Ivonne Cruz et al. (2009). «Towards a systemic development approach». *Ecological Economics*, 68(7), pp. 2021-30.

6. No es la intención en este capítulo la de relatar el desarrollo intelectual de la teoría económica, sino de examinar su función social primaria: la justificación del *statu quo*. Luego volveremos a su evolución posterior, cuando la *utilidad* tomó el lugar de la *ley natural*.

Ricardo... pero fue en vano, porque al no ser capaz de explicar con claridad (más allá de un llamamiento a la observación común) cómo y por qué podía ser deficitaria o excesiva la demanda efectiva, no consiguió aportar una construcción alternativa, y Ricardo conquistó Inglaterra de una forma tan absoluta como la Santa Inquisición había conquistado España...

La contundencia de la victoria de los ricardianos tiene algo de curiosidad y de misterio. Seguramente se debió a un conjunto de adecuaciones de la doctrina al medio ambiente en el que había sido proyectada. Supongo que el hecho de que llegase a conclusiones tan diferentes de las que se habría esperado de una persona normal sin instrucción, incrementó su prestigio intelectual. Que el hecho de que sus enseñanzas, trasladadas a la práctica, fuesen austeras y a menudo desagradables, les concedió virtud. Que el hecho de que estuviese adaptada para soportar una suprestructura lógica vasta y consistente, le aportó belleza. Que el hecho de que pudiese explicar muchas injusticias sociales y aparentes crueldades como un incidente inevitable en el esquema del progreso, y que el intento de cambiar estas cosas tuviese, en conjunto, más posibilidades de hacer más mal que bien, le confirió autoridad. Que el hecho de que proporcionase algún tipo de justificación a la libertad de acción del capitalista individual, le ganó el apoyo de la fuerza social dominante que había detrás de la autoridad.⁷

La obra magna de Adam Smith se titula *La riqueza de las naciones*, pero no queda muy claro sobre la riqueza *de quiénes* escribía. Smith era una persona con una conciencia social poco habitual en su época, que más de una vez criticó el trato cruel e injusto que recibía la clase trabajadora. Pese a ello, en su visión del mundo siempre dio por sentada la existencia de una dicotomía de clase como un fenómeno natural. La siguiente cita es reveladora:

Un hombre debe vivir de su trabajo, y su salario debe ser al menos suficiente para mantenerlo. En la mayoría de los casos, dicho

7. John Maynard Keynes [1936] *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE, México, 2003.

salario debería *incluso* ser algo mayor; de otro modo, le resultaría imposible formar una familia y la *raza* de tales trabajadores no pasaría de su primera generación.⁸ (Las cursivas son nuestras)

En otras palabras, por más que Smith sintiera simpatías por los trabajadores maltratados, nunca llegó a plantearse que podían ser sus iguales como seres humanos. Su uso del término *raza* podría en parte ser metafórico, pero nos parece claro que veía a los trabajadores como una categoría de seres con una función específica en el patrón de las cosas, al igual que los animales de granja. Consideraba que debían ser tratados decentemente, pero lejos estaba de pensar que podían tener un valor humano intrínseco.

La promoción del prestigio intelectual de la economía

Para redondear con éxito su papel de defensora del *statu quo*, la economía como disciplina debía ser, al igual que las ciencias naturales, intelectualmente respetable. Tal cosa es, se la mire como se la mire, una tarea formidable. En el capítulo V analizaremos cómo se logró tal prestigio, especialmente desde fines del siglo XIX, mediante el proceso de vestir a la economía con ropajes de las matemáticas. Pero ni siquiera esto logró que la economía alcanzase el status necesario para convertir a los economistas en académicos *bona fide* que manejan la verdad objetiva. Un paso gigantesco en tal dirección fue la creación por parte del Banco Nacional Sueco, en 1969, y en nombre de Alfred Nobel (que ya había muerto y no podía defenderse), de un premio anual para el/la/los «mejor/es» economista/s. Los nombres de los galardonados son anunciados en el aniversario de la muerte de Nobel, junto con los nombres de los ganadores de los verdaderos premios Nobel. Además, parece que no hay impedimento para elegir, el mismo año, a dos ganadores cuyas «verdades» económicas son totalmente contradictorias; ni tampoco parece importarle al banco si los ganadores resultan ser unos criminales.

Al respecto, vale la pena citar al historiador de las ciencias Yves Gingras, que relata el incidente en la ceremonia de entrega de los premios de 1970 del siguiente modo:

8. Adam Smith [1776] *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

Paul Samuelson (ganador en 1970) escribió sobre su «coronación del Nobel» y no sobre «la coronación del Banco de Suecia» y adornó su discurso con referencias a Einstein (cuatro veces), Bohr (dos veces) y otros ocho ganadores del (verdadero) premio Nobel de Física (junto con, por supuesto, Newton), además de algunos nombres más, como si él fuese parte de tal familia.⁹

Además, como señalase Edward Fullbrook:

Durante los pasados cincuenta años, la economía como profesión ha demostrado un talento especial para la autopromoción. Impulsada por el autoengaño, ha persuadido a los medios de comunicación que definan a su premio del Banco de Suecia como un «premio Nobel» y ha logrado evitar el ridículo cuando —como Samuelson y otros— ha equiparado sus búsquedas y logros a los de Newton y Einstein. Esta autoexaltación ha conseguido que su metodología anticientífica pase desapercibida, con el resultado de que gran parte de la comunidad intelectual haya aceptado semejante autoevaluación.¹⁰

La gran división

Aunque trabajasen concertadamente en la tarea de racionalizar como fenómeno natural la existencia de pobreza por un lado e inmensa riqueza por otro, los practicantes de la nueva profesión han tenido visiones bastante divergentes sobre cómo debía ser el «correcto» orden financiero internacional. Esta visiones dependían de cuáles eran las políticas que más favorecían a la clase dirigente local. En la primera época del capitalismo, como señala J. K. Galbraith, esa actitud deferente llevó a los economistas estadounidenses y alemanes a postular verdades absolutas diferentes a las de su contraparte británica, Adam Smith. La diferencia giraba en torno a la mejor política comercial para una nación. Mientras que los primeros

9. Yves Gingras (2007). «Beautiful Mind, Ugly Deception: the Bank of Sweden Prize in Economics». En Edward Fullbrook (ed.) *Real World Economics*, Anthem Press, Londres.

10. Edward Fullbrook (2009). «Toxic Textbooks». En Jack Reardon (ed.) *The Handbook of Pluralist Economics Education*, Routledge, Londres y Nueva York.

apoyaban la autarquía —necesaria, en una economía pequeña y poco desarrollada, para proteger a sus propias «nuevas industrias» contra la competencia extranjera— Smith defendía el libre comercio —favorable a la poderosa economía británica que necesitaba precisamente lo opuesto: mercados externos abiertos. Esta diferencia esencial, obviamente dependiente de a quienes benefician las políticas puestas en práctica, no parece preocupar a los economistas. Ni les lleva a poner en duda su pretensión de compartir el mismo estatus profesional que los científicos naturales. Además, por más indicativa de la debilidad intelectual del pensamiento económico que sea esta visión general de las profundas diferencias sobre las «verdades eternas», no creemos que ella sea el defecto más importante de esta profesión. Consideramos que la cuestión de la justicia social es el desacuerdo más importante entre los economistas «ortodoxos» y los «demás». La justicia social no juega ningún papel en el razonamiento de los primeros, mientras que para los segundos es el *sine qua non* de un sistema económico que funciona correctamente.

Precisamente, sobre esto trata este libro. Al principio de este capítulo argumentábamos que la economía había surgido, al igual que la ley, como un mecanismo para proteger la estructura de clases de la sociedad. Esto se había vuelto necesario, como puntal adicional a la riqueza y al poder, cuando la palabra de Dios ya no era suficiente para mantener a raya al pueblo. Sin embargo, siempre ha habido disidentes. Remitiéndonos al «conflicto indisoluble» que yace en la base de la sociedad, catalogamos a los economistas según de qué lado del conflicto se posicionan. Aquellos generalmente definidos como «ortodoxos» se dedican a la defensa de los «derechos» y privilegios de los poderosos, de los poseedores de riqueza acumulada, de los nobles de Maquiavelo. Resulta notable que no sean concientes de esta función. Esta falta de conciencia, o tal vez su represión, es parte esencial del tema del valor de sus premisas, que analizamos detalladamente en el capítulo IV. También aparece claramente en los argumentos utilizados por von Hayek contra la justicia social, que analizamos en el capítulo III.

Hay, no obstante, unos pocos economistas que ven las cosas de manera diferente y que básicamente escogen otro enfoque de los problemas económicos. A comienzos del siglo XIX, el muy humano Jean Charles Léonard de Sismondi propuso el mismo tipo de inter-

vención gubernamental que defendería John Maynard Keynes (en realidad, mucho más amplio, en dirección a un estado de bienestar; una dirección no seguida por Keynes), cuando fuese necesario recuperar el equilibrio entre la oferta y la demanda si el mercado se saturaba. Su meta, y quizá también la de Keynes, era proteger a las clases trabajadoras de caer en la miseria. Se distanció de las ideas de Adam Smith posicionándose firmemente contra los principios del *laissez-faire* defendidos por Ricardo. Sus inspiradoras ideas sobre cómo debía funcionar un sistema económico no influyeron (y siguen sin influir) sobre los ortodoxos, que aceptan el sufrimiento humano como un subproducto —quizá en cierto modo desafortunado— de una economía eficiente. En los círculos académicos nunca se reconoce así, pero la tesis de este libro es que, en la visión dominante del mundo, la verdadera meta de una economía eficiente es la de proteger la riqueza y el poder de los ricos.

Conviene señalar que la economía no es la única disciplina en la que algunos de sus practicantes defienden lo correcto e inevitable, que es dividir la sociedad entre los pobres sin poder y los ricos poderosos. Algunos sociólogos han jugado también un papel similar en este juego, sustituyendo la autoridad que la palabra de Dios tenía durante el feudalismo por los principios del darwinismo social (con aproximadamente la misma validez intelectual). Según su visión del mundo, la evolución, desplegándose durante miles de millones de años, es igualmente aplicable a la sociedad humana en una escala temporal proporcional a la vida humana, favoreciendo la «evolución» de los millonarios como las flores de la humanidad. George Graham Sumner, de la Universidad de Yale, fue uno de los más destacados representantes de esta escuela de pensamiento, muy bien considerado en los círculos reaccionarios.

III. KEYNESIANISMO: SU AUGE Y DECADENCIA

Como consecuencia del crac bursátil de 1929, resultó imposible para cualquiera, ya fuese economista o no, continuar insistiendo en el absurdo ricardiano de que la demanda nunca podía ser deficiente. El trauma causado por el crac no remitió durante una generación, y la solución de Keynes a la demanda insuficiente, basada en una fuerte intervención estatal y en obras públicas, fue aceptada por la mayoría de los economistas y hasta se convirtió en parte de la educación económica. A la hora de comprender la imagen histórica, debe tenerse en cuenta que en ese mismo período hubo otros dos acontecimientos históricamente especiales que trastornaron, tanto física como espiritualmente, a las sociedades occidentales. Tales acontecimientos fueron, en primera instancia, las dos guerras mundiales y, en segundo lugar, el nacimiento de la Unión Soviética. Por primera vez en la historia, los líderes políticos de las democracias occidentales debieron movilizar a toda la población, de modo que las guerras se convirtieron en guerras del pueblo. Para lograr esto en naciones democráticamente gobernadas, se vieron forzados a apoyar toda una gama de principios igualitarios, tuviesen o no la intención de que estos alguna vez se convirtiesen en realidades. Quienes vivieron durante este período difícilmente olvidarán con qué facilidad se utilizaban términos como «democracia» y «libertad».

Pero si las clases dirigentes, por más gestos cosméticos sobre la democracia y la libertad, no tenían la intención de crear una sociedad más justa, los pueblos, que habían sido arrastrados a espantosos baños de sangre, no olvidaron aquellos principios cuando las guerras

hubieron pasado. Fue este un factor muy importante dentro de los movimientos populares de la posguerra, y eso explica por qué los británicos se deshicieron del que fuera su gran líder durante la guerra, Winston Churchill, cuando tuvieron la primera ocasión. Pero, de no haber sido por la amenaza al capitalismo que representaba la Unión Soviética, los centros de poder difícilmente hubiesen aceptado hacer concesiones en el campo de la justicia social como los alcanzados mediante la seguridad social y una sustancial socialización de la atención médica, paralelamente a una mayor interferencia gubernamental en el funcionamiento del sistema económico. Ese fermento social influyó sin duda en el (también históricamente único) período de descolonización entonces iniciado. Había tantas cosas sucediendo al mismo tiempo —incluyendo, después de la Segunda Guerra Mundial, la más enloquecida carrera armamentista de la historia— que resulta difícil bosquejar una imagen válida y completa del momento. La disparidad entre los sueños socialistas de una sociedad justa y la realidad de la sociedad soviética era sin duda real e importante. Pero de mayor importancia política es el hecho de que la existencia misma de la sociedad soviética alimentó sueños de un mundo más justo; sueños que han pervivido, a veces en hibernación, en los corazones y mentes de millones de personas.

Por más complejas que hayan sido la imagen y las motivaciones, el ascenso simultáneo de la economía keynesiana y de un nivel de justicia social desconocido hasta el momento tal vez fueran inicialmente una simple coincidencia, pero no cabe duda de que se fortalecieron mutuamente. Y aunque la mayoría de los economistas estuvieron (temporalmente) de acuerdo con la implicación gubernamental en el funcionamiento de la economía, ya habían comenzado a formarse los batallones para el combate contra el Estado del bienestar y la economía keynesiana. Tanto antes como después de la Segunda Guerra Mundial, la London School of Economics (LSE) fue (y, de hecho, continúa siendo) el apeadero de los economistas liberales más reaccionarios. Simultáneamente, el menos conocido Institute of Economic Affairs (IEA) proporcionaba un lugar de trabajo muy bien financiado (por un millonario criador de pollos) donde planificar y poner en práctica las estrategias más adecuadas para tal fin.

De hecho, la tendencia a volver a maniatar a los sectores de la población generadores de riqueza y despojarlos de su poder político

comenzó en la época de entreguerras, muchos años antes de que el mundo exterior tomase conciencia de ello. Los *nobili* iban reuniendo fuerzas para la siguiente batalla del «conflicto indisoluble». En 1938 tuvo lugar en París un poco conocido encuentro, en el que participaron numerosos académicos opuestos al creciente auge del bienestar social (llamado colectivismo o estatismo por sus enemigos). Su organizador, el académico francés Louis Rougier, lo llamó el Coloquio Walter Lippmann, en honor del columnista estadounidense cuyos escritos contrarios al New Deal habían atraído la atención de este lado del Atlántico. El mismo Lippmann participó en el encuentro, además de los economistas austríacos Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises. Después de la Segunda Guerra Mundial, von Hayek se convertiría en el principal cruzado a favor de un regreso al liberalismo económico. En la última etapa de la guerra, su libro *Camino de servidumbre*,¹ contra la intromisión del Estado en la vida económica de una nación, se convirtió en un bastión de dicha escuela. Se oponía completamente a la seguridad social, especialmente a las propuestas del Informe Beveridge, y denunciaba que las políticas del Partido Laborista británico eran esencialmente idénticas a las de Adolf Hitler.² Tal posicionamiento atrajo un entusiasta apoyo –y financiación– de los círculos conservadores y de los negocios. En *Camino de servidumbre* von Hayek predecía que dichas políticas conducirían a una aplastante dictadura.

En su libro, von Hayek reconstruye la historia de Alemania de manera muy especial. No percibe grandes diferencias entre la República de Weimar y el desempeño de Hitler como Canciller alemán. Llega a afirmar que durante la República de Weimar se consolidó un Estado socialista completamente controlado, por lo que el gobierno de Hitler solo tuvo que alterar marginalmente el carácter del gobierno alemán. Su análisis se centra exclusivamente en el control de la economía alemana por parte de Hitler, sin considerar los sueños de dominación de un megalómano, ni los horrores de un Estado totalitario basado en el terror. Su enfoque se dirige enteramente a demostrar que una vez que el gobierno se involucra

1. F. A. von Hayek (1944). *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial, Madrid, 2005.

2. Él hubiese preferido dirigir sus flechas a la Unión Soviética, pero Stalin era un aliado de guerra y, por lo tanto, intocable.

en la vida económica de una nación, resulta inevitable que surja una poderosa dictadura. A la hora de escoger argumentos, surge una serie de elementos que nos lleva a pensar que su interés básico era el mantenimiento de las estructuras de poder existentes. Volveremos sobre este tema más abajo.

El nacimiento de la Mont Pelerin Society

Al acabar la guerra, y con la intención de recuperar la iniciativa generada años antes en el Coloquio Walter Lippmann, von Hayek reunió a un grupo de individuos con ideas afines para debatir las cuestiones —según él, los peligros— relacionadas con el Estado del bienestar. Puesto que el lugar escogido para los encuentros estaba situado en las laderas del Mont Pelerin, a orillas del lago Léman, en Suiza, la organización fue bautizada como Mont Pelerin Society (MPS). El primer encuentro tuvo lugar en noviembre de 1947 y la mayoría de los participantes eran economistas, aunque también asistieron otros académicos caracterizados por ser acérrimos defensores del liberalismo económico, como Karl Popper y Michael Polanyi.

La ideología de la MPS

Es importante analizar críticamente los argumentos utilizados por von Hayek para devolver su versión de la libertad al pueblo británico. Siempre fue muy cuidadoso en su elección de las palabras, de un modo que hoy sería considerado «políticamente correcto». Especialmente, nunca dejó de alabar a la tradición liberal inglesa. Para parecer más británico, hasta llegó a eliminar el «von» de su apellido. Analizaremos a continuación algunos términos clave, o lemas, de su cruzada.

Trabajadores (sindicatos)

Un buen ejemplo es el contraste entre las palabras de von Hayek relativas a los sindicatos en *Camino de servidumbre* y el hecho de que el poder sindical fuese uno de los principales objetivos a destruir para quienes integraron la MPS. En el libro describe a los sindicatos como un «gran movimiento democrático» que se desvió

cuando comenzó a defender el derecho a la negociación colectiva. Consideraba que esto era un truco colectivista para reducir a los trabajadores a la esclavitud.

El giro fatal en el moderno desarrollo sucedió cuando ese gran movimiento, que solo puede cumplir su misión original luchando contra todos los privilegios, el movimiento sindical, cayó bajo la influencia de las doctrinas contrarias a la competencia y, por lo tanto, acabó involucrado en la lucha por el privilegio... Uno de los espectáculos más tristes de nuestra época es ver a un gran movimiento democrático apoyando políticas que conducirán a la destrucción de la democracia y que, entre tanto, solo podrán beneficiar a una minoría de las masas que lo apoyan... Mientras el movimiento sindical continúe colaborando en la destrucción del único orden bajo el cual se ha asegurado al menos algún grado de independencia y libertad a *cada trabajador*, pocas esperanzas podremos tener para el futuro.³

Casi podemos oír el sollozo de von Hayek lamentando el sufrimiento del trabajador que, por primera vez en la historia, se ha visto reducido a la esclavitud de tener algo que decir sobre sus propias condiciones de trabajo. Su imagen del «grado de independencia y libertad» que todo trabajador disfruta poco tiene que ver con la realidad de la vida del obrero antes que el poder de los sindicatos le proporcionase alguna protección, pues sabía que o hacía lo que le mandaban o se moría de hambre. Que von Hayek no era capaz de percibir sus propias motivaciones queda demostrado por el hecho de que él gozaba de enormes privilegios, por más que escribiese que el deseo de privilegios era algo indigno. Al igual que Adam Smith, veía al trabajador como una clase diferente de seres. Los privilegios de los que él disfrutó eran, según su visión, inconcebibles en la vida de un trabajador.

En su discurso inaugural ante la MPS, von Hayek utilizó términos bastante diferentes. Allí el sindicato ya no era un «gran movimiento democrático», sino que se había convertido en una organización propensa a «la violencia, la coerción y la intimidación».

3. Hayek, op. cit., Capítulo 13, «Totalitarios entre nosotros».

No debemos olvidar que, en muchos sentidos, la parte más crucial, más difícil y más delicada de nuestra tarea consiste en formular un programa adecuado sobre políticas laborales y sindicales. En ningún otro aspecto, creo yo, fue el desarrollo de la opinión liberal más inconsistente o más desafortunado, llegando tal imprecisión a manifestarse entre muchos verdaderos liberales de hoy. Históricamente, el liberalismo sostuvo durante una larga etapa inicial una injustificada oposición a los sindicatos como tales, hasta colapsar totalmente a principios de este siglo y garantizarle a tales organizaciones, en muchos aspectos, diversas exenciones ante la ley y, a todos los efectos, una *legalización de la violencia, la coerción y la intimidación*. Si podemos tener alguna esperanza de retornar a una economía libre, la cuestión de cómo puede el poder de los sindicatos ser adecuadamente delimitado tanto por ley como de hecho, es uno de los temas más importantes a los que debemos prestarle nuestra atención.⁴

Como bien es sabido, durante el gobierno de Margaret Thatcher, el poder de los sindicatos fue, sin lugar a dudas, y para satisfacción de los liberales económicos, «adecuadamente delimitado», o sea, destruido. El trabajador volvió a estar como siempre había estado, impotente para defender su dignidad y su sustento. Pero aquí el mensaje importante es la duplicidad de von Hayek, digna del dios Jano.

Desempleo versus pleno empleo

El desempleo ha sido siempre un arma importante de los poderosos para mantener a raya a los trabajadores. Esta es la razón por la que, desde los comienzos de la revolución industrial, todos los programas de reformas sociales han tenido al pleno empleo como una de sus consignas fundamentales. Durante la Segunda Guerra Mundial fue una de las grandes reivindicaciones de los laboristas británicos. Para oponerse a esto, tanto von Hayek como los Tories fueron muy cuidadosos en no mencionar el factor poder, y más cuidadosos aún en no dar a entender que la mano de obra barata era su fin último,

4. R. Cockett (1994). *Thinking the Unthinkable*, HarperCollins, Glasgow, pp. 113-14.

sino que basaron su oposición pública en el supuesto peligro de inflación si el pleno empleo se convertía en una realidad. Un postulado fundamental de la teoría económica ortodoxa es que un nivel de ocupación «demasiado» alto conduce a la inflación. Aparentemente, que tal afirmación no se base en evidencias empíricas no justifica que se dude de ella, como sucede con otros tantos postulados de la teoría económica que también carecen de bases empíricas. El hecho es que en los aproximadamente 25 años posteriores a la guerra, conocidos como los «días de esperanza», tanto el desempleo como la inflación fueron muy bajos en los países capitalistas occidentales. La verdadera relación, desde una perspectiva histórica, es un tema complicado en el que no podemos adentrarnos aquí (en Omerod⁵) se puede encontrar un excelente análisis de los años de la posguerra. Lo mencionamos aquí solo para mostrar que la razón expresada (públicamente) por los liberales económicos para oponerse al pleno empleo no tiene fundamento, llevándonos a preguntarnos qué otros motivos muy diferentes hay detrás.

Creemos que uno de ellos es la importancia, según la perspectiva de los liberales económicos, de mantener al trabajador sometido a la disciplina. En *Camino de servidumbre*, von Hayek explica el problema (y sus soluciones) de esta manera:

La aplicación de las técnicas de ingeniería a toda una nación —y esto es lo que significa la planificación— «crea problemas de disciplina que son difíciles de resolver», como bien lo ha descrito un ingeniero estadounidense⁶ con una vasta experiencia en planificación gubernamental, que ha percibido el problema con claridad.

Según explica, «Para hacer un trabajo de ingeniería, en torno a la obra debería haber un área comparativamente grande de actividad económica no planificada. Tendría que haber un lugar de donde extraer trabajadores; y cuando un trabajador es despedido, debería desaparecer tanto del lugar de trabajo como

5. P. Ormerod (1994). *The Death of Economics*, Faber and Faber, Londres, pp. 115 y ss.

6. D. C. Coyle (1935). «The Twilight of National Planning». *Harper's Magazine*, octubre de 1935, p. 558.

de la nómina. En ausencia de tal reserva gratuita, la disciplina no podría mantenerse sin castigos corporales, como la mano de obra esclava».⁷

Vemos en esta cita el verdadero rostro del liberal económico. El trabajador no es un ser humano con necesidades y aspiraciones, sino un instrumento necesario «para hacer un trabajo de ingeniería» y del cual deshacerse cuando ya no es necesario. Comparemos la aprobación de esta actitud por parte de von Hayek y sus posteriores afirmaciones en ese mismo libro, que hemos reproducido un poco más atrás. De más está decir que, si existe el pleno empleo, una situación como la descrita en la anterior cita sería irrealizable; algo que explica parcialmente la oposición del liberal económico al pleno empleo.

El otro motivo, mencionado anteriormente, es que si se quebranta el poder de la comunidad de trabajadores, los salarios pueden continuar siendo bajos. Qué tan bajos queda claro en la cita reproducida en el capítulo II, extraída del libro de Adam Smith *La riqueza de las naciones*.

El imperio de la ley

En *Camino de servidumbre*, von Hayek se esfuerza en explicar por qué el imperio de la ley desaparecería en el caso de que se alcanzase un sistema económico controlado por el Estado. Uno se sorprende ante la repetida afirmación de que el aspecto positivo más importante del imperio de la ley es que asume la forma de *leyes formales* que pueden establecerse por anticipado y que «no perjudican los deseos y necesidades de la gente particular... Y que son, o deberían ser, concebidas para períodos tan largos, que resulta imposible saber si favorecerán a una persona específica más que a otras». Lo que él no menciona es que aunque el imperio de la ley no esté dirigido a *personas específicas*, sin duda está dirigido a *clases específicas de personas*, y por lo tanto tiene la finalidad tácita de preservar las diferencias de clase (y los privilegios). En este aspecto, von Hayek comparte con los demás economistas ortodoxos la convicción de que la lucha de clases no existe. Por lo tanto, aunque tenga razón al afirmar que la

7. Hayek, op. cit., Capítulo 9, «Seguridad y libertad».

ley no protege a determinadas personas preestablecidas, está claro que aquellos a quienes protege tienen en común el poseer cierto nivel de riqueza (de uno u otro tipo). No es este el lugar en el que analizar los factores éticos implícitos en la posesión. Solo intentamos destacar que los argumentos de von Hayek sobre el tema ignoran un elemento esencial, quizá intencionadamente.

Libre comercio

Los dos lemas hermanados de la cruzada de von Hayek eran «libertad» y «competencia». La marca que comparten es *libre comercio*. Resulta esclarecedor comparar la condena que hace von Hayek de la explicación de Friedrich List sobre la doctrina del libre comercio con la interpretación que de ella hace J. K. Galbraith. En *Camino de servidumbre*, von Hayek escribe lo siguiente acerca de las ideas de E. H. Carr:

Llega a apoderarse de la tesis alemana, acuñada por Friedrich List, de que el libre comercio fue una política diseñada exclusivamente para, y solo adecuada a, los intereses específicos de Inglaterra en el siglo XIX.⁸

Merece la pena preguntarse si la interpretación de List del libre comercio, ridiculizada por von Hayek, es tan obviamente errónea. Galbraith analiza la cuestión racionalmente, y juzga la postura de List de forma muy diferente.

En la Gran Bretaña de la era del triunfo industrial, nada contribuyó más que el apoyo brindado al libre comercio por todas las teorías económicas aceptadas. Adam Smith alentó esta tendencia de modo elocuente y elegante; y su aceptación fue especialmente clara. Para Gran Bretaña, el más avanzado de los países industrializados, el libre comercio representaba una ventaja obvia y, al igual que el *laissez faire*, consiguió rodearse de una potente aureola teológica. Por otra parte, en Estados Unidos y Alemania, el interés económico fue mejor satisfecho

8. Hayek, op. cit., Capítulo 13, «Totalitarios entre nosotros».

mediante los aranceles. En consecuencia, los economistas más respetados de estos países –Friedrich List en Alemania y Henry Carey en Estados Unidos– reclamaron vigorosamente la protección de sus «nacientes industrias» nacionales; de hecho, protección ante los productos del coloso británico. Tal fue el servicio brindado por la economía al capitalismo temprano; y este servicio ha continuado.⁹

Esta última frase es confirmada en el siglo XXI por la secretaria de Comercio del Nuevo Partido Laborista británico, Patricia Hewitt: «Queremos abrir los mercados protegidos de los países en desarrollo». Hewitt se licenció en economía en la universidad de Cambridge. Sin duda, la meta fundamental de la disciplina económica en la Gran Bretaña no ha cambiado con el paso de los siglos, ni ha dependido de la lealtad política de los economistas. El interrogante de si von Hayek era conciente de las motivaciones profundas de su ataque a List es algo pendiente de debate. El problema de reconocer qué es lo que motiva al yo profundo de cada uno, y el papel que tal reconocimiento juega en las ciencias sociales, son temas tratados en el capítulo IV.

Seguridad social y libertad

Tanto los Tories como von Hayek contribuyeron a espolpear la amenaza a la libertad que encerraban las propuestas de Lord William Beveridge a favor de la seguridad social. Richard Cockett, en su historia de esta época, *Thinking the Unthinkable (Pensando lo impensable)*, analiza, y cita parcialmente, un informe interno confidencial del Partido Conservador sobre las propuestas de Beveridge, preparado por un comité *ad hoc* bajo la dirección de Ralph Assheton:

[...] Assheton y sus colegas atacaron al Informe Beveridge con una franqueza que lamentablemente no trascendía en el debate público sobre la cuestión. El Comité discrepaba de Beveridge en dos puntos fundamentales. En primera instancia, sostenían

9. John Kenneth Galbraith (1993/2011). *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona.

que las propuestas de Beveridge resultaban demasiado caras, que la prioridad del país después de la guerra debía ser restablecer su menguante mercado exportador, en lugar de embarcarse en un oneroso y aparentemente abierto programa de provisión de beneficios sociales en un momento que anunciaba estrecheces financieras. «Todo el programa se basa en compartir la prosperidad y si no hay suficiente prosperidad para compartir, fracasa». En segunda instancia, el Comité criticaba duramente la «universalidad» implícita en el Informe Beveridge, la idea detrás de la expresión «seguridad social» de que *todos* deberían contribuir, a través de los impuestos, al programa de Beveridge y de que todos se beneficiarían, independientemente de quererlo. Esa falta de determinación respecto a quienes lo necesitasen genuinamente era vista no solo como extravagante, sino también como declaradamente redistributiva en sus efectos; como señaló el Comité, «El programa se convierte paulatinamente en una herramienta para distribuir el ingreso nacional». El Comité dejó muy claras sus objeciones a las implicaciones tanto económicas como éticas del Informe Beveridge:

«Al mismo tiempo debe entenderse que gran parte del dinero necesario para poner en práctica este programa no está destinado a resolver las carencias. Sir William (Beveridge) pretende un programa de seguridad social amplio y unificado para los ciudadanos de este país. La provisión por parte del Estado de una seguridad social completa solo puede lograrse a expensas de la libertad personal y sacrificando el derecho del individuo a escoger qué vida quiere vivir y a qué ocupación se dedicará».¹⁰

Dejemos esto bien claro: sin duda los planes de Beveridge eran redistributivos; ningún movimiento de reforma social merecedor de ese nombre sería otra cosa en un país con enormes diferencias entre ricos y pobres. Los planes ciertamente no eran un «programa para compartir la prosperidad», sino para asegurar que lo que hay, sea poco o mucho, se compartirá equitativamente. Estaban enfocados a lograr una mayor igualdad social, con el énfasis en eliminar la terrible incertidumbre con la que vive todo trabajador: la de si será

10. Cockett, op. cit., Capítulo 2, p. 61.

capaz mañana de sostenerse y sostener a su familia; una incertidumbre siempre latente en las mentes de la población trabajadora. Esta incertidumbre estaba en el origen de la oposición conservadora. Siempre los poderosos la han utilizado como un arma de poder; un arma que sin lugar a dudas no desean perder. Es comprensible que no justificasen su oposición de ese modo. Pero uno sigue preguntándose si no podrían haber encontrado una objeción más verosímil. Después de leerla, sesenta años después, resulta difícil entender que no intentaban ser graciosos. ¿Cómo podría la provisión de una vejez segura para todos obligar a alguien a dedicarse a una ocupación que no fuese la que él o ella escogiera?

También se podría agregar que buena parte de la población de un Estado industrial —el grupo de bajos ingresos— nunca ha tenido muchas opciones de elegir una ocupación. Los selectos miembros del Partido Conservador, antes mencionados, no tenían la menor idea (ni tampoco interés en conocer) la atrofiante monotonía de las tareas desarrolladas, ya fuese voluntaria o involuntariamente, por un gran número de ciudadanos con la sola intención de seguir vivos.

Nos resulta bastante difícil analizar de manera sobria las afirmaciones de pensadores como von Hayek y Popper. Cuando alguien es capaz de ver una gran similitud entre los programas del Partido Laborista británico y de los nacionalsocialistas de Adolf Hitler, mi primera reacción es pensar que debían estar bromeando o que estaban locos. Pero eran terriblemente serios y, aparentemente, incapaces de percibir sus profundos prejuicios de clase. Es difícil no llegar a la conclusión de que simplemente no querían la justicia social. Popper declaró explícitamente que si alguien tenía que elegir entre libertad e igualdad, debía escoger la libertad. No vemos indicios, sesenta años después, de que la libertad de alguien se haya visto restringida por la creciente igualdad que la seguridad social trajo aparejada, a excepción que la libertad se interprete como libertad de amasar fortunas ilimitadas (que tampoco esto se ha restringido severamente). Lo que percibimos, más que una incompatibilidad ética, es una concordancia esencial entre libertad e igualdad, pues nadie en una comunidad puede ser realmente libre si predomina una enorme desigualdad.

Competencia

Von Hayek, como todo liberal económico de derechas, coloca a la competencia como eje de su sistema de valores, y a su destrucción en un Estado (teóricamente) socialista, entre todas las cosas terribles de semejante Estado, si no la peor de todas. Aunque también reconocía que si a una economía de libre mercado se le permitían todas sus estratagemas, acabaría destruyendo a la competencia. Por ello veía clara la necesidad de una firme intervención del Estado para impedir que esto sucediera, y de ahí su negación de que el sistema económico ideal fuese una economía del *laissez-faire*. Las medidas que garanticen que la competencia pueda cumplir su cometido son una necesidad absoluta y forman parte central del pensamiento liberal económico; si también forman parte de sus prácticas es algo bastante dudoso. Para citar un ejemplo, ¿por qué ha ocurrido que, a partir del último cuarto del siglo XX, cuando la ideología neoliberal comenzó a ser aplicada como pocas veces anteriormente en la historia, la concentración del poder económico (a pesar de las tímidas leyes que intentaban evitarla) ha ido eliminando progresiva y eficazmente a la competencia? No es difícil encontrar la respuesta: la tan cacareada separación de la economía y la política en una sociedad liberal es una mera ilusión. Las leyes (en este caso, las leyes diseñadas para garantizar la libre competencia) no son hechas en el Olimpo, sino en medio de la vida cotidiana, donde el poder económico no es en absoluto independiente del poder político, sino su sinónimo. Aquellos cuyas tendencias destructoras de la competencia estarían supuestamente controladas, están estrechamente conectados, políticamente, con quienes hacen y administran las leyes que, teóricamente, deberían neutralizar tales tendencias y evitar así la destrucción de la competencia. Por lo tanto, ¿debería sorprendernos que las leyes necesarias no hayan sido redactadas o, si lo han sido, sean interpretadas para beneficio exclusivo del poder económico?

En las últimas tres décadas no es tanto que las leyes estrictas, consideradas esenciales por von Hayek, hayan sido derogadas o no redactadas, sino que los poderes judiciales y/o ejecutivos han invalidado su aplicación en la práctica. En tal sentido, dice mucho que noventa años después de la mayor victoria de la Ley Anti-Trust de Sherman (no consideraremos aquí las legítimas dudas acerca de si esta ley logró aquello para lo que fue diseñada): la fragmentación

forzada de la Standard Oil, nuevamente las grandes empresas petroleras se han ido fusionando silenciosamente, mientras el sistema judicial, aparentemente según instrucciones del poder ejecutivo,¹¹ no ha dicho ni hecho nada al respecto. Pero el judicial no fue el único sector que permaneció callado. Hay razones para preguntarse si el apoyo por parte de los economistas a las leyes que garantizan la competencia es solo retórica hueca. En todo caso, no hubo ningún clamor en contra —ni siquiera un susurro— por parte de los economistas ortodoxos cuando este hito cayó, y fue así como se reconstituyó la mayor empresa transnacional del mundo.

El tema de la competencia está en la raíz del pensamiento económico liberal, en el origen de la filosofía del liberalismo. La competencia, cuando se libera de su contrapeso, la cooperación, es básicamente un modo violento de conducta. Si se la deja sola, la competencia desembocará en un conflicto destructivo a gran escala. «De ahí que, aquellos que ven una virtud en la competencia deben reconocer que no es otra cosa que un conflicto *contenido*, que solo puede ser permanente dentro de un contexto ético, social y gubernamental que asegure que los conflictos permanezcan confinados dentro de los límites prescritos».¹²

Podemos ir un poco más allá y señalar que los mayores entusiastas de la competencia, incluida una competencia bien regulada, son los poderosos que siempre ganarán en la «libre» competencia. En la introducción a este libro definíamos un mundo justo como aquel en el que *todos puedan vivir con dignidad, sin temor y con los medios adecuados para satisfacer las necesidades universales de la humanidad*. La ética de la competencia, propuesta por el liberalismo económico, que glorifica el comportamiento predatorio, es diametralmente opuesta a nuestra visión de la justicia. La civilización se basa en trabajar juntos, en la cooperación para alcanzar metas comunes, solo compitiendo para ver quién puede contribuir más a tal fin. Comunidad es la palabra clave de la civilización. La filosofía del

11. El secretario de prensa de Clinton, Joe Lockhart, respondió a la pregunta de los periodistas, en relación a la reunión con los pesos pesados del imperio Standard Oil, explicando que el Presidente «cree que las fusiones que nos hacen más competitivos globalmente tienen un papel positivo que jugar». Nótese que, en principio, el poder judicial es independiente, aun en Estados Unidos.

12. A. Etzioni (1988). *The Moral Dimension*, The Free Press, Nueva York, p. 182.

liberalismo económico, explícitamente manifestada por Margaret Thatcher haciéndose eco de Jeremy Bentham, de que «La comunidad no existe», nos retrotrae a las sociedades precivilizadas.

Sobre esto debemos ser claros. Está de más decir que la competencia es una faceta normal del comportamiento humano y, cuando está equilibrada por la cooperación, resulta un estímulo necesario para el mejoramiento de la humanidad y su destino. El problema surge cuando la competencia alcanza una dimensión ideológica; en ese punto se convierte en destructora de los valores humanos.

Von Hayek, al presentar la imagen de una sociedad más civilizada y más orientada hacia lo social, evita afrontar el hecho de que su imagen del mundo es puramente instrumental, totalmente carente de todo sentimiento humano. Su mundo ideal es un mundo cruel. Podría decirse que «la ley de la jungla» rige en esa sociedad; aunque sería una mala analogía, pues en la jungla ningún animal coge más de lo que necesita. Donde sí vale como analogía es cuando en el mundo de von Hayek el «otro» no es un ser que vive y siente, sino un instrumento para acrecentar la ventaja propia.

Un grupo de expertos, el Grupo de Lisboa, realizó un análisis profundo de lo que es la competencia cuando alcanza el nivel de ideología. En su informe final, titulado *Los límites de la competitividad*, describen lo que el mundo ideal de von Hayek, un mundo regido exclusivamente por el comportamiento competitivo, significa verdaderamente para las personas que habitan este planeta.

A pesar de su popularidad, la competitividad está muy lejos de representar una solución eficaz para los problemas y las perspectivas que se plantean dentro del nuevo «mundo global». La competencia utilizada en exceso trae aparejados efectos indeseables. Una de las consecuencias más destacadas de la ideología de la competencia es que engendra un desequilibrio en la forma en que funciona la economía misma, por no hablar de las repercusiones sociales devastadoras que trae consigo.

En primer lugar, cada vez es más evidente que, para muchos estadounidenses, la competencia económica internacional del pasado decenio¹³ ha conllevado la supresión de puestos

13. Es decir, 1981-1990.

de trabajo y la disminución de la calidad de vida. Los europeos, por su parte, han comenzado a comprobar cómo la búsqueda de la competitividad a escala internacional se logra a un precio inaceptable a nivel humano.¹⁴ La competencia económica productiva deriva de los avances tecnológicos y de la racionalización industrial. No es aumentando el número de desempleados como se enriquece un país, ni tampoco se gana nada empobreciendo a quienes conservan su puesto de trabajo, reduciéndoles los salarios y recortando los beneficios sociales; es esta una manera socialmente inaceptable de elevar la productividad.

La primera consecuencia derivada de la ideología de la competitividad es que «los estadounidenses, los europeos y los japoneses compiten sacrificando los intereses de las personas más vulnerables de sus sociedades».¹⁵ Un partidario de esta ideología expresó recientemente una idea similar, pero de otro modo. Dudaba de la competitividad de las empresas británicas en relación a las de Corea del Sur, Indonesia o China, si el sistema de protección social en Europa continuaba siendo tan generoso y los salarios continuaban siendo de treinta a cincuenta veces superiores a los de los países asiáticos. Como hemos visto en el capítulo anterior, los dirigentes políticos y económicos proponen como solución la reducción de los gastos en seguridad social y la disminución de los salarios reales. Pero ¿cómo es posible comparar la competitividad de países donde se ganan mil dólares anuales por 2.200 horas de trabajo con la de otros países donde se ganan 30.000 dólares por 1.600 horas de trabajo? Pretender que la competitividad de estos últimos vaya a aumentar significativamente si se reducen los costes de mano de obra es pura demagogia.

En segundo lugar, de ello resulta que si todos entran en competencia con todos, el valor de la competitividad acaba desapareciendo. El antiguo secretario general de la OCDE, Émile Van Lennep, fue uno de los primeros en señalarlo:

14. William Pfaff (1993). «When Global Competition Means Regression at Home». *International Herald Tribune*, 18 de febrero de 1993, p. 4.

15. *Ibid.*

«¿En relación a quién debería la OCDE en su conjunto ser más competitiva? ¿En relación a los países en desarrollo? ¿En relación a la luna?»¹⁶

Y Samuel Brittan afirma «No podemos ser todos competitivos con todos los demás».¹⁷ Si se actúa de esta manera, el sistema se hundirá tarde o temprano. Para sobrevivir, el sistema necesita de muchos y diversos actores. La lógica de la competitividad pretende reducir el grado de diversidad del sistema eliminando a quienes son incapaces de resistirse a las fuerzas dominantes. En este sentido, contribuye al incremento de la exclusión social: las personas, empresas, ciudades y naciones no competitivas son dejadas de lado. Dejan de ser el sujeto de la historia.

La tercera consecuencia de la ideología de la competitividad es que pone anteojeras a todo el mundo. Solo deja «ver» una sola dimensión de la historia humana y social: el espíritu de competición. Sin duda, el espíritu de competición, al igual que la combatividad, es un poderoso motor de acción, de motivación y de innovación. Sin embargo, no actúa independientemente de otras dimensiones, como son el espíritu de colaboración y de solidaridad. La cooperación también es un fenómeno fundamental de la historia de la humanidad que la sociedad ha generado y determinado. La competición y la colaboración, así como la combatividad y la solidaridad, constituyen dimensiones esenciales de la condición humana. Pero la ideología de la competitividad ignora o devalúa la cooperación, o la integra a su propia lógica, como es el caso de la gran mayoría de alianzas estratégicas que concertan las empresas.

En cuarto lugar, esta ideología conduce a un reduccionismo y un fundamentalismo sectarios. Es una ideología que solo ve de un ojo, y de un ojo que ve mal, razón por la que no puede medir las cosas con proporción. La competitividad reduce todo el proceso de la condición humana a las percepciones, las motivaciones y el comportamiento del *Homo economicus* como *Homo competitor*. Todas las percepciones, motivaciones y comporta-

16. Citado por Samuel Brittan, «The Myth of European «Competitiveness»», *Financial Times*, 1 de julio de 1993.

17. *Ibíd.*

mientos o carecen de valor —a menos que estén subordinados y legitimados por la competitividad— o son irrelevantes para la economía. La fórmula mágica de la ideología de la competitividad regida por la economía es «vayamos a por el negocio». Esta fórmula da por sentado que cuando alguien va a por el negocio lo hace, por fuerza, de la forma correcta y necesaria.

La ideología de la competitividad no reconoce que el mercado no es el único factor que determina el desarrollo económico y el bienestar social. Aunque el libre mercado ha predominado desde finales de los años ochenta, no hay ninguna certidumbre de que el sistema de mercado pueda hacer frente a las extraordinarias tensiones que derivan de la aceleración, por ejemplo, del crecimiento demográfico y de la degradación ambiental. La mayoría de los esfuerzos de la economía de mercado se centran en las necesidades de los ricos. Las necesidades de los millones de personas que aspiran a formar parte de este mercado ni siquiera se perciben.

La cuestión no es oponer las fuerzas del mercado a otras fuerzas de la economía y discutir sobre cuáles son más importantes. Ambas son importantes, y lo esencial es que entre ellas haya relaciones equilibradas. Cuanto más la ideología de la competitividad deja de percibir la totalidad y no ve lo que hace inadecuadamente, más se empecina en declarar que lo que ella ve es la realidad esencial. Los fundamentalistas de la competitividad son agresivos en su teoría, ciegos en su enfoque y sectarios en sus valoraciones y juicios. En última instancia, se vuelven arrogantes.¹⁸

Desregulación y privatización

Como ya hemos señalado, von Hayek era un categórico defensor de hacer cumplir las leyes que garantizaran una competencia justa. Sin duda son necesarias estrictas normas de control, pues la competencia no puede desarrollarse a menos que todos los factores relacionados con el funcionamiento de los negocios sean conocidos por todos. Desafortunadamente para la estabilidad del sistema actual, desde la

18. Grupo de Lisboa (1995/1996). *Los límites de la competitividad*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

década de 1970 comenzó a arraigarse un nuevo espíritu en el mundo de los negocios. Este nuevo espíritu es llamado desregulación, y sus víctimas principales son las regulaciones que imponían un mínimo de decencia a las prácticas contables de las grandes empresas. No hay motivo para dudar de que los economistas ortodoxos, *en principio*, estén a favor de dichas regulaciones, pero la historia reciente nos brinda buenas razones para dudar de que tengan la voluntad de complicarse la vida y luchar por ellas, especialmente cuando sus benefactores están presionando para deshacerse de ellas. Después de todo, fue Alan Greenspan, antiguo director de la Reserva Federal de EE UU y un liberal económico de pura sangre quien, utilizando su poder político como jefe de la Fed, fue una figura instrumental en la flexibilización de las regulaciones sobre las prácticas contables, abriendo así las compuertas para desastres como el de Enron y de otras grandes empresas.

Pero dejarlo en eso significaría ignorar el significado más profundo de la regulación gubernamental de las prácticas empresariales y mencionar solo las consecuencias más visibles de la desregulación. Los seres humanos, animales físicamente frágiles, se han convertido en los amos de este planeta aprendiendo a trabajar juntos para el bien común. En este proceso hemos evolucionado hasta ser lo que somos, un animal social. A veces, las comunidades estaban (y están) organizadas de maneras bastante desagradables, pero lo que es esencial es que sin la cooperación, sea forzada o voluntaria, de prácticamente todos los miembros de cada comunidad, hoy no estaríamos todos aquí. A lo largo de la historia de la sociedad occidental, la función gubernamental evolucionó hacia una madurez en la que el bienestar general de la comunidad se convirtió en su responsabilidad. La consecuencia obvia es que todo comportamiento perjudicial para el bien común debe ser controlado e impedido y, particularmente los miembros más débiles de la sociedad, que no pueden valerse bien por sí mismos, deben ser protegidos.

Y ahí está el problema. Valiéndose de la consigna del libre mercado, los economistas neoliberales fomentan la creencia de que la regulación gubernamental es una desventaja para todos porque inhibe la competencia. Tal argumento es lógicamente insostenible, puesto que la doctrina fundamental del liberalismo económico reclama que el gobierno defienda activamente la competencia mediante regulaciones

que prevengan su destrucción por el funcionamiento natural de los mercados. Por lo tanto, con un criterio lógico, se tendría que escoger entre aceptar la destrucción de la competencia por un mercado no regulado o la defensa de la competencia mediante la regulación del mercado. Al pasar por alto esta distinción, con toda una verborrea acerca de «cómo el libre mercado significa competencia y por lo tanto que los precios sean más bajos», el no demasiado lógico pensamiento neoliberal se afirma en una manera de vender la política gubernamental que conduce directamente a desastres (que solo afectan a la gente corriente) como el anteriormente mencionado caso Enron. Pero esto no es del todo suficiente para el neoliberal acérrimo, mejor sería deshacerse completamente del gobierno.

Por lo tanto, la privatización es el paso siguiente para despojar al gobierno de su responsabilidad por el bienestar de la comunidad. La idea básica es que el gobierno es, en principio, ineficiente, y que estando en manos privadas el mismo afán de beneficios traerá automáticamente la eficiencia. Utilizamos aquí el término «eficiencia» en su sentido básico, instrumental. Aplicado a la práctica, esto significa que los ferrocarriles eficientes dejarán de tener estaciones en poblaciones apartadas, y que el servicio de correos no llegará a los distritos periféricos. Utilizada de este modo, la palabra «eficiencia» se convierte en una burla del concepto de «comunidad». Podríamos mirar con ojos inocentes cómo funciona el mundo y decir que corresponde a nuestras sociedades decidir qué es lo que quieren. ¿Queremos la exclusión de los débiles, de los que son diferentes, o queremos la inclusión de todos nosotros en la comunidad? *Vox populi* debe decidir. Pero esto sería ingenuo. Desafortunadamente, en esta etapa de la historia semejante decisión ha sido acaparada por los poderosos. *Vox populi* es actualmente un término en desuso, como lo era en la época de Maquiavelo.

La cuestión no es si todo debe ser decidido por el gobierno o si todo debería dejarse en manos de la clase dirigente. Yo (Phillip) soy un optimista redomado que cree que hay una posición intermedia, que puede describirse como el régimen en el que aquellos sectores que se encargan de proporcionar los servicios *que todos necesitamos* son responsabilidad del gobierno, mientras que todos los demás sectores son dejados a la iniciativa privada. Seguramente esta posición no es intrínsecamente irracional.

Desentrañando el keynesianismo

Aunque la intensa campaña desarrollada por von Hayek y sus espíritus afines tuvo enorme importancia en el proceso, no debemos ignorar el papel del tiempo mismo. En la época de la Segunda Guerra Mundial y en los períodos inmediatamente previos y posteriores, miles de personas idealistas y con mentalidad comunitaria entraron a los servicios gubernamentales de los países capitalistas. Esta avalancha de ideas humanistas fue esencial para los avances sociales descritos al principio de este capítulo. Pero el tiempo lo cambia todo. A medida que transcurrían las décadas de 1960 y 1970, la muerte y el retiro cobraban su precio, y las filas de aquellos vigorosos defensores de un mundo más humano se fueron diezmando lentamente, hasta quedar finalmente reducidas a un nivel poco efectivo.

Mientras tanto, en Inglaterra, el Instituto de Asuntos Económicos (IEA) —el segundo hogar de von Hayek— y, posteriormente, el «Grupo Selsdon» de economistas liberales en la periferia del Partido Conservador, producían publicaciones masivamente. Dichas publicaciones pretendían convencer a los políticos y al público de que la desregulación y la privatización permitirían que la economía retomase su debido curso, es decir, el crecimiento indefinido con una escarmentada y disciplinada mano de obra barata. Las publicaciones deben haber jugado un papel en la reeducación de los que no eran miembros de la parroquia, pero es imposible establecer su magnitud.

En la década de 1970 la situación empeoró, con la simultánea aparición en los países industrializados de un estancamiento del crecimiento económico y una mayor inflación, es decir, la *estanflación*. Esto había afectado a las naciones pobres desde tiempos inmemoriales; sin embargo, los economistas reaccionaron como si fuese un fenómeno nuevo y hasta le dieron un nombre cuando llegó a sus puertas. La crisis petrolera que aconteció casi simultáneamente con la estanflación contribuyó a oscurecer aun más el panorama; aquí es difícil distinguir entre causa y efecto.

Pero esto permitió acentuar el argumento de que la gestión keynesiana de la demanda ya no funcionaba. Que otras causas (además del fracaso de las políticas keynesianas) pudiesen estar influyendo, fue algo que ni von Hayek, el Partido Conservador, el Grupo Selsdon ni el IEA tuvieron en consideración. Pero cualesquiera que fuesen las causas, resultaba perverso postular que los mercados libres, ninguna

intervención gubernamental y unos sindicatos impotentes –fórmula esta que se había puesto en práctica durante un siglo y medio y que, con matemática precisión, había provocado colapsos recurrentes y devastación social– eran el remedio adecuado.

El tema es que había mucho más en juego que una simple teoría política. El concepto del Estado del bienestar estaba inextricablemente vinculado con el modelo de pensamiento keynesiano (en cierto modo, más vinculado al pensamiento keynesiano que al propio Keynes); y ese concepto era el verdadero enemigo. Las ideas de la nueva economía de la oferta, ejemplificadas por las teorías de von Hayek y la MPS, eran las armas de la clase dirigente dentro del más amplio contexto del «conflicto indisoluble».

No obstante, a pesar de los treinta años transcurridos desde la guerra, el persistente sueño de un mundo más justo seguía siendo un obstáculo para la victoria total de von Hayek. Independientemente de si el socialismo de la Unión Soviética y sus satélites habían sido una aproximación aceptable a una sociedad justa, el sueño socialista de un mundo en el que todos y cada uno contasen y pudiesen vivir dignamente es algo que no morirá. Los autodenominados «libertarianos», que mediante la utilización de este término usurparon el concepto de libertad para describir su liberalismo económico, presentan una imagen de *capitalismo social* en el que la propiedad universal, mediante la adquisición de acciones, empoderaría a toda la población. Citamos aquí un ejemplo, extraído de un reciente y bien documentado estudio sobre «el milagro del mercado».

Todo movimiento histórico para controlar a Wall Street, todo argumento a favor de regular o de algún modo controlar a las empresas estadounidenses ha tomado como punto de partida los imperativos de la democracia. Las prácticas financieras, han señalado una y otra vez los reformadores, están en flagrante violación de nuestros valores compartidos de justicia, igualdad y representación universal. En la década de los noventa, no obstante, la narrativa populista de Wall Street parecía demostrar precisamente lo opuesto: la *participación* popular en el mercado de valores equivalía a una *aprobación* popular, tanto de los procesos de cambio como de las mismas multinacionales cuyas acciones eran comercializadas. Cuando los líderes de opinión

comentaban que el mercado bursátil se había «democratizado», querían decir que el mercado funcionaba entonces como una democracia; que el mercado representaba a la gente, que actuaba en nombre de la ciudadanía, que hablaba en *Vox Populi*. Los mercados no eran simplemente órganos de intercambio, sino una elección infinita que había, según la frase de Thomas Friedman, «convertido al mundo entero en un sistema parlamentario», un lugar donde la gente «vota cada hora, cada día a través de sus fondos de inversión, sus fondos de pensiones, sus agentes de bolsa y, cada vez más, desde sus sótanos vía Internet». ¹⁹ La Bolsa de Nueva York, en una época el centro neurálgico de la élite del poder, se había convertido en una asamblea municipal a escala nacional, sus alzas y bajas diarias eran una expresión tanto de la voluntad de la gente como del bienestar económico. El mercado alcista de los años noventa no era otra cosa que un Mercado del Pueblo, una combinación de cabina de votación y máquina de la prosperidad para el hombre común.

Puesto que la teoría sobre la eficiencia de los mercados sostiene que los mercados bursátiles procesan los datos económicos rápida e impecablemente, los comentaristas estadounidenses llegaron a creer que dichos mercados realizan prácticamente la misma tarea que la voluntad general, ajustándose y modificándose permanentemente de acuerdo con la vasta y, por otra parte, enigmática mentalidad popular. Por lo tanto, la participación pública en el mercado bursátil evidenciaba el objetivo ideológico más ardientemente deseado: el consentimiento popular a las actuaciones de las empresas estadounidenses. Fue así como se dio el milagro del Dow Jones, que proporcionó a los evangelistas de la Nueva Economía uno de sus argumentos económicos más poderosos. Secundando a la caída del comunismo como «prueba» de la corrección histórica de la vía empresarial, el siempre ascendente Dow Jones fue lo que permitió que el fanfarrón, seguro de sí mismo, fuese admitido por el consenso de la Nueva Economía, lo que llevó a Bill Clinton y a sus aliados a declarar que solo ellos podían señalar la senda hacia la virtud

19. Thomas Friedman (1993/1999), *Tradición versus innovación*, Ed. Atlántida, Buenos Aires.

democrática, lo que puso el sello de la aprobación pública a las políticas de privatización, la desregulación, la satanización de los sindicatos y la degradación del Estado del bienestar. En todo el mundo, los partidarios del nuevo orden empresarial destacaban el desempeño de los mercados bursátiles estadounidenses, de la misma manera en que los políticos destacan el «mandato» que aplastantes victorias electorales les han otorgado.²⁰

Un somero análisis de lo que esa supuesta condición de accionista implica para el trabajador demuestra que se trata de una completa necesidad.

[...] dejemos claro cuáles son las verdaderas contribuciones del mercado bursátil a la democracia económica en los Estados Unidos. Por más amplia que haya llegado a ser la posesión de acciones en los últimos años, la gran mayoría de esas acciones continúa en manos de los ricos. Es este simple pero indiscutible hecho de la vida americana, más que cualquier otra cosa, lo que ha permitido el masivo desplazamiento de la distribución de la riqueza en las últimas dos décadas. Las acciones son la maquinaria económica que ha permitido que los ricos se enriquezcan mucho más que el resto de nosotros, primero gracias al mercado alcista de los años ochenta y después gracias al mercado alcista de los años noventa. No hay controversia ni ocultamiento al respecto: aun un economista tan favorable a la Nueva Economía como es Lester Thurow reconoce que las cada vez mayores desigualdades dentro de EE UU pueden ser atribuidas directamente al creciente mercado de valores. Un 86 por ciento del incremento de las ganancias bursátiles durante los últimos cuatro años de mercado alcista, señala Thurow, fue a parar a los bolsillos del diez por ciento de la población. La mayoría de la ciudadanía, al no tener acciones, no disfrutó en absoluto de ese gran reparto de dinero.²¹ El floreciente mercado de valores de los años noventa no democratizó la riqueza, sino que la concentró.

20. Thomas Frank (2000). *One Market Under God*, Random House, Nueva York, pp. 93-94.

21. Lester Thurow (1999/2000). *Construir riqueza*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires.

Tampoco los precios de las acciones reflejaban la creciente prosperidad de los estadounidenses de clase media. Al contrario, durante los años noventa, los precios de las acciones repuntaban cada vez que se anunciaba un descenso de los salarios. Lo opuesto también era verdad: cualquier informe de un aumento de los salarios, aunque fuese marginal, era suficiente en la época del Mercado del Pueblo para que el Dow Jones padeciese terribles sacudones y desmayos. Y mientras millones de trabajadores de cuello blanco y de cuello azul veían incrementar sus planes de pensión, gracias a las hazañas del Dow Jones, tal cosa poco contribuía al buen desempeño de los salarios. Después de todo, difícilmente se puede esperar que los trabajadores posean acciones si no pueden permitírselo. Y aun cuando todo hubiese ido bien —el mercado continuase desenvolviéndose tan milagrosamente y todos tuviésemos acciones al alza— las ganancias resultantes solo nos hubiesen asegurado unos pocos años de retiro tranquilo en un futuro distante, pero no un alivio en el aquí y ahora.

En cuanto a la noción de representatividad mediante la posesión de acciones, es importante recordar que «un dólar, un voto» es la definición de plutocracia, no de democracia. Por más que sea cierto que aun el más modesto de los accionistas puede participar en las reuniones anuales de la empresa y paladear los rábanos y las cervezas sin alcohol que allí se ofrecen gratis, su voto es, en la mayoría de los casos, tristemente insignificante en comparación con el poder ejercido por los inversores institucionales. En el caso de fondos de inversión y planes de pensiones, los instrumentos más frecuentemente citados por sus efectos democratizadores, los individuos tienen menos voz aun. Otros votan por ellos; y en el caso de ciertos fondos de pensiones de sindicatos, según la ley es el gestor de tales fondos quien puede votar.

Independientemente de lo que pensemos acerca de las acciones o de cómo nos arrodillemos durante nuestras plegarias a Wall Street, los nueve años (hasta 2005) del más reciente mercado alcista solo sirvieron para empeorar lo que ya era una espectacular distribución retrógrada de la riqueza nacional. Cualquier afirmación de que la participación masiva en el mercado haya

contribuido a fomentar la democracia económica en los Estados Unidos es, *prima facie*, totalmente falsa.²²

La historia de las décadas de 1970 y 1980 es, sobre todo, el relato de una fantástica victoria de los ricos y poderosos en su lucha por recuperar el control, después de haber tenido que compartirlo con el pueblo durante dos generaciones. Las nuevas políticas funcionaron, en cierto modo. Los mendigos volvieron a las calles de Londres y el número de millonarios aumentó espectacularmente. La destrucción del keynesianismo y su débil promesa de un mundo mejor para la gente de a pie fue completa.

22. Frank, op. cit., pp. 96-7.

IV. HONESTIDAD Y JUICIOS DE VALOR

En el capítulo anterior hemos visto a un economista sumamente inteligente e ilustrado, Friedrich von Hayek, manifestando las siguientes convicciones:

- La negociación colectiva conduce al trabajador hacia la esclavitud.
- El pleno empleo y una inflación baja son incompatibles.
- El libre comercio es benéfico para las naciones y para los individuos.
- Una subsistencia segura para todos es incompatible con la libertad.
- Se pueden redactar y hacer cumplir leyes que garanticen una competencia efectiva.
- El libre mercado garantiza la separación entre el poder político y el poder económico.

Ninguna de estas convicciones está respaldada por evidencias empíricas. De ahí que resulte tentador suponer que von Hayek tenía otra motivación, inexpressada, y que optase por utilizar las engañosas afirmaciones arriba citadas en lugar de decir claramente qué era lo que defendía. Con este *casus horribilis* como telón de fondo, en este capítulo, yo (Philip) defenderé la proposición —expuesta por primera vez por Gunnar Myrdal— de que el valor de las ciencias sociales depende en gran medida de la honestidad con la que los científicos dejan claro cuáles son *sus propios* juicios de valor; esto es, que no caigan en el autoengaño ni en la tergiversación.

Todo aquel que está involucrado activa o pasivamente en la sociedad realiza valoraciones respecto a la gente, los grupos, los acontecimientos y las situaciones sobre y en la escena social. Puesto que el científico social estudia la sociedad, una verdadera objetividad —que implicaría estudiar el mundo desde un punto de observación exterior a la vida humana— no es posible; ni siquiera imaginable. El autoexamen de estas valoraciones sería entonces el requisito mínimo que debería exigírsele al científico social. Desafortunadamente, el no tener en cuenta las propias preferencias y valoraciones en las investigaciones de las ciencias sociales es más la norma que la excepción. Y resulta deshonesto, puesto que tales valoraciones introducen sesgos que subrepticamente penetran y distorsionan la estructura y la ejecución de la investigación, pasando a formar parte de las conclusiones alcanzadas. Esta es la razón por la que un trabajo honesto en ciencias sociales exige que uno exponga sus propias valoraciones, para que los demás tomen conciencia de los sesgos y puedan eludirlos. El hecho de que esto pocas veces se haga acaba reduciendo o invalidando el potencial de las ciencias sociales como herramientas para resolver los problemas sociales.

El daño ocasionado a la sociedad al ocultar los juicios de valor en los análisis de las ciencias sociales es especialmente serio en el ámbito de la economía, puesto que frecuentemente los economistas están en una posición que tiene gran influencia sobre los procesos políticos. Y aunque los principales economistas declaran, aparentemente con convicción, que la función de la economía es describir, y con suerte comprender, los procesos económicos, pero de ningún modo intentar influir sobre las decisiones políticas, en la práctica los economistas comunes y corrientes no hacen sino eso. Si, como hemos dicho, las valoraciones ocultas están detrás de tales influencias, la sociedad civil no está en condiciones de defenderse, especialmente porque los economistas han conseguido el estatus de expertos a pesar de su patente incapacidad para predecir los acontecimientos económicos. Desearía que quede claro que no es esta una cuestión académica o exenta de carga ética. Tiene que ver principalmente con la honestidad profesional, y por lo tanto es fundamental para lo que aquí tratamos. En próximos capítulos volveremos a analizar algunos casos importantes donde la falta de honestidad ha llevado a los economistas a conclusiones indignantes.

Una contribución importante a la honestidad en las ciencias sociales, incluido como un apéndice en el clásico estudio de Gunnar Myrdal sobre el «problema» negro en EE UU¹ se titulaba «Métodos para mitigar los sesgos en las ciencias sociales». Ya en 1930, la preocupación de Myrdal en torno al principio básico de la economía, donde las valoraciones ocultas influían enormemente sobre el diseño de la teoría, le había llevado a publicar un libro sobre el trasfondo político de la teoría económica.² En esa obra, escrita poco después de que obtuviese su doctorado, demostraba cómo las valoraciones políticas penetraban las raíces intelectuales sobre las que se sustentaban las diversas escuelas de pensamiento económico. De este modo, dismantelaba la credibilidad de tales suposiciones, por una parte, demostrando que eran inconsistentes o carentes de sentido y, por otra, evidenciando que prácticamente no tenían ninguna relación con el comportamiento de los seres humanos. Resulta razonable deducir que sus reflexiones sobre el tema lo confrontaron de lleno con la deshonestidad que se oculta detrás de teorías económicas sumamente respetadas, pero, como joven académico que era, evitó señalarlo de forma clara. Sin embargo, sus ácidos comentarios acerca de la falta de lógica y hasta la falta de sentido de muchas de las suposiciones aceptadas por diversas teorías económicas implicaron que se ganase la permanente antipatía de muchos de sus pares mayores. Fue en su *An American Dilemma* (Un dilema estadounidense) donde por primera vez trató directamente la cuestión de la honestidad. Muchos años después, en 1969, publicó otro libro centrado plenamente en la cuestión de la objetividad en las investigaciones sociales,³ demostrando que ese tema continuaba siendo una preocupación a lo largo de toda su vida.

1. Gunnar Myrdal (1944). *An American Dilemma, The Negro Problem and Modern Democracy*, 1962, Harper & Row, Nueva York. Los números de página a los que nos referimos en las siguientes referencias corresponden a la segunda edición (1962, un volumen).

2. Gunnar Myrdal (1954). *The Political Element in the Development of Economic Theory*, Harvard University Press. Este libro fue publicado originalmente en sueco, en 1930. Tuvo que pasar casi medio siglo para que se publicase una traducción al inglés aceptable (según el mismo Myrdal) realizada por Paul Streeten.

3. Gunnar Myrdal (1969). *Objetividad en la investigación social*, FCE, México, 1970. Sin embargo, el mencionado apéndice a *An American Dilemma*, «Methods of Mitigating Biases in the Social Sciences», ilustra tan bien las opiniones de Myrdal sobre el tema que he citado ese apéndice preferentemente antes que el libro.

No es mi intención profundizar detalladamente en los fracasos de las diversas escuelas de pensamiento económico para presentar una base verosímil para la comprensión de la conducta económica; existe una más que considerable bibliografía que demuestra que las suposiciones sobre las que se fundamenta la teoría económica no resisten un análisis exhaustivo. Ocasionalmente haré referencia a libros relevantes, pero no repetiré todos sus argumentos. Para nuestro propósito, los aspectos importantes son los modos en que los juicios de valor ocultos están detrás de tales fracasos.

Pero antes de analizar cómo las valoraciones ocultas provocan estragos, volvamos a la cuestión de los juicios de valor en sí mismos. Haré esto basándome en las propias palabras de Myrdal. Aunque admiro enormemente su contribución a favor de unas ciencias sociales honestas, hay un punto en el que no puedo coincidir y es sobre la forma que propone para escoger las premisas iniciales en cada investigación específica. Este punto de divergencia queda claro en lo que sigue.

Premisas de valor

Las citas siguientes resumen el núcleo de los razonamientos de Myrdal.

... los sesgos en las ciencias sociales no pueden ser eliminados simplemente «ateniéndose a los hechos» ni mediante refinados métodos de tratamiento estadístico de los datos. Los hechos y el procesamiento de datos a veces demuestran ser aun más permeables a tendencias sesgadas que el «pensamiento puro». El caos de los datos utilizados para una investigación no se organiza a sí mismo como conocimiento sistemático mediante la simple observación. Son necesarias hipótesis. Debemos plantear interrogantes antes de pretender obtener respuestas de los hechos, y tales interrogantes han de ser «significativos».

... Cuando, en un intento de basarse en los hechos, los enunciados de una teoría son reducidos al mínimo, hay un mayor riesgo de sesgos que cuando esos enunciados son expuestos y debatidos de forma más explícita; ni tampoco podrán los científicos evitar posibles sesgos si no optan por extraer conclusiones

prácticas. *La ciencia no está mejor protegida de los sesgos apelando al negativo recurso de rechazar la adaptación de sus resultados para su utilización práctica y política.* Como puntualizaremos, más bien existen razones para afirmar que lo opuesto es lo cierto.⁴ Toda la bibliografía sobre el tema está impregnada de juicios de valor, más allá de las declaraciones preliminares en sentido contrario. Hasta donde sabe quien esto escribe, no existe ningún ejemplo de investigación sobre el problema negro que no contenga valoraciones, explícitas o implícitas. Aun cuando un autor que escriba sobre, pongamos el caso, la educación, la política, los negocios o la mano de obra negra, intente darnos la información que él ha reunido y el análisis que ha hecho, difícilmente podrá eludir los juicios de valor respecto a tales temas.

Habitualmente, estos juicios prácticos son relativamente simples. No son presentados como deducciones de juicios de valor explícitos además de los datos, sino más bien, a la vieja usanza, como algo evidente en la naturaleza de las cosas: *verdaderamente como parte de los datos objetivos.* No son adecuadamente diferenciados del conocimiento teórico de la verdad, sino que con frecuencia se los introduce aderezando la terminología con valoraciones vagas y poco definidas. A veces se le dice al lector lo que es correcto o incorrecto, deseable o indeseable, solo por deducción.⁵

Los sesgos en la investigación están mucho más arraigados que en la formulación de conclusiones abiertamente prácticas. No son valoraciones *adjuntas* a la investigación, sino que más bien *impregnan* la investigación. Son el desafortunado resultado de las valoraciones ocultas que se insinúan en todos los niveles de la investigación, desde su planificación hasta su presentación. Al mantenerse ocultas, las valoraciones tenderán a impedir que la observación y la deducción se vuelvan plenamente objetivas. Esto solo podrá evitarse haciendo explícitas las valoraciones. *Para evitar los sesgos en las ciencias sociales, no existe otro recurso que afrontar las valoraciones y presentarlas como juicios*

4. Myrdal, *An American Dilemma*, op. cit., Apéndice 2, p. 1041.

5. Ibid., p. 1043.

*de valor explícitamente declarados, específicos y suficientemente concretados.*⁶

Actualmente hay solo dos medios por los cuales los científicos sociales evitan las conclusiones prácticas y políticas: a) descuidando señalar los juicios de valor que, no obstante, están implícitos en la conclusión alcanzada; b) evitando cualquier análisis racional y profundo de los problemas prácticos en términos de ingeniería social (que también distraerían visiblemente la atención respecto a los profesados principios de atenerse solo a los hechos). Mediante la primera restricción, se dejan las puertas abiertas a los sesgos ocultos. La segunda inhibición impide que el científico social brinde a la vida práctica y política los servicios de los que es capaz.⁷

Hasta aquí, coincido plenamente con los argumentos de Myrdal. Parecen decir que no podemos hacer nada respecto a nuestros sesgos, pero que al señalarlos explícitamente brindamos a los demás una herramienta para interpretar nuestro trabajo a la luz de sus propias experiencias. Desafortunadamente, el siguiente paso en su argumentación contradice esta impresión, y es a partir de aquí que disiento con él. Al describir su aproximación a *Un dilema estadounidense*, Myrdal declara:

La tarea principal en esta investigación sobre el problema negro ha sido determinar hechos relevantes y establecer las relaciones causales entre los hechos. Los puntos de vista y, consecuentemente, el principio de selección relativo tanto a la dirección como a la intensidad del análisis, sin embargo, ha estado determinado por ciertos juicios de valor. En la esfera práctica, nuestra tarea principal ha sido establecer cómo las situaciones y tendencias, las instituciones y las políticas, deben ser juzgadas cuando se aplica un determinado conjunto de juicios de valor.

Queda por determinar la cuestión de la selección de juicios de valor. Los valores no surgen automáticamente del intento de establecer y reunir los hechos. Así como tampoco podemos

6. *Ibíd.*, p. 1043.

7. *Ibíd.*, p. 1044.

permitir al investigador individual que escoja arbitrariamente sus juicios de valor. *Los juicios de valor deberían ser seleccionados según criterios de relevancia y significación para la cultura bajo estudio.* Lo más adecuado sería determinar conjuntos alternativos de juicios de valor. Si por razones de viabilidad solo se utilizase un conjunto de juicios de valor, es importante que la cautela siempre se tenga presente: *que las conclusiones prácticas y, en cierta medida, la dirección de la investigación, tienen solo una validez hipotética y que la selección de otro conjunto de valores podría alterar a ambas.*⁸

Creo que resulta imposible hacer lo que Myrdal dice, o sea, *seleccionar* juicios de valor del modo que él prescribe; y en el caso de intentarse tal cosa, creo que los resultados serían perniciosamente deshonestos, porque quien hace la investigación estaría tratando de ser alguien que él o ella no es. Naturalmente, los juicios de valor aplicados a un trabajo de investigación deben ser relevantes y significativos; parece innecesario estipular tal cosa. Pero según mi opinión uno no puede *escoger* sus propios juicios de valor. Ya sea a través de la crianza, la escuela, las lecturas o cualquier otra vía, todos tenemos valoraciones relativamente inalterables respecto al mundo que nos rodea y, lo queramos o no, las transferimos a nuestro trabajo en ciencias sociales. En realidad, *escoger* conjuntos alternativos es esencialmente imposible a menos que uno sea un camaleón intelectual. No puedo, indudablemente, elegir examinar la realidad económica a través de las gafas de Friedrich von Hayek (y, dicho sea de paso, tampoco Myrdal lo haría) por más que quisiese hacerlo, del mismo modo que posiblemente no podría describir la Segunda Guerra Mundial a través de la mirada de un oficial de las Waffen-SS. En el caso de intentarlo, mi trabajo sería aún más deshonesto que si tratase de ocultar mis propios, intrínsecos, juicios de valor. Más adelante en este capítulo el lector encontrará tales juicios.

Creo que Myrdal pasó toda su vida buscando la quimera de una verdadera ciencia económica que cumpliera con las «reglas» de las ciencias naturales. Vemos el legado de la Ilustración en su frecuente uso de términos como *científico* y *objetivo*. Según mi opinión, Myrdal hubiese sido aun más productivo si hubiese abandonado estos

8. *Ibíd.*, p. 1045.

términos y aceptado que *cualquier* ciencia social merecedora de tal nombre debe tener un elemento normativo fuerte. En otras palabras, en su mundo, «científico» significaba «como la física», mientras que para mí la palabra «científico» significa honesto (en el sentido de ser crítico consigo mismo y con las conclusiones propias). De ahí que pueda coincidir plenamente con la mayor parte de sus criterios sobre los juicios de valor, pero no con sus conclusiones.

Este capítulo se centra en los juicios de valor en la economía, ámbito en que la presuntuosidad ha llegado a tal punto que la mayoría de los economistas es capaz de negar que la economía *es* una ciencia social, y menos aun una ciencia moral, como la consideraban Adam Smith, John Maynard Keynes y Gunnar Myrdal, por nombrar unos pocos. Y más importante todavía, y sobre esto es sobre lo que se centra este capítulo, al suponer que esta ciencia social puede desarrollarse objetivamente sin ningún tipo de valores, el o la economista se dota de una «puerta trasera» a través de la cual puede introducir sus propias valoraciones en los resultados, de manera aparentemente inocente. En *El elemento político*, Myrdal cataloga los artilugios utilizados en diversos períodos del desarrollo de la teoría económica, comenzando por el más inocente, la *ley natural* (sustituyendo silenciosamente el *debería* por el *es*), continuando con *utilidad* y posteriormente con *utilidad marginal* para disfrazar el hecho de que hay necesidades humanas, muchas de las cuales están fuera de la esfera de los procesos económicos.

Observando a la economía desde fuera, resulta increíble ver cuánto se ha escrito sobre la mensurabilidad de la utilidad y de la utilidad marginal; conceptos que en la mayoría de los casos no son en absoluto calculables.⁹ El acto de colorear toda la teoría económica, así como los comentarios de Myrdal al respecto, son una herencia de la Ilustración, que, en un acto de divinización, relegó a la más profunda oscuridad todos aquellos valores que hacen que la vida humana merezca ser vivida.

El objetivo de este capítulo es desvelar, exponer, las motivaciones que se esconden detrás de este tipo de razonamiento. Considero que hay dos motivos involucrados.

9. Imaginemos a físicos enfrascados en largos debates sobre si la velocidad de la luz es mensurable, sin que hayan levantado un dedo para medirla.

El primero es el deseo de «presentarse» como una ciencia pura (física y química) y de tal modo adquirir «respetabilidad», puesto que el mundo en general piensa que la física y la química son las ciencias «superiores». Paralelo a este motivo hay un obsesivo temor de decir algo que la gente puede llegar a considerar irracional. Tanto este deseo como este temor influyen sobre todo el trabajo científico, y son una parte esencial de nuestra herencia de la Ilustración.

El segundo motivo es el deseo de exponer ciertas ideas «inmencionables» sin aclarar lo que son. Antes de considerar este tema, bastante denso, es necesario volver al debate sobre los juicios de valor.

Sin lugar a duda, todos tenemos juicios de valor muy diferentes y, por lo tanto, para un determinado trabajo de investigación se deberían establecer aquellos que son relevantes para el caso en cuestión. Nos equivocariáramos si dijésemos que manifestar los propios juicios de valor es (siempre) una tarea sencilla. Esto nos exige un análisis crítico profundo, porque la mayoría de nosotros somos poco concientes de todo el bagaje de creencias con las que contamos. Este bagaje es habitualmente llamado «paradigmas» cuando nos referimos al *conjunto de creencias* que (prácticamente hablando) todos los miembros de una determinada (sub)cultura tienen en común. Un paradigma no es experimentado existencialmente como algo que *tú crees que es cierto*, sino simplemente como algo que *es verdad*. Los paradigmas nunca se rinden, como lo demuestra el extraordinario caso de Max Planck.¹⁰ Él no hubiera dicho que *creía*, o que *era de*

10. Aun Max Planck, uno de los más grandes «científicos exigentes» de la historia, fue presa del temor a ser considerado irracional. En 1900 demostró que la cantidad de energía electromagnética (luz) irradiada por un cuerpo podía solo ser explicada en base a la suposición de que la luz no es un movimiento continuo de ondas, sino que se manifiesta en manojos separados (quanta) de energía. Pero tuvo miedo de parecer irracional o místico, y durante muchos años negó que había descubierto una nueva y totalmente asombrosa verdad. Todavía trece años después, ocho años después de que Albert Einstein hubiese demostrado que la hipótesis cuántica de Planck era esencial para explicar el efecto fotoeléctrico, Planck habló de la aceptación de Einstein de su hipótesis del quantum, en su presentación introductoria de Einstein a la Academia de Ciencias de Berlín, como una desafortunada aberración de un científico por lo demás brillante. La convicción de que la actividad científica está (o debería estar) completamente divorciada de la emoción está tan arraigada que son solo unos pocos los que admitirían que el temor y el coraje son elementos constituyentes de la labor científica.

la *opinión* de que la luz era continua, porque en su mundo, la luz era simplemente continua.

Pero también tenemos, individualmente, nuestro propio conjunto de valores; en algunos de los cuales, al menos, nos resulta difícil admitir que no son verdades, sino solo nuestras opiniones personales. Los científicos sociales responsables se conocen *a sí mismos* y no solo el tema a debatir en economía, sociología, psicología o cualquier otra disciplina, y dan a conocer ese yo a su audiencia. De este modo, el lector o el oyente cuenta con una vara de medir que le permite juzgar y situar la obra del científico. Creo que todas las disciplinas de las ciencias sociales deberían estimular que los estudiantes se conozcan a sí mismos, para que las ciencias sociales o éticas vuelvan a ser responsables. Una forma de hacerlo sería pidiendo a los estudiantes, a intervalos durante todos sus estudios, que describan sus propios valores.

Mis juicios de valor (los de Philip) al escribir este libro

Para que no se me acuse de predicar la pureza a los demás mientras yo cometo pecado, paso a resumir cuáles son, con mi mejor voluntad introspectiva, mis propios juicios de valor relevantes para la cuestión de cómo debería ser el mundo.

Creo que toda vida humana tiene el mismo valor intrínseco que la mía. Como consecuencia de sentir que tengo derecho a opinar sobre cómo conduzco mi vida, para mí la democracia es la única manera aceptable de organizar la sociedad. No me opongo al acto de competir si esto significa competencia para promover el bien común. En lo concerniente a los derechos básicos, sostengo que todos deben tener el derecho a vivir con dignidad; esto implica que rechazo la distinción de clase y el racismo.¹¹

Más específicamente respecto a la conducta de la gente, considero que para alcanzar una comunidad humana aceptable, la sociedad debe cambiar sus valores de *insensibilidad, agresividad y competitividad* por los de *consideración, compasión y voluntad de compartir*, es decir, distanciarse de los valores «masculinos» y adoptar valores «femeninos».

11. El término «racismo» es usado aquí en su sentido habitual. De hecho, solo hay una raza humana.

Los juicios de valor de la economía ortodoxa

Puesto que el principal propósito de este libro es describir, desde mi punto de vista, la humanamente negativa visión del mundo de los economistas ortodoxos, no puedo dejar de hacer una comparación entre mis juicios de valor y los suyos. Sin duda, no hay dos personas iguales, y la totalidad de los juicios de valor de alguien es algo muy complejo. Pero hay un determinado juicio de valor que me parece que es común a todos economistas ortodoxos y que el fallecido príncipe Claus de los Países Bajos señaló de manera muy sucinta.

Creo que si observamos la evolución de la teoría económica a lo largo de los pasados doscientos años podríamos concluir, con tolerable exageración, que básicamente se ha centrado en la cuestión de cómo aquellos ya suficientemente ricos, especialmente a través de su control del capital y de la tierra, podrían incrementar aún más su riqueza. Los economistas han prestado menor atención a las cuestiones de distribución. Sin duda, creo que la economía convencional representa en muchos aspectos un consenso ortodoxo que puede definirse como profundamente conservador. Semejante ortodoxia siempre nos dice que necesitamos más de aquello que ha generado problemas, para que así podamos superarlos. Rara vez nos dice que necesitamos algo nuevo, algo diferente.¹²

Trataré de demostrar aquí que las teorías y las recomendaciones políticas de los economistas liberales confirman esta interpretación. Esto no prueba que tal cosa sea su finalidad. No se le pueden atribuir intenciones a otros, sino solo concluir, en base a las acciones observables, que estas son, o no, coherentes con una meta determinada. La finalidad declarada de la economía liberal es la «asignación eficiente». No es difícil concluir que esto conduce irrevocablemente al aumento de las riquezas de los poderosos, mediante el mecanismo conocido como «libre mercado».

Con frecuencia he utilizado la palabra «liberal», especialmente al exponer las ideas de von Hayek. La utilizo en el sentido europeo, no

12. Del discurso de apertura de la 20ª Conferencia Mundial de la Sociedad para el Desarrollo Internacional, 6 de mayo de 1991.

en el estadounidense. En el sentido político, su mención en nuestro libro deberá interpretarse como referida a una persona cuya meta es garantizar al individuo toda la libertad consistente en relación a los derechos de los demás. En el sentido económico, sin embargo, definimos como «liberal» a quien cree que la actividad económica debe ser siempre competitiva (específicamente, no cooperativa o colectiva). Según él, el Estado no debería hacer nada, excepto asegurarse de que se cumplan las condiciones que favorezcan la competencia. Esto no significa un verdadero sistema económico del *laissez-faire*, o sea, ninguna interferencia del Estado en los asuntos económicos de sus ciudadanos. Puede haber un considerable desacuerdo en lo relacionado con hasta dónde debe intervenir el Estado para garantizar que la competencia tenga lugar (y que sea «justa», signifique esto lo que signifique).

Los puntos de vista del «liberal político» y los del «liberal económico» son incompatibles (y esta incompatibilidad, según nuestra opinión, ha perjudicado sistemáticamente la coherencia del Partido Laborista británico). El «liberal económico» se desentiende del respeto por los derechos de los demás, característica propia del «liberal político», a menos que esos «demás» pertenezcan a la burguesía. Un «buen» sistema económico, al favorecer un «campo de juego parejo», cierra los ojos a la gigantesca diferencia en el poder de negociación entre el rico y el pobre, entre el patrón y el trabajador; por lo tanto, solo concede libertad a quienes detentan el poder económico, privando así de sus derechos políticos a aquellos que no poseen dicho poder. Esto también es importante en la cuestión de clase. El liberalismo político sostiene que la sociedad no debería estar dividida en clases. Los derechos son universales e inalienables. Pero el liberalismo económico se fundamenta, calladamente, en la distinción de clase. La acumulación de riqueza depende de la existencia de una clase trabajadora cuyos salarios puedan mantenerse bajos. Esto explica la oposición de los liberales económicos a los derechos de los trabajadores (negociación colectiva, seguro de desempleo, protección del derecho a organizarse, etc.). Debería quedar claro que tal oposición no se expresa frecuentemente con tantas palabras, sino, veladamente, con otros términos, que sugieren simpatía por los derechos de los trabajadores. Algunos ejemplos serían: «la negociación colectiva priva al trabajador individual de su derecho a ser ascendido y ganar más

por trabajar duro», o «el seguro de desempleo priva al trabajador del incentivo para buscar trabajo».

Nótese que el liberal económico negaría vehementemente que él o ella defiendan el *laissez-faire*, pero insistirán, por ejemplo, en que la tendencia natural de los mercados al oligopolio y finalmente al monopolio debe ser evitada mediante el papel regulador de los gobiernos. Sin embargo, nos resultaría enormemente difícil encontrar alguna oposición entre los liberales económicos a la «contracción» de los mercados provocada por la racha de fusiones y absorciones de empresas que está destruyendo sistemáticamente los últimos vestigios de competencia justa en las modernas economías occidentales. Estas acciones son generalmente aprobadas por los economistas ortodoxos como una forma de incrementar la competitividad de una economía nacional. Tal actitud de aprobación adoptada por los principales economistas liberales, a favor de un cada vez menor número de participantes en los mercados, nos lleva a dudar de su sinceridad cuando dicen rechazar el *laissez-faire*.

V. LA IMITACIÓN DE LAS CIENCIAS EXACTAS: REDUCCIONISMO, MODELOS MATEMÁTICOS Y PARETO

Como ya hemos señalado, no es nuestra intención dedicar palabras a las deficiencias de las teorías económicas. Esto ya lo ha hecho muy adecuadamente un buen número de teóricos. La intención de este libro es argumentar que las inconsistencias y fracasos de la economía han ocurrido, y siguen ocurriendo, porque el propósito fundamental de la disciplina es cumplir la función de defender el *statu quo* de la riqueza y el poder. En lo que a esto concierne, imita a las ciencias exactas matando dos pájaros de un tiro. En primer lugar, si los políticos creen que las afirmaciones de los economistas son científicas, tales afirmaciones tienen más posibilidades de ser parte fundamental de las políticas que se diseñen, en vez de ser tan solo el «parloteo» de científicos sociales o predicadores de la moral. Pero más que eso, generalmente ha sido aceptado (y en gran medida continúa siendo) que las ciencias exactas están exentas de valores éticos, considerándose que las afirmaciones de quienes las practican están por encima de las rencillas de la vida cotidiana, arrojadas con la vestimenta de la verdad absoluta. Dos de los constructos adoptados con tal finalidad por el pensamiento económico son el reduccionismo y los modelos matemáticos.

Reduccionismo

Comencemos con un análisis de la técnica o la práctica del *reduccionismo*. Esto significa abstraerse del mundo como totalidad para centrarnos en una pequeña parte, procediendo a estudiar esta parte

separadamente, y explícitamente suponiendo que no hay interacciones con el resto del mundo que podrían viciar la validez de los resultados alcanzados.

La física debe la reputación de sus éxitos al uso de este enfoque. Se puede estudiar el núcleo atómico y llegar a conclusiones válidas, aunque se ignore el mundo exterior al núcleo y, quizás más importante todavía, que al detallarse los resultados experimentales en cuestión, se consideren solo unas pocas de las innumerables propiedades del núcleo. En tal sentido, el reduccionismo es específica e idealmente adecuado para el estudio de (tipos de) objetos con limitada interacción con otros (tipos de) objetos; pero quedarían excluidos los estudios relativos a seres vivos, posiblemente irracionales. Con frecuencia se equipara al reduccionismo con *el método científico*; una forma bastante ligera de definir el modo de trabajar que, según la creencia popular, utilizan todos los científicos. En el mejor de los casos, esto sería una caricatura; sin embargo, el espectacular éxito de las ciencias exactas a la hora de describir fenómenos simples y bien aislados dentro de la naturaleza no viviente, ha hecho de ellas (y de sus practicantes) la envidia de todos y el ejemplo a seguir en el estudio de cualquier cosa.

Utilidad

Es posible que en parte haya sido esta envidia la que llevó a Jeremy Bentham a aplicar el reduccionismo al comportamiento humano. Bentham postulaba que nuestra conducta total está explicada por una fuerza movilizadora: la maximización de la utilidad. Se podría conjeturar que tal idea fue inspirada por la mecánica simple no relativista de Newton. El movimiento de los cuerpos celestes está, aproximadamente, determinado por completo por una sola cosa: la ley de la gravedad (y, por supuesto, por el impulso angular; esto no es una fuerza, sino una propiedad del espacio euclidiano). Pero aplicar el mismo nivel de simplicidad al comportamiento humano requiere un acto reduccionista de proporciones gigantescas. La gravedad puede, después de todo, ser medida con precisión, y cualquier físico sabe lo que significa. Por el contrario, resultaría difícil encontrar a dos personas que sostengan la misma idea respecto a lo que la utilidad *realmente es*, por no mencionar cómo debería ser medida.

El punto es que el reduccionismo utilizado para afirmar que la utilidad es la única fuerza motivadora de nuestro comportamiento ha servido, y continúa sirviendo, a un propósito muy bien definido: como bastión contra la introducción de argumentos éticos en el debate sobre la estructura de la sociedad. Libera a la burguesía de cualquier sentimiento de malestar, dado que ella es claramente exitosa en la tarea de maximizar en su vida lo que percibe como utilidad. Aquellos incapaces de hacer tal cosa son simplemente haraganes, o débiles de carácter. Bentham fue aún más allá al afirmar que *lo bueno* y *lo placentero* son sinónimos; eliminando de un plumazo el significado y la importancia de varios miles de años de pensamiento en torno a la ética, especialmente la ética de la justicia. El hecho es que cualquier persona honesta suscribiría que lo que uno encuentra placentero puede, éticamente hablando, no ser bueno en absoluto, sino muy malo.

Creemos que convendría profundizar en el tema del «placer» o de la «felicidad» antes de continuar. Muchos siglos de reflexión, especialmente por parte de pensadores hindúes y budistas, señalan en una dirección completamente en desacuerdo con la hipótesis de Bentham de que el hombre es un «ser buscador de placeres». Hay un breve poema del sabio Shantideva, del siglo VIII, sobre la felicidad, que intento que gué mi vida.

Todo el deleite que el mundo contiene
Proviene de desear la felicidad para los demás.
Toda la miseria que el mundo contiene
Proviene de desear el placer para uno mismo.

Hay muchos más mensajes similares, algunos de ellos de más de 1.500 años de antigüedad. Aunque muy probablemente parte de la motivación de Bentham tuviese su origen en la envidia por el prestigio de las ciencias exactas, cabría suponer que el impulso primario de su hipótesis era construir una defensa del *statu quo*. Sin duda fue importante para la entusiasta y casi universal aceptación, por parte de los economistas (y por los ricos de la época), de la idea de que la utilidad es la única fuerza que guía nuestro comportamiento. Ni Bentham ni Adam Smith, antes que él, parecen haber notado que, aquellos que con sus acciones se adherían más ardientemente

a la máxima de que al buscar tu propio placer consigues enriquecer a toda la sociedad, eran precisamente quienes se habían hecho inmensamente ricos.

No es, por supuesto (de acuerdo al método reduccionista de los utilitaristas, solo como hipótesis) la única posibilidad. Después de todo, si Bentham solo buscaba, como lo haría un físico, una única y suprema motivación del comportamiento humano, podría haber prestado atención a la sabiduría ancestral y, de igual manera, haber postulado que la equidad o la compasión hacia nuestro prójimo es la única fuerza que impulsa nuestras vidas. Tal cosa hubiera sido una exageración reduccionista, como lo es el postulado de la utilidad. Pero hay una innumerable cantidad de personas que están motivadas por el deseo de justicia, cuyas vidas se guían por la compasión hacia los demás; así como hay innumerables otras a las que solo motiva la codicia. Pero Bentham, igual que hiciera Smith, prefirió ignorar esta clase de seres humanos.

Postular que una única fuerza motivadora puede explicar el comportamiento humano puede hacer que quien lo postula parezca un físico, pero en este caso las apariencias son bastante decepcionantes. El reduccionismo de Bentham estaba al servicio de otro objetivo social, y para tal objetivo la elección de una fuerza motivadora específica era esencial. Una disciplina basada en la premisa de que la gente está motivada por la compasión hubiera sido una aliada incómoda para el pujante espíritu del capitalismo del siglo XVIII. La elección de Bentham fue intuitiva y sencilla. De una clase dirigente que enviaba a niños pequeños a trabajar doce horas diarias en las minas hasta quedar tullidos por el raquitismo no se podía esperar que viesen con simpatía la hipótesis de que la compasión es un estímulo importante del comportamiento humano; por no mencionar cómo hubieran reaccionado ante las ideas de Shantideva.

Más adelante en este libro analizaremos los efectos del pensamiento económico sobre el funcionamiento de la sociedad en general. Nuestra tesis es que si la educación estuviese centrada en enseñar justicia y no competitividad, la distribución de la riqueza en este mundo sería muy diferente de lo que actualmente es.

Ceteris paribus

Otro tipo de reduccionismo, que podría ser denominado «reduccionismo lógico», es aplicado habitualmente en economía para dejar fuera al mundo real. En el mundo real de la economía (y en las relaciones humanas en general) todo está vinculado con casi todo lo demás, generalmente de forma compleja e irracional, que es lo opuesto a las situaciones en las ciencias exactas. Cualquier medida adoptada por un gobierno generará reacciones que pueden desembocar en resultados totalmente opuestos a la intención inicial, y cualquier predicción de lo que vendrá puede dar un giro de 180 grados debido a un *feedback* inesperado. Siendo este un hecho empírico, si un cálculo o razonamiento económico sugiere un determinado resultado, es habitual cuando se hace una predicción añadir *ceteris paribus* o «siempre que otros factores no varíen». Esto no deja de ser una mezquina cláusula de escape. Si las cosas no resultan como uno había predicho, simplemente se responde «Bueno, no había nada equivocado en mi predicción, no es mi culpa que *ceteris non paribus*». Lo que uno hace al lanzar una predicción o un dictamen seguido de *ceteris paribus* equivale a decir que no conviene concederle una gran importancia a lo que uno ha dicho. Semejante práctica reduce el valor de lo que uno dice a mera necesidad.

Modelos matemáticos

Otra característica envidiable y que promueve el estatus de la física es su lazo inextricable con las matemáticas. A fines del siglo XIX, Stanley Jevons dio el paso de matematizar la economía (esto será analizado más detalladamente en el capítulo XII). Había unos pocos pequeños problemas, pero la economía, como movimiento intelectual, pasó sobre ellos sin miramientos. Uno de ellos, como recordará el lector cuando en este mismo capítulo hablábamos sobre la gravedad, fue que los economistas, en su precipitado intento de hacer que la economía se asemejase a la física, pasaron por alto el detalle de que es esencial que se puedan medir las cantidades fundamentales de una teoría. Para superar este pequeño problema, Jevons concibió el hedonómetro, un artilugio que podía medir la utilidad. Aunque nadie tenía entonces, ni tiene hoy, la más remota idea de cómo funcionaría o cómo luciría tal objeto, la idea satisfizo

a la profesión. Al haber concebido lo inconcebible, Jevons dejó conformes a sus pares. También debía darse por sentado que la maximización de la utilidad evolucionaría según líneas puramente racionales. No se puede pretender que las matemáticas describan la conducta irracional, por lo que se decidió que el comportamiento humano real e irracional simplemente no existía. El hecho de que buena parte del comportamiento humano, especialmente cuando implica transacciones, no es racional, pareció no ser un obstáculo para que las ideas de Jevons fuesen aceptadas. Desafortunadamente, los científicos sociales y los economistas han tratado de ganar respetabilidad, en el sentido de Isaac Newton, condimentando sus tareas científicas con análisis matemáticos. Al atribuirles racionalidad a las personas, uno se niega la posibilidad de descubrir ciertos rasgos útiles y peculiaridades de la conducta de la gente real, que podrían ayudarnos a comprender el mundo; el mundo económico en este caso. Y más penoso resulta que además nos privamos de una herramienta que podría contribuir a descifrar la conducta humana, nuestra propia humanidad. Jevons divorció la economía de la humanidad y, por lo tanto, del mundo real.

El óptimo de Pareto

Alguna propuestas de la teoría económica, como el hedonómetro o el *ceteris paribus*, son meras tonterías. Pero las ideas de Pareto son despreciables. Según Pareto, existe un óptimo social cuando es imposible mejorar la situación de una persona sin empeorar la de otra. Es esta una afirmación asombrosa, un modo apenas camuflado de decir que el *statu quo* es el mejor de todos los mundos posibles. Como en el caso del concepto de utilidad, esta idea reduce los multitudinarios factores que determinan nuestro bienestar a una sola cosa: cuánto (o cuántas cosas materiales) poseemos. Semejante idea se opone a cualquier visión amplia del valor humano, pero se tiene que ser muy ingenuo para no notar que esta definición es adecuada para confirmarle a quienes están cargados de posesiones, que resultaría perjudicial para la sociedad, en su totalidad, si ellos poseyesen menos. Resulta interesante observar que cuando la utilidad marginal se convirtió en una parte importante de la teoría económica, porque no podía concebirse ningún equilibrio económico a menos que la

utilidad disminuyese según se incrementaban las posesiones, el óptimo de Pareto se vio, o debió verse, perjudicado. La consecuencia obvia de la idea de utilidad marginal es que si la utilidad disminuye cuando las posesiones aumentan, entonces la utilidad total de una comunidad aumentará si la riqueza es desplazada de los ricos a los pobres. Esta es una hipótesis impensable en la teoría económica. Las bufonadas intelectuales que se derivaron fueron bastante cómicas, como se puede comprobar leyendo sobre el debate entre Harrod y Robbins.¹ Como una comunidad, los economistas resolvieron el problema (que, en esencia, planteó serias dudas sobre el valor de la economía como actividad intelectual seria) sosteniendo la idea de utilidad marginal cuando era necesaria para el equilibrio, pero olvidándose de ella cuando se discutía cómo sería la sociedad, por ejemplo, de acuerdo al óptimo de Pareto.

Ha habido muchas discusiones eruditas relativas a «cómo debería ser la sociedad». Un participante importante fue Pigou, cuya definición de bienestar estaba impregnada de igualitarismo y, por lo tanto, era completamente incompatible con el óptimo de Pareto. El hecho de que la economía ortodoxa saludase con entusiasmo las ideas de Pareto pero guardase silencio (o peor) ante las de Pigou es un ladrillo más en los fundamentos de nuestra premisa original, que la función de la economía en la sociedad es sustentar un *statu quo* no equitativo.

Las matemáticas fueron incorporadas sin más a las leyes que describen la conducta del núcleo atómico. No era necesario imponérselas al núcleo. Simplemente, no podías vivir sin ellas. En sociología, y sin duda en economía, las matemáticas le son impuestas a la conducta humana. Este libro es un estudio sobre la economía, que es algo extremadamente importante para todo lo que vive. Decimos «todo lo que vive» porque las ideas humanas afectan a los animales y a las plantas; pensemos en la destrucción de la biodiversidad y el envenenamiento de la ecosfera provocados por la doctrina humana (en realidad, inhumana) del crecimiento económico infinito. Esta imitación de las ciencias exactas por parte de la economía es una aberración epistemológica, precisamente porque la preocupación

1. Correspondencia entre Harrod y Robbins, 1937. Ver <http://economia.unipv.it/harrod/edition/editionstuff/rfh.2a1.htm>.

de las ciencias sociales por las matemáticas oculta la indescriptible, intensamente hermosa complejidad de la vida; una complejidad que desafía cualquier análisis matemático significativo. Pero como argumentábamos anteriormente, es peor aún, pues esta imitación priva al profesional de una herramienta —la humanidad— que podría permitirle alcanzar una verdadera comprensión.

VI. EL CRECIMIENTO ECONÓMICO

El crecimiento como contraseña

Las convicciones de personas diversas son tremendamente dispares, cuando no mutuamente contradictorias. No obstante, hay una creencia sobre la que casi todos en el mundo actual están de acuerdo: el crecimiento económico es bueno, hasta necesario. La sabiduría convencional sostiene que el crecimiento económico traerá riqueza y felicidad para todos (o al menos, para todos los que cuentan), y en las noticias del día está universalmente asumido, como una verdad eterna, que un crecimiento alto es positivo mientras que un crecimiento reducido, por no hablar de una contracción, es malo. Aun hoy, en este período posmoderno en el que los sueños de progreso indefinido han quedado un poco obsoletos, el crecimiento económico continúa siendo la baliza que indica hacia dónde debe navegar la humanidad. Hasta algunos economistas ecológicos tienen dificultad para aceptar que el crecimiento continuado haría inalcanzable sus metas de una humanidad en paz con la biosfera.

El crecimiento económico aporta un nivel de bienestar material cada vez más alto a los ya adinerados; pero hay muchísimos más que no se benefician materialmente del crecimiento económico. De hecho, después de varios siglos de crecimiento económico, la mayor parte de la población mundial tiene menos en los ámbitos de vivienda, alimentación e infraestructuras que el mínimo indispensable para disfrutar de una vida segura y digna. El crecimiento económico no está mejorando su destino; y no todos esos desfavorecidos viven en países pobres, hay también muchos en los países ricos que viven en una pobreza sin futuro. Además de sus nocivos

efectos sobre la biosfera, lo trágico del crecimiento económico es que está produciendo, en el mundo actual, una creciente montaña de bienes y servicios para una minoría de la población planetaria, a la vez que niega a los más empobrecidos los mínimos medios necesarios para llevar una vida decente. Lo más relevante de esto es que cuando llega la hora de la verdad, como aconteció con la crisis iniciada en octubre de 2008, son los pobres y la clase media, que no se habían beneficiado del crecimiento económico, quienes tienen que pagar el precio más alto.

Qué está provocando el crecimiento económico

Aunque solo una minoría de la población mundial se esté beneficiando sustancialmente del crecimiento económico, el mismo está teniendo efectos desastrosos a escala planetaria. En pocas palabras, el crecimiento económico:

- está envenenando la biosfera a un ritmo cada vez mayor con sustancias contaminantes, algunas de las cuales no solo son extremadamente persistentes sino que amenazan a los procesos fundamentales de la vida.
- está agotando las inmensas reservas de materias primas con las que la naturaleza ha dotado a los habitantes de la Tierra, hasta el punto de que algunas reservas, especialmente las de fuentes energéticas, se habrán agotado en el plazo de vida de muchos –quizá la mayoría– de los que hoy habitamos el planeta. La amenaza del agotamiento de recursos está conduciendo a guerras por el control de las reservas existentes, guerras en las que ya miles de inocentes han muerto. A menos que resueltamente renunciemos al fetiche del crecimiento, en las próximas décadas veremos desatarse todavía más guerras por el acceso a recursos menguantes, que causarán terribles sufrimientos humanos y que modificarán el panorama geopolítico mundial con imprevisibles consecuencias.
- genera un torrente de riquezas cada vez mayor que, en grandísima medida, beneficia a los ya ricos y poderosos. Una parte muy pequeña de ese torrente gotea hacia los pobres. Pero por naturaleza, al menos en una economía de (libre)

mercado, el crecimiento económico incrementa la proporción del torrente que fluye hacia los ya ricos. En décadas recientes, debido a diversas consecuencias de la aplicación de la práctica económica neoliberal, aun el «efecto goteo» se ha secado, dejando a los pobres con todavía menos medios de subsistencia y menos esperanzas para el futuro, mientras que el número de ricos, muy ricos y ultrarricos continúa creciendo aceleradamente.

- combinado con el crecimiento demográfico, está destruyendo el hábitat de las especies que comparten la biosfera con nosotros, causando una creciente tasa de extinciones que, con el tiempo, conducirá al empobrecimiento de toda la vida.

Todo esto deriva en que el crecimiento económico ha desbaratado y, en medida cada vez mayor, continuará desbaratando cualquier esfuerzo para alcanzar un mundo en el que todos podamos vivir en paz y seguridad. Aunque de boca para afuera se plantee la necesidad de medidas tendientes a lograr un mundo así, el curso seguido por todos los dirigentes políticos le concede total prioridad al crecimiento. Todos lo adhieren rotundamente, a pesar de que el breve período (en relación a la historia total de la humanidad) de crecimiento económico acelerado hecho posible por el consumo de combustibles fósiles está llegando rápidamente a su fin. Con la intención de evitar las previsibles catástrofes humanas que un abrupto fin de esta etapa causarían, resulta absolutamente necesario diseñar inmediatamente políticas que favorezcan en primera instancia, una estabilización, y luego el comienzo de una lenta contracción de la economía. Pero no hay ningún signo de que semejante cambio de políticas esté comenzando, mientras que la esencia de las consecuencias antes descritas es que el crecimiento económico y el crecimiento demográfico son responsables de la actual degradación de la capacidad del planeta para sustentar la vida; hablamos del único mundo que tenemos, el mundo en el que tendrán que vivir nuestros bisnietos.

Las voces a favor del crecimiento

Pero ¿son nuestros dirigentes políticos los únicos a quienes culpar? ¿están conduciendo deliberadamente al mundo hacia el desastre?

Los líderes políticos tienen que tomar decisiones en medio de una cacofonía de intereses y opiniones opuestas; y puesto que son los economistas a quienes en nuestra sociedad se les ha honrado con la toga de la sabiduría, no debe sorprendernos que los políticos presten especial atención a los más destacados especialistas en esta disciplina antes de decidir qué políticas aplicar. Los argumentos planteados por voces sensatas no son escuchados. Discutir con los economistas ortodoxos es difícil debido a que la fe en el crecimiento infinito tiene características religiosas. Al predicar la teología del crecimiento, los economistas sostienen que hay «leyes» económicas que garantizan que el crecimiento económico podrá continuar por siempre sin agotar nuestros recursos, a la vez que incrementará nuestro bienestar y favorecerá un medio ambiente cada vez más limpio. (Al final de este capítulo demostraremos que estas «leyes» no tienen una base empírica. Sin embargo, resulta dudoso que esta comprobación vaya a influir en que los economistas ortodoxos piensen de otra manera). Este punto de vista está ejemplificado por las palabras del desaparecido Julian Simon, un respetado economista, escritas en 1995.

Hoy existe la tecnología para producir, en cantidades virtualmente inagotables, casi todos los productos hechos por la naturaleza: alimentos, petróleo, hasta perlas y diamantes; y en la mayoría de los casos a un coste inferior al de extraerlos de su estado natural... Tenemos hoy en nuestras manos –mejor dicho, en nuestras bibliotecas– la tecnología para alimentar, vestir y proveer de energía a una población siempre creciente durante los próximos 7.000 millones de años.¹

Anteriormente, Simon había presentado una prueba lógicamente impecable de que nuestras reservas de cobre no podían agotarse nunca.

La longitud de una línea de una pulgada es finita en el sentido de que está cerrada en sus dos extremos. Pero la línea dentro de sus extremos contiene un número infinito de puntos; estos

1. J. L. Simon (1995). «The State of Humanity: Steadily Improving», *CATO Policy Report*, 17(5) (Sept-Oct 1995), p.131. Cato Institute, Washington DC. Esta cita está tomada de A. A. Bartlett (2004), «Thoughts on Long-Term Energy Supplies: Scientists and the Silent Lie», *Physics Today*, 57(7), pp. 53-5.

puntos no pueden ser contados, *porque* no tienen una medida definida. Por lo tanto, el número de puntos en ese segmento de una pulgada no es finito. *De modo similar*, la cantidad de cobre que siempre tendremos a nuestra disposición no es finita, *porque* no hay método (ni siquiera en principio) que permita hacer una medición adecuada del mismo.² (Las cursivas son nuestras)

La de Simon es tan solo una de las muchas voces similares.³ A medida que las señales se hacen cada vez más claras de que el crecimiento económico ilimitado no solo es matemáticamente ridículo, sino que está conduciendo aceleradamente al mundo hacia el desastre, las voces de quienes proclaman que es la cura esencial para todos nuestros problemas suben en intensidad. Si uno habla lo suficientemente alto, deja de oír el tictac del reloj. Por lo tanto, deberíamos preguntarnos si los políticos tienen muchas opciones. Aquellos que piden que seamos cautos en el modo en que tratamos al mundo en que vivimos, están hablando, de hecho, en nombre de las futuras generaciones, y estas no tienen ni influencia política ni apoyo financiero; quienes defienden el crecimiento económico disponen de ambos, en gran cantidad. La elección de a quiénes escuchar no resulta complicada.

Bjorn Lomborg, un experto en teoría del juego y simulaciones informáticas, es un buen ejemplo de este último lobby. Lomborg afirma que si el crecimiento económico fuese suficientemente alto (en torno al 10 por ciento), la mayoría de nuestros problemas estarían resueltos.⁴ Por supuesto, cuenta con el sólido apoyo financiero del mundo de los negocios para sus actividades, entre otras cosas porque se opone empecinadamente a aceptar los términos del Protocolo de Kioto. En mayo de 2004 fue capaz de reunir suficiente apoyo financiero como para organizar un encuentro en Copenhague, bajo el título de «Consenso de Copenhague», en el que participó un impresionante panel de «expertos económicos, entre ellos ocho

2. J. L. Simon (1981). *The Ultimate Resource*, Princeton University Press, p. 47. Nótese el uso de *de modo similar* y *de porque*.

3. Para algunos ejemplos interesantes, véase Herman E. Daly y John B. Cobb (1990) *Para el bien común*, FCE, México, 1993.

4. De una entrevista a Lomborg por Spencer Reiss. Ver: <http://www.wired.com/wired/archive/12.06/lomborg.html>.

de los más distinguidos economistas del mundo», tres de los cuales habían obtenido el premio Nobel.

Estos panelistas juzgaron el nivel de prioridad que se le debería dar a la solución de una serie de «desafíos» a los que se enfrenta la humanidad. Fueron propuestos por un grupo de expertos, cada uno de los cuales presentó un «Documento sobre desafíos». Las conclusiones del panel se basaron exclusivamente en análisis monetarios de coste-beneficio; no se tuvieron en cuenta factores sociales o éticos de ningún tipo. La curación de enfermedades, por ejemplo, fue calificada según los costes y beneficios monetarios asociados con ella. Dos proyectos calificados *Muy bueno* fueron el control del VIH/sida (prioridad 1) y de la malaria (prioridad 4). La provisión de micronutrientes (no de alimentos) a los hambrientos también recibió la misma calificación (prioridad 2). El Protocolo de Kioto estaba casi al final de la lista, calificado *Malo* (prioridad 16).

Estas remarcables prioridades se vuelven aun más interesantes cuando uno revisa la lista de panelistas y de «desafíos». Todos procedían de ese segmento del pensamiento económico caracterizado por una fe incondicional en el crecimiento económico. Ninguno de ellos tenía ningún tipo de titulación en ciencias médicas o de la nutrición, ni tampoco poseían conocimientos (profesionales) sobre el cambio climático. Lomborg defiende que las prioridades ante diferentes opciones políticas deben ser establecidas por economistas, cuyos conocimientos profesionales no van más allá de poder calcular las consecuencias financieras de cada opción.⁵ Esto resulta bastante triste, puesto que el problema, un problema vinculado a la vida, va mucho más allá del simple aspecto financiero.

Cabe decir que hay unos cuantos distinguidos economistas no invitados por Lomborg, incluyendo premios Nobel, que coinciden en que el Protocolo de Kioto es prioritario. Naturalmente, todo el mundo tiene derecho a dar su opinión, pero utilizar la palabra «consenso» para referirse a la opinión del panel de Lomborg es como reivindicar la categoría de consenso para la opinión de un panel de cardenales católicos que afirman que el Papa es infalible.

5. Lomborg (2204). «Need for Economists to Set Global Priorities». Carta en *Nature*, 431 (2 de septiembre de 2004), p.17. Se afirma allí que dos tercios de los «economistas del clima», sea eso lo que sea, se oponen a adherir al Protocolo de Kioto.

Son muchas las voces que destacan los beneficios del crecimiento económico continuo, pero las relativamente pocas voces que disienten son raramente escuchadas. A continuación presentaremos argumentos para contribuir a que las voces de estos últimos sean más audibles.

Dos sistemas incompatibles

Una de las razones por las que la economía es adicta al crecimiento fue señalada por el destacado economista disidente M. King Hubbert de la siguiente manera.

La actual civilización industrial global se ve perjudicada por la coexistencia de dos sistemas intelectuales universales, superpuestos e incompatibles: el conocimiento acumulado durante los últimos cuatro siglos sobre las propiedades y las relaciones entre materia y energía, y la cultura monetaria asociada que ha evolucionado a partir de tradiciones populares de origen prehistórico.

El primero de estos dos sistemas ha sido responsable del espectacular auge, principalmente durante los dos últimos siglos, del actual sistema industrial, y es esencial para su continuidad. El segundo, una herencia del pasado precientífico, opera según sus propias reglas, que poco tienen en común con las del sistema materia-energía. Sin embargo, el sistema monetario, mediante un vínculo laxo, ejerce un control total sobre el sistema materia-energía sobre el que se superpone.

A pesar de sus incompatibilidades intrínsecas, durante los pasados doscientos años ambos sistemas han tenido una característica fundamental en común: el crecimiento exponencial, que ha hecho posible una coexistencia razonablemente estable. Pero, por diversas razones, al sistema materia-energía le resulta imposible mantener el crecimiento exponencial durante poco más que algunas decenas de duplicaciones, y esta fase ya casi ha sido superada. El sistema monetario no padece esa clase de restricciones y, según una de sus reglas fundamentales, debe continuar creciendo por el interés compuesto.⁶

6. Para una información más amplia sobre las ideas de este destacado pensador, ver: www.hubberty.com/hubberty/monetary.htm.

Visto de este modo, el crecimiento nos es impuesto, nos guste o no, por la tradición de medir la riqueza en términos monetarios. Esto trae aparejado la aparición del aumento de la riqueza mediante el interés compuesto, una especie de generación espontánea imposible en términos de riqueza real. Está claro que sin una fuente de energía externa, en este caso los combustibles fósiles, el síndrome del crecimiento no se habría vuelto tan importante.

El sistema monetario, es decir, la idea de que toda riqueza, todo valor, puede ser expresado en términos de cuánto dinero, está incrustado en toda nuestra cultura. Está tan profundamente integrado que cuando un grupo de (mayoritariamente) especialistas en ciencias exactas fue convocado por el Programa de NN UU para el Desarrollo (PNUD), el Departamento de NN UU para Asuntos Económicos y Sociales (UNDESA) y el Consejo Mundial de la Energía (WEC) para que realizasen un informe sobre el uso y la disponibilidad de energía a escala mundial, dicho informe (WEA) se expresó completamente en unidades monetarias, algo carente de significado si se trata de evaluar el uso y el transporte de energía. Una evaluación adecuada solo podría haberse expresado en unidades de energía (joules). Un poco más adelante retomaremos el tema de la evaluación de las fuentes de energía.

El interés compuesto y la riqueza

Otros autores⁷ han explicado detalladamente las consecuencias inevitablemente negativas para el bienestar humano y para la estabilidad social de considerar al crecimiento como la gran panacea, además de destacar el carácter religioso de tal creencia. Pero todo indica que hay poca conciencia de que el sistema intelectual monetario es parte integral de la visión del mundo de la sociedad moderna, y de cómo fuerza a que la economía crezca (o se marchite). Frederick Soddy, receptor del premio Nobel de ciencias naturales y que comprendió la economía mucho mejor que la mayoría de los economistas, expuso el error que ha llevado a que prácticamente todo el mundo aceptase

7. Ver por ejemplo, Richard Douthwaite (1992), *The Growth Illusion*, Council Oak Books, Tulas, Oklahoma, y Clive Hamilton (2003) *El fetiche del crecimiento*, Ed. Laetoli, Pamplona, 2006.

la equivocada idea de que el interés compuesto *crea* riqueza. De ningún modo genera riqueza, sino deuda. Lo que hace es desviar una parte cada vez mayor del flujo de riqueza generada por el sector productivo de la población para transferirlo a los acreedores; dejando con frecuencia a los generadores de riqueza con la bolsa vacía.

Pero, ante todo ¿qué es la riqueza? Una definición razonable sería la propuesta por Soddy, recientemente resumida por Herman Daly.

Para Soddy, la cuestión económica fundamental era «¿Cómo vive el hombre?» y la respuesta que dio fue «De la luz del sol». Las reglas que el hombre debe acatar al vivir de la luz del sol, ya sea en la actualidad o en el paleozoico, son la primera y la segunda ley de la termodinámica. Esto, en pocas palabras, implica «relacionar la ciencia física con la gestión ambiental estatal».⁸ Para Soddy la riqueza equivale a «las formas de materia y energía humanamente útiles».⁹ La riqueza tiene tanto una dimensión física, sujeta como materia y energía a las leyes del mecanicismo inanimado, y una dimensión teleológica de utilidad, sujeta a los propósitos impuestos por la mente y la voluntad. El concepto de riqueza de Soddy refleja su dualismo fundamental y su creencia de que el mundo medio de la vida y de la riqueza está relacionado con la interacción de los dos mundos finales de la física y de la mente en sus aspectos cotidianos más comunes. Que Soddy se centrara en la dimensión física, con la intención de reparar las consecuencias de haber sido ignorada en el pasado, no debería llevarnos a suponer que estaba proponiendo una teoría física monista de la riqueza.¹⁰

Lo que debe quedar claro de esta exposición es que las deudas no son riqueza. La riqueza tiene una dimensión física irreducible y la deuda es una cantidad puramente matemática o imaginaria.

8. Esta frase está extraída del subtítulo de una serie de dos conferencias titulada *Economía Cartesiana*, pronunciadas en la Unión de Estudiantes del Birkbeck College y en la London School of Economics, el 10 y el 17 de noviembre de 1921.

9. Frederick Soddy (1943). *The Arch Enemy of Economic Freedom*, autopublicado, p. 6.

10. Herman E. Daly (1980). «The Economic Thought of Frederick Soddy». *History of Political Economy*, 12(4), pp. 473-4.

Una propiedad esencial de la riqueza es que es un flujo, en el cual prácticamente todo es producido sobre una base diaria y gastado en un período breve. Algunas formas de riqueza tienen, no obstante, cierta permanencia. No es necesario tratar de evaluar cuánta riqueza puede ser realmente almacenada, o durante cuánto tiempo, para conseguir una imagen general. Incluso aquella parte de la riqueza, que puede ser almacenada, se va reduciendo lentamente a cero debido a la depreciación y al deterioro. Lo que es importante es que la riqueza es real y la deuda no lo es. Como afirma Daly, «la cantidad física positiva, dos cerdos, representa riqueza y puede ser vista y tocada. Pero *menos* dos cerdos, la deuda, es una magnitud imaginaria sin dimensión física». ¹¹ No es esta una diferencia carente de importancia, como bien lo explica Soddy.

Las deudas están sujetas a las leyes de las matemáticas más que a las de la física. A diferencia de la riqueza, que está sujeta a las leyes de la termodinámica, las deudas no se pudren con el tiempo y tampoco son consumidas en el proceso de vivir. Al contrario, crecen a un tanto por ciento anual gracias a las bien conocidas leyes matemáticas del interés simple y compuesto... El proceso del interés compuesto es físicamente imposible, aunque el proceso de incremento negativo compuesto es físicamente bastante habitual. Esto se debe a que el primero conduce, con el paso del tiempo y cada vez más rápidamente, a lo infinito que, como «menos uno», no es una cantidad física sino matemática, mientras que el segundo conduce cada vez más lentamente hacia cero... el límite más bajo de las cantidades físicas. ¹²

La fuente, o materia prima, en la que se origina la riqueza fue, durante gran parte de la historia de la humanidad, la luz del sol actuando sobre la materia viva o muerta, y organizada mediante el esfuerzo humano. Los hidrocarburos, generados por los procesos vitales mucho antes de la aparición de los humanos, fueron incorporados recientemente como fuente para la producción de riqueza.

11. *Ibíd.*, p. 474.

12. Frederick Soddy (1926). *Wealth, Virtual Wealth and Debt*, George Allen and Unwin, Londres, p. 70.

Desde hace unos pocos cientos de años, el uso de combustibles fósiles significó un flujo mayor de riqueza *temporalmente* posible. Estos hidrocarburos son extremadamente importantes, como deja claro el razonamiento de Hubbert citado anteriormente, para el funcionamiento de nuestra actual sociedad industrial. Sin ellos, todo el concepto de interés compuesto no habría alcanzado la importancia que hoy tiene.

La siguiente cita de Daly, extraída de publicaciones de Soddy, coincide, una vez más, con la tesis de Hubbert de que la riqueza real puede crecer solo durante un tiempo, mientras que la deuda (al no ser real) puede crecer indefinidamente.

Aunque la deuda puede cumplir la ley del interés compuesto, la recaudación energética real de la futura luz del sol, el verdadero ingreso futuro sobre el que la deuda es un gravamen, no puede crecer a interés compuesto durante mucho tiempo. Al convertirse en deuda, sin embargo, la riqueza real «se deshace de su cuerpo corruptible para ocupar un cuerpo incorruptible». ¹³ Al hacer tal cosa, da la impresión de que «pueda permitirse un medio para eludir a la naturaleza», ¹⁴ de escapar a la segunda ley de la termodinámica, la ley de lo aleatorio, de la devastación, de la herrumbre y de la putrefacción. La idea de que la gente pueda vivir de los intereses de su mutuo endeudamiento es solo otra fantasía de movimiento perpetuo; una vulgar ilusión ¹⁵ a gran escala... La deuda crece a interés compuesto y, como cantidad puramente matemática, no encuentra límites que la frenen. La riqueza crece durante un tiempo a interés compuesto pero, al tener una dimensión física, tarde o temprano su crecimiento choca con límites. La deuda puede perdurar eternamente; no así la riqueza, porque su dimensión física está sujeta a la fuerza destructora de la entropía. Dado que la riqueza no puede crecer continuamente tan rápidamente como la deuda, la relación pareja entre ambas se romperá en cierto punto; por ejemplo,

13. Frederick Soddy (1934). *Money Versus Man*, Elkin Mathews & Marrot, Londres, p. 28.

14. *Ibíd.*, p. 24.

15. Frederick Soddy (1926). *Wealth, Virtual Wealth and Debt*, op. cit., p. 87.

tendrá que haber algún tipo de repudiación o cancelación de la deuda.¹⁶

Las deudas reales y los costes energéticos de la energía

Aunque, como se explica más arriba, las deudas monetarias no son reales, las deudas reales pueden existir. Saber el coste en dólares de la extracción de una materia energética de la corteza terrestre puede resultar útil para un hombre de negocios que busca beneficios, pero el coste real solo puede expresarse en unidades de materia-energía. En este caso, el coste energético total de (a) la extracción, purificación y eliminación de la biosfera de los productos contaminantes de la materia energética y de los desechos generados por la purificación y la extracción, y (b) la energía utilizada para la construcción y posterior desmantelamiento de la planta que convierte la materia energética en energía útil, además de los costes de operación (expresados en unidades de energía). El valor energético de la materia es el total de energía útil generada menos la suma de tales costes.

Por poner un ejemplo, consideremos que no tenemos la más mínima idea de cuánta energía neta ha extraído la humanidad de los combustibles fósiles consumidos durante los últimos dos siglos. Esto se debe a que el coste energético de eliminar los contaminantes de la biosfera, especialmente el CO_2 (al menos hasta un nivel que garantice que la vida en la Tierra, tal como la conocemos, no se vea amenazada), es completamente desconocido, por el simple hecho de que tal eliminación no ha sido ni siquiera considerada seriamente. Quemar combustibles fósiles sin tener en cuenta este coste es un claro indicador de una actitud de *après nous le déluge*, una actitud por la que todos quienes vivimos en los países ricos somos responsables en mayor o menor medida. Si se plantease reducir drásticamente la generación de CO_2 y de otras sustancias contaminantes, los sistemas vivientes de la biosfera, simbióticos e interdependientes, finalmente «pagarían» la deuda de la humanidad en el transcurso de los próximos siglos. Si, por el contrario, las emisiones de CO_2 se estabilizaran a los niveles actuales o aumentasen más, acabarían colapsando toda

16. Herman E. Daly (1980). «The Economic Thought of Frederick Soddy», op. cit., p. 475.

manifestación de vida al superar la resiliencia que caracteriza a la capacidad sustentadora de la vida de la biosfera.

O pensemos en la eliminación de la contaminación radiactiva generada por la fisión en los reactores nucleares. Estas sustancias contaminantes constituyen una deuda real que la humanidad tendrá que pagar. La biosfera no tiene defensas contra la radioactividad, si bien es cierto que, a través del declive radiactivo, finalmente la naturaleza pagará las deudas, solo que en un plazo de tiempo de cientos de miles de años. Que semejante lapso de tiempo no parezca tener importancia para la humanidad es algo que debería hacernos reflexionar.

En este y muchos otros casos de deuda física solo tiene sentido expresar la deuda en unidades de energía (joules), que no solo son reales, sino ahorradas. La egregia costumbre financiera de descontar el valor (monetario) de los recursos no es, por lo tanto, aplicable a las fuentes de energía, aunque sea erróneamente utilizada en los cálculos y políticas financieras. En un sistema monetario donde el valor es expresado en términos no físicos (dinero), una deuda que no puede ser pagada puede ser eliminada de los libros de contabilidad como una «deuda mala»: no es una cantidad ahorrada. Pero en el mundo real de la materia y la energía, las deudas son cualquier cosa menos arbitrarias, y serán pagadas, si no en energía y materia, con el sufrimiento de los sistemas vivientes de la biosfera.

Que tales deudas energéticas reales se vayan acumulando, impagadas, significa que estamos viviendo en el limbo. La conciencia pública acerca de esto es sistemáticamente desalentada por parte de las organizaciones del mundo de los negocios, solo interesadas en sus balances trimestrales, y por parte de sus cofrades intelectuales, los economistas ortodoxos.

No todas las deudas que la humanidad ha ido contrayendo por su mala gestión del planeta, pueden expresarse en términos energéticos. Dignos de mención son los persistentes organoclorados, venenosos para todo ser vivo, que han sido producidos por la industria química y están presentes en cantidades fácilmente mensurables en la leche materna de mujeres de todo el mundo. Se deberían utilizar otras unidades para expresar esta deuda, pero, hasta donde sabemos, no tenemos los medios para pagarla; y su producción continúa, sin atisbos de disminución.

Interés compuesto, pico del petróleo y el fin del crecimiento

Lo que el interés compuesto supone para el acreedor es muy diferente de lo que supone para el deudor. Si una deuda solamente es una deuda hasta el momento en que es saldada, con o sin un cierto porcentaje añadido, no existe un incremento a largo plazo en el desvío del flujo de riqueza del deudor al acreedor. Pero, con el interés compuesto en juego se da una desviación cada vez mayor del flujo de riqueza del deudor al acreedor, mucho después de que la detracción original, presumiblemente para finalidades útiles, haya cesado.

Cuando el dinero es tomado a préstamo por productores de riqueza, una fracción cada vez mayor de la riqueza generada por su trabajo productivo se detrae del flujo total de riqueza producida, en beneficio del acreedor. Para que el sistema total se mantenga sin empobrecer paulatinamente al sector productivo debe haber un flujo cada vez mayor de riqueza generada. Lo esencial del argumento de Hubbert es que en tanto haya un uso en continuo aumento de combustibles fósiles, sumado a la aportación constante de la luz del sol, los dos sistemas, por una parte materia y energía, y por la otra el dinero, pueden coexistir. En tanto esta condición persista, superficialmente da la impresión de que es «natural» que el uso de energía y materias extraídas de la corteza de la Tierra crezca continuamente.

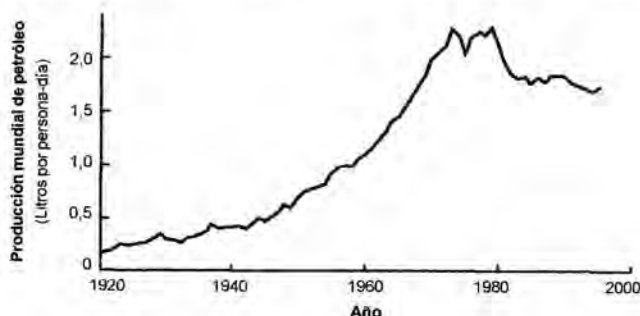
Pero, de hecho, esto es bastante poco natural; y en el largo período anterior a que el consumo de combustibles fósiles lo hiciese posible, tal cosa no sucedía. La gente no pensaba que el crecimiento era algo normal. Con el transcurso de los milenios, los avances en agricultura incrementaron progresivamente el rendimiento de la energía del sol y permitieron el aumento de la población, pero fueron cambios graduales que no hicieron que la gente cambiase su manera de pensar. El incremento excepcionalmente súbito, y sobre todo cuantitativamente enorme, provocado por el uso de combustibles fósiles llevó a que hoy la mayoría de la gente crea que el crecimiento es normal y que puede continuar indefinidamente. Cuando llegue el momento en que el crecimiento del uso de combustibles fósiles se detenga, la coexistencia de ambos sistemas se volverá imposible, y comenzará la dolorosa adaptación al no crecimiento.

Nótese que esta adaptación deberá ocurrir antes de que los combustibles fósiles se agoten. El punto crucial, es decir, el punto

en que el sistema materia-energía no pueda continuar paralelo al sistema monetario, y que la estructura financiera de la sociedad deberá ser apuntalada para evitar su colapso total, con medidas que hoy resultan inimaginables, llegará mucho antes, poco después de que se detenga el crecimiento del uso de combustibles fósiles.¹⁷ Resulta estremecedor imaginar lo que sucederá cuando las gigantescas estructuras financieras sobre las que se fundamenta todo lo que poseemos y hacemos dejen de ser viables. Durante medio siglo, entre 1950 y 2000, anualmente había más petróleo hallado del que se extraía de los yacimientos. Pero desde hace varios años, es más el petróleo extraído que el que se descubre. Más ominoso es el hecho de que la producción mundial de petróleo per cápita alcanzó su máximo hace treinta años, y desde entonces no ha dejado de disminuir. Esto puede apreciarse en la Figura 1, extraída de una publicación de Albert Bartlett.¹⁸

Figura 1

La producción diaria per cápita de petróleo ha estado descendiendo desde mediados de la década de 1970, cuando llegó a ser aproximadamente de 2 litros por persona y día. A medida que la producción de petróleo tiene que esforzarse cada vez más en responder a una demanda cada vez mayor, y que la población del planeta continúa aumentando, es muy improbable que la producción mundial per cápita logre recuperar sus niveles de los años setenta.



17. Esto se explica detalladamente en Richard Heinberg (2003/2006), *Se acabó la fiesta*, Ed. Barrabés, Benazque.

18. Albert A. Bartlett (2004). «Thoughts on Long-Term Energy Supplies», *Physics Today*, julio de 2004, pp. 53-5.

Habr  muchas crisis cuando el petróleo comience a escasear. La siguiente es solo una de ellas, aunque tal vez la más terrible. Los cereales altamente productivos desarrollados por la llamada «Revolución verde», que hizo posible la mayor explosión demográfica en la historia de la humanidad, solo pueden ser cultivados gracias a enormes cantidades de fertilizantes y plaguicidas artificiales. Son estos productos industriales, cuya manufactura depende directamente de la energía fácilmente disponible del petróleo. Esto quiere decir que hay varios miles de millones de personas que est n vivas en este momento gracias a la momentánea aportación adicional de energía (más allá de la luz del sol) proveniente del petróleo. Cuando este se haya agotado no habrá manera de alimentar a toda la población del planeta y las hambrunas masivas serán inevitables. Los optimistas consideran que la actual disminución del crecimiento de los hallazgos y producción de petróleo son una aberración, y dan por sentado que en breve el ritmo de los nuevos descubrimientos aumentará. Aunque esto sucediese, tal incremento no durará más de una década. El crecimiento continuado dentro de un sistema físicamente finito acabará por detenerse. El interrogante es de qué manera.

La inversión de los papeles de producción y necesidades

Además de la coexistencia entre los dos sistemas intr secamente incompatibles antes mencionados, que nos están conduciendo como al flautista de Hamel n hacia el callejón sin salida del crecimiento ilimitado, hay otra razón, diferente pero relacionada con la primera, que justificar  esta adicción al crecimiento: una distorsión del propósito fundamental del sistema económico. Nos referimos a la inversión de los papeles entre producción y necesidades. Tradicionalmente, los bienes y servicios son producidos para satisfacer necesidades (o, al menos, deseos). Por lo tanto, para la mayoría de la gente, la satisfacción de las necesidades es la fuerza motriz del sistema económico. Durante gran parte de la historia de la humanidad esta fue una definición correcta de para qué servía la producción. Pero en los países ricos del planeta esta relación entre producción y necesidades se ha invertido.

Hoy, la producción por la producción misma, y no para la satisfacción de necesidades, es la meta esencial de la economía; y para

que la maquinaria no se detenga, continuamente deben generarse nuevas necesidades. La publicidad es el instrumento adecuado para tal fin, y la analizaremos más adelante. La inversión que señalamos no tuvo lugar de la noche a la mañana, sino que ha venido desarrollándose durante más de un siglo. En las últimas décadas del siglo XX el proceso se aceleró, y ahora podríamos decir que se ha completado. Las bocas de los economistas, y también las de muchos otros expertos, están hoy llenas de incitaciones para incrementar la productividad, así como la producción, en una sociedad que se ahoga en cosas que no son necesarias y que no podrían venderse si no fuese por la siempre presente influencia de la publicidad. El fantasma del colapso financiero si la producción no deja de aumentar es evocado para acallar las pocas voces sensatas que protestan.

Puesto que esta inversión proporciona una justificación automática para el crecimiento económico indefinido, los economistas ortodoxos han encontrado la manera de incorporarla a la teoría sin necesidad de otorgarle un nombre. Al respecto, John K. Galbraith tiene lo siguiente que decir.

La producción no puede ser un factor incidental para la reducción de las desigualdades o para la provisión de puestos de trabajo. Tiene que tener su propia *raison d'être*. En este punto, los economistas y la teoría económica han entrado en el juego. De igual modo, aunque más marginalmente, lo ha hecho el prestigio competitivo que aporta la expansión del producto nacional. El resultado ha sido una elaborada e ingeniosa defensa de la importancia de la producción *per se*. Es una defensa que convierte a la urgencia de producir en algo independiente del volumen de producción. De tal manera, la teoría económica ha logrado transferir el sentido de urgencia en satisfacer las necesidades de consumo que en una época se sentían en un mundo en el que más producción significaba más alimentos para los hambrientos, más ropa contra el frío, y más viviendas para quienes no tenían un techo, a un mundo en el que el aumento de la producción satisface las ansias de tener un coche más elegante, comida más exótica, ropas más eróticas o diversiones más elaboradas; es decir, toda la moderna gama de deseos sensuales, edificantes y letales.

Aunque la teoría económica que defiende tales deseos, y por lo tanto la producción que los satisface, tenga una impecable (y, sorprendentemente, indiscutida) posición dentro de la sabiduría convencional, resulta ilógica y ostentosa y, en buena medida, hasta peligrosa.¹⁹

El conjunto de estos factores constituye el mecanismo que impulsa a las sociedades opulentas del planeta a convertir el crecimiento en un fetiche, que está provocando una destrucción ambiental tan seria como para amenazar el futuro de la vida. Pero ¿pueden estos factores ser combatidos?

John Maynard Keynes, Thorstein Veblen y la emulación

¿Cómo podría una sociedad ser organizada, o motivada, para apreciar el valor de aquella simple palabra, «suficiente»? Una ayuda para responder a esta pregunta podríamos hallarla en la visión de alguien que anticipó la actual capacidad productiva excedente y predijo (bastante erróneamente, como luego se demostró) hacia dónde conduciría. Hace ochenta años, Keynes dio su visión del futuro cuando lo que él llamaba *el problema económico* hubiese sido resuelto. Estas reflexiones fueron expuestas en un capítulo titulado «Posibilidades económicas para nuestros nietos» (de una charla realizada en 1930) publicado en sus *Ensayos de persuasión*, en 1931.

Supongamos, en aras del razonamiento, que dentro de cien años estuviéramos, en promedio, ocho veces mejor, en sentido económico, que hoy. Es indudable que este supuesto no debe considerarse sorprendente.

...Llego a la conclusión de que, suponiendo que no se produzcan importantes ni grandes incrementos de la población, el *problema económico* puede resolverse o por lo menos tener perspectivas de solución dentro de cien años. Esto significa que el problema económico no es —si miramos hacia el futuro— *el problema permanente del género humano*.

19. John Kenneth Galbraith (1958/1999). *La sociedad opulenta*, Ed. Altaya, Barcelona.

¿Por qué, pueden preguntar ustedes, es tan sorprendente? Es sorprendente porque —si en lugar de mirar hacia el futuro miramos hacia el pasado— vemos que el problema económico, la lucha por la subsistencia, ha sido siempre hasta hoy el problema más acuciante del género humano... Hemos sido expresamente desarrollados por la naturaleza —con todos nuestros impulsos y nuestros instintos más profundos— con el fin de resolver el problema económico. Si este problema se resolviera de pronto, la humanidad se vería privada de su finalidad tradicional.

¿Sería un beneficio? Si se creyera en los valores reales de la vida, la perspectiva, por lo menos, nos abriría la posibilidad de un beneficio. Sin embargo, pienso con temor en el reajuste de los hábitos e instintos del hombre corriente, alimentados por incontables generaciones, pidiéndosele que los abandone en unas pocas décadas... Durante muchos años, el viejo Adán será tan fuerte dentro de nosotros que todo el mundo necesitará hacer *algún* trabajo, si quiere sentirse satisfecho... Turnos de tres horas o semanas de quince horas pueden eliminar el problema durante mucho tiempo.

También debemos esperar que se produzcan cambios en otras esferas. Cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los códigos morales. Podremos permitirnos el atrevimiento de dar a la motivación monetaria su verdadero valor. El amor al dinero como posesión —a diferencia del amor al dinero como un medio para gozar de los placeres y realidades de la vida— será reconocido por lo que es, una morbosidad algo repugnante, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que se ponen, encogiendo los hombros, en manos de los especialistas en enfermedades mentales. Todas las clases de costumbres sociales y prácticas económicas, que afectan a la distribución de la riqueza y de las recompensas y sanciones económicas, que ahora mantenemos a toda costa por muy desagradables e injustas que puedan ser en sí mismas, porque son terriblemente útiles para promover la acumulación de capital, serán desechadas por fin porque entonces seremos libres de hacerlo.²⁰

20. John Maynard Keynes (1931/2000). *Ensayos de persuasión*, Ed. Síntesis, Madrid, 2009.

Pero es exactamente aquí donde Keynes se equivocaba. Por más gigantesco que haya llegado a ser el nivel de producción, y aunque la acumulación de capital haya superado los límites de cualquier utilidad concebible, la acumulación de riqueza sigue siendo, y seguirá siendo, de extrema importancia social. Esto fue explicado por Thorstein Veblen basándose en la observación del mundo que le rodeaba y a través del estudio de las evidencias antropológicas existentes, como una consecuencia de la tendencia a la emulación.

Normalmente se considera que la finalidad de la adquisición y la acumulación es el consumo de los bienes acumulados, ya sea el consumo directo por el propietario de los bienes o por el núcleo familiar ligado a él y, para este propósito, identificado teóricamente con él. Esto es visto al menos como el fin económicamente legítimo de la adquisición. Sin duda tal consumo puede ser entendido como que sirve a las necesidades físicas del consumidor—su bienestar físico—o a sus llamadas necesidades superiores: espirituales, estéticas, intelectuales o similares; esta última clase de necesidades es indirectamente satisfecha mediante un gasto de bienes, según el modo conocido por todos los lectores de temas económicos.

Pero es solo cuando se utiliza en un sentido muy alejado de su significado ingenuo, que el consumo de bienes puede permitirse el incentivo del cual, invariablemente, procede la acumulación. El propósito que yace en el origen de la posesión es la emulación; y el mismo propósito de emulación continúa activo en el posterior desarrollo de la institución, a la que ha dado origen, y en el desarrollo de todos esos rasgos de la estructura social, que esta institución de la posesión toca. La posesión de riqueza confiere honor; es una distinción odiosa. Nada igualmente convincente puede decirse del consumo de bienes, ni de ningún otro incentivo concebible de la adquisición, y especialmente menos de cualquier incentivo de la acumulación de riqueza.²¹

Como observase Veblen, la tendencia a emular a otros, especialmente a los propios pares, en la adquisición de propiedades es

21. Thorstein Veblen (1899). *Teoría de la clase ociosa*, FCE, Madrid, 2002.

sinónimo de competitividad, una palabra educada para definir a la codicia. En el capítulo III vimos que la competitividad era la característica esencial de la «buena sociedad» imaginada por von Hayek.

En cierto sentido, la ingenuidad de Keynes resulta conmovedora. Que un hombre tan brillante no haya podido ver la verdadera razón que se esconde detrás del «amor al dinero» se debió a que había sido educado en la teoría económica; una teoría que nunca había analizado seriamente, sino que más bien había aceptado ciegamente, el postulado de utilidad de Bentham. Posteriormente, con la intención de permitir la construcción de modelos matemáticos de equilibrio económico (un fenómeno no observado que por lo tanto no requiere ninguna explicación), ganaría aceptación el concepto de utilidad marginal. Teóricamente se presume que según una persona se hace rica el deseo de ser aún más rica se irá desvaneciendo lentamente. Esto está en completa contradicción con la verdadera motivación que se esconde detrás de la acumulación de riqueza, según lo explica Veblen. En sociedades excepcionalmente predatorias, como se ha vuelto la sociedad actual en las últimas décadas bajo la influencia del neoliberalismo, cada aumento marginal de los ingresos puede percibirse como un aumento de la utilidad. La existencia de un número cada vez mayor de billonarios, y el respeto con el que se les considera, es prueba de ello.

Por otra parte, la predicción de Keynes acerca de un extraordinario aumento del bienestar material de los habitantes de los países ricos ²² sin duda no ha sido del todo desacertada. A propósito, su adorable visión del futuro cuánto dice del pensamiento, y de las limitaciones del pensamiento, de uno de los más influyentes economistas del siglo XX. Pero no es este el tema de este libro y por lo tanto no iremos más allá de destacar que esta sola cita de Keynes deja claro por qué a otros, particularmente a von Hayek, le desagradaban tan intensamente los planteamientos keynesianos.

22. Su uso de *nuestros nietos* en el título del capítulo, y de *estuviéramos* en la primera línea, implica para mí que Keynes tenía en cuenta solo a los descendientes de los entonces habitantes de los países ricos.

La publicidad

Con la finalidad de que los productos y servicios de una productividad en permanente aumento puedan ser vendidos es necesario generar una demanda. La tarea de potenciar las necesidades pertenece al ámbito de la publicidad. En el tipo de publicidad al que estamos expuestos, el tema de la emulación juega un papel importante, aunque a menudo disimulado. Para transmitir el «valor de emulación», son reclutados psicólogos muy bien entrenados que hacen uso de las técnicas más avanzadas de manipulación psicológica. ¿Con qué finalidad? Crear demanda donde de otro modo no habría ninguna.

Aquel que crea que la publicidad tiene como meta presentar al consumidor información objetiva sin duda ha perdido el contacto con la realidad. Casi toda la industria publicitaria se centra en la tarea de hacer que la gente desee cosas que no necesita. Superficialmente podría ser descrita como una franja improductiva de nuestro sistema económico. Nuestra opinión es que es mucho más que eso; es el instrumento mediante el que permanentemente se estimula el crecimiento, instilando de tal modo una actitud de «siempre más» en la mente del público. Ha sido la publicidad la que ha hecho posible invertir el papel de la producción y las necesidades.

Al calcular su Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES) para los Estados Unidos, Daly y Cobb²³ sustraen del bienestar el coste de la publicidad nacional, aunque no incluyen el de la publicidad local. Argumentan que la publicidad local puede tener importancia para el consumidor, pero, en sus propias palabras: «En contraste, la publicidad nacional (especialmente en televisión y en revistas) tiene como objetivo generar la demanda de productos y potenciar la lealtad a determinadas marcas mediante el uso de imágenes que poco tienen que ver con el producto en sí.»

Aunque no discrepamos con los planteamientos de Daly y Cobb, creemos que la importancia de la publicidad no está siendo suficientemente considerada al simplemente asignarle una contribución negativa al bienestar humano sostenible. Su efecto principal es la degradación de los valores humanos. Su acción es mucho más penetrante que la simple inducción para que la gente compre

23. Herman E. Daly y John B. Cobb (1990/1993) *Para el bien común*, FCE, México.

cosas que no necesita. La publicidad afecta a casi todas las facetas de la vida de las personas. Algo especialmente perjudicial para los valores humanos en la promoción de bienes duraderos es la velada aprobación de la conducta emuladora, al identificar el valor de la persona con sus posesiones.

Podríamos expplayarnos mucho más sobre la influencia éticamente indignante de la publicidad sobre la ciudadanía, pero lo dejaremos aquí con una última observación: al acentuar continuamente la ficción de que la posesión de objetos es lo que le da significado a la vida y, más aún, insinuar que sin la posesión de una superabundancia de cosas materiales la vida pierde todo su sentido, la publicidad no hace otra cosa que menospreciar a la vida misma.

Dado que es el motor del crecimiento económico, resulta increíble que la publicidad casi no sea mencionada en los textos económicos convencionales. Esto tiene una explicación muy sencilla. Teniendo en cuenta que la teoría económica postula que las necesidades son intrínsecas al consumidor, además de inmutables, por definición carece de importancia si la publicidad existe o no; al menos teóricamente. Pero no necesita uno ser demasiado inteligente para darse cuenta de que sin la publicidad la actividad económica contemporánea acabaría colapsándose.

El papel de los economistas

En este punto, la única conclusión lógica es que conviene darse prisa para convencer al público de que el crecimiento debe detenerse, y detenerse lo suficientemente rápido como para que no haya una conmoción extrema cuando el petróleo extraído deje de aumentar.²⁴ Y en esto, el papel de los economistas será crucial, porque la gente, para bien o para mal, presta atención a lo que los economistas dicen sobre el futuro.

Desafortunadamente, lo que está aconteciendo en el mundo de la economía es precisamente lo opuesto a lo que sería necesario

24. «Petróleo» es usado aquí para referirnos tanto al crudo como al gas natural. Las reservas de carbón están disponibles en inmensas cantidades, pero se debería construir una enorme infraestructura industrial para facilitar su transporte. Actualmente, la portabilidad de los productos petrolíferos los convierte en piezas clave de la economía mundial.

para lograr la estabilidad, y para asegurar la supervivencia. Hasta la década de 1960, el economista estaba principalmente interesado en el crecimiento como un medio para asegurar el empleo y los beneficios. Había, y sigue habiendo, legítimas preocupaciones en las economías capitalistas sobre si el crecimiento indefinido, aun siendo posible, podría proporcionar una solución estable. Pero, como explicábamos anteriormente, hoy la intangible meta es el crecimiento por el crecimiento mismo. Para contrarrestar la visión sensata de que tal cosa conduciría al desastre, además de ser matemáticamente imposible, han aparecido en la literatura económica dos teorías fantasiosas, a partir de la década de 1960, cuando los problemas ambientales comenzaron a ser urgentes.

La sustituibilidad infinita

La primera de estas teorías (aunque más que de una teoría en sentido correcto se trata de un artículo de fe religiosa) es que la inventiva humana permitirá que cualquier escasez de materias primas naturales pueda ser resuelta mediante la sustitución por materias sintéticas. Hay una miríada de sustancias naturales que son utilizadas por los seres humanos, y solo una mínima parte de ellas ha podido ser sustituida por materiales artificialmente producidos. Estas sustituciones han tenido resultados satisfactorios en algunos casos, mientras que en otros (por ejemplo, el DDT y los CFC) han tenido o están teniendo consecuencias potencialmente desastrosas. La extrapolación hasta el infinito de aquellas que han funcionado bien permitió a los economistas desarrollar la teoría de la sustituibilidad infinita (ver por ejemplo la afirmación de J. L. Simon al comienzo de este capítulo, de que ahora tenemos la tecnología necesaria para producir virtualmente todo lo que necesitamos). No hay ningún fundamento para esta extrapolación, especialmente porque cada problema de sustituibilidad debe ser resuelto individualmente.

Hasta aquí en cuanto a materias primas, pero cuando se trata de la sustituibilidad de fuentes energéticas nos encontramos con un obstáculo mucho mayor: la Primera Ley de la Termodinámica; una ley que ni siquiera el genio humano puede evitar. Sin embargo, el empleo de otra fuente de energía, no utilizada aún, no está prohibido por la Primera Ley. El interrogante es entonces si semejante fuente

está disponible. Sin duda, hay una inmensa cantidad de energía hasta ahora no utilizada proveniente del sol. Pero el consumo (y el atroz despilfarro) energético de la sociedad occidental contemporánea es mucho mayor de lo que podrían aportar las «renovables». Sería técnicamente posible suministrar a una sociedad con una población limitada todo aquello que la gente realmente necesita, con mucho menos energía de la que hoy se consume. Tal cosa podría hacerse fácilmente, de modo totalmente sostenible, con la energía verdaderamente renovable del sol. Pero eso aquí no viene al caso. El quid de nuestra tesis es que un suministro energético cada vez mayor para mantener una producción en constante crecimiento es algo imposible.

Fuentes alternativas de energía

La humanidad ha llegado al límite en la utilización de energía química (combustibles fósiles), y lo que resta por expoliar es la energía del núcleo atómico. Para esto, hay dos posibles candidatas: la fisión de ciertos elementos muy pesados y la fusión de una mezcla de tritio y deuterio; ambos procesos liberan energía del núcleo del átomo.

Después de más de medio siglo de investigación y desarrollo del primer método, subvencionado por los contribuyentes con una suma en torno al billón de dólares, se ha conseguido una aplicación en pequeña escala: en 2001, el 2,7 por ciento del consumo energético mundial era proporcionado por la fisión nuclear.²⁵ Además,

25. Se debe distinguir entre energía útil y energía total. Según la Agencia Internacional de la Energía (AIE), el 6,9 por ciento de la energía *primaria* mundial total es proporcionada por las centrales nucleares. Esto es correcto, pero distorsiona el tema de la cuota nuclear de energía *útil*. La fisión nuclear produce energía calórica, que solo puede utilizarse para generar electricidad; una transformación en la que, por la Segunda Ley de la Termodinámica, dos tercios de la energía calórica se pierde irrevocablemente. Esta es una ley de la naturaleza que ninguna innovación puede «quebrantar». Correctamente calculado, la energía nuclear aporta solo el 2,7 por ciento de la energía *usada* en el mundo. La gran cantidad de calor generada solo puede ser utilizada con seguridad para producir electricidad, debido a que los requerimientos de seguridad exigen el aislamiento absoluto del refrigerante, altamente radiactivo, dentro del edificio del reactor. En principio, se podrían utilizar cambiadores de calor para ofrecer calefacción fuera del edificio, con el fin de aprovechar una parte de la energía perdida, pero la posibilidad de contaminación por filtraciones pondría en riesgo a grandes sectores de población.

ha habido diversos accidentes en reactores de fisión, que han provocado considerable contaminación radiactiva. Pero, tal vez lo más importante sea el almacenamiento seguro de los desechos radiactivos letales, cuya solución sigue estando igual que hace cincuenta años. De todos modos, si nos centramos exclusivamente en su función como fuente de energía, el problema más importante de la nuclear es que el uranio, actualmente utilizado para generar dicha energía, es también un recurso agotable. Hasta ahora, la energía nuclear producida es relativamente poca, y todavía hay disponibles ricos yacimientos de uranio; pero si su uso se multiplicase por diez o por veinte, el mineral potencialmente utilizable (es decir, filones suficientemente ricos como para que su extracción y refinamiento consuman menos energía de la que generan los reactores nucleares) se agotaría rápidamente. Hay también un problema ético con la fisión para el cual, por definición, ninguna innovación técnica puede dar respuesta: la íntima relación existente entre energía nuclear y armas atómicas. Puesto que el conocimiento de cómo fabricar armas nucleares ya no puede perderse, para que el uso de la energía nuclear fuese seguro deberían eliminarse las guerras de nuestro mundo; y habría que ser un optimista redomado para imaginar que esto acontecería en un futuro próximo.

Con la reacción de la fusión de tritio y deuterio existen dos problemas, fundamentalmente diferentes. En primera instancia, un reactor «quemador» en continuo funcionamiento y capaz de proveer de energía útil todavía está por construirse y demostrar que funciona sin inconvenientes durante un período largo. Por otra parte, uno de los dos combustibles, el tritio, existe solo en cantidades minúsculas en la naturaleza. La solución al primer «inconveniente» —que aún no funciona— desde hace 40 años viene siendo predicho por sus protagonistas que estará resuelto de aquí a unos 50 años. No obstante, los costes de la investigación muestran un espectacular crecimiento.

En cuanto al segundo problema, aunque el tritio puede ser producido transformando el litio en una «cubierta» alrededor de un reactor de fusión por medio de una reacción nuclear con los neutrones rápidos de la reacción, no se sabe si es técnicamente posible generar tanto como se quema. Si esto alguna vez será posible no se podrá asegurar hasta que no se construya un quemador que produzca energía útil y pueda ponerse a prueba el ciclo completo.

La imagen general recuerda bastante a la década de 1950, cuando se nos decía que los reactores rápidos de neutrones extraerían más plutonio del uranio de lo que quemarían. Resulta desafortunado leer en las publicaciones de los promotores de la fusión que el litio es considerado el segundo combustible. Esto es una falsedad evidente; no hay tal cosa. Sería, en el mejor de los casos, una fuente teórica del combustible real, el tritio inexistente.

La conclusión de todo esto es que, de las dos fuentes energéticas que se nos dice reemplazarán a los combustibles fósiles que se están agotando rápidamente, una también depende de un recurso que pronto se agotaría si de él dependiese abastecer a toda la sociedad, y el otro no pasa de ser una quimera. Una sociedad industrial necesita una fuente de energía segura y sostenible, sin duda. Una fuente semejante podría ser proporcionada mediante el uso de la luz del sol, pero esa provisión no crecería infinitamente. Si todos pusiéramos el hombro, podríamos alcanzar un mundo así, pero solo sería sostenible si se detuviese el crecimiento demográfico y si la palabra clave *ahorro* reemplazase a la palabra clave *despilfarro* del mundo actual. Tal cosa no sucederá hasta que no nos deshagamos de la creencia de que el crecimiento indefinido es posible y que será posible encontrar una fuente de energía que podrá abastecernos ilimitadamente. Otro problema añadido es que para poder producir un sustituto de cualquier materia prima que tienda a escasear, generalmente será necesaria una enorme cantidad de energía. Si esta energía no está disponible, no tiene sentido pensar que una sustancia hecha por el hombre pueda reemplazar a una materia prima agotada.

La curva de Kuznets ambiental (CKA)

La segunda defensa imaginada para apaciguar los temores de que el crecimiento indefinido podría dañar irrevocablemente al medio ambiente es la idea de que a medida que el PIB aumenta, la contaminación ambiental primero empeora pero luego, si el PIB sube lo suficiente, se corrige. Generalmente esto se plantea así: en las primeras etapas del crecimiento económico, la contaminación está acoplada (o vinculada) al PIB, pero en un cierto momento se desacopla (o desvincula) y la contaminación decrece. Este planteamiento se basa en el desconocimiento o el uso erróneo del concepto

de acoplamiento o vinculación. Una variable dependiente (aquí, la contaminación) que aumenta cuando una variable independiente o «impulsora» (aquí, el PIB) aumenta está sin duda acoplada (o vinculada) a la variable independiente. Pero si disminuye cuando la variable independiente aumenta, no está desacoplada (o desvinculada) de ella, sino tan acoplada (o vinculada) como en el primer caso. El acoplamiento o vinculación es solo funcionalmente diferente. Al debatir esta cuestión es mejor, por lo tanto, dejar de lado la idea de acoplamiento o vinculación, y plantear la hipótesis simplemente, como en la primera oración de este párrafo. La suposición básica es que a medida que la gente se enriquece se vuelve más sensible a la calidad medioambiental y altera su comportamiento para proteger mejor al entorno natural.

Aunque esa era la suposición original, la evidencia empírica presentada para demostrar que tal hipótesis es correcta no se basa en la conducta de las personas. La evidencia proviene de mediciones sobre cómo las concentraciones de algunos contaminantes industriales nocivos varían según el PIB. Se ha hallado que estas concentraciones disminuyen en sitios donde el PIB se ha vuelto relativamente alto. Es este un caso de manual de pensamiento reduccionista. Si la atención se centra en un subconjunto de sustancias contaminantes, no se puede decir nada respecto a la degradación ambiental total causada por una sociedad. Para dar una respuesta adecuada al interrogante, se debería relacionar el PIB con la gama completa de efectos ambientales. Hacer tal cosa de forma cuantitativa es una tarea casi imposible, puesto que exigiría asignarle (de forma subjetiva) factores de ponderación a los diferentes tipos de destrucción ambiental.

Una manera de evitar la dificultad de reunir evidencias empíricas a favor y en contra de la hipótesis CKA es tomar como criterio el uso total de energía de un país o región determinados, como una aproximación razonable a su carga ambiental total. En contradicción con la hipótesis CKA, el consumo energético, y por lo tanto el daño ambiental total, nunca han disminuido, en ningún sitio, con el aumento del PIB. Con relación a esto, la hipótesis CKA resulta refutada. Este argumento deja sin resolver la cuestión de la respuesta «ambiental» de los individuos ante el aumento de la riqueza, pero la solución podemos encontrarla en un trabajo de Spangenberg. Allí presenta un estudio detallado de los muchos indicios de que no

existe una CKA. En particular, el autor demuestra que el punto de partida fundamental de la hipótesis CKA es sencillamente erróneo; es decir, que la gente *no* pone progresivamente más atención en los servicios ambientales ni utiliza sus ingresos de manera más favorable al medio ambiente a medida que se enriquece. La sección de ese trabajo que aquí viene al caso es la siguiente.

Si fuese cierto que el actual patrón de consumo de los ricos refleja las aspiraciones de la mayoría en el futuro, entonces —según esta hipótesis— el impacto ambiental per cápita de los ricos sería inferior al de los sectores pobres de la población, basado en la disponibilidad y asequibilidad de las tecnologías modernas con todas sus ventajas en eficiencia. Sin embargo, si la carga ecológica per cápita de las personas ricas está considerablemente por encima de la media nacional, esto indicaría una tendencia hacia un mayor impacto ambiental a medida que aumentan los ingresos, es decir, el crecimiento.

Esta constatación ha sido probada a partir de datos sobre Alemania, utilizando un sistema de indicadores sobre el consumo doméstico ecológicamente sostenible.²⁶ Este sistema, que proporciona una lista de los patrones de consumo más relevantes desde el punto de vista ambiental, fue aplicado a estadísticas sobre consumo, clasificadas de acuerdo a sectores de ingresos. De tal manera, podía compararse el impacto ambiental de los diversos grupos de ingresos, utilizando una vez más el consumo de recursos (o espacio ambiental) como una medida integrada.

[...] Comparando el grupo con ingresos superiores a 3.800 euros sobre la media nacional, se desprende que viven en apartamentos 30 por ciento superiores a la media, viven en casas unifamiliares casi con el doble de frecuencia que la persona promedio, conducen distancias considerablemente mayores, no utilizan el transporte público, tienen más coches y más grandes (es decir, más consumidores de energía) y vuelan el doble (en kilómetros) en sus vacaciones.

26. S. Lorek y J. H. Spangenberg (2001). «Reichtum und Umwelt». En R. Rilling y K. Stadlinger (eds.) *Reichtum in Deutschland*, Westfälische Dampfboot, Münster, Alemania.

Estos datos indican claramente un aumento significativo de los impactos ambientales en el grupo de población con mayores ingresos. En consecuencia, dado que su patrón de consumo condiciona las aspiraciones del público, una mayor riqueza tenderá a favorecer un mayor consumo de recursos y, por lo tanto, mayores impactos ambientales.²⁷

Por consiguiente, no existe una base empírica para la teoría CKA, sino una sólida base empírica para la hipótesis de que a medida que los ingresos aumentan, la gente escoge estilos de vida más y más contaminantes. Si hay algo más que decir sobre el crecimiento económico, es el *hecho real* de que todo aumento del PIB conduce a una mayor destrucción ambiental. Y, hablando de hechos, resulta llamativo que exista una infinidad de trabajos en publicaciones económicas sobre la CKA en los cuales los autores no se formulan la primera pregunta que se plantearía un alma sencilla: ¿es aplicable la información sobre el impacto ambiental total como una función del PIB? Si no lo es, seguir escribiendo palabras sobre ello equivale a una pérdida de espacio.

La enfermedad incurable

En este capítulo nos hemos referido a las fuerzas que están conduciendo inexorablemente a las sociedades ricas, y con ellas a todos los pobres del mundo, hacia el muro de piedra que nos aguarda al final de la senda del crecimiento ilimitado. Es precisamente aquello que hubiese hecho posible una vida placentera y sin estrés para todos —la extraordinariamente multiplicada *productividad* de la mano de obra— lo que ha escapado a todo control, destruyendo la salud de la biosfera y, con el tiempo, quizá destruyendo también nuestras vidas. Anteriormente citábamos las reflexiones de Keynes sobre qué sería posible en una sociedad cuando el «problema económico» hubiese sido resuelto. Su visión de qué tipo de sociedad podría devenir no es, *a priori*, irrealista.

27. Joachim H. Spangenberg (2001) «The Environmental Kuznets Curve – A Methodological Artefact?». *Population and Environment*, 23(2) (noviembre), pp. 175-91.

Pero la sabiduría poco convencional de Thorstein Veblen nos demuestra que es el deseo básico de emular a los demás en la adquisición ilimitada y el consumo ostentoso lo que ha convertido en irrealizable la visión de Keynes. No es suficiente tener mucho; debemos tener más que nuestros pares, y asegurarnos de que todo el mundo vea cuánto tenemos. Durante más de un siglo las afirmaciones de Veblen se han mantenido sólidas como la roca; el único interrogante relevante sería si existen otras fuerzas sociales que pudiesen movilizarse, en una democracia, para neutralizar esta infinita espiral de crecimiento que está destruyendo a nuestro planeta.

Una comparación de diversos períodos de la historia reciente podría proyectar algo de luz sobre la cuestión. En particular, cuando comparamos las décadas de 1960 y de 1990 tenemos la impresión de que estamos observando dos mundos completamente diferentes. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial existía un grado de solidaridad que hoy resulta inimaginable. Las sociedades occidentales fueron capaces (mediante una enérgica fiscalidad sobre la riqueza) de proporcionar condiciones de vida seguras a un porcentaje elevado de la población como nunca antes en la historia. En el capítulo 3 documentamos la profunda irritación que esto provocaba en los Poppers y los von Hayeks de nuestro mundo. Se opusieron con garras y dientes, y acabaron ganando la contienda. Se inició la era Thatcher-Reagan y desde ese momento, y por un largo período, el mundo no volvería a ser el mismo. Como consecuencia, el número de ricos, muy ricos y ultrarricos aumentó espectacularmente, al mismo tiempo que se iba reduciendo la seguridad de las personas comunes. Este proceso continúa, y todavía no se vislumbra el fondo.

Pero al mismo tiempo, el crecimiento económico que podría haber hecho posible el mundo con el que soñaba Keynes pasó de ser una medicina milagrosa a convertirse en una enfermedad mortal. Resulta adecuado cerrar este capítulo con una cita de John Kenneth Galbraith.

Una cosa es amueblar una habitación vacía. Continuar acumulando muebles hasta que los cimientos cedan es algo completamente diferente. Haber fracasado en resolver el problema de producir bienes hubiese supuesto que el hombre continuase

en su ancestral y doloroso infortunio. Pero ser incapaces de ver que ya hemos resuelto ese problema, y que por lo tanto nos toca proceder a otras tareas, sería sin duda igualmente trágico.²⁸

¿Es este el fin de la historia? Mientras que la competencia continúe siendo el sello distintivo de esta sociedad, la respuesta será sí. En el capítulo III analizamos la posibilidad, necesaria en nuestra visión de lo que significa una sociedad bien ordenada, de equilibrar la competitividad con la solidaridad y la cooperación. Bajo la bandera neoliberal, la competitividad, la codicia, se han llevado el gato al agua; el único eslógan que se escucha es «Compíte agresivamente, produce más». Para nosotros, está claro que el comportamiento extremadamente predador, expresado mediante este eslogan, está motivado por la codicia, una característica demasiado humana que, como se señala en la introducción a este libro, durante siglos y hasta la llegada del mundo neoliberal a comienzos de los años setenta, había sido condenada como inmoral por todas las grandes religiones y escuelas de pensamiento filosófico.

Este libro es poco convencional, porque lo convencional sería esperar que el autor o autora de un libro que critica a la sociedad acabase afirmando que hay signos de que la situación puede mejorar. Pero, hablando sin rodeos, no percibimos señales que justifiquen algún optimismo sobre la cuestión. El único factor de optimismo quizá lo encontremos en las acciones de la sociedad civil, como veremos de exponer al final del libro. En el próximo capítulo analizaremos el panorama internacional, y allí las perspectivas son, en nuestra opinión, aun menos alentadoras; por la simple razón de que las naciones poderosas no se sienten condicionadas por normas de decencia ni por el respeto a las opiniones de sus pares, como a veces sí hacen algunos individuos poderosos dentro del ámbito nacional.

28. John Kenneth Galbraith (1958). *La sociedad opulenta*, Ed. Altaya, Barcelona, 1999.

VII. LA GLOBALIZACIÓN

En este capítulo analizaremos la distribución de la riqueza y el poder, pero no dentro de las naciones, sino a través de naciones y regiones. Después de la destrucción del consenso keynesiano —la aceptación de los principios de Keynes después del crack de 1929— solo faltaba un breve paso a favor del consenso neoliberal (o «de Washington») que señalaría el renacimiento del régimen comercial colonial que se había visto amenazado por los procesos de descolonización desencadenados al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Para que esto fuese posible, era necesario que se cumpliera un número de condiciones, pero la más importante fue la «crisis de la deuda» de la década de 1970, que dejó a la mayoría de los países pobres tan endeudados que no tuvieron forma de defender sus economías. De tal modo que fueron incapaces —como explicaremos en la segunda parte de este capítulo— de escapar de las garras del ajuste estructural (AE) impuesto por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que convirtieron su endeudamiento temporal en inferioridad estructural permanente y, mediante esto, en persistente desamparo.

En el siglo XVIII, la cuestión de si el libre comercio era bueno o malo era juzgada de forma completamente diferente por parte de los economistas de un país, que intentaba desarrollarse como sociedad industrial, o por aquellos de un país que buscaban mantener y reforzar su superioridad comercial y hallar nuevos mercados para sus productos industriales. En ese período, la decisión de proteger las «industrias nacientes» de un país podía ser tomada por el país

mismo, puesto que no existía nada como la Organización Mundial del Comercio (OMC) que se lo impidiese. Algunos países establecieron muros arancelarios protectores que les permitieron lograr, en poco tiempo, un grado de industrialización y riqueza comparables o superiores a los de la Inglaterra de entonces, que fue el primer país en industrializarse. Con la obvia excepción de Inglaterra, todas las actuales naciones industrializadas poderosas lo lograron dotándose de protección, de una u otra manera. El vástago más joven de la familia fue Japón. Durante mucho tiempo, mantuvo una defensa acorazada de su propia industria, pero ahora que busca mercados internacionales se ha unido con entusiasmo a la manada que aúlla a favor del libre mercado.

A pesar de su probada efectividad como una vía a la independencia, en el moderno discurso desarrollista el concepto de autarquía se ha convertido en una mala palabra, y la empíricamente demostrada necesidad de proteger a la industria nacional ha sido reemplazada por la completamente imaginaria necesidad de promover la inversión extranjera directa (IED) como la mejor vía al desarrollo. El libre comercio es, en este discurso, una «buena cosa» pues fomenta la «integración dentro de la economía mundial» de los países económicamente débiles; implicando, en flagrante contradicción con los hechos observables, que esta integración es una condición necesaria para su bienestar en el futuro. Otro elemento del actual discurso del consenso desarrollista es que el mismo desarrollo es prácticamente sinónimo del aumento del PIB, y que las naciones pobres lo alcanzarán mediante el aumento de sus exportaciones de materias primas y productos agrícolas, no a través del desarrollo de su base industrial nacional. Parte integrante de esta visión es que el desarrollo puede medirse físicamente, mientras que las personas solo son instrumentos en el proceso, no aquellos para quienes la meta es la libertad.

Un discurso es algo más que la manera en que alguien aborda un determinado tema; también incluye las acciones que se derivan de él. A continuación mostraremos, primero cómo la aplicación del discurso actual mantiene a los países en desarrollo en la servidumbre permanente y tiende a destruir su base natural de recursos; la base necesaria para alcanzar un futuro sostenible, si las deudas impagables no lo hubiesen convertido en algo inalcanzable. Un discurso

diferente es el propuesto por Amartya Sen.¹ Este discurso puede ser descrito como *discurso de la libertad*, en el que el desarrollo es visto como un aumento de la libertad de elegir y de la libertad de acción, de las personas y las comunidades. Esta diferencia de discursos será de utilidad más adelante en este capítulo, cuando disecionemos el significado de la expresión «capital humano».

Libertad y economía global

El pilar sobre el que se asienta la libertad de un país es la libertad de controlar su propia economía. La propia existencia de la OMC está en contradicción con el discurso de la libertad de Sen, puesto que elimina, desde el principio, la libertad de cada país para hacer tal cosa. Es una pena que Sen no mencione esta constatación en la amplia discusión incluida en su libro sobre lo que significa el «desarrollo como libertad».

La amarga realidad es que con la «economía mundial» controlada por las empresas multinacionales asentadas en los países del G8 (en parte, directamente, y en parte a través del control que ejercen sobre las instituciones de Bretton Woods y sobre la OMC), la «integración en la economía mundial» se ha convertido en un educado eufemismo de «sometimiento a los poderosos» y muy lejos de la libertad sobre la que se basa el discurso de Sen. El enorme y cada vez mayor flujo de riqueza de los países pobres a los países ricos, que actualmente está teniendo lugar bajo el régimen de la integración está perfectamente probado, aun en las publicaciones del Banco Mundial, razón por la que se hace difícil no acusar de hipocresía a quienes elogian la integración como la vía que lleva al bienestar universal.

Mientras que es de dominio público que la finalidad de cualquier banco común es la de enriquecer al banquero, parece haber una notable universalidad en la creencia de que el Banco Mundial es diferente; como mínimo altruista, si no abiertamente benevolente. Semejante ingenuidad roza con la necedad. El hecho de que

1. Ver Amartya Sen, *Development as Freedom* (1990), Random House, Nueva York. No sería apropiado aquí hacer un análisis detallado del punto de vista de Sen sobre el desarrollo. En la última sección de este capítulo analizamos en detalle sus criterios sobre el mercado de trabajo y los mercados en general, y explicamos por qué dudamos en concederles carta blanca.

el término simplista de «naciones donantes» sea aceptado como denominación apropiada para los estados que aportan capital para los préstamos concedidos por el Banco Mundial demuestra cómo la repetición superficial puede favorecer la aceptación como verdad de hasta la más obvia falsedad.

Otro punto que conviene que aclaremos es que cuando hablamos de «las naciones ricas» como si existiese un grupo homogéneo de iguales, tal imagen dista mucho de ser real. Desde hace algún tiempo, los Estados Unidos de América han sido «más iguales» que los demás. Este cambio de poder comenzó inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, y desde fines de la Segunda Guerra Mundial, los EE UU se convirtieron en el principal poder capitalista, con aquellas naciones que en el pasado eran sus iguales, reducidas al estado de vasallas. Las instituciones de Bretton Woods (el FMI y el Banco Mundial) fueron diseñadas con el fin específico de congelar permanentemente esta situación, con el dólar estadounidense como eterna medida mundial de valor. Keynes, ingenuo como era políticamente, tenía una visión bastante diferente de la paz y la justicia, y después de la Conferencia de Bretton Woods regresó a su casa bastante decepcionado, para morir poco después. Sin embargo, a partir del desastre de Vietnam, la posición del dólar se ha situado bajo presión debido a las exigencias financieras de toda guerra; en épocas recientes, esta presión se ha incrementado enormemente debido a la política exterior estadounidense de predominio militar.

Bretton Woods, la Organización Mundial del Comercio y el ajuste estructural

La imposición del «libre mercado» en todos los países, como condición necesaria para la «integración en la economía mundial» antes mencionada, comenzó a tomar impulso en los años setenta con los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y del FMI. Posteriormente alcanzaría un mayor refinamiento, al concluir la Ronda Uruguay, según las reglas de la recientemente creada Organización Mundial del Comercio. La consecuencia es que las naciones industrializadas actualmente poderosas (por ejemplo, el G8) tienen poco que temer de la competencia industrial de los países en desarrollo verdaderamente pobres. Para entender por qué esto es así, es esencial que olvidemos la

ilusión de que la industrialización tiene lugar si en un país se construyen fábricas. La industrialización solo se concreta cuando se mantiene el control nacional sobre la educación (técnica), las infraestructuras y las tecnologías necesarias para la industria. Si las empresas multinacionales controlan estos factores, solo se puede hablar de neocolonialismo, no de industrialización, puesto que el resultado final es que el único papel que juega la población es el de proporcionar mano de obra barata mientras que los beneficios van a las metrópolis; es decir, donde las corporaciones inversoras tienen sus sedes. Según el actual estado de cosas, está por demás decir que la existencia de pobreza es una condición *sine qua non* para que el modelo neoliberal pueda reproducirse.

También deberíamos dejar claro que aunque la industrialización ha sido durante doscientos años la palabra clave para describir el camino que una nación debe recorrer para lograr una posición de independencia y respeto dentro de la comunidad mundial, no ha conducido al Valhalla* a ninguna y, a menos que se la detenga pronto, conducirá finalmente a la destrucción de la capacidad de la biosfera para mantener la vida. En el capítulo anterior explicamos su origen por la incompatibilidad de nuestro sistema monetario preindustrial (o quizá mejor, prehistórico), que confunde dinero con riqueza, con las limitaciones del mundo natural. Como mostramos aquí, esta incompatibilidad ha seducido al mundo rico llevándole a la irracional creencia en un crecimiento indefinido y la consiguiente adoración de una producción cada vez mayor e interminable. De continuar por este rumbo acabaremos chocando contra el muro del agotamiento de los recursos y la destrucción de los ecosistemas.

Pero, aunque la industrialización, según hoy se practica, conduce finalmente a la sociedad a un *cul de sac*, el hecho es que a menos, y hasta que, el actual discurso del desarrollo no sea reemplazado por algo más afín al discurso de la libertad propuesto por Sen, tendremos que vivir en un mundo en el que la única manera en que una nación logre el control sobre su propio destino será industrializándose. Por el contrario, la adopción del discurso de Sen además de abrir el camino a la colaboración en lugar del sometimiento, proporcionaría una vía de escape que nos distanciaría de la catastrófica colisión con

* En la mitología nórdica Valhalla (salón de los muertos) representa el lugar al que conducen las valquirias a los muertos.

el mundo físico, a la que los países ricos se están aproximando, tan alegre como ciegamente.

La profesión económica, con la excepción de los economistas ecológicos, es actualmente unánime en su apoyo al libre comercio, mientras que hace cien años tal unanimidad no existía. Que esta unanimidad incluya también a economistas de los países pobres, que solo pierden con el libre comercio, se ha logrado en gran medida por el concentrado esfuerzo de reclutar a prometedores economistas jóvenes de los países en desarrollo —especialmente por parte de EE UU— ofreciéndoles becas de estudio para que aprendan las maravillas del neoliberalismo. Muy pocos economistas profesionales de países pobres logran cierta influencia, si no han tenido la ventaja de semejante entrenamiento en EE UU u otro país avanzado, especialmente después de la desaparición del imperio soviético. Y cuando lo logran, son vulnerables, como lo demuestra el caso del antiguo ministro de medio ambiente de Brasil, José Lutzenberger. Cometió el fatal error de criticar una nota interna especialmente brutal (filtrada por la comunidad ecologista) de L. Summers, fechada el 12 de diciembre de 1991; en esa época Summers era economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial (posteriormente sería Secretario del Tesoro del presidente Clinton). En esa nota Summers afirmaba que la política económicamente correcta para la eliminación de productos ecológicamente peligrosos era transportarlos a vertederos en países en desarrollo (que, según su parecer, estarían extremadamente subcontaminados). Lutzenberger escribió a Summers manifestando su completo desacuerdo con tales propuestas (definiéndolas como «totalmente descabelladas»), e inmediatamente fue apartado de su puesto. Podemos imaginar de dónde provinieron las órdenes. Las consideraciones económicas «puras» de Summers son un ejemplo de libro de texto de pensamiento reduccionista que, al ponerse en práctica, tiene resultados inhumanos.²

2. No queremos explayarnos sobre este punto, pero será de ayuda al lector no familiarizado con el patrón de pensamiento sobre el que se basa el análisis de Summer señalar que en el pensamiento económico ortodoxo se calcula el coste de la gente que muere, por ejemplo como consecuencia del vertido de productos venenosos, asignándole a cada muerte un coste igual a los ingresos (de toda su vida) del fallecido. Por lo tanto, resulta mucho menos «costoso» cuando muere gente pobre que cuando muere gente rica y de allí que sea económicamente mejor envenenar a los habitantes de un país pobre que a los de un país rico.

El papel específico de las instituciones de Bretton Woods (IBW)

La espina dorsal institucional del nuevo colonialismo, como señalásemos anteriormente, está constituida por el Banco Mundial y el FMI. Después de que McNamara accediese a la dirección del Banco Mundial, a comienzos de 1968, los préstamos a países pobres aumentaron espectacularmente. Tales préstamos eran concedidos para desarrollar proyectos gigantescos, a veces prácticamente impuestos a sus receptores. En gran medida, estos proyectos tenían como finalidad crear o incrementar la capacidad exportadora de productos agrícolas o extractivos de los países pobres, con el propósito declarado (de acuerdo al discurso del desarrollo) de favorecer la creación de riqueza. Se tendría que ser bastante ingenuo para creer que McNamara y sus secuaces de las IBW no sabían que esto conduciría a la sobreproducción y a la consiguiente caída de los precios en el mercado mundial, con la previsible consecuencia de que las inmensas deudas contraídas para la construcción de infraestructuras jamás podrían ser devueltas. Una consecuencia adicional, atractiva para quienes controlaban los flujos de capitales, fue que los habitantes de los países ricos pagarían menos que antes por los productos de los países pobres.³

Es como si McNamara comprendiese, después de sus años como Secretario de Defensa del presidente Johnson durante la guerra de Vietnam, que era incluso extremadamente difícil destruir un pequeño país rural mediante la fuerza militar, por más que fueses la nación más poderosa militarmente de todo el planeta. Peor todavía, esta intención acabaría por encontrarse con una devastadora oposición en el frente interno. Al pasar a dirigir el Banco Mundial, McNamara decidió cambiar de táctica: es mucho más sencillo dominar y oprimir a los países pequeños mediante la doble táctica de tentarlos a contraer grandes deudas con la promesa de abundancia, a la vez que se provoca el hundimiento de los mercados mundiales para que las deudas nunca puedan acabar de pagarse. Tales tácticas fueron silenciosamente planificadas en salones de juntas para que no hubiese oposición interna ni soldados que perdiesen la vida. John Perkins

3. Los cambios básicos realizados por Wolfensohn, a partir de 1995, en las políticas del Banco Mundial y su efectividad son analizadas más adelante.

ha hecho una impresionante descripción de los siniestros motivos que se esconden detrás de estas políticas.⁴

El siguiente paso lógico fue inevitable. Los países deudores fueron obligados a abrir sus fronteras a la importación de productos manufacturados procedentes de los países ricos. Esto tuvo dos consecuencias. Primero, los beneficios de las ventas, y segundo, las ya enormes deudas continuaron creciendo y haciendo todavía más difícil la posibilidad de saldarlas. Esta fue la táctica empleada, denominada eufemísticamente «ajuste estructural» (préstamos con condiciones incorporadas) para otorgarle una imagen benigna ante el público, y funcionó de maravilla. En la segunda sección de este capítulo analizaremos un caso ejemplar de lo que esto ha significado para un país pobre, Costa Rica.

En 1995 James Wolfensohn accedió a la presidencia del Banco Mundial y decidió cambiar la orientación de la asistencia a los países en desarrollo a partir de grandes proyectos en infraestructuras a la eliminación concreta de la pobreza. Esta decisión fue bien recibida por las ONG que reivindicaban una ayuda más efectiva a los países pobres, pero criticada como «blanda» por la mayoría de las agencias oficiales de asistencia al desarrollo. No está claro si, a largo plazo, tal cambio ha resultado efectivo: las deudas aplastantes siguen allí, los mercados mundiales no han mostrado mejoría y, sobre todo, el problema básico de la independencia tecnológica continúa sin ser abordado. Además de estas dificultades, el enfoque de Wolfensohn requiere una adhesión resuelta y a largo plazo al programa, y los caprichos de la política internacional hacen probable que EE UU prefiera un enfoque más realista. No podemos olvidar que EE UU es quien finalmente determina lo que las instituciones de Bretton Woods pueden o no pueden hacer. En última instancia, como ha sucedido una y otra vez en las organizaciones internacionales, EE UU puede recurrir a la remoción de los funcionarios recalcitrantes.

Las suposiciones erróneas de la asistencia al desarrollo

Pero si la tarea esencial de las IBW es mantener permanentemente maniatados a los países pobres como proveedores de mano de obra y

4. John Perkins (2004). *Confesiones de un gángster económico*, Ed. Urano, Barcelona, 2005.

productos baratos, irónicamente todas las ONG de los países industrializados que trabajan en la «asistencia al desarrollo» luchan denodadamente por el derecho de los países pobres a exportar productos agrícolas y materias primas a los países ricos. Todos aquellos que se suman a las barricadas para «proteger» a los países pobres insisten unánimemente en que se deben eliminar las limitaciones, las cuotas y los aranceles a los productos industriales y extractivos de los países pobres importados por los países ricos. Esto suena muy noble, y en la mayoría de los casos se origina en el deseo real de ayudar a los demás, pero también confirma la complicidad de las ONG en el mantenimiento de los países en desarrollo en una condición de subclase. Si la asistencia al desarrollo ha de incrementar la libertad de elección (para utilizar la expresión de Sen) de los países pobres, aquellos individuos e instituciones bienintencionados deben comenzar a entender que vincular exclusivamente la economía al comercio de exportación, especialmente de materias primas y productos agrícolas, condena a los países pobres a la indefensión y a la sumisión permanentes.

Sin duda, las ONG para el desarrollo se oponen a los subsidios concedidos a agricultores de los países ricos que exportan sus productos a países pobres, y eso es lo que deben hacer. Tales subsidios son éticamente injustos y deben ser eliminados porque destruyen las oportunidades de los productores de países pobres de ganar, más allá de la miseria que el mercado agrícola mundial le ofrece por sus productos, esa calderilla que de otro modo obtendrían en los mercados locales. Últimamente, esto está siendo mal visto y finalmente acabará por eliminarse.

A fin de cuentas, la asistencia para el fortalecimiento de las capacidades técnicas nativas es la única ruta que puede conducir a la libertad en el mundo actual y, hasta donde podemos ver, en el mundo del futuro. Pero, a menos que tal fortalecimiento sea respaldado por una política de autarquía, estará condenado a fracasar debido a la abrumadora superioridad de los países ya industrializados. Las industrias que se ponen en marcha deberían estar protegidas contra las poderosas y diametralmente opuestas políticas de la OMC.

La verdadera cara del desarrollo

La política de mantener permanentemente a los países pobres en un nivel inferior de bienestar e independencia tiene el mismo olor

desagradable que la caridad dada por las damas victorianas a los pobres que se la mereciesen. También tiene el mismo velado propósito: concretamente, mantener el *statu quo* alentando a los pobres a permanecer pobres y vivir de la caridad; en nuestro caso, asegurarse de que los países pobres nunca serán capaces de desarrollar una base industrial viable que les permita escapar de la pobreza. Lo que empeora la situación es que los productos de exportación son producidos por trabajadores mal pagados utilizando métodos de la moderna agricultura industrial, frecuentemente en inmensas extensiones de tierras fértiles que han sido adquiridas por empresas multinacionales en las metrópolis. La producción autóctona de alimentos es, literalmente, empujada hacia los bordes; las tierras cada vez más pobres de las laderas montañosas, mientras que gran parte de las ganancias de la agricultura industrial no benefician a los pobres del país, sino que acaban en las metrópolis. Bajo este régimen, iniciado hace más de treinta años con los programas de ajuste estructural, un país tras otro se ha visto obligado a comenzar a importar alimentos básicos que anteriormente cultivaban en cantidad suficiente como para alimentar a su población.

En esta línea, un caso dramático ha sido el de México, como consecuencia del Tratado de Libre Comercio para América del Norte (NAFTA). México es el sitio del planeta donde se originó el maíz. El maíz no solo ha sido un componente importante de la economía rural del país, sino que además tiene una profunda importancia espiritual en la cultura popular desde la época de los mayas, y antes aún. Hoy, como consecuencia del NAFTA, casi la mitad del maíz consumido en México es importado de Estados Unidos. Toda la producción está subsidiada, y una gran parte es transgénica; es decir, modificada genéticamente. El resultado ha sido decenas de miles de campesinos obligados a dejar sus tierras para buscar un puesto de trabajo inexistente en las grandes áreas urbanas. Peor aún, muchas variedades locales de maíz se han visto severamente dañadas o han desaparecido debido a la polinización cruzada con variedades transgénicas. Pero el PIB de México ha crecido uno o dos puntos y esto, según la doctrina neoliberal, es la única cosa que verdaderamente importa.

Mientras tanto no se hace nada, salvo con gran esfuerzo y a pesar de la disuasión de quienes brindan «ayuda», para fortalecer un *know-*

how técnico nativo que permitiría al país lograr su independencia. Si las instituciones de Bretton Woods desearan verdaderamente ayudar a los países pobres a desarrollarse en el sentido establecido por Sen, establecerían amplios programas para capacitar a millones de personas en destrezas técnicas para que pudiesen no solo trabajar sino gestionar las industrias de sus propios países donde se producen sus propios productos. La gente dispondría entonces de la libertad de elección que para Sen es la meta del desarrollo.

Las sombras del pasado persisten en el presente

Nada de esto es nuevo. Los conquistadores ingleses de la India se encontraron con una revolución industrial comenzando a florecer. Los conquistadores destruyeron toda la maquinaria que pudieron hallar y se les prohibió a los indios desarrollar cualquier actividad industrial. Ya es hora de que aquellas personas de los países ricos que verdaderamente desean ayudar a sus hermanos «de piel oscura» despierten a la realidad que antes mencionábamos: la globalización no solo es una política negativa para los países pobres, es que no se diferencia un ápice del colonialismo de antaño. Los nietos de quienes hablan tan elocuentemente de su sagrado (habitualmente «cristiano») deber de sacar de la barbarie a «la carga del hombre blanco» de piel oscura, para traerlos a nuestro nivel de civilización, están actualmente diciendo que debemos ayudar a los países pobres para que se integren en el mercado mundial; de tal manera, sus ciudadanos podrán disfrutar del privilegio de trabajar en fábricas o granjas industriales, propiedad de las corporaciones de las metrópolis, por salarios tan bajos que no tendrán por qué preocuparse de sus ahorros, donde los sindicatos están prohibidos y de tal forma no necesitarán preocuparse sobre el mejoramiento de las condiciones de trabajo, donde no existen molestas normas de seguridad que respetar, y donde nunca necesitarán rellenar un complicado formulario en caso de tener un accidente laboral, porque cualquier compensación para los trabajadores es allí algo desconocido.

Hemos hecho recaer la culpa de las actuales políticas de «desarrollo» directamente en los inversores (necesariamente, apoyados por sus gobiernos) de las metrópolis. Esto, de hecho, es correcto, pero esconde una alianza *non-sancta* entre la élite rica y opresora, que

controla esos países, y su contraparte en las metrópolis. El «fracaso» de las nascentes democracias en algunos países en desarrollo fue, sin duda, directamente debido a la intervención de la CIA, cuya tarea puede definirse como la subversión de los gobiernos de los países periféricos que amenacen con alterar el proceso de neocolonización descrito en este capítulo. Por otra parte, es probable que sin la activa cooperación de las élites locales, algunas de estas intervenciones podrían muy bien haber fracasado.

Este libro se ha centrado en los fundamentos de la disciplina económica, sobre la postura adoptada por los economistas ortodoxos, y sobre el empeño de los poderosos para proteger su cuota de riqueza y poder. No sería adecuado en este capítulo, centrado como está en el comercio, el poder y las relaciones financieras entre las metrópolis y los países colonizados, ignorar el importante papel de las élites de los países pobres a la hora de respaldar las políticas colonizadoras de las metrópolis. Sin duda, son espléndidamente recompensadas por tal respaldo y tienen más en común con los habitantes de la Quinta Avenida de lo que estos tienen en común con los habitantes del South Bronx. Nuestra experiencia en países en desarrollo es que sus élites están orgullosas de ello. Los funcionarios locales del Banco Mundial están también honestamente convencidos de que las políticas de esa institución son benéficas. Difícilmente podría ser de otra manera, dado que generalmente tienen estrechas conexiones con la élite que se beneficia directamente de estas políticas.

En este recuento hemos enfatizado el lado oscuro de la estructura de nuestra sociedad, posicionándonos en directa oposición a la sabiduría convencional. Un lector razonable tiene todo el derecho de reclamar evidencias de las consecuencias para, y en, los países pobres de este planeta. El siguiente relato de la suerte de Costa Rica, basado en gran medida en investigaciones independientes, corrobora la imagen que hasta aquí hemos presentado.

Los efectos del ajuste estructural en Costa Rica

El caso de Costa Rica es especialmente adecuado para ser analizado en este capítulo porque, por una parte, es un típico país en desarrollo pero, por otro lado, es un caso especial porque fue el primer país latinoamericano en declarar que condicionaría sus políticas para

favorecer un desarrollo sostenible. Por tal razón resulta sumamente relevante ver cómo afectaron a este sueño de futuro las políticas diseñadas por las instituciones de Bretton Woods. El presidente que asumió el poder en 1994, José Figueres, reiteró esta meta, pero si analizamos los datos de las dos décadas anteriores veremos que ya era demasiado tarde para modificar el rumbo. La información aquí presentada se basa en las investigaciones de la Dra. Martha Rosemeyer,⁵ difundidas en la conferencia de la Red de Ingenieros y Científicos para la Responsabilidad Global (INES) que tuvo lugar en Amsterdam en 1996.

La tormenta se avecina

En la década de 1970, Costa Rica padeció severamente la crisis del petróleo y la caída de los precios de los productos agrícolas en el mercado mundial. No obstante, era un país que podía alimentarse a sí mismo y promover una serie de medidas a favor de la justicia social, en parte mediante la imposición de aranceles a la importación de bienes suntuarios. También fue único porque había eliminado su ejército o, para ser exactos, había reducido su fuerza militar a un cuerpo policial de unos 6.000 efectivos. La Tabla 1 muestra las deudas externas de Costa Rica entre 1970 y 1991. Está claro que las deudas en aumento fueron una razón para preocuparse, y el gobierno se remitió a las llamadas naciones donantes para solicitar asistencia. Dicha asistencia fue concedida (comenzando aproximadamente en 1980), pero con la condición, establecida por las IBW, de que el gasto gubernamental en salud, educación y seguridad social debía reducirse, y que la economía debía basarse en las exportaciones. Se eliminaron los aranceles sobre los bienes suntuarios y el mantenimiento del precio a los agricultores que producían cultivos de subsistencia (arroz, frijoles y maíz) fue eliminado. Estas medidas para la reducción del gasto en el sector social (parte importante también del ajuste estructural) tuvieron la aun más desastrosa consecuencia de destruir el tejido social de un país que había demostrado ser

5. M. Rosemeyer (1997). «Challenges to sustainable agriculture in Central America». En P. B. Smith y A. Tenner (eds.) *Dimensions of Sustainability*, Actas del Congreso «Los desafíos del desarrollo sostenible». Amsterdam, 22-25 de agosto de 1996.

capaz, por sí mismo, de permitir a todos sus ciudadanos tener una vida digna y segura.

Tabla 1
Deuda a largo plazo de Costa Rica en millones de dólares (1982)

Año	Deuda	Año	Deuda
1970	611	1981	2.829
1971	672	1982	2.851
1972	782	1983	3.554
1973	871	1984	3.380
1974	994	1985	3.584
1975	1.226	1986	3.571
1976	1.428	1987	3.491
1977	1.743	1988	3.202
1978	2.065	1989	2.967
1979	2.335	1990	2.515*
1980	2.529	1991	2.628

* Mil millones de dólares perdonados.

Fuente: Banco Mundial, Washington DC, World Tables 1991 & 1994, pp. 202-203 & 222-223.

Las cifras de la deuda han sido corregidas de acuerdo a la inflación. De no haber sido porque se le perdonaron mil millones de dólares, en 1990 la deuda corregida según la inflación hubiese alcanzado los 3.340 millones, cuando diez años antes, al comenzar a aplicarse los programas de ajuste estructural que eran promocionados como la vía para que un país saldase su deuda, era de 2.529 millones.

El ajuste estructural destruye el sueño costarricense

Las consecuencias detalladas de estas medidas se muestran en las Tablas 2 y 3 y en la Figura 2. La importación de artículos suntuarios, mostrada en la Tabla 2, se multiplicó por un factor de 4,1, en dólares constantes, tan solo nueve años. Esto significó bonanza para los ricos,

empobrecimiento para la gente común, y un desastre para los pobres. Los primeros pudieron adoptar un estilo de vida comparable al de los ricos de EE UU. Los agricultores pobres, privados del tradicional mantenimiento de los precios, perdieron sus tierras, y pasaron a ser mano de obra alquilada en las extensas plantaciones de cultivos para la exportación o se vieron reducidos a la condición de invasores de terrenos. El efecto de la importación de productos industriales sobre el desarrollo de las industrias del país es obvio. Como indicábamos anteriormente en este capítulo, un país no puede levantar un parque industrial nativo a menos que en las primeras etapas sus industrias estén protegidas de la competencia extranjera por el gobierno. Tal ha sido la historia de todas las naciones industrializadas. Las políticas de las IBW, especialmente el ajuste estructural, y posteriormente los mandatos de la OMC, han sido diseñados para asegurarse de que tal cosa nunca suceda en los países en desarrollo.

Bajo el régimen de ajuste estructural, las multinacionales agrícolas se apropian de grandes áreas de las tierras más fértiles y niveladas (en parte, tierras de las que los pobres han sido expulsados) y utilizan técnicas agrícolas altamente mecanizadas. La dimensión social está parcialmente ilustrada por el incremento de los efectivos policiales de 6.000 a 10.500 entre 1980 y 1990. Hay evidencias que este aumento se debió al menos en parte a la necesidad de expulsar a

Tabla 2

Aumento de las importaciones de bienes suntuarios en millones de dólares constantes (1982), después de que los aranceles de importación fuesen eliminados de acuerdo a las medidas de ajuste estructural

Bienes suntuarios	1982	1991
Golosinas	0,3	3,0
Instrumentos musicales	0,3	6,4
Juguetes	0,8	8,9
Automóviles	3,7	31,6
Bebidas alcohólicas	4,6	5,5
Muebles para el hogar y electrodomésticos	13,1	38,2
Total	22,8	93,6

Fuente: Banco Central, Balanza de pagos, 1982 & 1991.

los invasores de terrenos que desesperadamente trataban de cultivar pequeñas parcelas en los bordes de vastas explotaciones agrícolas operadas industrialmente.

El balance financiero y social

Las exportaciones aumentaron espectacularmente a partir de la puesta en práctica de las nuevas políticas. El crecimiento fue tan notable que en 1991 el Banco Mundial anunció que Costa Rica era un caso ejemplar de cómo el ajuste estructural podía enriquecer a un país, y para que se viese mejor aún, «perdonaron» a Costa Rica mil millones de dólares de la creciente deuda contraída en la década de 1980. Las cifras de los gastos gubernamentales en el sector social se muestran en la Tabla 3. Lucen mal, pero ni siquiera estas cifras brindan una imagen clara del impacto humano de semejantes políticas.

Las consecuencias fueron explicitadas en un informe del Centro de Ciencias Tropicales y el Instituto para los Recursos Mundiales (WRI) de Washington DC. Costa Rica había estado orgullosa de su programa social, que comenzó en 1948 cuando se abolió el ejército

Tabla 3

Índice de los gastos por sector social como porcentaje de los gastos gubernamentales. Las columnas de Educación, Salud y Social muestran las tendencias relativas de los gastos en el sector social durante el período considerado. La columna del Total es la suma ponderada de estos gastos.

	Educación	Salud	Social	Total
1980	100	100	100	100
1981	101,3	80,9	83,8	87,9
1982	90,6	70,6	90,0	80,4
1983	81,2	66,4	77,5	73,1
1984	81,9	63,0	100	75,4
1985	85,2	64,3	111,3	79,1
1986	85,9	64,3	131,3	82,8
1987	91,9	67,7	153,8	90,3
1988	86,6	67,7	153,8	88,6

Fuente: *Anuario estadístico para América Latina y el Caribe, 1990.*

y se iniciaron los programas social y educativo. El programa educacional fue espectacularmente exitoso, alcanzándose una tasa de alfabetización del 97 por ciento. El sistema de atención sanitaria era tan efectivo que, en este país relativamente pobre, la tasa de mortalidad infantil era la segunda más baja de toda América Latina.

Todo esto cambió en los años ochenta. Entre 1980 y 1985 el gasto en educación se redujo un 30 por ciento. Este decrecimiento afectó directamente a la matriculación; en las escuelas primarias, la inscripción bajó un diez por ciento, y en las secundarias un cinco por ciento. El informe del Banco Mundial, de donde se extrajeron las cifras de gasto social, señala que «es este el caso más preocupante dentro de los indicadores sociales. Representa un serio deterioro de la educación que afectará al bienestar de los individuos y a las posibilidades de crecimiento económico». En el Capítulo VI veíamos que mientras que el crecimiento económico es una adicción mortal en los países ricos, es desesperadamente necesario en los países pobres. Pero el crecimiento provocado por el ajuste estructural solo mejora el nivel de vida de quienes ya son ricos. Desafortunadamente no disponemos de cifras en relación a los efectos sobre la salud, especialmente de la tasa de mortalidad infantil. El uso de tierras agrícolas de calidad para cultivos de exportación, en lugar de destinarse a cultivos de subsistencia, así como la eliminación de los subsidios para estos últimos, provocó la escasez de alimentos básicos, que a partir de allí debieron ser importados.

Son estos precios muy altos a pagar para solucionar un problema económico; de ahí que podamos preguntarnos si dicho problema se resolvió realmente. La supuesta finalidad del ajuste estructural es pagar la deuda mediante un considerable aumento de las exportaciones. Lo que verdaderamente sucedió se muestra en la Tabla 1. Como ya mencionásemos, el espectacular aumento de las exportaciones se vio contrapesado por el aun más espectacular aumento de las importaciones. La importancia de los bienes suntuarios en este crecimiento se muestra claramente en la Tabla 2. La deuda aumentó un 25 por ciento (si exceptuamos los mil millones de dólares perdonados), y el déficit comercial ha aumentado continuamente; todo esto ocurrió en la época en que el Banco Mundial anunciaba orgullosamente que Costa Rica estaba mostrándole al mundo cómo un país pobre debía desarrollarse.

Si repasamos las metas del neocolonialismo según las describíamos al comienzo de este capítulo, es decir, proporcionar mano de obra barata, productos agrícolas y materias primas para el beneficio de las metrópolis y, simultáneamente, facilitar mercados para los bienes manufacturados en dichas metrópolis, podemos ver que lo sucedido en Costa Rica se ajusta perfectamente a este patrón. Los bienes suntuarios según se muestra en la Tabla 2, provenían casi exclusivamente de los ricos países «donantes», beneficiando directamente a quienes aportaban los fondos destinados a préstamos. ¿Sería concebible pensar que su buena voluntad de aportar tales fondos estaba de algún modo estimulada por esos beneficios? Frederick Soddy estaba en lo cierto al afirmar, como mostramos en el Capítulo VI, que las deudas no representan una riqueza real negativa porque tal cosa no existe, pero para los pobres que tienen que pagarlas, las deudas tienen una dimensión humana muy real.

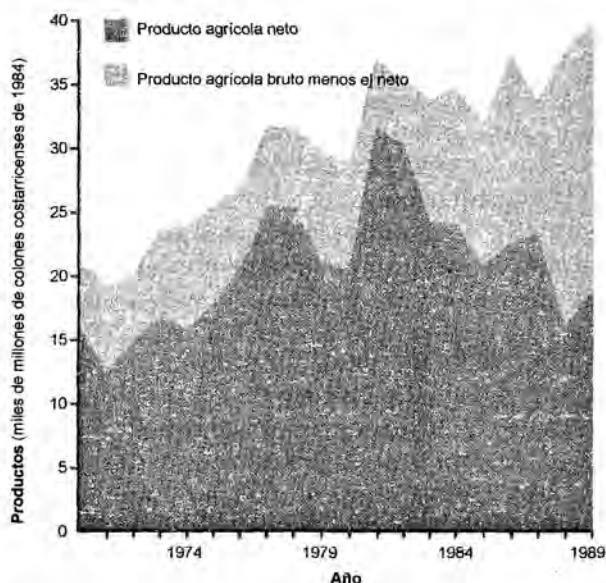
El balance de la sostenibilidad

Como ya hemos dicho, las exportaciones de Costa Rica aumentaron vertiginosamente durante la década de 1980. Principalmente, eran cultivos industriales. También hemos mencionado que la importación de alimentos básicos se incrementó en el mismo período (estudios posteriores indican que se ha mantenido durante la segunda mitad de la década de 1990). En la medida en que aumentaban las exportaciones, los costes de las pesquerías, los suelos y los bosques también lo hacían, en el sentido de que el agotamiento de los recursos naturales iba consumiendo una parte cada vez mayor de los beneficios. Esa parte no es financiera, y solo puede ser estudiada considerando y evaluando la pérdida de suelos fértiles, la deforestación y la contaminación de suelos y de aguas, factores estos que afectan al rendimiento de las cosechas. Esta clase de estudios nos llevan a corregir el producto agrícola bruto —con el factor de pérdidas— y los resultados obtenidos son los mostrados en la Figura 2. Las pérdidas nunca fueron pocas, pero hasta que se pusieron en práctica los programas de ajuste estructural solo representaban una parte reducida del producto agrícola bruto; fue a partir de 1980 que los cultivos para la exportación comenzaron a potenciarse. Ya en 1989 las pérdidas representaban cerca del 50 por ciento del total.

Podemos llegar a la conclusión de que las medidas de ajuste estructural, incluyendo el desastre provocado por ellas en el sector social y en el económico, condujeron también a una irreversible destrucción de los fundamentos físicos del sueño costarricense de una sociedad sostenible.

Figura 2

El efecto de las medidas de ajuste estructural en Costa Rica sobre la pérdida de productividad agrícola, como lo refleja la brecha cada vez mayor, después de 1980, entre el producto agrícola bruto y el neto



Fuente: proveniente de datos extraídos del *Anuario estadístico para América Latina y el Caribe*, 1990.

Conclusiones

No resulta exagerado afirmar que el ajuste estructural no solo ha reducido a los costarricenses a la condición de mendigos, sino que además ha provocado la destrucción de las posibilidades futuras de alcanzar una Costa Rica sostenible. Una vez dentro del carrusel de la economía global parece que no hay manera de salir. A fin de pagar

sus deudas, un país debe esforzarse continuamente en aumentar sus exportaciones y reducir sus gastos sociales. Los ricos se apropian de un porcentaje cada vez mayor del producto nacional y lo gastan en artículos suntuarios de importación; como ya hemos dicho, mayoritariamente de países ricos (y obviamente para favorecer el estilo de vida de las élites). La espiral descendente no puede ser detenida porque el país es completamente dependiente del crédito, y no tiene posibilidades de escapar de este círculo vicioso sin destruir completamente su economía. Mientras tanto, la base de recursos del país se deteriora aceleradamente, por lo que la sostenibilidad, aun en un futuro lejano, se vuelve problemática. Una vez que un país se somete al ajuste estructural le resultará muy difícil liberarse. El repudio de las deudas impagables, esas deudas específicamente diseñadas según las condiciones de las IBW, provocaría unas represalias por parte de estas instituciones que destrozarían financieramente al país. Y con la llegada de la OMC, con reglas aún más estrictas, la ruta de escape parece definitivamente cerrada.

Hay un refrán hindú que resume todo esto muy bien: «Quien cabalga un tigre nunca puede desmontar».

El desarrollo como libertad

Los fines de la globalización están estrechamente ligados, en las mentes de la mayoría de la gente, con el desarrollo. Las protestas contra la globalización están mayoritariamente motivadas por los estragos causados en los países en desarrollo, como se documenta en la sección previa de este capítulo, por la globalización del comercio y de las finanzas. Una meta completamente diferente del desarrollo conduciría sin duda a un enfoque diferente de la globalización. La meta, el *desarrollo como libertad*, según lo ha concebido Amartya Sen, es precisamente un enfoque totalmente nuevo.

Al comenzar este capítulo señalábamos que Sen propone que el desarrollo sea concebido de un modo diferente: sugiere una base descriptiva y normativa diferente, un *discurso* diferente, que bien podría llamarse un *discurso de la libertad*. Esto podría traer aparejada una visión más humana, y menos «económica», del significado del desarrollo. Analizaremos algunos aspectos de este discurso, y en el proceso diseccionaremos las palabras y las frases empleadas.

En particular, prestaremos atención a un componente primario del «discurso de la libertad» y lo compararemos con su contraparte en el discurso convencional del desarrollo; la intención es llamar la atención sobre la importancia de este análisis para despejar las telarañas de las malas interpretaciones y, más importante aun, para preparar el terreno para la adopción de un discurso de la libertad explícitamente más definido que el expuesto por Sen.

Capital humano y capacidad humana

En *El desarrollo como libertad* Sen define la ampliación de las libertades de la gente para escoger las vidas que valoran como la meta suprema del desarrollo. Hasta podemos imaginar que el desarrollo, según es percibido en el significado consensuado del término y de acuerdo a los términos del discurso de la libertad, podría no ser llamado desarrollo en absoluto, por ejemplo cuando aumenta enormemente la creación de riqueza, pero bajo una dictadura. Sin embargo, hay aquí una trampa: la libertad de escoger pierde su sentido si el actor involucrado no es *capaz* (por cualquiera de un gran número de razones posibles) de utilizar esa posibilidad de elección. Por lo tanto, la meta de una *capacidad humana* que evoluciona y se expande continuamente (el descubrimiento o la liberación de capacidades reprimidas o subdesarrolladas) es el primer paso hacia la sustitución de la definición consensuada del desarrollo —según la cual las personas son los instrumentos mediante los que se incrementa el PIB— por una definición en que la finalidad última sea la liberación de los seres humanos. Esta última visión concibe al desarrollo como un proceso humanamente gestionado para alcanzar la libertad; es decir, un cambio en las vidas de la gente, humanamente posible y motivado por valores.

En este punto estamos completamente de acuerdo con Sen, pero discrepamos con su evaluación del *capital humano*. En la siguiente discusión veremos que existe una estrecha conexión entre esta discrepancia y una discrepancia aun más profunda en la cuestión de los mercados, especialmente el mercado de trabajo y el del suelo. Para explicar estas discrepancias citaremos primero las observaciones de Sen respecto a la diferencia entre hablar de capital humano y capacidad humana. Después de resaltar que el primero recientemente se

ha vuelto más habitual en los análisis económicos, en comparación con el tradicional énfasis en el capital físico, Sen escribe:

... ¿cuál es, podríamos preguntarnos, la conexión entre la orientación hacia el «capital humano» y el acento puesto en la «capacidad humana» que en este estudio hemos analizado? Daría la impresión de que ambos sitúan a la humanidad en el centro de atención, pero ¿tienen diferencias, así como alguna congruencia? A riesgo de simplificar demasiado, podríamos decir que la bibliografía sobre el capital humano tiende a concentrarse en el papel de los seres humanos sobre el aumento de las posibilidades de producción. Por otra parte, la perspectiva de la capacidad humana se centra en la habilidad —la libertad sustancial— de la gente para llevar las vidas que ellos... valoran y para fomentar las opciones reales de que disponen. Ambas perspectivas no pueden no estar relacionadas, puesto que las dos están interesadas en el papel de los seres humanos, especialmente en las verdaderas habilidades que logran y adquieren. Pero el criterio de evaluación se basa en logros diferentes.⁶

Nuestra opinión es que la diferencia no es solo una diferencia de criterios, sino una diferencia de discurso; de hecho, una diferencia entre dos mundos de ideas incompatibles. La expresión «capital humano» pertenece al discurso tradicional del desarrollo en el que la gente, como las máquinas o las materias primas, son instrumentos de la producción. En la cita anterior, Sen debilita su discurso sobre la libertad al utilizar un lenguaje que es congruente con esa visión instrumental de los seres humanos, considerados como los *medios* para lograr una mayor producción, y no los seres vivos y sentientes cuya libertad *en sí misma* es, para Sen y para nosotros, la meta legítima del desarrollo. Estamos seguros de que Sen estaría de acuerdo con esta distinción, y de ahí que pensemos que resulta desafortunado que haya hecho uso de una formulación comprometedora.

Con la finalidad de profundizar convincentemente la discusión sobre este punto, debemos hacer una breve digresión y traer a escena la obra de Karl Polanyi, especialmente su enfoque del mercado de

6. Amartya Sen, *Development as Freedom*, op. cit.

trabajo.⁷ Polanyi explica que un requisito básico de una economía de mercado es que todos los factores involucrados en la producción y la venta sean sujetos para el mercado, es decir, estén en condiciones de comprar y vender. De no ser este el caso, el mercado no sería el único determinante del precio de las mercancías, y la función básica del mercado no podría concretarse. Para alcanzar la total inclusión de todos los elementos de la producción y de la venta, tres factores que no son mercancías deben ser clasificados como tales, y ser intercambiados como si lo fuesen.

Estas no-mercancías son el suelo, la mano de obra y el dinero; ninguna de las cuales satisface las características de una mercancía que es producida con la finalidad de ser vendida. En absoluto es esta una distinción ociosa. Las personas no son «producidas», por lo que su fuerza de trabajo puede ser vendida en el mercado de trabajo. Para poder hablar del ficticio mercado de trabajo como si este fuese solo otro mercado, como los mercados de sillas, de coches o de televisores, uno debe suprimir su propio conocimiento de que la mano de obra no existe como mercancía. No puede ser almacenada en la estantería hasta que se venda, pero es inseparable del ser humano que trabaja, y que tiene sentimientos e ideas que son una parte muy real del mundo. Esta separación es monstruosamente reduccionista. Desafortunadamente, Sen no reconoce esta diferencia básica entre un mercado real y uno ficticio, y escribe:

[...] el rechazo de *la libertad de participar en el mercado de trabajo* es una de las formas de mantener a la gente en la servidumbre y la cautividad, y la batalla contra la no libertad del trabajo cautivo es hoy importante en muchos países del Tercer Mundo por las mismas razones que hicieron que la Guerra Civil estadounidense fuese crucial.»⁸ [las cursivas son nuestras]

Esta cita indica que Sen establece la línea de separación entre no-libertad y libertad en el punto en que los esclavos son libres de participar en el mercado de trabajo, es decir, de vender su propia fuerza de trabajo en lugar de que esta fuese vendida y comprada

7. Karl Polanyi (1994). *La gran transformación*, FCE, México, 2005.

8. *Ibíd.*, p.7.

por otros. Pero esto ignora todas las demás dimensiones humanas que uno está comprando y vendiendo en este mercado ficticio. Igualmente importante en esta exposición es que dentro del *discurso del mercado*, según lo emplea en este ejemplo de Sen, existe otra ficción: la de que todos los mercados son esencialmente similares en su funcionamiento. Esto es claramente falso. El trabajador cuya libertad para negociar está restringida al «haz esto o pasa hambre» está nominalmente participando en el mercado de trabajo, pero de hecho no disfruta de la «libertad para negociar». Desafortunadamente, «haz esto o pasa hambre» es una descripción adecuada de la libertad de negociación de la gran mayoría de los trabajadores no contratados en todo el mundo. Hablando muy en general, pero especialmente relevante para el mercado de trabajo, la «libertad para negociar» puede solo ser ubicada en la categoría de una libertad sustancial cuando el poder de negociación de ambas partes es aproximadamente equivalente. Es esta una condición absolutamente básica para merecer el título de «libertad sustancial». En vista de la inmensa disparidad en el poder de negociación entre el trabajador individual e incluso una pequeña empresa, solo los trabajadores que tienen el poder de involucrarse en una negociación colectiva a través de un sindicato de su propia elección pueden ser definidos como personas que poseen la libertad de negociar.

Nuestra vacilación para incluir al mercado de trabajo en un discurso de la libertad se debe en parte al origen de ese mercado; no es que haya surgido espontáneamente, como tampoco lo hizo el habitual discurso del mercado. La historia de los cercamientos en Inglaterra es bien conocida, pero no resulta fácil comprender que fue el movimiento de los cercamientos el que creó el mercado de trabajo en ese país de acuerdo a términos, y bajo condiciones, claramente adecuados para los primeros capitalistas. Los hombres y mujeres libres fueron privados de su libertad y conducidos a las fábricas como ganado. En nuestra época, la exaltación del libre mercado de trabajo, como señalásemos en el Capítulo III, fue un arma adoptada por von Hayek en su esfuerzo por destruir el derecho a la negociación colectiva; un derecho que la gente conquistó después de interminables conflictos, sangre y lágrimas. Obviamente, para von Hayek, Popper y sus colegas de la Mont Pelerin Society, la palabra «libertad» tenía un significado completamente diferente al que nosotros le damos. Creemos (basán-

donos en muchas afirmaciones tuyas) que significa lo mismo para Sen que para nosotros, pero que debería ser más cuidadoso al plantear las condiciones que deben establecerse para la negociación antes de que esta pueda ser admitida en la categoría de libertad sustancial. Mucho antes de la etapa Thatcher-Reagan el nuevo discurso venía siendo martilleado sobre la conciencia pública. Nos atreveríamos a sugerir que los innovadores argumentos de Sen a favor de un tipo diferente de desarrollo se enriquecerían enormemente, sin duda en cuanto a claridad de significado, si su *discurso de la libertad* considerase a la libertad de negociación en el mercado de trabajo como algo supeditado a la presencia de sindicatos, escogidos libremente por el trabajador y facultados para negociar colectivamente.

Esto no haría menos ficticio al mercado de trabajo, pero contribuiría a hacer más soportable la vida de los trabajadores. No es esta una cuestión menor. Los pasos tendientes a lograr el derecho a pertenecer a un sindicato y negociar colectivamente, que se dieron en el período de entreguerras en los países capitalistas ricos (y solo aceptados por los poderosos debido a cierto nerviosismo causado por la existencia de la Unión Soviética) han sufrido un retroceso en décadas recientes debido a la supremacía de la teoría y la práctica de la economía neoliberal. En el resto del mundo, los avances en esta dirección ni siquiera han logrado despegar. En la mayoría de países, el asesinato de líderes sindicales, aunque sin ser abiertamente consentido, es un deporte frecuente entre los poderosos.

El mercado del suelo: comprar y vender la vida misma

Aquello que es cierto para el mercado de trabajo lo es aún más en el caso del mercado del suelo y de la naturaleza en general. La naturaleza tiene un número infinito de dimensiones, aunque solo una de ellas puede ser comprada y vendida. La tierra no puede ser considerada, de modo alguno, como una mercancía comercializable, simplemente porque no es algo producido por la humanidad para ser vendido; ni aumentará su cantidad si el precio de la hectárea sube, o disminuirá si el precio de la hectárea baja. Es un patrimonio de toda la humanidad actual, y de todas las generaciones futuras. Nadie puede ser su «propietario», como tampoco puede serlo de las estrellas, el sol o la luna.

En otro sentido, bien real, la inclusión del suelo en el mercado es todavía peor que la comercialización de la mano de obra. El trabajador puede, en combinación con sus compañeros, defenderse hasta cierto punto de la codicia del empleador. La naturaleza no puede hacer tal cosa, y la destrucción ambiental y la consecuente pérdida de vitalidad de la ecosfera (por ejemplo, la pérdida de biodiversidad), aparentemente inherente a nuestra civilización, puede resultar un augurio de desastre. Es interesante destacar que, mucho antes de que el mundo tomase conciencia de los problemas ambientales, Polanyi anticipó lo que el mercado del suelo provocaría.

La naturaleza se vería reducida a sus elementos, los barrios y los paisajes profanados, los ríos contaminados, la seguridad militar puesta en peligro, la capacidad de producir alimentos y materias primas destruido.⁹

La herencia del mercado del suelo que la generación actual y las precedentes están dejando a nuestros descendientes terminará de completar el proceso descrito por Polanyi, a menos que quienes detentan el poder abran los ojos a las verdades que los llamados pueblos primitivos aparentemente comprendieron hace ya mucho tiempo. La actual globalización de los mercados está causando estragos en la naturaleza. Por el momento, esta destrucción tiene poco impacto sobre quienes viven en los países ricos, pero dado que la destrucción ambiental acabará siendo global, no permanecerá distante de cualquiera de nosotros eternamente.

Algunas reflexiones sobre los mercados en general

Por lo que entendemos de sus escritos, Sen no distingue entre mercados ficticios y reales, y percibe el ficticio mercado de trabajo como un ejemplo positivo. Utiliza una analogía para referirse al papel de los mercados.

Estar genéricamente en contra de los mercados sería casi tan insólito como estar genéricamente en contra de las conversa-

9. *Ibíd.*, p. 77.

ciones entre las personas (aun cuando algunas conversaciones puedan ser claramente groseras y causar problemas a otros, o a los mismos que las sostienen). La libertad de intercambiar palabras, bienes u obsequios no necesita una justificación defensiva en términos de sus efectos favorables o distantes; son parte del modo en que los seres humanos viven e interactúan con los demás (a menos que se lo impida una regulación o un decreto). La contribución del crecimiento económico es, sin duda, importante, pero esto solo viene después de que la importancia directa de la libertad de intercambiar —palabras, bienes, obsequios— haya sido reconocida.¹⁰

Para responder a esto nos encontramos con una dificultad, porque no se prueba nada utilizando la analogía como método para la argumentación: solo se logra embrollar la cuestión, y esto es sin duda cierto en lo que concierne a la cita anterior. Las conversaciones entre las personas son parte de nuestra herencia evolutiva, están incorporadas en nuestro ADN, y el intercambio de obsequios es más antiguo y de una naturaleza diferente que el intercambio de bienes. Los mercados han sido creados —no son algo que acontezca— con la intención de satisfacer determinadas necesidades o deseos sociales; con mucha frecuencia para establecer o reforzar una diferencia de estatus (como en el citado ejemplo de los cercamientos en Inglaterra). Tales diferencias son de clase, no de grado.

Nosotros no estamos *genéricamente en contra* de los mercados. Pero sin duda Sen tiene que reconocer que la desregulación y la privatización iniciadas en la década de 1980 (en armonía con la expresión en boga repetida incesantemente, el «mecanismo de mercado») han tenido efectos desastrosos sobre la humanidad y, más importante para el mensaje central de este libro, han sido apoyadas con entusiasmo por casi todos los economistas de profesión. La incapacidad de Sen para establecer restricciones *a priori* a su elogio de los mercados, y especialmente su inequívoco respaldo a la libertad de negociar en el mercado de trabajo como parte constituyente de una libertad sustancial, no deja de resultar decepcionante. Hay ciertas condiciones básicas que deben satisfacerse antes de que la

10. Sen, op. cit., p. 6.

«negociación en el mercado de trabajo» pueda ser definida como una libertad sustancial.

Sen ha dado grandes pasos hacia la humanización de la economía. Que hayamos manifestado una crítica sin adornos sobre un aspecto de su pensamiento no afecta a nuestra admiración y respeto hacia él. Naturalmente, esperamos que las críticas como las nuestras favorezcan un mayor distanciamiento de Sen respecto a la economía ortodoxa. Cualquier cosa que él diga o haga a partir de ahora no logrará que el Banco de Suecia le retire su bien merecido premio Nobel.

Conclusión

Cerramos este capítulo con otra cita del discurso de apertura del fallecido Príncipe Claus de los Países Bajos en la 20ª conferencia de la Sociedad para el Desarrollo Internacional, en mayo de 1991.

Quizá, damas y caballeros, debamos esperar la aparición de un Keynes «verde» para que nos ayude a salir de este atolladero. Pero preferiblemente un Keynes que haya nacido y que pertenezca al «Sur».

VIII. COMPASIÓN

¿Por qué este capítulo?

La mayor parte de este texto se ha destinado a demostrar que la profesión económica se ha dedicado mayormente, tanto en la teoría como en la práctica, a defender las injusticias en nuestra sociedad; especialmente la división entre pobres y ricos, con todas sus consecuencias inhumanas para las vidas de los miembros menos afortunados de la comunidad mundial. La destrucción del keynesianismo y la propagación del ideario neoliberal del mundo ha sido la manifestación más reciente de esta meta intrínseca de la profesión, un principio enraizado en la división de clases descrita hace 500 años por Maquiavelo y citada en los primeros párrafos del Capítulo II de este libro. Hemos señalado que aunque la profesión económica como un todo siempre ha estado dispuesta a defender la estructura de clases, ha habido diversas voces discordantes. Uno de los más distinguidos de este grupo fue el economista de Sismondi, que reaccionó angustiado contra la miseria y la injusticia provocadas a las vidas de los trabajadores, el segmento de la humanidad que genera la riqueza, por las políticas económicas —especialmente el «libre comercio» o *laissez-faire*— que en su día aportaron el fundamento intelectual que justificaba la injusticia social, así como hoy desarrolla la misma función para el neoliberalismo. Fue su compasión humana, y no tanto su destreza intelectual, la que le distingue del resto, y nos proporciona un luminoso ejemplo de cómo la economía, como disciplina, podría haberse desarrollado, tal vez bajo circunstancias diferentes. Este capítulo está dedicado a su visión de un mundo hecho habitable gracias a la justicia.

De Sismondi se publicaron varios libros; aquel del que hemos extraído mucha de nuestra inspiración es *Nouveaux principes d'économie politique* (Nuevos principios de economía política). Se publicaron dos ediciones, la primera apareció en 1819 y la segunda siete años después. Ha sido traducido muy bien al inglés por Richard Hyse, que además escribió un exhaustivo comentario.¹

Juicios de valor

Los lectores recordarán que en el Capítulo IV argumentábamos que en general el valor de las ciencias sociales se incrementaría considerablemente si hubiese un cambio cultural que llevase al científico social a establecer claramente sus juicios de valor. Habitualmente esto no se hace, en parte debido a que semejante práctica podría debilitar la pretensión de que las ciencias sociales están exentas (como se supone que lo está la física) de valoraciones éticas. La siguiente cita del comienzo del libro 1 de De Sismondi *Nuevos principios*, titulado «El doble objetivo de la ciencia del gobierno», expresa de forma clara los juicios de valor intrínsecos en la obra de De Sismondi.

La ciencia del gobierno se propone, o debería proponerse, el bien de los hombres reunidos en sociedad. Busca los medios de asegurarles la mayor felicidad que sea compatible con su naturaleza, y al mismo tiempo hacer participar de esta felicidad al mayor número posible de individuos. En ninguna de las ciencias políticas se debe perder de vista este doble objetivo de los esfuerzos del legislador.

Debe cuidar a la vez del grado de felicidad que el hombre puede esperar de la organización social y alentar la participación equitativa de todos en esta felicidad. Su obra no será perfecta si por asegurar iguales goces a todos, imposibilita el desarrollo completo de algunos individuos distinguidos, si no permite a ninguno elevarse sobre sus semejantes, y si no presenta a alguno como modelo a la especie humana y como guía en los descu-

1. J. C. L. Simonde de Sismondi [1819]. *New Principles of Political Economy*, traducido y anotado por Richard Hyse, 1990, Transaction Publishers, New Brunswick.

brimientos que tiendan a la ventaja de todos. La habrá perfeccionado menos si no teniendo por objeto más que la formación de esos seres privilegiados, eleva a un pequeño grupo sobre sus conciudadanos a costa de los padecimientos y la degradación de todos los otros... La nación donde la masa del pueblo está expuesta a constantes privaciones, a inquietudes crueles sobre su existencia, a todo lo que puede contrariar su voluntad, depravar su moral, y deshonorar su carácter, es sojuzgada ¿Debe contar en sus clases altas con hombres elevados al mayor grado de felicidad humana, hombres cuyas facultades sean desarrolladas, a quienes todos sus derechos sean garantizados y a quienes todos los goces les sean asegurados?

Cuando el legislador, al contrario, no pierde de vista los progresos de algunos como tampoco la felicidad de todos, cuando logra organizar una sociedad en la cual pueden llegar los individuos a la más alta distinción de talento y de alma, como a los goces más delicados, pero en la que al mismo tiempo todo lo que lleva el carácter humano está asegurado de hallar protección, instrucción, desarrollo moral y conveniencia física, entonces habrá perfeccionado su obra; y sin duda es esta la tarea más hermosa que el hombre puede proponerse sobre la Tierra. Siguiendo este noble fin es cómo la ciencia del gobierno representa la teoría más sublime del bienestar. Ella cuida de los hombres como nación y como individuos. Protege a los que la imperfección de nuestras instituciones no permite que se protejan a sí mismos.

Pero nada es más común en todas las ciencias políticas que perder de vista una u otra mira de este doble objeto. Los unos, amantes apasionados de la igualdad, se irritan contra toda especie de distinción: para graduar la prosperidad de una nación, comparan siempre el todo de su riqueza, de sus derechos y de sus conocimientos, con la parte de cada uno, y la distancia que hallan entre el fuerte y el débil, el opulento y el pobre, el ocioso y el trabajador, el letrado y el ignorante, concluyendo con que las privaciones de los últimos son vicios monstruosos en el orden político. Los otros consideran abstractamente el objeto de los esfuerzos de los hombres, cuando hallan una garantía por distintos derechos y medios

de resistencia, como en las repúblicas antiguas, llaman a este orden libertad, aunque esté fundado sobre la esclavitud de las clases bajas. Cuando hallan un talento ingenioso, reflexiones profundas, filosofía inquisitiva, y literatura brillante, entre los hombres distinguidos de una nación, como en Francia antes de la Revolución, ven en este orden social un alto grado de civilización, aunque las cuatro quintas partes de la nación no saben leer y que todas las provincias están sumergidas en una ignorancia profunda. Cuando hallan una inmensa acumulación de riquezas, una agricultura perfeccionada, un comercio floreciente, manufacturas que multiplican sin cesar todos los productos de la industria humana y un gobierno que dispone de tesoros casi inagotables, como en Inglaterra, llaman opulenta a la nación que posee todas estas cosas, sin detenerse a examinar *si todos los que trabajan con sus brazos, todos los que crean esta riqueza*, no están reducidos a la mera subsistencia; si la décima parte de ellos no concurre todos los años a la caridad pública, y si las tres quintas partes de los individuos de la nación que llaman rica no están expuestos a más privaciones que una igual proporción de individuos en la nación que llaman pobre.

La asociación de los hombres en cuerpos políticos no ha podido tener lugar antes, y no puede mantenerse aun hoy sino en razón de la ventaja común que reportan. Ningún derecho ha podido establecerse entre ellos si no está fundado en esta confianza que recíprocamente se han acordado aspirando todos a un mismo fin. El sistema subsiste porque la inmensa mayoría de los que pertenecen al cuerpo político ve en el orden su seguridad, y el gobierno existe para proporcionar, en nombre de todos, esta ventaja común que todos esperan de él. Así los diversos bienes, desigualmente repartidos en la sociedad, son garantizados por ella cuando de su desigualdad misma deviene la ventaja de todos. Los medios de hacer llegar a algunos individuos a la más alta distinción posible, los medios de convertir esta distinción individual en una mayor ventaja para todos, los medios para preservar a todos los ciudadanos de padecimientos, y de impedir que ninguno sea abrumado por el juego de las pasiones o la persecución de los intereses de sus coasociados, son

objetivos diversos que forman parte de la ciencia del gobierno, porque todos son igualmente esenciales para el desarrollo de la felicidad nacional. [Las cursivas son nuestras]

Resulta difícilmente imaginable una mayor lucidez en la enunciación de los principios éticos propios en relación a las metas correctas del Estado. De Sismondi no oculta las dificultades y potenciales contradicciones en una interpretación muy radical (según su opinión) de la postura que asume. Percibió claramente la injusticia, pero aparentemente fue incapaz de formular una respuesta keynesiana a la contribución de los mercados no regulados a la injusticia social bruta, y el papel que el gobierno podría tener para mejorar tal situación. De Sismondi reconoció, sin concederle demasiada importancia, como lo demuestra la frase que hemos destacado en letra cursiva en el tercer párrafo de la cita anterior, que es el trabajador quien genera la riqueza; o, dicho de forma más general, la riqueza es creada mediante el esfuerzo humano. Adam Smith consideró bastante normal que el trabajador viviese en un estado de «mera subsistencia», aunque su actitud en relación a la justicia o injusticia de esta situación es muy diferente a la de De Sismondi.

Al coincidir con los juicios de valor de De Sismondi nos distanciamos claramente del papel tradicional de la economía en su defensa de la injusticia social. Pero ¿qué tiene esto que ver con la disciplina «científica» de la economía? Según nuestra opinión, la conexión no es solo íntima, sino desde la esencia. En el Capítulo II resumimos esta conexión, y en el Capítulo III la extraordinaria insensibilidad del «padre» del neoliberalismo, Friedrich von Hayek, en lo relativo al sufrimiento humano fue analizada extensamente como un ejemplo de una ciencia social «sin conciencia».

Una diferencia profunda entre la perspectiva ortodoxa y la nuestra reside en que el académico tradicional es educado en la convicción de que la ciencia «real» está completamente divorciada del sentimiento humano, mientras que nosotros defendemos descaradamente que cualquier ciencia social merecedora de tal nombre se basa, en principio, sobre convicciones y sentimientos humanos. Comprendemos que al adoptar esta inequívoca posición nos distanciamos de la perspectiva newtoniana de la ciencia, el principal símbolo —para la mentalidad de la mayoría de los académicos— de

la erudición sin sentimientos, o sea, de la «ciencia real». Así sea. Como ya hemos señalado, la utilidad de la ciencia social como un estudio que tiene la finalidad intrínseca de mejorar el destino de la humanidad, se ha visto seriamente degradada desde mediados del siglo XIX debido a la adopción del formalismo matemático y las ideas de Newton, en un ineficaz y bastante disparatado intento de evitar la mácula de ser considerada «no científica».

La economía podría ser también una herramienta útil para mejorar el destino de la humanidad, si lograra escapar de las mismas influencias degradantes y, para comenzar, se desembarazase de todo vestigio de pensamiento utilitario que solo constituye un obstáculo para la aceptación de las múltiples dimensiones de la felicidad humana. La matriz de «necesidades y satisfactores» de Max-Neef (ver Capítulo X) constituye una base realista para un razonamiento maduro sobre la satisfacción humana. De ningún modo desatiende a las necesidades físicas y animales de todos los seres, sino que las ubica en la imagen completa, tanto como sucede en la cita de De Sismondi de las páginas anteriores.

De Sismondi: un revolucionario de la economía

En ciertos aspectos, De Sismondi fue un pensador bastante conservador, pero en lo relativo a la justicia fue extraordinariamente radical. Su obra fue objeto de desdén por parte de los pensadores de la escuela de Say y Ricardo; su sobrio empirismo demostró un claro distanciamiento de las fantasías incorporadas en las teorías económicas de esos dos tan aclamados economistas. Ambos afirmaban que más producción conduciría automáticamente a más consumo y que por lo tanto era imposible que se produjese una saturación de bienes en el mercado. Es este un punto de vista tan absurdo que merece un momento de análisis. En la década de 1820 tales saturaciones eran habituales y provocaron sufrimientos hasta ese momento desconocidos para la clase trabajadora. Este tipo de ceguera ante la realidad, esta aceptación de la verdad de la teoría como algo más real que la realidad cuando la teoría no se ajusta al mundo que nos rodea, parece estar muy extendida entre los economistas. En nuestra época hemos visto las tasas de interés reducidas a mínimos históricos con la intención declarada de favorecer una recuperación económica, sin

que en absoluto llegase a tener el efecto teóricamente pronosticado. Durante años, el responsable de la Reserva Federal de EE UU, Alan Greenspan, continuó bajando los tipos de interés, aparentemente sin perder su confianza en una teoría que, en el mejor de los casos, está basada en razonamientos incorrectos.² Cuando finalmente llegó a bajarlos hasta donde de forma realista pudo, el responsable, demostrando carecer de otras brillantes ideas, simplemente lo dejó. Las construcciones de Say y de Ricardo eran igualmente inadecuadas, además de fracasar totalmente en su conexión con la realidad.

De Sismondi cita a un discípulo de Ricardo que trataba de justificar los puntos de vista de este último basándose en un mundo ilusorio construido por él mismo y que, vaya sorpresa, se comportaba como Ricardo decía que se comportaba el mundo real. El comentario de De Sismondi sobre la cita del discípulo es mortífero.

Quizá no haya otro método de razonamiento más predispuesto a errores que el de construir un mundo hipotético completamente diferente al mundo real, con la intención de utilizarlo para justificar las hipótesis propias. La mente, ya confundida por las imposibilidades que constituyen la hipótesis, no puede continuar distinguiendo aquello que implica contradicciones y que, en consecuencia, acabará por volver falso al argumento.³

Las lógicas objeciones de De Sismondi a los desatinos de Ricardo y Say no tuvieron el más mínimo efecto sobre el mundo de los economistas. La razón es que las ideas de Ricardo y Say reflejaban las preferencias de los ricos (en este caso, la falta de cualquier sentimiento de empatía hacia los trabajadores).

Está claro que no es nuestra intención afirmar que Ricardo y Say fueron los responsables de las injusticias sociales, sino simplemente mostrar que sus ideas añadieron combustible intelectual a los argumentos de los privilegiados que se beneficiaban de, y por tanto defendían, tales injusticias. Así como Say y Ricardo no fueron directamente responsables de las injusticias de su época, tampoco

2. El incorrecto razonamiento que subyace a la teoría de que un descenso de la tasa de interés estimularía la actividad económica está muy bien expuesto por J. K. Galbraith (2011) en *La cultura de la satisfacción*. Ariel, Barcelona.

3. De Sismondi, op. cit.

sería justo acusar a Friedrich von Hayek y a Milton Friedman del empobrecimiento de las clases medias y trabajadoras que ha acompañado al espectacular enriquecimiento de los ricos y ultrarricos y el terrible perjuicio sobre el tejido social ocasionado por el triunfo absoluto de la codicia; la gran y exitosa historia del neoliberalismo. Simultáneamente, es innegable que su condición contribuye a la aceptabilidad y a la gloria de esta relativamente nueva religión. Es gracias a ellos que la adoración de la competencia criminal y el icono de la eternamente creciente producción han ganado respetabilidad, condición esta que habría sido inalcanzable, por claras razones éticas, en etapas anteriores de nuestra civilización.

De Sismondi, defensor de la justicia social

Como hemos visto, el mundo en que vivió De Sismondi no tenía nada que ver con el mundo que él concebía en los comentarios introductorios del fragmento citado anteriormente, extraído de «La doble finalidad de la ciencia de gobierno». Sus instintos sociales le impulsaron a hacer lo que pudo para rectificar tal injusticia. Por este motivo fue acusado de cosas bastante horribles, esencialmente porque atacó al *statu quo*. Sus verdaderas visiones como reformista social quedan claras en la siguiente cita del segundo artículo del apéndice a la segunda edición de los *Nuevos principios*.

Vengo escuchando quejas de que me opongo al mejoramiento de la agricultura, a los avances en el comercio, a todos los progresos de los que es capaz el hombre; que sin duda prefiero la barbarie a la civilización puesto que el arado es una máquina, que la pala es una máquina todavía más antigua, y que, según mi método, inevitablemente habría ocurrido que el hombre cultivaría el suelo solo con sus manos.

Nunca he dicho nada por el estilo, y reclamo mi derecho a protestar, de una vez por todas, contra cualquier consecuencia inferida de mi método que no haya deducido personalmente. No he sido comprendido por aquellos que me atacan, ni por quienes me defienden, y más de una vez he tenido que avergonzarme de mis aliados, tanto como de mis oponentes. Se me ha descrito, en economía política, como un enemigo del

progreso de la sociedad, un defensor de instituciones bárbaras y opresivas. No, yo no deseo nada de lo que ya ha sido, pero quiero algo mejor de lo que hoy es. No puedo juzgar qué es eso, excepto si lo comparo con el pasado, y lejos estoy de pretender restaurar antiguas ruinas, por más que con su ayuda muestre las necesidades eternas de una sociedad.

Ruego se me preste atención; no es de ningún modo contra las máquinas, contra las invenciones, contra la civilización que planteo mis objeciones, es contra la nueva organización de la sociedad que, arrebatando al trabajador toda propiedad excepto sus brazos, no le ofrece ninguna garantía contra una competencia, una enloquecida subasta, conducida para su desventaja, y de la que él necesariamente debe ser la víctima. Supongamos que todos los hombres compartan igualmente el producto de su trabajo en el que todos han cooperado; luego, cualquier invención en el oficio será, en todas las instancias posibles, una bendición para todos ellos; porque, después de cada avance en la industria, serán siempre capaces de escoger si prefieren disponer de más tiempo de ocio con menos trabajo, o tener con el mismo trabajo más placeres. Actualmente, no es la invención la que es mala; lo es la injusta división que el hombre hace de sus resultados.

Estamos, y esto hasta ahora no ha sido suficientemente percibido, en un estado completamente nuevo de sociedad, del cual hasta ahora no contamos con ninguna experiencia. Tendemos a separar completamente cualquier tipo de propiedad de todos los tipos de trabajo, a romper todos los lazos entre el trabajador y su empleador, a excluir al primero de toda participación en los beneficios del segundo. Esta organización es tan nueva que ni siquiera está instituida a medias, de modo que solo los países más industrializados, los más ricos y avanzados pertenecen a un sistema que nosotros apenas hemos experimentado, donde el trabajo agrícola, al igual que el de las manufacturas, será realizado por trabajadores que podrán ser despedidos al final de cada semana. Tal es el camino que seguiremos; es aquí donde alerto sobre los peligros, y no en las invenciones de la ciencia.

Nuestros sentidos se han acostumbrado tanto a esta nueva organización de la sociedad, a esta competencia universal que degenera en hostilidad entre la clase adinerada y la clase tra-

bajadora, que ya no podemos imaginar cualquier otro tipo de existencia, aun la de aquellos cuyas ruinas nos rodean. Algunos creen que pueden responderme con absurdidades, relacionándose con los vicios de los sistemas precedentes. Dos o tres sistemas han logrado tener éxito, en lo relativo a la condición de las clases bajas de la sociedad; pero no merecen que nos lamentemos, porque después de haber hecho algún bien, han desatado espantosas calamidades sobre la humanidad. ¿Puede de esto deducirse que hoy hemos alcanzado la verdad; que no descubriremos la maldad fundamental del sistema de trabajo por día, como hemos descubierto la maldad de la esclavitud, de la servidumbre, de los gremios? Cuando estos tres sistemas eran poderosos nadie imaginaba, de la misma manera, lo que vendría *a posteriori*; rectificar el orden existente habría parecido, similarmente, algo imposible o absurdo. Sin duda llegará el tiempo en que nuestros descendientes nos considerarán no menos bárbaros por haber dejado a las clases trabajadoras sin seguridad, del mismo modo que considerarán bárbaras, como nosotros lo hacemos, a aquellas naciones que han reducido a la esclavitud a esas mismas clases.⁴

En este capítulo hemos llevado hasta un fin lógico nuestros criterios sobre lo que vemos equivocado, en un sentido humano, en la disciplina económica. Los siguientes capítulos, después de analizar el colapso neoliberal de 2008-2009, tratarán sobre algunas de las condiciones que una nueva economía, coherente con los desafíos del siglo XXI, debería cumplir.

4. *Ibíd.*

IX. EL MUNDO EN CURSO DE COLISIÓN Y LA NECESIDAD DE UNA NUEVA ECONOMÍA

En octubre de 2008, al mismo tiempo que la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) nos informaba de que el hambre afectaba a mil millones de seres humanos, y calculaba que unos 30.000 millones de dólares anuales bastarían para salvar todas esas vidas, la acción concertada de seis bancos centrales (EE UU, Unión Europea, Japón, Canadá, Gran Bretaña y Suiza) derivó 180.000 millones de dólares al mercado financiero para salvar a los bancos privados. El Senado de EE UU aprobó una partida adicional de 700.000 millones, y dos semanas más tarde otros 850.000 millones. Como si esto no hubiese sido suficiente, el paquete de rescate continuó creciendo, hasta que en septiembre de 2009 alcanzó aproximadamente los 17 billones de dólares (\$17.000.000.000.000).

Ante tal situación, tenemos dos alternativas: ser un demagogo o ser un realista. Si, basándonos en la ley de la oferta y de la demanda, afirmamos que en el mundo hay una demanda mayor de pan que de cruceros de lujo, y mucho más demanda para el tratamiento de la malaria que para la alta costura, si proponemos un referéndum que pregunte a los ciudadanos si prefieren utilizar sus recursos monetarios para salvar vidas o para salvar bancos, seremos acusados de ser unos demagogos. Si, por el contrario, aceptamos que es más urgente, más necesario y más conveniente y rentable para todos evitar que una empresa de seguros o un banco vayan a la bancarrota que alimentar a millones de niños, o brindar ayuda a las víctimas de un huracán, o curar el dengue, seremos calificados de realistas.

Este es el mundo en el que nos encontramos: un mundo bajo el hechizo de una economía deshumanizada, y por lo tanto un mundo acostumbrado al hecho de que **nunca hay suficiente para quienes no tienen nada, pero siempre hay suficiente para quienes lo tienen todo**. Después de los acontecimientos de los que fuimos testigos en 2009, surge una pregunta obvia: ¿Dónde estaba ese dinero? Durante décadas se nos dijo que no había suficientes recursos para derrotar a la pobreza, pero sí que los hubo para satisfacer las necesidades de los especuladores. Esos 17 billones de dólares divididos por los 30.000 millones que la FAO calcula que serían suficientes para acabar con el hambre en el mundo –en lugar de salvar bancos privados– permitirían asegurar **566 años de un mundo sin hambre**. ¿No sería un mundo sin miseria un lugar mejor para todos, incluidos los bancos?

¿A qué nos enfrentamos en nuestro mundo actual?

La cuádruple convergencia¹

Nos enfrentamos a muchos desafíos, los más importantes de los cuales son enumerados a continuación.

1. Un aumento exponencial del cambio climático inducido por el hombre que ya afecta a todas las regiones del planeta.
2. El fin de la energía barata, que tendrá efectos dramáticos sobre las sociedades.
3. El exhaustivo agotamiento de recursos clave, fundamentales para el bienestar humano y para la producción, como el agua potable, la diversidad genética, las selvas y bosques, las pesquerías, la vida silvestre, los suelos, los arrecifes de coral y la mayoría de los elementos que constituyen los comunes (*commons*) locales, regionales y mundiales.
4. La gigantesca burbuja especulativa, que es 50 veces más grande que la economía real de intercambio de bienes y servicios.

1. Las ideas para esta sección han sido tomadas de Jerry Mander (ed.) (2007), *Manifesto on Global Economic Transitions*. The International Forum on Globalization, San Francisco.

Las causas fundamentales de esta convergencia son:

1. El paradigma económico dominante, que estimula el crecimiento económico acelerado a cualquier coste y fomenta la codicia de las corporaciones multinacionales y la acumulación de riquezas.
2. El uso incontrolado de combustibles fósiles para alimentar ese obsesivo crecimiento económico.
3. La promoción del consumismo como la vía hacia la felicidad humana.
4. La aniquilación de las culturas tradicionales con el fin de imponer los modelos económico-industriales convencionales; esto trae aparejado la pérdida de cosmologías, lenguajes y valores que difieren de aquellos de la cultura dominante.
5. La ignorancia de los límites planetarios en relación a la disponibilidad de recursos, al consumo y a la generación y absorción de desechos.
6. La sobrepoblación: un crecimiento demográfico superior a la capacidad de sustentación de la Tierra.

Estas condiciones pueden traer consigo peligrosos costes ambientales y sociales sin precedentes:

1. El caos climático y el calentamiento global implican la pérdida de vastas superficies de tierras productivas, además de tormentas, subida del nivel de los mares, emigraciones masivas, desertificación y, especialmente en los países más pobres, graves problemas económicos y sociales.
2. El agotamiento de las reservas baratas de petróleo y gas tendrá un impacto directo en todo el mundo, amenazando el futuro desarrollo industrial. Se volverá cada vez más difícil hacer funcionar los sistemas alimentarios industriales y los sistemas de transporte urbano y suburbano, así como producir muchas mercancías básicas para nuestro acostumbrado estilo de vida, como coches, plásticos, productos químicos, refrigeradores, etc. Todo esto está basado en la disponibilidad de una oferta energética barata y cada vez mayor.
3. La escasez de otros recursos, como el agua potable, los bosques, la tierra agrícola y la biodiversidad; nos enfrentamos a

la posible pérdida del 50 por ciento de las especies de plantas y animales del planeta antes de que finalice el presente siglo.

Una o muchas crisis

A lo que nos enfrentamos hoy no es simplemente una crisis económica y financiera, sino una crisis de humanidad. Probablemente sea cierto afirmar que nunca antes en la historia humana han convergido y alcanzado su apogeo tantas crisis al mismo tiempo. A la crisis económica y financiera podemos sumarle una corrupción cada vez mayor en las esferas de la política, la economía, la religión y los deportes; la consolidación de la codicia como valor fundamental; la aparición de empresas gigantescas exclusivamente interesadas en sus propios beneficios; sistemas judiciales que olvidan la justicia; una obsesión con el crecimiento a cualquier coste; la destrucción de la naturaleza y el menosprecio de los límites planetarios; la decadencia de los sistemas educativo y sanitario; el hiperconsumismo; el hiperindividualismo; el calentamiento global; el cambio climático; la avaricia por el poder; y el desdén por la vida. Son estas convergencias colosales, que solo pueden tener desenlaces igualmente colosales.

Si hemos de hallar soluciones a estos problemas convergentes, necesitamos nuevos modelos que, sobre todo lo demás, comiencen por aceptar los límites de la capacidad de carga de la Tierra. Debemos pasar de la *eficiencia* a la *suficiencia* y el *bienestar*. También es necesario resolver los actuales desequilibrios económicos y las desigualdades, pues sin equidad las soluciones pacíficas no son posibles. Necesitamos reemplazar los valores dominantes de la codicia, la competencia y la acumulación por la solidaridad, la cooperación y la compasión.

Este cambio de paradigma requiere volver la espalda al crecimiento económico a cualquier coste e iniciar una transición hacia sociedades (especialmente en los países ricos) que puedan adecuarse a niveles reducidos de producción y de consumo, y en el caso de las naciones en desarrollo, que estimule sistemas locales de organización económica. Una vez más, necesitamos centrarnos en los mercados locales en lugar de favorecer al mercado global.

Sin embargo, antes de que podamos hacer este cambio, necesitamos comprender por qué el modelo económico dominante se ha arraigado tanto en nuestro mundo y en nuestra vida cotidiana.

Los mitos que apuntalan al modelo dominante²

Para sustentar un modelo se necesitan argumentos. A continuación detallamos una serie de argumentos a favor del modelo económico dominante. Generalmente se los presenta como algo obvio, pero de hecho no son más que mitos.

Mito 1: La globalización es la única ruta efectiva hacia el desarrollo

Entre 1960 y 1980 la mayoría de países en desarrollo, especialmente en América Latina, adoptó el principio de «sustitución de importaciones», que dio lugar a un significativo desarrollo industrial. Este principio fue idéntico al aplicado a comienzos del siglo XIX por países como Alemania y Estados Unidos con la intención de defender sus nacientes industrias contra el poderío del entonces coloso industrial, Inglaterra. De hecho, todos los países ricos actuales consiguieron desarrollarse mediante la aplicación de este principio. En la Inglaterra del siglo XVIII, el mismo Adam Smith adhirió a esta tendencia: el Capítulo 2 del Libro Cuarto de *La riqueza de las naciones* se titula «Sobre las restricciones a las importaciones de países extranjeros de aquellos bienes que pueden ser producidos domésticamente». Es más, precisamente en dicho capítulo es donde se puede encontrar la única frase en toda la obra en que Smith menciona a «la mano invisible»; y la utiliza como argumento a favor de la sustitución de las importaciones.

Al preferir apoyar a la industria doméstica en lugar de la extranjera, él solo busca su propia seguridad; y al dirigir dicha industria de tal manera que su rendimiento sea del mayor valor posible, él solo busca su propio beneficio, y en esto, como en muchos otros casos, es guiado por una mano invisible para alcanzar un fin que no era parte de su intención.³

2. Una fuente esencial de información para esta sección fue el trabajo de Caroline Lucas y Colin Hines «Time to Replace Globalization» (2002), a Green Localist Manifesto for World Trade, The Green/European Free Alliance in the European Parliament.

3. Adam Smith [1776]. *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Ed. Tecnos, Madrid, 2009. Resulta increíble que el concepto por el que Adam Smith es mejor conocido, «la mano invisible», es simplemente una metáfora que aparece solo en una frase de todo el texto original de mil páginas.

Entre 1960 y 1980, el ingreso per cápita aumentó en América Latina un 73 por ciento, y en África un 34 por ciento. A partir de 1980, el crecimiento económico en América Latina virtualmente se detuvo, aumentando en promedio solo un seis por ciento a lo largo de 20 años, mientras que en África descendió un 23 por ciento.

En el período entre 1980 y 2000, la sustitución de importaciones fue reemplazada por la desregulación, la privatización, la eliminación de las barreras al comercio internacional y una apertura total a las inversiones extranjeras. Fue una transición de una economía introvertida a una economía extrovertida. Partiendo del análisis que hemos hecho de las estadísticas del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), del Banco Mundial y de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, podemos demostrar que los países más pobres pasaron de un crecimiento per cápita del 1,9 por ciento anual en el período 1960-1980 a un descenso del 0,5 por ciento anual entre 1980 y 2000. El grupo de países de medianos ingresos lo tuvo peor, cayendo de una tasa anual de crecimiento de 3,6 por ciento a menos del uno por ciento después de 1980. También los países más ricos sufrieron una disminución.

Países como Corea del Sur y Taiwán, citados frecuentemente como ejemplos a ser imitados, lograron su desarrollo, por así decirlo, a la vieja usanza; o sea mediante barreras aduaneras, propiedad estatal de los grandes bancos, subsidios a las exportaciones, violación de patentes y de la propiedad intelectual, y restricciones a los flujos de capital, incluso a las inversiones extranjeras directas. Hoy le resultaría completamente imposible a cualquier país replicar estas estrategias sin violar seriamente las regulaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y del Fondo Monetario Internacional (FMI). Según las actuales reglas de juego, los países pobres deben seguir siendo pobres.

Mito 2: Una mayor integración en la economía mundial es buena para los pobres

Las naciones pobres deben adaptarse a una serie de normas y restricciones establecidas por las instituciones internacionales. El resultado es que esos países desvían recursos humanos, capacidades administrativas y capital político que serían necesarios para su

desarrollo en sectores como educación, salud pública y capacidad industrial.

En 1965 el ingreso medio per cápita en los países del G7 era veinte veces mayor que el de los siete países más pobres. En 1995 era 39 veces mayor, y hoy (2011, habiendo pasado el G7 a convertirse en el G8) es más de 50 veces mayor. En prácticamente todos los países que se han adaptado a una acelerada liberalización del comercio ha aumentado la desigualdad de ingresos. En América Latina, los ingresos reales han disminuido entre un 20 y un 30 por ciento.

Más de 80 países tienen actualmente un ingreso real per cápita más bajo del que tenían hace diez o veinte años. La paradoja es que son precisamente estos países marginales los que se han integrado más completamente en la economía global.

Mito 3: La ventaja comparativa es la vía más eficiente para garantizar un mundo próspero

Uno de los principios indiscutidos de la política moderna es la necesidad del libre comercio global; dudar de sus beneficios es un acto de herejía. No obstante, a pesar de su supuestamente mayor eficiencia si se lo compara con otros sistemas de organización económica, el libre comercio global es patentemente ineficiente en términos reales. Al concederle la mayor prioridad a la producción a gran escala con fines exportadores, en lugar de favorecer la producción a pequeña y mediana escala para satisfacer las necesidades locales, y al generar presiones competitivas que enfrentan a unas comunidades con otras en todo el mundo, los precios al consumidor podrán disminuir, pero a unos costes sociales y ambientales enormes.

A pesar de esto, sigue habiendo una confianza dominante en los beneficios de adherir a las ventajas comparativas. Sin embargo, según el modelo de David Ricardo (el creador del concepto) el sistema funciona siempre que no haya movilidad transnacional de capitales. Internamente, el capital busca los nichos más adecuados que le ofrezcan ventajas comparativas. Pero si al capital se le permite una movilidad transnacional, buscará ventajas *absolutas*. Como escribe John Gray:

Quando el capital es (transnacionalmente) móvil, buscará su ventaja absoluta migrando a países donde los costes sociales y

ambientales de la empresa sean más bajos y los beneficios más elevados. Tanto en la teoría como en la práctica, el efecto de la movilidad global de capitales es la invalidación de la doctrina ricardiana de la ventaja comparativa. A pesar de esto, es sobre tan endeble fundamento que aun se sostiene el edificio del libre comercio mundial desregulado.⁴

Por ejemplo, la Nike Corporation (fabricante de calzado) necesita reducir costes para continuar siendo competitiva. Por lo tanto, se traslada a Indonesia, donde mediante contratistas independientes los zapatos son confeccionados por mujeres jóvenes a las que se les paga unos 0,15 dólares la hora. La realidad está muy bien descrita por David Korten.

La mayor parte de la producción subcontratada tiene lugar en Indonesia, donde un par de Nike que se vende en EE UU y Europa por entre 73 y 135 dólares es producido por 5,60 dólares por niñas y mujeres jóvenes a las que se les pagan 15 céntimos la hora. Las trabajadoras están alojadas en barracones de la empresa, no hay sindicatos, las horas extra a menudo son obligatorias, y si hay una huelga los militares pueden ser convocados para acabar con ella. Los 20 millones de dólares que la estrella del baloncesto Michael Jordan supuestamente recibió en 1992 por promocionar el calzado Nike excedieron la nómina total anual de las fábricas indonesias que lo fabricaron.⁵

Mito 4: Más globalización significa más puestos de trabajo

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en 2000 había 150 millones de desempleados en todo el mundo y mil millones de subempleados; lo que constituye un tercio de la fuerza de trabajo mundial. Y, según la OIT, la situación continúa deteriorándose.

La subcontratación o tercerización que describíamos en la sección anterior (Mito 3) es una necesidad de las empresas multi-

4. John Gray (1998). *Falso amanecer: Los engaños del capitalismo global*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001.

5. David Korten (1995). *Cuando las transnacionales gobiernan el mundo*, Ed. Cuatro Vientos, Santiago, Chile, 1998.

nacionales para seguir siendo competitivas. No es necesario decir que semejante proceso genera desempleo en los lugares de origen y subempleo en los países hacia los que se desplaza la producción, debido a los salarios extremadamente bajos y a las miserables condiciones de trabajo.

Mito 5: La OMC es democrática y da cuenta de sus actos

Muchas de las decisiones que afectan a la vida cotidiana de la gente están siendo arrebatadas a los gobiernos locales y nacionales y, en su lugar, son tomadas por grupos de burócratas empresariales no electos que trabajan a puertas cerradas en Ginebra. Actualmente tienen el poder de decidir si la UE tiene derecho a prohibir el uso de sustancias biotecnológicas peligrosas en los alimentos que ella importa, o si la gente de California puede o no evitar la destrucción de sus últimos bosques vírgenes, o si los países europeos tienen derecho a prohibir la peletería obrenida mediante métodos crueles.⁶

Según las normas de la OMC, si una empresa multinacional que invierte en un determinado país llega a la conclusión de que hay ciertas leyes nacionales o regulaciones consideradas inconvenientes para sus intereses, el país está obligado a abolirlas o adaptarlas a la satisfacción de los inversores. Esto significa que bajo las normas de la OMC, la *carrera hacia el fondo* (como se describe en el Mito 3) no solo afecta a los ámbitos social y ambiental, sino a la misma democracia.

La OMC no tiene la más mínima normativa en relación al trabajo infantil o a los derechos de los trabajadores. Todo en su constitución está conformado para el beneficio de las multinacionales. Por ejemplo, durante los debates que desembocaron en la creación de la OMC, conocidos como la Ronda Uruguay, la controvertida cuestión de los derechos de propiedad intelectual fue introducida en la agenda por trece grandes empresas, entre ellas General Motors y Monsanto. En las negociaciones que siguieron, 96 de los 111 miem-

6. Lucas y Hines, op.cit.

bros de la delegación estadounidense sobre derechos de propiedad provenían del sector privado. No debe por lo tanto sorprendernos que el acuerdo final esté al servicio de los intereses corporativos y socave el acceso de los pobres al conocimiento y la tecnología. Esto queda claramente ilustrado por el hecho de que los países pobres no están autorizados a producir sus propios medicamentos genéricos baratos, sino que se ven obligados a comprar aquellos producidos, a precios mucho más altos, por las multinacionales farmacéuticas. Las consecuencias de esta medida han sido especialmente trágicas en el caso del VIH en África, donde los precios de los fármacos de las corporaciones están muy por encima del poder adquisitivo de la gran mayoría de la población afectada.

En pocas palabras, la OMC debería ser reconocida por lo que realmente es: una institución cuyo propósito principal es permitir que las multinacionales gobiernen el mundo.

Mito 6: La globalización es inevitable

Renato Ruggiero, antiguo director general de la OMC, acostumbraba decir que «tratar de detener a la globalización es equiparable a pretender detener la rotación de la Tierra». Bill Clinton aseguró que «la globalización no es una opción política; es un hecho». Tony Blair caracterizó a la globalización como algo «irreversible e irresistible». Margaret Thatcher proclamó que «no hay alternativa» al capitalismo de libre mercado. Todas estas aseveraciones son evidencias del grado de fundamentalismo que caracteriza a los defensores del sistema. Como tal, el modelo equivale a una pseudorreligión.

Sin lugar a dudas, las alternativas son posibles. La cuestión es que el modelo dominante ha sido el resultado de una renuncia sistemática, por parte de la mayoría de países, a su derecho a controlar los procesos económicos para beneficio de sus propios intereses. Aun así, cualquier condición originada en decisiones políticas es, obviamente, alterable.

Muy probablemente se argumentará que cualquier cambio significaría escoger entre las actuales reglas económicas o el caos. Esto, por supuesto, es absurdo. Un cambio fundamental podría consistir en una cada vez mayor relocalización de la economía a escala local, diseñando nuevas reglas de juego que acerquen la producción al

consumo, dando lugar a lo que nos agrada definir como una economía a escala humana.

Economía a escala humana

La contribución más importante de una economía a escala humana es que puede favorecer la transición de un paradigma basado en la codicia, la competencia y la acumulación a otro basado en la solidaridad, la cooperación y la compasión. Semejante transición favorecería una mayor felicidad no solo entre aquellos que han sido marginados, sino también entre quienes han sido los responsables de esa marginación, más allá de lo que ellos mismos puedan creer.

Los parámetros para una economía a escala humana incluyen lo siguiente:

1. El uso de monedas locales, para que el dinero fluya tanto como sea posible en su lugar de origen. Se puede comprobar mediante modelos económicos que si el dinero circula al menos cinco veces en su lugar de origen, puede generar un pequeño auge económico.
2. La producción de bienes y servicios tan local y regionalmente como sea posible, con el fin de acercar el consumo al mercado.
3. La protección de las economías locales mediante aranceles y cuotas.
4. La cooperación local con la finalidad de evitar monopolios.
5. Impuestos ecológicos a la energía, la contaminación y otros factores negativos. Actualmente, pagamos impuestos sobre los bienes y no sobre los «males».
6. Un mayor compromiso democrático para asegurar la efectividad y la equidad en la transición hacia economías locales.

La larga y poco ética evolución de la disciplina económica que ha sido expuesta en este libro debe llegar a su fin. Es necesario crear una nueva economía que permita superar todas las desigualdades del sistema dominante actual.

Están surgiendo escuelas alternativas de pensamiento: el postkeynesianismo, la economía evolucionista y conductista, la

economía institucional, la economía ecológica y la econofísica; pero no están suficientemente desarrolladas como para aportar una alternativa definitiva al neoliberalismo. No entraremos en la descripción de cada una de estas escuelas de pensamiento, sino que más bien propondríamos que todas las alternativas que se están gestando, independientemente de cuál sea su estructura teórica final, deberían incorporar los principios de una economía a escala humana. Estos principios están expresados en cinco postulados y un principio fundamental de valor, todos ellos compatibles con cualquier nueva alternativa. Son los siguientes.

Postulado 1. La economía ha de servir a la gente, no a la inversa.

Postulado 2. El desarrollo se refiere a las personas, no a los objetos.

Postulado 3. Crecimiento no es sinónimo de desarrollo, y el desarrollo no necesariamente requiere del crecimiento.

Postulado 4. Ninguna economía es posible en ausencia de los servicios de los ecosistemas.

Postulado 5. La economía es un subsistema de un sistema mayor y finito, la biosfera; de ahí que el crecimiento permanente sea imposible.

Principio de valor. Ningún interés económico, bajo ninguna circunstancia, puede estar por encima de la reverencia hacia la vida.

El actual modelo económico dominante está mayoritariamente basado en los opuestos a estos cinco postulados. Pero resulta absurdo suponer que una economía basada en los postulados precedentes no sería factible, pues ya está siendo puesta en práctica en muchos países, a escala local, regional y municipal; un caso destacable sería el del movimiento sueco de las Ecomunicipalidades.

En los siguientes capítulos profundizaremos en el sentido y las implicaciones de cada uno de estos postulados.

X. UNA ECONOMÍA HUMANIZADA PARA EL SIGLO XXI

En este capítulo bosquejamos los fundamentos de lo que estimamos que una nueva economía, coherente con los problemas del siglo XXI, debería tener en consideración.

Postulado 1. La economía ha de servir a la gente, no a la inversa

Los efectos de la deslocalización o tercerización (ya descritos en el Mito 3 del capítulo anterior) son un ejemplo claro de cuando los seres humanos son utilizados para satisfacer intereses económicos. Toda empresa que deslocaliza su producción según los principios consagrados por la OMC genera desempleo en su lugar de origen y subempleo en el sitio donde se ha desplazado. Se podrían citar muchísimos ejemplos de esto.

Más chocante resulta el tema de la mano de obra infantil y esclava. Parece increíble que hoy, en el siglo XXI, haya más esclavos de los que había antes de la abolición de la esclavitud en el siglo XIX; al menos dos tercios de ellos son niños. El hecho de que semejante situación ni siquiera sea noticia revela el grado de perversidad que el modelo económico dominante ha llegado a imponer.

Como comenta David Sirota: «Aquellos de nosotros que presionamos a favor de una reforma profunda de las políticas comerciales venimos argumentando desde hace años que las empresas están intentando crear políticas económicas globales que les permitan «tener toda planta que poseas en una barcaza»; una que pueda desplazarse

de país a país buscando las peores condiciones para explotarlas. Semejante régimen económico internacional podría permitir a los peores gobiernos (y ya lo hace) crear ventajas comparativas artificiales mediante políticas económicas malas/inmorales».¹

Hasta ahora, el comercio global se ha opuesto a cualquier intento de establecer normativas relacionadas con los derechos laborales, ambientales y humanos en los llamados «acuerdos de libre comercio», y está haciendo todo lo posible por debilitar las leyes que bloqueen los productos hechos con mano de obra infantil esclava. Saben muy bien que cuantas menos leyes haya, en más proyectos explotadores que reduzcan costes se podrán involucrar; para ellos, de eso se trata cuando se habla de «buenos negocios».

Postulado 2. El desarrollo se refiere a las personas, no a los objetos

Una discusión detallada de este postulado aparece en mi libro *Desarrollo a escala humana*,² por lo que resulta útil incluir aquí una extensa cita de dicho texto.

Aceptar este postulado —ya sea por opciones éticas, racionales o intuitivas— nos conduce a formularnos la siguiente pregunta fundamental: ¿Cómo puede establecerse que un determinado proceso de desarrollo es mejor que otro? Dentro del paradigma tradicional, se tienen indicadores tales como el Producto Interior Bruto (PIB), el cual es, de alguna manera y caricaturizándolo un poco, un indicador del crecimiento cuantitativo de los objetos. Necesitamos ahora un indicador del crecimiento cualitativo de las personas. ¿Cuál podría ser? Contestamos la pregunta en los siguientes términos: El mejor proceso de desarrollo será aquel que permita elevar más la calidad de vida de las personas. La

1. David Sirota (2009). «Business aims to relax bans on products made with child and slave labour». World News Daily Information Clearing House. <http://www.informationclearinghouse.info/article23951.htm>.

2. Manfred Max-Neef (1991) *Desarrollo a escala humana*, Ed. Icaria, Barcelona, 2006. Este libro ha sido considerado por la Universidad de Cambridge como uno de los 50 libros más importantes sobre sostenibilidad. (Ver University of Cambridge Programme for Sustainability Leadership, The Top Sustainability Books, Greenleaf Publishing, 2009)

pregunta siguiente se desprende de inmediato: ¿Qué determina la calidad de vida de las personas? La calidad de vida dependerá de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales. Surge la tercera pregunta: ¿Cuáles son esas necesidades fundamentales? y ¿quién decide cuáles son?

Se ha creído, tradicionalmente, que las necesidades humanas tienden a ser infinitas, que están constantemente cambiando, que varían de una cultura a otra, y que son diferentes en cada período histórico. Nos parece que tales suposiciones son incorrectas, puesto que son producto de un error conceptual.

El típico error que se comete en la literatura y análisis acerca de las necesidades humanas es que no se explicita la diferencia fundamental entre lo que son propiamente *necesidades* y lo que son *satisfactores* de esas necesidades. Es indispensable hacer una distinción entre ambos conceptos, por motivos tanto epistemológicos como metodológicos.

La persona es un ser de necesidades múltiples e interdependientes. Por ello las necesidades humanas deben entenderse como un sistema en las que se interrelacionan e interactúan. Simultaneidades, complementariedades y compensaciones (*trade-offs*) son características de la dinámica del proceso de satisfacción de las necesidades.

Las necesidades humanas pueden desagregarse conforme a múltiples criterios, y las ciencias humanas ofrecen en este sentido una vasta y variada literatura. En este documento se combinan dos criterios posibles de desagregación: según categorías existenciales y según categorías axiológicas. Esta combinación permite operar con una clasificación que incluye, por una parte, las necesidades de Ser, Tener, Hacer y Estar, y, por la otra, las necesidades de Subsistencia, Protección, Afecto, Entendimiento, Participación, Ocio, Creación, Identidad y Libertad. Ambas categorías de necesidades pueden combinarse con la ayuda de una matriz. [Ver Tabla 4]

De la clasificación propuesta se desprende que, por ejemplo, alimentación y abrigo no deben considerarse como necesidades, sino como satisfactores de la necesidad fundamental de subsistencia. Del mismo modo, la educación (ya sea formal o

Tabla 4

Matriz de necesidades y satisfactores. Nótese que la matriz no contiene ningún elemento material. Por lo tanto, en la columna «Tener» no hay objetos; solo principios, instituciones, normas, tradiciones, etc. En la economía convencional tenemos dos vínculos: deseos y bienes. En la teoría del Desarrollo a Escala Humana (ver Capítulo XIII) tenemos tres vínculos: necesidades, satisfactores y bienes. Por ejemplo, está la necesidad de Comprensión, cuyo satisfactor es la literatura y cuyo bien es un libro.

	Ser (cualidades)	Tener (cosas)	Hacer (acciones)	Interactuar (escenarios)
Subsistencia	física, emocional y salud mental	alimentos, cobijo, trabajo	trabajar, alimentarse, procrear, vestirse, descansar/ dormir	entorno de vida, ámbito social
Protección	cuidado, adaptabilidad, autonomía	seguridad social, sistemas sanitarios, derechos, familia, trabajo	cooperar, planificar, prevenir, ayudar, curar, hacerse cargo de	espacio vital, entorno social, vivienda
Afecto	respeto, tolerancia, sentido del humor, generosidad, sensualidad	amistad, familia, relaciones con la naturaleza	compartir, hacerse cargo de, hacer el amor, expresar emociones	privacidad, espacios íntimos de compañerismo
Comprensión	capacidad crítica, receptividad, curiosidad, intuición	literatura, maestros, políticas educativas y de comunicación	analizar, estudiar, meditar, investigar	escuelas, familias, universidades, comunidades
Participación	adaptabilidad, receptividad, dedicación, sentido del humor	responsabilidades, deberes, trabajo, derechos, privilegios	cooperar, proponer, sentir, expresar opiniones	asociaciones, partidos, iglesias, vecindarios

Ociosidad	imaginación, curiosidad, tranquilidad, espontaneidad	juegos, fiestas, espectáculos, clubes, paz de espíritu	soñar des- pierto, jugar, recordar, relajarse, divertirse	paisajes, espa- cios íntimos, sitios para estar solos, tiempo libre
Creación	imaginación, audacia, curiosidad, inventiva, autonomía, determi- nación	aptitudes, trabajo, habilidades, método, técnicas	inventar, construir, di- señar, trabajar, componer, interpretar	espacios para la expresión, talleres, audi- torios, grupos culturales
Identidad	sentido de pertenencia, autoestima, coherencia	símbolos, lenguaje, religión, va- lores, trabajo, costumbres, normas, hábi- tos, memoria histórica	conocerse a sí mismo, crecer, com- prometerse, reconocerse	lugares a los que uno pertenece, escenarios cotidianos, niveles de maduración
Libertad	autonomía, pasión, autoestima, apertura mental, tolerancia	igualdad de derechos	disentir, escoger, correr riesgos, desarrollar la conciencia, diferenciarse de, desobe- decir	flexibilidad temporal- espacial (en cualquier sitio)

informal), el estudio, la investigación, la estimulación precoz y la meditación son satisfactores de la necesidad de entendimiento. Los sistemas curativos, la prevención y los esquemas de salud, en general, son satisfactores de la necesidad de protección.

No existe correspondencia biunívoca entre necesidades y satisfactores. Un satisfactor puede contribuir simultáneamente a la satisfacción de diversas necesidades o, a la inversa, una necesidad puede requerir de diversos satisfactores para ser satisfecha. Ni

siquiera estas relaciones son fijas. Pueden variar según tiempo, lugar y circunstancia.

Valga un ejemplo como ilustración. Cuando una madre le da el pecho a su bebé, a través de ese acto, contribuye a que la criatura reciba satisfacción simultánea para sus necesidades de subsistencia, protección, afecto e identidad. La situación es obviamente distinta si el bebé es alimentado de manera más mecánica.

Habiendo diferenciado los conceptos de necesidad y de satisfactor, es posible formular dos postulados adicionales. Primero: *Las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables*. Segundo: *Las necesidades humanas fundamentales (como las contenidas en el sistema propuesto) son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos. Lo que cambia, a través del tiempo y de las culturas, es la manera o los medios utilizados para la satisfacción de las necesidades*.

Cada sistema económico, social y político adopta diferentes estilos para la satisfacción de las mismas necesidades humanas fundamentales. En cada sistema, estas se satisfacen (o no se satisfacen) a través de la generación (o la no generación) de diferentes tipos de satisfactores. Uno de los aspectos que define una cultura es su elección de satisfactores. Las necesidades humanas fundamentales de un individuo que pertenece a una sociedad consumista son las mismas de aquel que pertenece a una sociedad ascética. Lo que cambia es la elección de cantidad y calidad de los satisfactores, y/o las posibilidades de tener acceso a los satisfactores requeridos. *Lo que está culturalmente determinado no son las necesidades humanas fundamentales, sino los satisfactores de esas necesidades*. El cambio cultural es —entre otras cosas— consecuencia de abandonar satisfactores tradicionales para reemplazarlos por otros nuevos y diferentes.

Cabe agregar que cada necesidad puede satisfacerse a niveles diferentes y con distintas intensidades. Más aun, se satisfacen en tres contextos: a) en relación con uno mismo (*Eigenwelt*); b) en relación con el grupo social (*Mitwelt*); y c) en relación con el medio ambiente (*Umwelt*). La calidad e intensidad tanto de los niveles como de los contextos dependerá de tiempo, lugar y circunstancia.

Debería ser el propósito de todo sistema político, social y económico la generación de las condiciones para que la gente satisfaga adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales. Es esta una condición primordial para que una nueva economía sea coherente con los problemas del siglo XXI.

La matriz presentada, en la que las necesidades son invariables y los satisfactores pueden cambiar tanto como sea necesario, es solo un ejemplo y de ningún modo agota la cantidad de posibles satisfactores.

El sistema propuesto permite la reinterpretación del concepto de pobreza. El concepto tradicional es limitado y restringido, puesto que se refiere exclusivamente a la situación de aquellas personas que pueden clasificarse por debajo de un determinado umbral de ingreso. La noción es estrictamente economicista. Sugerimos no hablar de pobreza, sino de pobreza. De hecho, cualquier necesidad humana fundamental que no es adecuadamente satisfecha revela una pobreza humana. La pobreza de subsistencia (debido a alimentación y abrigo insuficientes); de protección (debido a sistemas de salud ineficientes, a la violencia, la carrera armamentista, etc.); de afecto (debido al autoritarismo, la opresión, las relaciones de explotación con el medio ambiente natural, etc.); de entendimiento (debido a la deficiente calidad de la educación); de participación (debido a la marginación y discriminación de mujeres, niños y minorías); de identidad (debido a la imposición de valores extraños a culturas locales y regionales, emigración forzada, exilio político, etc.) y así sucesivamente. Pero las pobreza no son solo pobreza. Son mucho más que eso. *Cada pobreza genera patologías*, en cuanto rebasa límites críticos de intensidad y duración. Esta es una observación medular que conviene ilustrar.³

Los discursos del poder están llenos de eufemismos. Las palabras ya no se ajustan a los hechos. Los artefactos de aniquilación son llamados «armas nucleares», como si tan solo fuesen versiones más poderosas de armas convencionales. Describimos un mundo lleno de ejemplos de las más obscenas desigualdades y violaciones de los

3. *Ibíd.*

derechos humanos como «el mundo libre». Como documentamos minuciosamente en este libro, llamamos «libre comercio» al más colosal sistema de explotación. Los ejemplos podrían llenar muchas páginas. El resultado final es que la gente deja de comprender y, en consecuencia, se vuelve una masa cínica o impotente, perpleja y alienada.

Podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. Cualquier necesidad humana fundamental que es profundamente insatisfecha en términos de intensidad y duración genera patologías individuales.
2. Hoy encontramos cada vez más ejemplos de patologías colectivas debido a las desigualdades, la violencia y las injusticias que afectan a partes de una sociedad o a sociedades completas.
3. La comprensión de estas patologías colectivas requiere investigaciones y acciones multidisciplinarias.

Continuamente se están generando nuevas patologías colectivas, y esto continuará en el futuro si mantenemos los enfoques tradicionales y ortodoxos. La disciplina de la economía, al volverse cada vez más reduccionista y tecnocrática, ha dado lugar a un proceso de deshumanización. El gran desafío es volver a humanizarnos desde dentro de nuestra propia disciplina económica. Solo un esfuerzo así puede sentar las bases para una empresa fructífera que verdaderamente contribuya a resolver el dilema en el que hoy nos hallamos.

Necesitamos un sentido de responsabilidad para con el futuro de la humanidad y un intenso deseo de superar todas las desigualdades descritas en este libro. Si no somos capaces de aceptar el desafío, seremos cómplices en la creación y persistencia de sociedades enfermas.

Postulado 3. Crecimiento no es sinónimo de desarrollo, y el desarrollo no necesariamente requiere del crecimiento

Generalmente se supone que cuanto más crece una economía, más éxito tiene. El indicador principal es, por supuesto, el Producto Interior Bruto (PIB), cuyo comportamiento determina las decisiones políticas. El PIB representa el flujo de bienes y servicios que son inter-

cambiados en el mercado a través de productores y consumidores, medidos en términos monetarios.

El PIB tiene una serie de deficiencias, que normalmente no son tenidas en consideración a la hora de diseñar políticas. Primero, todo se suma, independientemente de si los impactos son positivos o negativos. Los costes de los accidentes de tráfico y de las enfermedades son incluidos, del mismo modo que las inversiones en infraestructuras y educación. No hay diferencia entre lo útil y lo perjudicial. Segundo, el PIB no incluye el valor del trabajo no pagado, discriminando así al trabajo doméstico y al trabajo voluntario, que son fundamentales en toda sociedad. Tercero, el PIB tiene en cuenta solo aquello que puede ser expresado en términos monetarios. Cuarto, los servicios de la naturaleza y de los ecosistemas no son valorados en absoluto.

Considerando tales limitaciones, resulta obvio que es imposible hacer una evaluación real de la calidad de vida o del bienestar utilizando el PIB. Si aceptamos lo que se propone en el Postulado 2, que el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos, y que tal desarrollo mejora cuanto más aumenta la calidad de vida, debemos buscar un indicador diferente, un indicador que distinga dos cuentas en el PIB: una para los beneficios nacionales y otra para los costes nacionales.

Diversos estudios que analizan métodos alternativos para evaluar con más precisión la calidad de vida han sido realizados por mí (Manfred) junto con otros colegas hace unos 20 años en distintos países, utilizando Matrices de Necesidades Humanas (como en la Tabla 4) con la intención de evaluar la calidad de vida y/o el bienestar. En el proceso, comenzaron a aparecer ciertas evidencias inesperadas, lo que nos llevó a proponer la «Hipótesis del umbral», que establece que: «En cada sociedad hay un período en el que el crecimiento económico contribuye a mejorar la calidad de vida, pero solo hasta un cierto punto, el punto del umbral, más allá del cual, si hay más crecimiento económico, la calidad de vida puede comenzar a deteriorarse». Pocos meses después de que propusiésemos la hipótesis, basado en nuestro análisis cualitativo, se publicó un estudio realizado por Daly y Cobb (1989)⁴ en el que se proponía

4. Herman E. Daly y John B. Cobb (1990) *Para el bien común*, FCE, México, 1993.

un nuevo indicador, llamado Índice de Bienestar Económico Sostenible, donde los factores positivos y negativos son desagregados. Aplicándolo a Estados Unidos en el período 1950-1990, muestra un aumento paralelo al del PIB hasta 1970, y un declive a partir de ese año a pesar de que el PIB continuase creciendo.

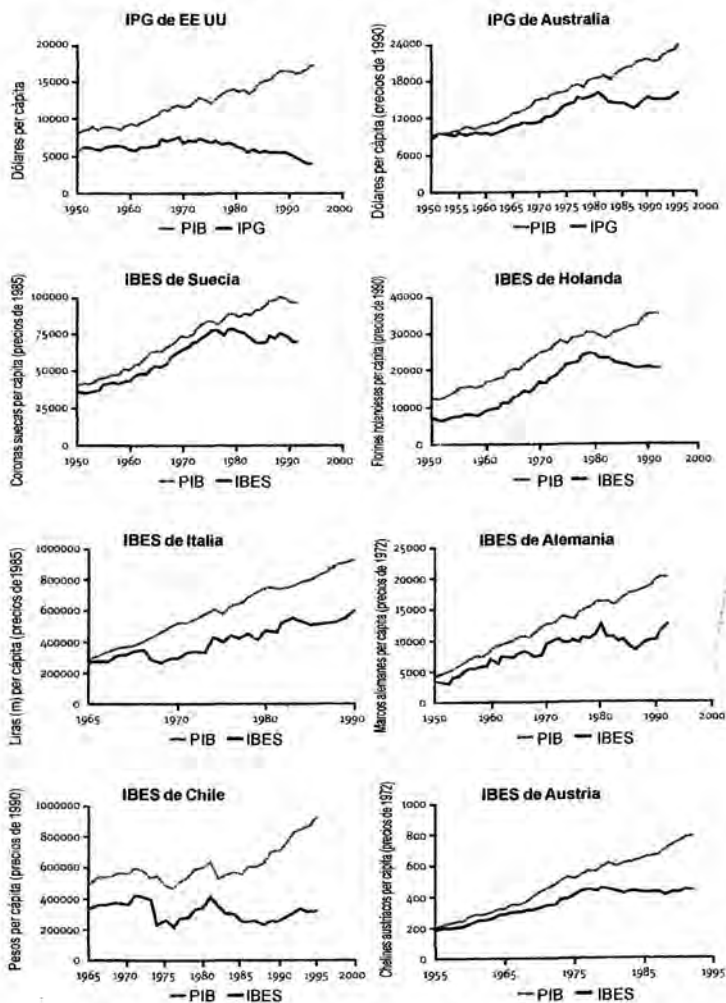
Como resultado de nuestra hipótesis propuesta y del estudio de Daly y Cobb en EE UU, se organizaron diversos grupos en diferentes países para repetir los estudios utilizando la misma metodología. El umbral comenzó a aparecer en prácticamente todos los casos, provocando un gran debate entre una cantidad de economistas. Algunos de ellos desestimaron los hallazgos como errores metodológicos, mientras que otros hicieron sugerencias constructivas con el fin de mejorar el índice.

Veinte años después, se han conseguido grandes mejoras y el indicador ha cambiado de nombre, convirtiéndose en el Indicador de Progreso Genuino. Se han realizado muchos otros estudios, en la mayoría de los casos confirmando el umbral. Aunque todavía hay economistas que desdennan los resultados, la mayoría parece estar positivamente a favor. Al menos se puede decir que, a estas alturas, la Hipótesis del Umbral es una propuesta sólida que se ha vuelto fundamental en el ámbito de la economía ecológica. Los resultados de ocho países pueden verse en la Figura 3.

Si aceptamos que la Hipótesis del Umbral es coherente con la realidad, deberíamos esperar algunos cambios significativos en la teoría del desarrollo.

La cuestión fundamental es: ¿cómo funciona la economía antes del punto del umbral y cómo funciona después de superar dicho punto? Todavía son necesarios muchos análisis, pero se pueden hacer algunas conjeturas. Por ejemplo, si hay pobreza en un país que no ha alcanzado su umbral, sería legítimo afirmar que es necesario más crecimiento para superar la pobreza. No obstante, después que el umbral ha sido alcanzado tal argumento pierde validez, porque la economía ha llegado a un punto en que los costes del crecimiento superan a los beneficios. En el lenguaje de la economía ecológica, los gastos defensivos se vuelven dominantes, y el crecimiento económico se convierte en crecimiento antieconómico. De ahí que la superación de la pobreza deba ser resultado de políticas específicas centradas en ese propósito, pues el crecimiento por sí solo no puede

Figura 3
Indicador de Bienestar Económico Sostenible (IBES) /
Indicador de Progreso Genuino (IPG) para determinados países



Fuente: Amigos de la Tierra.*

* Amigos de la Tierra. Ver: www.foe.co.uk/community/tools/isew/index.html

resolver el problema. Podemos identificar el período previo al umbral como una economía cuantitativa, y el período posterior como una economía cualitativa. Las leyes económicas que funcionan en un segmento no lo hacen de la misma manera en el otro segmento. Queda mucho por investigar para alcanzar una comprensión profunda de las características de las economías post-umbral.

Postulado 4. Ninguna economía es posible en ausencia de los servicios de los ecosistemas

Resulta inquietante que la «economía» que sigue enseñándose en la mayoría de universidades represente un sistema que no tiene ninguna relación con cualquier otro sistema. Es solo un flujo de bienes y servicios a través del mercado y entre empresas y familias, expresado en términos monetarios, que no tiene relación con el entorno natural, y que ignora los impactos físicos y las consecuencias de la actividad económica.

Por cierto, si nos miramos el índice al final de cualquiera de los libros de texto de teoría económica más importantes, difícilmente encontraremos términos como «ecosistema», «biosfera», «naturaleza» o «leyes de la termodinámica».

La Figura 4 representa la visión convencional de la economía.

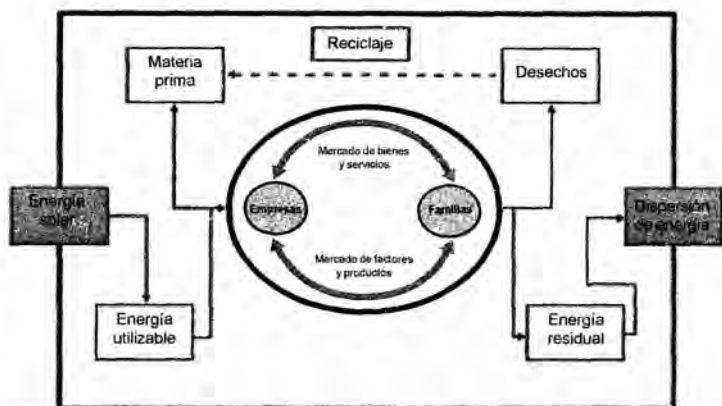
Figura 4

El enfoque clásico del proceso económico. Muestra un flujo circular de dinero en un sistema cerrado que no tiene relación con el entorno natural e ignora las consecuencias físicas de la actividad económica.



Figura 5

El enfoque de la economía ecológica. Se muestra aquí a la economía como un subsistema de un sistema mayor y finito, la biosfera, de la que derivan todos los servicios de los ecosistemas. Sin estos servicios ninguna economía sería posible.



La Figura 5 representa la economía interpretada y entendida según la economía ecológica.

La economía depende de servicios proporcionados por la biosfera, como el suministro de energía y materiales, la capacidad de absorber residuos y el mantenimiento de la biodiversidad; al mismo tiempo, produce impactos sobre la biosfera en términos de dispersión de energía, degradación de materiales, contaminación y residuos, calentamiento global y, como consecuencia, cambio climático. Siendo este el caso, ya sería hora de que los economistas desarrollasen una visión sistémica de los procesos económicos y de su relación con todos aquellos componentes de la biosfera que son responsables del mantenimiento de la vida.

Hay diez límites planetarios⁵ que no deberían ser rebasados, y todos se ven afectados por la actividad económica. Dichos límites son: el cambio climático, la tasa de pérdida de biodiversidad, el ciclo del nitrógeno, el ciclo del fósforo, la reducción del ozono estratosférico, la acidificación de los océanos, el uso del agua potable, el

5. Johan Rockström et al. (2009). «A Safe Operating Space for Humanity». *Nature*, 461 (24 de septiembre de 2009), pp.472-5.

cambio de uso de las tierras, la carga atmosférica de los aerosoles y la contaminación química. De estos diez límites, tres ya han rebasado peligrosamente sus niveles aceptables. En lo concerniente al *cambio climático*, el límite propuesto de concentración de dióxido de carbono (partes por millón por volumen) es de 350. El nivel actual es de 387, mientras que en la era preindustrial era de 280. Respecto a la *pérdida de biodiversidad*, el límite propuesto para la extinción de especies (número de especies por millón de especies por año) es de diez. El ritmo actual es de más de cien, mientras que en la era preindustrial era de 0,1-1. Si consideramos *el ciclo del nitrógeno*, el límite propuesto para la cantidad de N_2 extraída de la atmósfera para uso humano (millones de toneladas anuales) es de 35. El nivel actual es de 121, mientras en la era preindustrial era cero. Los restantes límites están cada vez más cerca de ser rebasados.

Dada la situación, resulta inconcebible que las condiciones fundamentales para el mantenimiento de la vida, enormemente afectadas por los procesos económicos, continúen completamente ausentes de los planes de estudio de las ciencias económicas. Esto es resultado de la absurdidad de que en el siglo XXI, enfrentándonos a problemas que no tienen precedentes históricos, continuemos enseñando teorías económicas del siglo XIX como si no existiesen alternativas; de ahí el gran número de economistas que crean maravillosas abstracciones con sus modelos económicos pero no comprenden el mundo real en el que vivimos. Volveremos sobre este tema en el Capítulo XII.

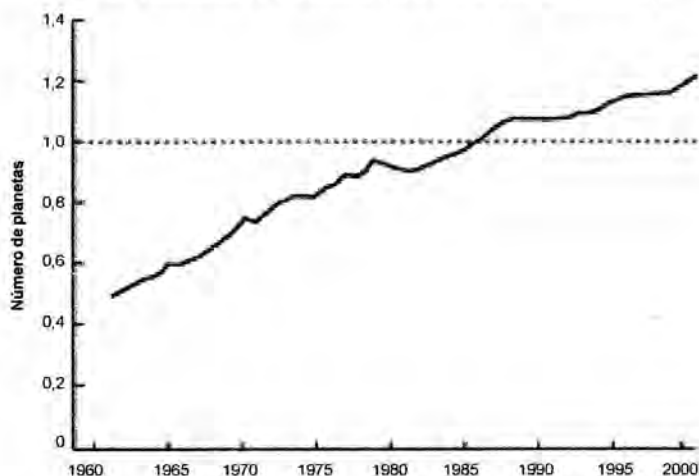
Postulado 5. La economía es un subsistema de un sistema mayor y finito, la biosfera; de ahí que el crecimiento permanente sea imposible

Esencialmente, la sostenibilidad es una cuestión de escala. Esto significa que debemos aceptar que solo tenemos un planeta finito, dentro de una biosfera que también es finita. Si, además, reconocemos que todo aquello que producimos puede ser reducido a una cierta cantidad de tierra necesaria para producirlo, el interrogante que se plantea es: ¿qué superficie de tierra ecológicamente productiva necesitamos para respaldar la demanda de recursos y para absorber los desechos de una determinada población o de actividades específicas? A esto se le llama la «huella ecológica» de la población en cuestión; análisis y

cálculos detallados revelan que para mantener la resiliencia de nuestro planeta, no debemos exceder las 1,8 hectáreas por persona. Pese a ello, como demuestra la Figura 6, desde 1986 hemos rebasado ese umbral y actualmente estamos utilizando los recursos de un planeta más un tercio. Esto significa, entre otras cosas, que la naturaleza necesita 16 meses para regenerar los recursos renovables que nosotros consumimos en 12 meses. Tal cosa, obviamente, no es sostenible.

Figura 6

La huella ecológica de la humanidad. Esta huella indica los patrones de consumo y de generación de desechos de los individuos, las comunidades, las empresas y las naciones, demostrando que actualmente estamos sobreutilizando el capital natural del planeta un 25 por ciento. Ver www.footprintnetwork.org



A pesar de esta evidencia, que es bien conocida por los economistas, continuamos con «lo mismo de siempre». Sin duda el gran Kenneth Boulding estaba en lo cierto cuando afirmó:

Quienes creen que el crecimiento económico puede continuar eternamente en un planeta finito, o están locos o son economistas.

No solo la huella ecológica muestra que ya estamos en números rojos. Si evaluamos los procesos económicos en términos de unidades

de energía en lugar de hacerlo en unidades monetarias, llegaremos a conclusiones similares. Sabemos cuál es el presupuesto en superficie de suelo por persona; ahora necesitamos saber cuál debería ser el presupuesto de energía por persona.

En busca de una respuesta, yo (Manfred) propuse años atrás el término Ecoson (acrónimo de ECOlogical PERSON) para el presupuesto energético per cápita. En aquel momento, no tenía muy claro cómo calcularlo. La respuesta la obtuve de los físicos alemanes Ziegler⁶ y Dür⁷ quienes, utilizando la pérdida de biodiversidad como consecuencia del impacto humano sobre un ecosistema específico como un indicador del sobreesfuerzo ambiental, sugirieron un valor crítico de flujo de energía primaria antropogénica por unidad de superficie y tiempo en torno a

$$14 \pm 2 \text{ GJ/km}^2/\text{día} = 160 \pm 20 \text{ kW/km}^2/\text{día} = 0,16 \text{ W/m}^2/\text{día}$$

que no debería ser sobrepasado. Una extrapolación apropiada demuestra que una producción antropogénica mundial de energía primaria de nueve teravatios por día es el límite para no exceder la capacidad de carga del biosistema del planeta. Nueve teravatios equivalen al 20 por ciento del flujo natural de energía solar que pasa por el biosistema de la Tierra.

Si dividimos 9 teravatios por los 6.000 millones de habitantes del planeta, lo que tenemos es:

$$1 \text{ Ecoson} = 1,5 \text{ kW/por persona/hora o } 13.000 \text{ kW/por persona/año}$$

que es el presupuesto energético por persona que no debería rebasarse para no sobrepasar la capacidad de carga del biosistema.

La importancia principal de establecer el Ecoson es que podemos reconceptualizar algunas consideraciones demográficas. Si clasificamos a todos los países según su ingreso per cápita, lo que obtenemos se muestra en la Tabla 5.

6. Wolfram Ziegler (1979). «Ansatz zur Analyse der durch technisch-zivilisierte Gesellschaften verursachten Belastung von Ökosystemen», *Landwirtschaftliches Jahrbuch*, 56, p.899. Y Wolfram Ziegler (1992). «Zur Tragfähigkeit ökologischer Systeme», *Wissenschaftliche Zeitschrift, Technische Universität Dresden*, 41, p.17.

7. H.-P. Dür (1993). «Living with an Energy Budget: The 1,5 Kilowatt Society», Max-Planck Institut für Physik, manuscrito inédito.

Tabla 5

La población mundial agrupada por ingresos per cápita, indicando el número de Ecosones para cada sección de la población

Ingresos	Población (en miles)	Ecosones (en miles)
-1.000	390.000	13.000
1.000-1.999	1.370.000	274.000
2.000-3.999	1.920.000	1.152.000
4.000-7.999	840.000	1.624.000
8.000-15.999	240.000	528.000
+16.000	760.000	3.851.000

La primera línea muestra todos los países con un ingreso anual per cápita inferior a los mil dólares estadounidenses, que suman 390 millones de personas aunque solo usan 13 millones de Ecosones; esto quiere decir que esos habitantes están muy por debajo del presupuesto energético de 1,5 kW por persona y hora. Las primeras tres líneas representan a países con más habitantes que Ecosones. En las siguientes tres líneas la situación se invierte, y tenemos a los países con más Ecosones que personas. El país con la mayor brecha entre habitantes y Ecosones es Estados Unidos: con 300 millones de habitantes utiliza casi 4.000 millones de Ecosones.

Pero ¿cuál es la importancia de todo esto? Podemos explicarlo de forma muy sencilla: el bebé que acaba de nacer en el Hospital Central de Boston no es equivalente al que acaba de nacer en una choza de Sierra Leona. No son equivalentes porque su impacto sobre la biosfera será completamente diferente. De hecho, el impacto de un bebé estadounidense puede llegar a ser equivalente al de diez o 15 bebés de Sierra Leona. Por consiguiente, si nos preocupa la sostenibilidad, es mucho más importante conocer el número de Ecosones por cada país, porque estos representan el verdadero impacto de su población. Para ilustrar la extrema importancia de esta nueva manera de entender la demografía, la Tabla 6 muestra el verdadero tamaño de EE UU en comparación con otros países, en términos de Ecosones.

En términos de cantidad de población, la India y China son mucho más grandes que Estados Unidos. Pero cuando los observamos desde la perspectiva de la economía ecológica, Estados Unidos con

Tabla 6
El tamaño real de Estados Unidos

	Ecosones (en miles)	Tamaño relativo de EE UU
USA	1.938.956.000	
India	206.540.000	9,4
China	696.591.000	2,8
Indonesia	56.973.000	34,0
Brasil	99.224.000	19,6

sus 300 millones de habitantes es nueve veces mayor que la India, tres veces mayor que China y así sucesivamente. Para quienes están a favor del control de la población, el mensaje sería: controlad los Ecosones, no el número de personas.

Los cálculos revelan que 6.000 millones de Ecosones es el capital energético global máximo si no queremos alterar la capacidad de carga de nuestro biosistema. De acuerdo a la información estadística disponible, el actual consumo mundial de energía equivale a 8.000 millones de Ecosones. Por lo tanto, al igual que en el caso de nuestra huella ecológica, nos encontramos con un «descubierto» del 30 por ciento; o sea, estamos viviendo como si dispusiésemos de 1,3 planetas, cuando solo contamos con uno.

Si realmente nos importa la sostenibilidad, evaluar los procesos económicos en términos de energía en lugar de hacerlo en términos monetarios resulta mucho más revelador.

Principio de valor. Ningún interés económico, bajo ninguna circunstancia, puede estar por encima de la reverencia hacia la vida

De este principio no son necesarios los ejemplos. El grado en que este principio fundamental viene siendo sistemáticamente violado es tan abrumador que a uno solo le resta esperar que, si la insistencia de nuestra cultura en continuar teniendo más de este tipo de economía provoca la catástrofe que parece probable, pueda sobrevenir un dramático cambio cultural que nos lleve de un mundo antropocéntrico de codicia, competencia y acumulación a un mundo biocéntrico de solidaridad, cooperación y compasión con todas las formas de vida.

XI. ESTADOS UNIDOS: UNA NACIÓN EN VÍAS DE SUBDESARROLLO

Lo que podrá sorprender a mucha gente preocupada con los problemas del desarrollo es que las injusticias y desigualdades provocadas por la ideología económica neoliberal no solo afecta a los ciudadanos de los países más pobres del planeta, como se ha detallado en los capítulos precedentes, sino también a los ciudadanos de los países ricos. El modelo está, de hecho, diseñado para funcionar contra la gente, esté donde esté, con la única excepción de los extremadamente ricos y los extremadamente poderosos. En Estados Unidos hay millones de personas que sufren tanto como la gente más vulnerable de otras regiones del mundo azotadas por la pobreza.

El discurso del desarrollo reconoce tres tipos de países: subdesarrollados, en vías de desarrollo y desarrollados. Durante décadas, estas categorías han parecido suficientes para fines descriptivos y comparativos. No obstante, bajo las actuales circunstancias parecería deseable considerar una cuarta categoría: la de los países *en vías de subdesarrollo*, los que van de mejor a peor, de los cuales Estados Unidos es sin duda el ejemplo más destacado.

Desde 1970, la calidad de vida y la condición económica de la inmensa mayoría de los estadounidenses, con la excepción de la alta élite financiera, se ha deteriorado constantemente.¹ Estados Unidos es la más desigual de todas las economías avanzadas, con la coexistencia de enorme riqueza y extrema pobreza. Es la nación más rica de la

1. En el Capítulo X vemos cómo el Indicador de Progreso Genuino para EE UU comienza a declinar a partir de 1970.

historia, pero también tiene la tasa más alta de pobreza del mundo industrializado. Cincuenta millones de ciudadanos estadounidenses viven en la pobreza. Durante al menos tres décadas ha habido un estancamiento de los salarios, incremento de la pobreza y ataques contra el sistema social de bienestar. Se ha dado una redistribución de la riqueza, pero solo en beneficio de una pequeña élite financiera, a través de rescates masivos diseñados para salvar a los especuladores.

Hechos difíciles de aceptar

El empobrecimiento de los trabajadores de EE UU durante la actual crisis económica ha sido documentado en un informe de la Northeastern University, que analizó el desempleo en 2009, basándose en datos sobre los ingresos del año anterior.

En el cuarto trimestre de 2009, el desempleo entre el diez por ciento con ingresos familiares más bajos se situaba en el 31 por ciento, un nivel similar al de la época de la Depresión. Un criterio de medición más amplio del desempleo, la tasa de subutilización del mercado de trabajo —que combina el desempleo, el subempleo y a aquellos a quienes se considera fuera de la fuerza de trabajo porque han dejado de buscar empleo activamente— se situaba por encima del 50 por ciento entre los miembros del decilio más bajo de los ingresos familiares; en el segundo decilio, era el 37,6 por ciento; y en los tercero y cuarto decilios siguientes, era el 17,1 por ciento y el 15 por ciento, respectivamente. Para el diez por ciento más alto de los asalariados, la tasa de subutilización era del 6,1 por ciento. Según el informe, estos datos indican una «verdadera Gran Depresión», pese a que no había una recesión del mercado para los estadounidenses más ricos.

Esta aguda polarización, que por un lado revela una fabulosa riqueza para una minoría y, por otro lado, desempleo, recortes salariales, pérdida de la vivienda y hambre para un amplio sector de la clase trabajadora, indica una intensificación de las tendencias a largo plazo.

Según el Economic Policy Institute (Instituto de Políticas Económicas): «Aunque durante la última recesión muchas familias

de medianos ingresos han perdido su trabajo, sus viviendas y sus ahorros para la jubilación, sus problemas económicos se remontan mucho más atrás». En los treinta años previos a 2008 –el inicio de la crisis actual– cerca del 35 por ciento del incremento total de ingresos en EE UU fue acaparado **por el decilio más alto del uno por ciento de los asalariados**. En el mismo período, el 90 por ciento más bajo compartió solo el 15,9 por ciento del aumento de los ingresos.²

Podemos agregar una lista bastante escalofriante de condiciones que hoy prevalecen en EE UU y que pueden llegar a convertirse en un rasgo permanente si el modelo neoliberal continúa siendo el fundamento de la economía ortodoxa:³

1. Cincuenta millones de personas necesitan de los vales de comida para alimentarse.
2. El cincuenta por ciento de los niños estadounidenses utilizará vales de comida en algún momento de su niñez.
3. Cada día, la cantidad de gente que necesita vales de comida aumenta en 20.000 personas.
4. En 2009, uno de cada cinco hogares no tenía dinero para comprar alimentos. En los hogares con niños, esta cifra ascendía hasta el 24 por ciento.
5. Cincuenta millones de ciudadanos carecen de atención sanitaria.
6. EE UU tiene el sistema de atención sanitaria más caro del mundo, con ciudadanos que pagan el doble que en otros países, mientras que la atención general que reciben a cambio se sitúa en el puesto 37º a escala mundial.
7. En 2009, 1.400.000 estadounidenses se declararon en bancarrota; un incremento del 32 por ciento en relación al año anterior.

2. Tom Eley, «America, the land of inequality», *Global Research*, 14 de febrero de 2010.

3. Gran parte de la información siguiente ha sido extraída de David de Graw, World News Daily Information Clearing House. <http://informationclearinghouse.info/article24692.htm>.

8. Los estadounidenses han perdido tres billones de dólares de sus pensiones y ahorros desde que comenzó la crisis económica, y 13 billones en el valor de sus viviendas.
9. La deuda personal ha pasado del 65 por ciento en 1980 al 125 por ciento en la actualidad.
10. Cinco millones de familias han perdido sus hogares, y se calcula que para 2014 los perderán otros 13 millones de familias.
11. Cada día, diez mil hogares entran en ejecución hipotecaria.
12. Una cantidad cada vez mayor de personas no encuentra cobijo en ningún sitio; actualmente, hay en EE UU más de tres millones de personas sin hogar.

Un lugar en el que cada vez más estadounidenses encuentran un hogar es en las prisiones. La población encarcelada es de 2,3 millones de individuos, lo que implica que hay más gente encarcelada que en cualquier otro país del mundo. En EE UU por cada 100.000 ciudadanos hay 700 en prisión. En contraste, en China, por cada 100.000 ciudadanos hay 110 en prisión, en Francia 80 y en Arabia Saudita 45. En EE UU la industria de las prisiones está en una situación boyante. Un informe reciente de Hartford Advocates titulado «La nación del encarcelamiento» revela que cada semana se inaugura una nueva prisión en algún lugar de Estados Unidos.⁴

Lo que resulta verdaderamente alarmante es que este tipo de información nunca sale en las noticias, por lo que la imagen que ofrecen las autoridades es siempre engañosa. El desempleo es un buen ejemplo. Las cifras oficiales no incluyen a las personas que son «trabajadores involuntarios a tiempo parcial», es decir, aquellos que están trabajando a tiempo parcial pero que desean un empleo a tiempo completo. Tampoco tienen en cuenta a los «trabajadores desalentados», o sea a los desempleados de larga duración que han perdido la esperanza y han dejado de buscar un empleo. Toda esa gente es eliminada de las cifras de desempleo.⁵ La paradoja es que en lugar de informar que el número de parados aumenta, las noticias oficiales dirán que el desempleo se está estabilizando. Tal cosa, sin duda, generará una reacción muy favorable en Wall Street, en beneficio de los que más ganan.

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*

Desigualdad económica, pobre calidad de vida

Mencionábamos al principio de este capítulo que las condiciones venían deteriorándose en EE UU desde 1970, convirtiéndola en la más desigual de todas las economías avanzadas. Esto quedaría evidenciado por lo que hemos visto hasta ahora, pero la imagen se ve más reforzada todavía por el comportamiento del coeficiente de Gini en EE UU (una medida de la desigualdad de ingresos o riqueza) según pasa el tiempo.⁶ Las cifras siguientes provienen de la Oficina del Censo de EE UU

1929:	45,0 (estimado)
1947:	37,6 (estimado)
1967:	39,7 (primer año analizado)
1968:	38,6 (menor índice registrado)
1970:	39,4
1980:	40,3
1990:	42,8
2000:	46,2
2005:	46,9
2006:	47,0 (mayor índice registrado)
2007:	46,3
2008:	46,6

A través de estas cifras se puede observar que 1970 es el punto de inicio de esta tendencia negativa. Si esto es comparado con el Indicador de Progreso Genuino (IPG) correspondiente a Estados Unidos (Gráfico 1 de la Figura 3), que comienza a declinar en 1970, se pueden extraer algunas conclusiones. A medida que el coeficiente de Gini aumenta, el IPG disminuye. Es decir, cuanto más se incrementa la desigualdad de ingresos, más se deteriora la calidad de vida. En este momento, el coeficiente de Gini de EE UU se encuentra entre el 23 por ciento peor situado de todo el mundo.

6. El coeficiente de Gini, basado en la curva de Lorentz, es una medida de la desigualdad de ingresos. Cuanto más alta la cifra, mayor es la desigualdad. Como ejemplo, los países escandinavos tienen un nivel similar de coeficiente de Gini, en torno a 25.

El hecho de que el único segmento de la población estadounidense que ha mejorado su situación sea el uno por ciento más rico, a expensas del otro 99 por ciento, puede ser confirmado mediante cifras adicionales. En 1970 los directores de las empresas ganaban 25 dólares por cada dólar que obtenía un trabajador medio. En 2000 la proporción había aumentado exageradamente: 90 dólares para los ejecutivos por cada dólar para el trabajador medio. Sin embargo, si se incluyen las opciones sobre acciones, las bonificaciones y otros beneficios, la proporción pasa a ser de 500 a uno. La riqueza total conjunta de los 400 estadounidenses más ricos asciende a 1,57 billones de dólares, o sea, más que el patrimonio neto total del cincuenta por ciento de la población de EE UU. En ese país, cuatrocientos individuos tienen más riqueza que 155 millones de personas.⁷

El escándalo de las familias con mayores ingresos

Pero según nuestra opinión, el mayor escándalo fue revelado por el Servicio de Ingresos Internos de EE UU en diciembre de 2009. La información recibió poca atención hasta febrero de 2010, y hace referencia a los ingresos e impuestos de las 400 familias con ingresos más altos. Sus ingresos promedio —expresados en dólares de 1990— crecieron entre 1990 y 2006 de 17 millones a 87 millones, lo que en términos reales representa una quintuplicación de sus beneficios (ver Figura 7).

Durante ese período, el porcentaje del ingreso nacional total que acabó en manos de las 400 familias más ricas se triplicó, del 0,52 por ciento en 1992 al 1,59 por ciento en 2007 (ver Figura 8).

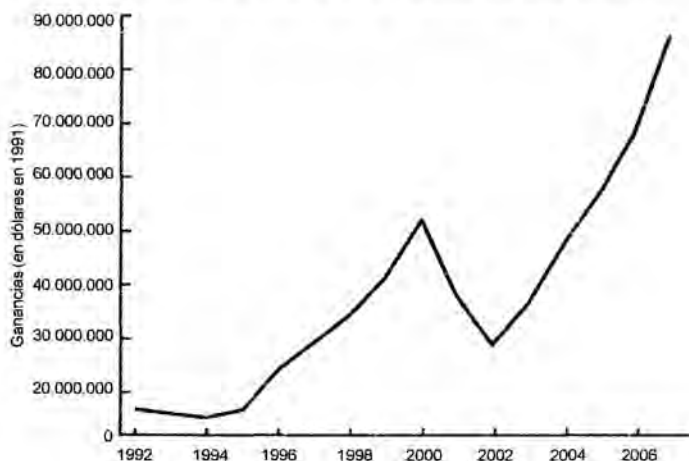
Los datos muestran que solo entre 2006 y 2007 los ingresos de estas familias aumentaron un 31 por ciento, situándose el ingreso promedio de cada una de ellas en 345 millones de dólares. En lo concerniente a los impuestos que pagan, estos cayeron del 30 por ciento en 1995 al 16,6 por ciento en 2007 (ver Figura 9).

Actualmente, los trabajadores estadounidenses trabajan más horas y han aumentado su productividad, pero aun así sus salarios disminuyen, mientras que el aumento de la riqueza —como hemos visto— se concentra en la élite económica.

7. David de Graw, AlterNet, 17 de febrero de 2010. <http://www.alternet.org/module/printversion/145705>.

Figura 7

Promedio de la renta de las 400 familias más ricas de EE UU



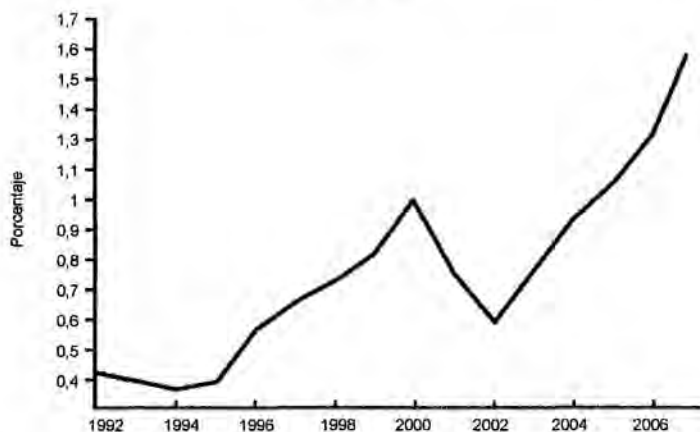
Si nuestros ingresos se hubiesen mantenido a la par de las tasas de distribución de las remuneraciones establecidas a comienzos de la década de 1970, estaríamos ganando al menos el triple de lo que hoy ganamos. ¿Cuán diferente sería tu vida si estuvieses ganando 120.000 dólares al año en lugar de 40.000?

Lo que podría hacerse con todo el dinero que ha sido acaparado por la élite económica sería extraordinario... En lo alto de lo que tendría que ser nuestro ingreso anual promedio de seis cifras, podríamos tener: 1) atención sanitaria gratuita para todos los estadounidenses; 2) una vivienda gratuita de cuatro habitaciones para cada familia estadounidense; 3) una tasa impositiva del cinco por ciento para el 99 por ciento de la población; 4) una educación pública drásticamente mejorada y universidad gratuita para todos; y 5) mejor transporte público e infraestructuras... Aparte de los modelos y teorías económicas obsoletas, no hay razón para que todo este dinero deba quedar en manos de unos pocos, a expensas del inmenso sufrimiento de los muchos.⁸

8. *Ibíd.*

Los medios de comunicación establecidos siempre ocultarán el inmenso sufrimiento individual y los estragos psicológicos que se esconden tras esta realidad. Las noticias continuarán refiriéndose a cifras que muestran mejoras inventadas con el propósito de satisfacer la codicia de los megarricos.

Figura 8
Porcentaje de la Renta total nacional que corresponde a las 400 familias más ricas de EE UU



La persistencia de una ideología fallida

Parece indudable que 1970 fue un punto de inflexión tremendamente decisivo, que afectó no solo a la vida de los estadounidenses sino la de todo el mundo. Pero ¿qué sucedió en 1970? Como veremos en el próximo capítulo, a fines de la década de 1960 se consolidó, a través de las «ocho grandes» universidades estadounidenses, el paradigma neoliberal como modelo definitivo; fue este el resultado del generoso programa de investigación promovido por la RAND Corporation y la Fuerza Aérea de EE UU con el propósito de fomentar la investigación avanzada en el campo de la economía matemática. En otras palabras, 1970 fue el año del triunfo neoliberal. A partir de ese año, con la imposición de la ideología neoliberal (a través del reaganismo y el that-

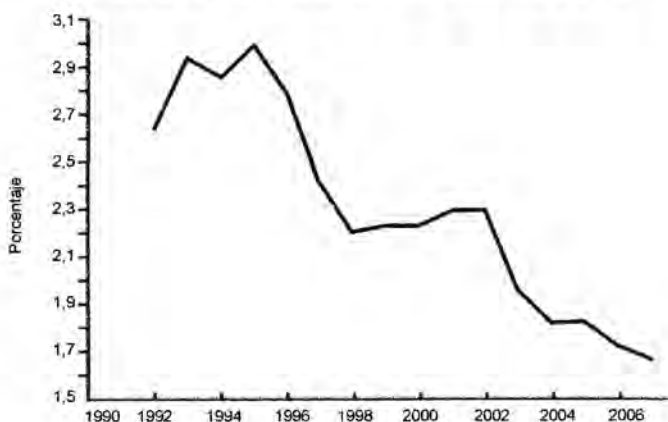
cherismo en EE UU y la Gran Bretaña, y posteriormente en el resto de Europa), el coeficiente de Gini para EE UU comienza a crecer mientras que la calidad de vida va en declive, como se indica en el primer gráfico de la Figura 3 en el Capítulo X. Lo que es digno de atención es que lo mismo sucede en los demás países que aparecen en la figura, así como en muchos otros que allí no constan. En todos los casos, el declive de la calidad de vida comienza entre 1970 y 1985, dependiendo del momento en que cada país adoptó la doctrina neoliberal.

Los indicadores que hemos mostrado revelan claramente que después de cuarenta años, el neoliberalismo no ha favorecido lo que se suponía habría de favorecer, es decir, un aumento del bienestar mundial; más bien ha logrado lo opuesto. Sin embargo, este hecho parece no perturbar a los economistas ortodoxos, que siguen creyendo que las mejoras se lograrán con más de lo mismo.

Resulta absolutamente increíble que Estados Unidos haya impuesto al resto del mundo la deseabilidad de una ideología económica que ha devastado a su propio país y a muchos otros. El hecho de que los economistas de esa nación y sus universidades sean capaces de ignorar la realidad y, pese a todas las evidencias en sentido contrario, continúen presumiendo de que lo que hacen, recomiendan y enseñan en términos económicos es lo adecuado, termina siendo una monstruosidad epistemológica y política.

Figura 9

Tasa efectiva de impuestos de las 400 familias más ricas de EE UU



Si los economistas ortodoxos se pareciesen —aunque solo fuese un poco— a los científicos naturales que según ellos son sus iguales, estarían abalanzándose los unos sobre los otros proclamando que sus teorías y métodos están equivocados, han fracasado y necesitan ser urgentemente reemplazados por otros nuevos. Pero nada de esto está sucediendo, lo que confirma una vez más que aquello que la ortodoxia prescribe no es la necesidad de comprender la realidad, sino defender la práctica de que, si la teoría no se ajusta a la realidad, se debe olvidar la realidad, especialmente si esto beneficia a los ricos y poderosos.

Debemos acabar con tanta necedad. Esto probablemente sucederá (como afirmásemos al final del capítulo precedente) cuando los depositarios de esta desastrosa verdad oficial mueran, y sean reemplazados por una nueva generación. Esta nueva generación ya está esperando el momento oportuno. Pronto otro mundo será posible.

XII. UNA ENSEÑANZA NO TÓXICA DE LA ECONOMÍA

No se pueden esperar cambios significativos en la economía a menos que su enseñanza experimente una profunda transformación. A lo largo de este libro hemos mostrado que, por una parte, los modelos económicos que fueron dominantes en diferentes épocas fueron aquellos que fortalecieron el *statu quo* de una sociedad injusta; y por otra parte, que para que la economía tuviese la autoridad suficiente para imponer sus propuestas, debía aparecer como una ciencia exacta. Esto último se consiguió mediante el uso y el abuso de las matemáticas, como resultado de cierto complejo de inferioridad por parte de los economistas del siglo XIX, puesto que no eran físicos. Esta es la razón por la que nunca se admite que los modelos económicos están equivocados. Si no funcionan, no es debido a un fallo en el modelo, sino porque la realidad juega sucio. «Si la teoría no se ajusta a la realidad, olvida la realidad». Todo esto es, sin duda, resultado de la manera en que se enseña economía en las universidades.

Ahora bien, si queremos cambiar algo, primero debemos comprender los orígenes de aquello que queremos cambiar. El neoliberalismo, vástago de la economía neoclásica, se ha convertido en la ideología política que domina casi todos los departamentos de economía de nuestras universidades. De hecho, fue en las universidades donde se originó el neoliberalismo, y allí se continuó promoviendo con entusiasmo como la única definitiva y respetable escuela de pensamiento económico. La evidencia de que, especialmente durante 2008 y 2009, la doctrina neoliberal no solo estaba equivocada sino que además era nociva, parece no alterar a aquellos que aún controlan la inmensa mayoría de los departamentos de economía.

El ascenso del neoliberalismo

Pero ¿de dónde surge el neoliberalismo? La historia comienza hace casi un siglo y medio, en 1870, cuando los economistas comenzaron a esforzarse por demostrar que la economía era una ciencia, como la física newtoniana. Los economistas más importantes de la época, Stanley Jevons y Leon Walras, estaban sencillamente fascinados con la mecánica clásica. Por lo tanto, tenían que desarrollar un modelo que tuviese propiedades similares al modelo del universo diseñado por Newton. Como señala Edward Fullbrook:

La cuestión no radicaba en si la economía y sus mercados tienen o no las mismas propiedades formales que el modelo de Newton. Jevons, al igual que Walras pocos años después, había descubierto las ilusorias y contagiosas delicias de la ciencia patas arriba. Mientras que Newton, respaldado por un siglo de *investigaciones empíricas*, había identificado las propiedades fundamentales del universo físico y luego había establecido el modelo, Jevons y Walras se plantearon *definir* un conjunto de conceptos que pudiesen ser combinados de un modo formalmente análogo a las relaciones físicas modeladas por la mecánica clásica. Son estos conceptos *a priori* y al servicio del ego que... son martilleados en los cerebros de los estudiantes como si fuesen verdades científicas, los que hoy apuntalan al neoliberalismo.¹

Como exponíamos en el Capítulo V así como la física newtoniana proponía la gravitación como una ley universal que describía el comportamiento del universo, los economistas neoclásicos tenían que concebir una ley universal semejante capaz de describir el comportamiento de los seres humanos. Semejante ley universal acabó siendo la «utilidad», dando a entender que todo ser humano siempre se comporta y actúa de modo de maximizar su utilidad. Aunque la utilidad nunca es definida con claridad, es esencialmente material y hace referencia a aquello que puede ser medido. Habiendo hallado la ley universal, el siguiente paso fue adoptar un lenguaje adecuado para la otorgarle a la economía un estatus como el de la física. Así:

1. Edward Fullbrook (2007). «Economics and Neoliberalism». En Gerry Hassan (ed.) *After Blair: Politics after the New Labour Decade*, Routledge, Londres.

En la economía neoclásica, los «cuerpos» se convierten en «individuos» o «agentes»; los «movimientos» pasan a ser «intercambio de bienes»; «fuerzas» es sustituido por «preferencias» que cuando se suman devienen «oferta y demanda»; «equilibrio mecánico» pasa a ser «equilibrio de los mercados», que se alcanza cuando la diferencia entre oferta y demanda es cero; y los «sistemas físicos» se traducen como «mercados». Pero esto es solo el comienzo de la invención neoclásica. Para que el modelo luciese definido era necesario explicar los términos «intercambio de bienes», «individuos» y «preferencias», y por lo tanto «mercados» de forma estrambótica. Mágicamente, todos los intercambios tenían lugar a precios que equiparaban la oferta y la demanda. No había desconexión entre innovación y competencia, ni distorsiones entre oligopolio o monopolio. Esta eliminación de la dinámica se centraba completamente en cuando el mercado está en equilibrio, ignorando por lo tanto los verdaderos procesos característicos de los mercados. Los individuos eran definidos como atomistas, es decir, carentes de dimensión social y, dentro de sus yoes aislados, unidimensionales, o sea que tenían solo un único criterio para tomar decisiones: la satisfacción preferente. Y las preferencias de estos seres asociales eran definidas como inmutables, completamente independientes de las experiencias vitales, incluyendo las de consumo.²

En sus *Elementos de economía pura* (1877) Walras se propone demostrar que esta teoría pura de la economía es una ciencia que se asemeja en todos sus aspectos a las ciencias físico-matemáticas. La forma de demostrar «todos sus aspectos» se consiguió mediante la imposición de complejos, y a veces hasta absurdos, formalismos matemáticos que no tienen la más mínima relación con la economía de la vida real.

La economía neoclásica en el mundo actual

Cabe destacar que, aunque la invención hecha por la economía neoclásica tuvo éxito y fue aceptada como legítima por las comunidades académicas, coexistía con otras visiones, como la economía

2. *Ibíd.*

institucional propuesta por Veblen y otros. Durante la década de 1930, sin desaparecer, fue desplazada por el keynesianismo, aunque continuó coexistiendo con este y con otros enfoques, como los propuestos por los marxistas. Otras escuelas, como el postkeynesianismo, la escuela austríaca, la conductista y la feminista, sumaron sus propias contribuciones hasta finales de la década de 1960. Hasta ese momento, estudiantes como yo mismo (Manfred) tuvimos la opción de perspectivas múltiples a la hora de analizar los problemas económicos, y asignaturas como Historia Económica e Historia del Pensamiento Económico—hoy día desaparecidas de los currículos—eran fundamentales en toda facultad de economía.

Lo extraordinario en relación a la economía neoclásica del siglo XIX es que alcanzó su éxito definitivo en las postrimerías del siglo XX. Esto es sin duda sorprendente. Ya no tenemos una física del siglo XIX, ni una biología, una astronomía, una geología o una ingeniería decimonónicas. Todas las ciencias han mostrado una permanente evolución. La economía es la única disciplina según la cual los problemas del siglo XXI, supuestamente, deben ser interpretados, analizados y comprendidos utilizando teorías del siglo XIX. En un impulso necrológico, los economistas «ortodoxos» de hoy buscan orientación e inspiración en un cementerio de hace 150 años, como si nada hubiese sucedido desde entonces. Esto es como mínimo un absurdo, y el hecho de que las universidades sigan con lo mismo es, según lo vemos, un escándalo epistemológico de inmensas proporciones.

La coexistencia académica de diferentes visiones y escuelas económicas, que se dio en las universidades hasta fines de los años sesenta, ha sido erradicada completamente. Hay, por supuesto, muchos economistas que no adhieren a la ortodoxia y que están elaborando importantes contribuciones alternativas en su especialidad. No obstante, su trabajo no es reconocido ni por las facultades de economía ni por las tradicionales publicaciones ortodoxas. Su trabajo es subversivo y debe ser desarrollado fuera de los muros de la universidad. La Universidad de Harvard nos brinda un ejemplo interesante. En el año 2010, la introducción a la economía es enseñada por Gregory Mankiw, autor del libro de texto preferido hoy en todo el mundo. Algunos estudiantes sentían que ese curso era una «propaganda conservadora masiva». Por lo tanto, cuando se

les propuso un curso similar a cargo del profesor Marty Feldstein, exconsejero del presidente Reagan, los estudiantes protestaron. Otro curso introductorio, con una orientación crítica y pluralista, era ofrecido por el profesor Stephen Marglin. Pero mientras que el curso de Mankiw asignaba créditos a los estudiantes, el de Marglin no estaba autorizado a hacer lo mismo. ¡Qué estúpido fundamentalismo en la Universidad de Harvard, una de las más grandes universidades del mundo!

Estando las cosas como están, no debería sorprendernos que los economistas no hayan previsto el colapso de la economía en octubre de 2008; el mayor colapso desde 1930. Probablemente no más de dos o tres economistas en Estados Unidos predijeron la crisis. Uno de ellos, Nouriel Roubini, fue desdeñado por sus colegas por hacer pronósticos catastrofistas, y criticado por no utilizar modelos matemáticos en sus predicciones.

Como un acontecimiento epistemológico, el colapso del sistema financiero mundial es equiparable a la observación del eclipse solar de 1919.³ Si la práctica profesional en economía se asemejase, aunque fuese mínimamente, a la práctica en ciencias naturales, después del actual desastre global los economistas deberían estar arrojándose unos encima de otros para proclamar la falsedad de sus teorías, lo inadecuado de sus métodos y la urgente necesidad de otros nuevos.⁴

Nada por el estilo está sucediendo. Lo que hoy seguimos teniendo no es educación económica, sino adoctrinamiento económico.

El lobby neoclásico

A fines de la década de 1960, la economía neoclásica encontró la ocasión para desplazar paulatinamente a las demás visiones de la economía; fue cuando la RAND Corporation y la Fuerza Aérea de EE UU (instituciones respaldadas por el Pentágono) lanzaron un espléndido

3. El eclipse total de sol de 1919 fue la oportunidad para que Sir Arthur Eddington demostrase la exactitud de las predicciones de la Relatividad General.

4. Edward Fullbrook (2009). «Toxic Textbooks». En Jack Reardon (ed.) *The Handbook of Pluralist Economics Education*, Routledge, Londres y Nueva York.

programa para financiar las investigaciones en economía matemática. La razón era que los expertos militares creían que la teoría del juego y otras herramientas matemáticas podían ser importantes para la defensa nacional. Gran parte del dinero fue para las «Ocho Grandes» universidades—California, Harvard, Princeton, Columbia, Stanford, Chicago, Yale y el MIT— que alegremente adecuaron la orientación de sus facultades de economía para poder continuar disfrutando del flujo continuo de esos enormes recursos financieros. Dado el peso y el prestigio internacional de las Ocho Grandes, el hecho de que sacralizasen a la economía neoclásica como la doctrina económica definitiva, indujo inevitablemente a que otras universidades del mundo occidental siguieran su ejemplo. Además, más de mil economistas—la gran mayoría— empleados desde fines de los años sesenta por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han pasado por el adoctrinamiento de las Ocho Grandes. Por lo tanto, no debe sorprendernos que durante las últimas tres décadas del siglo XX y lo que va del nuevo milenio, el neoliberalismo, como doctrina económica, haya logrado dominar sobre el mundo entero. El terrible daño que estas generaciones de economistas han causado, especialmente al mundo en desarrollo, ha sido ampliamente ilustrado en los capítulos anteriores.

Desde la perspectiva de una mente académica «normal», es verdaderamente difícil contemplar cómo una construcción intelectual tan irreal, simplista y dogmática haya podido seducir y hasta convencer al mundo académico, a los políticos y al público en general de que el mundo de fantasía del que extraen sus conclusiones es en verdad el mundo real. Una vez más, Fullbrook ilustra esto muy acertadamente.

En el ilusorio mundo neoclásico, todo, como en un cuento de hadas, funciona maravillosamente bien. Nunca hay desempleo, los mercados de todo tipo siempre se despejan instantáneamente; cada uno consigue exactamente lo que merece; los resultados de los mercados son invariablemente «óptimos»; todo el mundo maximiza su potencial; y todos los ciudadanos poseen una bola de cristal que infaliblemente vaticina el futuro. En este paraíso axiomático (sin cosas conflictivas como los seres sociales, las instituciones, la historia, la cultura, la ética, la religión, el desarrollo humano y la indeterminación que siempre acompaña a la

libertad) no hay propiedades gubernamentales, ni regulaciones, ni responsabilidad empresarial, ni códigos de construcción, ni legislación sobre salud y seguridad, ni derechos de negociación colectiva, ni normativas sobre los alimentos, ni controles sobre los oligopolios y los monopolios, ni Estado de bienestar, ni ministerios de salud pública, etc., etc. En lugar de todo esto están solo «los mercados». Mercados, mercados, mercados. Para quienes asumen el modelo literalmente, la solución a todos los problemas humanos es hacer que el mundo real se parezca cada vez más al ilusorio mundo neoclásico. «Todo lo que necesitas son mercados». Si no puedes librarte de algo que no es un mercado, haz que parezca un mercado. Tal es la idea central del neoliberalismo. ¿Ingenua? Por supuesto. ¿Engañosa? Totalmente. Pero... puede aplicarse virtualmente a cualquier cosa.⁵

Esto debe acabar, porque los economistas entrenados de acuerdo a estas fantasías acaban siendo *idiotas sabios*: genios cuando juegan con símbolos matemáticos, pero absolutamente ignorantes del mundo real en el que viven.

Aun hoy (2010), después de las bancarrotas y las crisis que han sido la consecuencia de la ignorancia y la ceguera ante el mundo real, hallamos economistas cuyo argumento es que simplemente debemos diseñar mejores modelos. No se dan cuenta de que la única manera de lograr una mejor comprensión de la realidad es revalorizando una vez más la historia económica y la historia del pensamiento económico. En otras palabras, necesitamos volver a contar con economistas cultivados. Como sugiriese Hodgson:

Para comprender la crisis actual debemos mirar tanto la historia económica como la historia del pensamiento económico. Para comprender cómo la economía ha tomado la senda equivocada debemos revalorizar la función de la filosofía de la economía y la relación entre economía e ideología. Estos discursos pasados de moda deben ser traídos nuevamente al centro de los currículos económicos y rehabilitados como campos vitales de investigación.⁶

5. Edward Fullbrook (2007). «Economics and Neoliberalism», op. cit.

6. Geoffrey M. Hodgson (2008). «How should the collapse of the world financial system affect economics?», *Real-World Economics Review*, 48, pp.273-8.

El disenso en el ámbito académico

Continuar promoviendo una ideología nociva disfrazada de ciencia es una actitud completamente suicida. Sin duda la cura no será sencilla, pero ya ha comenzado. A fines de 2000, un grupo de estudiantes de posgrado en economía presentaron en Francia una petición acusando a la economía de ser una «ciencia autista» y manifestaron su deseo de «escapar de mundos imaginarios». Criticaban el hecho de que solo la escuela neoclásica estuviese siendo enseñada, ignorando a todas las demás manifestaciones del pensamiento económico y afirmaban que las matemáticas se habían convertido en un fin en sí mismas en lugar de ser una herramienta. Además, se oponían al dogmatismo y protestaban contra la ausencia de crítica y debate en las aulas. Finalmente, proponían un retorno a un enfoque pluralista en la enseñanza de la economía. El primer párrafo de la demanda merece la pena de ser transcrito.

Queremos escapar de mundos imaginarios. La mayoría de nosotros escogió estudiar economía con la intención de adquirir una comprensión profunda de los fenómenos económicos a los que hoy se enfrenta la ciudadanía. Pero la enseñanza que se ofrece, mayoritariamente teoría neoclásica o enfoques derivados de ella, en general no responde a estas expectativas. Ciertamente, aun cuando en primera instancia la teoría legítimamente se desvincula de posibles eventualidades, raramente hace efectivo el necesario regreso a los hechos. El aspecto empírico (hechos históricos, funcionamiento de las instituciones, estudio del comportamiento y de las estrategias de los agentes...) es prácticamente inexistente. Más aún, esta laguna en la enseñanza, esta indiferencia hacia las realidades concretas, plantea un enorme problema para aquellos que desearían ser de utilidad para la economía y los actores sociales.⁷

Un mes después de la presentación de la petición de los estudiantes, vio la luz una segunda petición, esta vez firmada por numerosos

7. «Open letter from economics students to professors and others responsible for the teaching of this discipline». <http://www.paecon.net/PAEtexts/a-e-petition.htm>. Amplia información sobre el movimiento por una economía postautista puede consultarse en www.paecon.net.

profesores de economía. Los profesores no solo coincidían con las declaraciones de los estudiantes, sino que además identificaban los cinco problemas que debían ser superados en la enseñanza de la economía: 1) La exclusión de los currículos de toda teoría que no fuese neoclásica; 2) El desfase entre la enseñanza de la economía y la economía real; 3) El uso de las matemáticas como un fin en sí mismo en vez de como una herramienta; 4) La enseñanza de métodos que excluyen o prohíben el pensamiento crítico; 5) La necesidad de una pluralidad de enfoques adaptados a la complejidad de los objetos analizados. El primer párrafo merece ser citado.

En las ciencias reales, la explicación está centrada en fenómenos verdaderos. La validez y relevancia de una teoría solo puede ser evaluada mediante la confrontación con los «hechos». Es por ello que nosotros, junto con muchos estudiantes, deploramos el desarrollo de una pedagogía económica que privilegia la presentación de teorías y la construcción y manipulación de modelos sin considerar su relevancia empírica. Esta pedagogía recalca las propiedades formales de la construcción de modelos, a la vez que ignora enormemente las relaciones de los modelos, si las hay, con las realidades económicas. Esto es cientificismo. Por el contrario, bajo un enfoque científico, el interés principal es demostrar el poder informativo y la eficiencia de una abstracción en relación a conjuntos de fenómenos empíricos. Tal debería ser la función primordial del economista. No se trata de una cuestión matemática.⁸

El impacto se extendió a otros continentes. Pocos meses después, estudiantes de doctorado de la Universidad de Cambridge publicaron su propia petición, y un año después economistas de 17 países de reunieron en Kansas City, EE UU, y dieron a difusión su Carta Abierta Internacional a todas las facultades de economía solicitándoles una reforma de la enseñanza y la investigación económicas. Reclamaban: 1) Una concepción más amplia de la conducta humana; 2) Un reconocimiento de la cultura; 3) Una consideración de la historia; 4) Una nueva teoría del conocimiento; 5) Una

8. «Petition for a Debate on the Teaching of Economics». <http://www.paecon.net/PAEtexts/Fr-r-petition.htm>.

fundamentación empírica; 6) Métodos amplificados; y 7) Diálogo interdisciplinario. En marzo de 2003 los estudiantes de economía de Harvard lanzaron su propia petición, exigiendo un nuevo curso introductorio que tuviese «mayor equilibrio y cobertura de un amplio espectro de perspectivas» y que «no solo enseñase a los estudiantes los modos aceptados de pensamiento, sino que también les impulsase a analizar crítica y profundamente las verdades convencionales». Este curso está siendo impartido en Harvard, pero hemos mencionado anteriormente lo que sucedió con él. Mientras el curso «ortodoxo» impartido por Mankiw otorga créditos a los estudiantes, el nuevo curso impartido por Marglin no lo hace.

Un creciente número de estudiantes y académicos de otras universidades, incluyendo aquellas de países hispánicos, se han adherido y continúan adhiriendo al movimiento. Sin embargo, las facultades de economía en la inmensa mayoría de universidades continúan impasibles.

Lo que ahora tenemos es dos mundos paralelos. Uno «ortodoxo», todavía anclado en las facultades de economía, inmune a todos los mensajes y evidencias que podrían dar lugar a algún cambio; y el de las «alternativas», disperso por todas partes y percibido por la «ortodoxia» como subversivo, pero incapaz aún de provocar la caída del muro neoliberal. Tarde o temprano, sin embargo, el muro colapsará. Nos encontramos en la situación tan lúcidamente descrita por el gran Max Planck hace más de cien años, cuando se enfrentaba a la ortodoxia de los físicos discípulos de Maxwell: «Una nueva verdad científica no triunfa convenciendo a sus oponentes y haciéndoles ver la luz, sino más bien porque sus oponentes finalmente mueren, y surge una nueva generación familiarizada con esa verdad».

La situación en la que hoy estamos es precisamente la de una nueva generación a la espera de asistir al funeral de los poseedores «oficiales» de la verdad.

Entonces ¿por qué no permitírnos un pequeño sueño aristotélico? Imaginemos que la economía vuelve a ser la manera de gestionar el ámbito doméstico con el fin de alcanzar *el arte de vivir y de vivir bien*, respetando el derecho de todos los demás a alcanzar lo mismo, dentro de los límites fijados por la capacidad de carga de nuestro planeta.

XIII. IMPLEMENTACIÓN: DE LA ALDEA A UN ORDEN GLOBAL

Cuando se presenta al público el paradigma alternativo para una economía más humanizada, según la describíamos en el capítulo anterior, la gente a menudo pregunta cómo funcionaría en la práctica, o cómo tales principios podrían ser articulados en las políticas. En otras palabras, la preocupación se centra en la aplicación, pero de hecho las políticas necesarias ya están siendo llevadas a cabo en cientos de lugares. La cuestión estriba en que la política es habitualmente percibida como un macroproceso de arriba hacia abajo que conforma las noticias, y no como un fenómeno construido de abajo hacia arriba, oculto en la conciencia de aquellos directamente involucrados en las acciones, y que aparece muy raramente en los medios.

Lo que se describe en este capítulo es esencialmente un proceso que involucra a muchos proyectos. Al converger en torno a principios, orientaciones y valores comunes, estos proyectos en conjunto dan forma a un paradigma alternativo de desarrollo que va hacia arriba, desde la aldea hacia un orden global.¹ A pesar de que la cantidad de casos es enorme, generalmente son percibidos como acontecimientos con un interés simplemente anecdótico. Paul Hawken describe claramente la situación.

Los movimientos... tienen seguidores. Este movimiento, sin embargo, no se ajusta al modelo estándar. Es disperso, incipiente,

1. «De la aldea al orden global» fue un programa lanzado por la Dag Hammarskjöld Foundation de Suecia a comienzos de la década de 1980, y cuyo patrocinio permitió la elaboración de las teorías de Desarrollo a Escala Humana y de Necesidades Humanas Fundamentales.

e intensamente independiente. No tiene manifiesto ni doctrina, ni una autoridad predominante a la que consultar. Está tomando forma en las aulas, granjas, selvas, aldeas, empresas, desiertos, pesquerías, barrios pobres; y sí, también en sofisticados hoteles neoyorquinos. Uno de sus rasgos distintivos es que está surgiendo vacilantemente como un movimiento humanitario global que asciende desde la base. Históricamente, los movimientos sociales surgieron inicialmente como respuesta a la injusticia, las desigualdades y la corrupción. Estos problemas continúan siendo legión, pero se les suma una nueva condición sin precedentes: el planeta sufre una enfermedad que amenaza la vida, que se manifiesta a través de una masiva degradación ecológica y un rápido cambio climático. A medida que contaba el vasto número de organizaciones, pasó por mi mente que tal vez estuviese siendo testigo del crecimiento de algo orgánico, si no biológico.

Muchos desde fuera del movimiento lo critican por impotente, pero la valoración no detiene su crecimiento. Al describírselo a políticos, académicos y empresarios, he encontrado que muchos creen estar ya familiarizados con este movimiento, cómo funciona, en qué consiste, y su dimensión aproximada... Para ellos y otros más, el movimiento es pequeño, conocido y circunscrito, un nuevo tipo de organización de beneficencia, con un sector de activistas desaharrapados que ocasionalmente le ganan una mala reputación. La gente de dentro del movimiento puede también subestimarlos, basando sus opiniones solo en las organizaciones de las que ellos forman parte, aun cuando sus redes abarquen solo una parte de la totalidad. Pero después de pasar años investigando este fenómeno, e incluso crear con mis colegas una base global de datos sobre las organizaciones que lo constituyen, he llegado a estas conclusiones: *es este el mayor movimiento social de la historia humana. Nadie conoce su alcance, y cómo funciona es más misterioso de lo que se ve a simple vista.* [Las cursivas son nuestras]

Lo que *sí se ve* a simple vista es convincente: congregaciones coherentes, orgánicas, autoorganizadas que involucran a decenas de millones de personas abocadas al cambio. Cuando se me pregunta en las universidades si soy pesimista u optimista respecto al futuro, mi respuesta siempre es la misma: si observáis a la ciencia que describe lo que hoy está aconteciendo en el planeta y no sois

pesimistas, es que no tenéis la información correcta. Si os reunís con la gente de este movimiento anónimo y no sois optimistas, es que no tenéis corazón. Lo que veo son individuos comunes, y no tan comunes, deseosos de enfrentarse a la desesperanza, al poder y a las incalculables posibilidades, en un intento de recuperar atisbos de gracia, justicia y belleza para este mundo.²

Del poder y la codicia a la equidad y el respeto

Lo que tenemos son dos mundos paralelos. Uno centrado en la política, la competencia, la codicia y el poder, que parece tener todo bajo su control; y otro interesado en la equidad, el bienestar, el respeto por la vida y la solidaridad, que no controla nada, pero que crece y se expande como un imparable movimiento subterráneo de la sociedad civil. El primero, a pesar de su abrumador poder y presencia es, debido a su rigidez, puro dogmatismo y fetichismo del crecimiento,³ vulnerable e insostenible, como lo demuestran sus crisis cada vez más profundas; mientras que el segundo, debido a su dispersión, a su diversidad, a su feroz independencia y a su caótica estructura, no puede ser descabezado ni puede colapsarse.

La existencia de estos mundos paralelos revela que nos estamos desplazando, o al menos intentando hacerlo, de un mundo de poder e individualismo a uno de solidaridad y comunidad. Por todas partes surgen respuestas a los desastres ecológicos y a todas las manifestaciones del sufrimiento humano. La necesidad de un cambio radical del modelo económico dominante sustenta a todos los componentes del movimiento.

A pesar del vigor con que crece este inmenso movimiento subterráneo, a menudo escuchamos comentarios de que el ecologismo, y más ampliamente una nueva economía, han fracasado como movimiento y están muertos. De hecho, lo que es cierto es lo opuesto. Tarde o temprano todos seremos ecologistas, como consecuencia de la necesidad y de la experiencia. La creencia en que los problemas pueden ser resueltos individualmente, desde arriba hacia abajo, es a estas

2. Paul Hawken (2007) *Blessed Unrest: How the largest movement in the world came into being and why no one saw it coming*. Viking Press, Nueva York.

3. Ver Clive Hamilton (2003). *El fetiche del crecimiento*, Ed. Laetoli, Pamplona, 2006.

alturas algo fuera de discusión. «El mundo es un sistema, y pronto será un mundo muy diferente, impulsado por millones de comunidades que creen que la democracia y la recuperación son movimientos de base que nos conectan con valores que todos compartimos».⁴

Las iniciativas por el cambio que surgen de la sociedad civil son similares al sistema inmunitario de un ser viviente. No se lo ve, no se lo siente, pero está allí, funcionando para proteger al cuerpo al que pertenece. El cuerpo siente la enfermedad, que es el enemigo, pero no percibe al ejército subterráneo que ataca a la enfermedad. Somos concientes de las profundas crisis y problemas que afectan nuestras vidas y, en consecuencia, a menudo nos sentimos deprimidos y vencidos. Pero también deberíamos ser concientes del hecho de que si nuestro sistema inmunitario no existiera, las cosas estarían mucho peor. Es imposible calcular cuántas infecciones y heridas que podrían dañar nuestro cuerpo social son evitadas, cada minuto y en todas partes, gracias a las acciones de esos invisibles millones que integran la red subterránea de la sociedad civil.

En su Instituto del Capital Natural, en California, Paul Hawken y sus colegas han creado una inmensa base de datos de organizaciones de la sociedad civil en 243 países, territorios y regiones, que asciende a cerca de 300.000 colectivos. Esto es, sin duda, solo una fracción de todos los grupos que existen a lo largo y ancho del mundo. El patrón de clasificación surgido de hacer el mapa de todo este panorama de organizaciones cubre literalmente miles de disciplinas e intereses. Los encabezados principales (bajo cada cual hay numerosas subcategorías) son: Agricultura y ganadería, Aire, Biodiversidad, Negocios y economía, Niños y jóvenes, Ecosistemas costeros, Desarrollo comunitario, Herencia cultural, Democracia, Ecología, Educación, Energía, Pesquerías, Silvicultura, Cambio climático, Globalización, Gobernanza, Industrias más ecológicas, Salud, Derechos humanos, Pueblos indígenas, Ecosistemas hídricos interiores, Medios de comunicación, Minería, Plantas, Contaminación, Población, Erradicación de la pobreza, Derechos de propiedad, Personas mayores, Sostenibilidad, Ciudades sostenibles, Desarrollo sostenible, Tecnología, Ecosistemas terrestres, Agua, Vida silvestre, Mujeres y Trabajo.⁵

4. Paul Hawken, op. cit.

5. Paul Hawken, op. cit. Apéndice.

Una red tan vasta de iniciativas de la sociedad civil es un sistema inmunológico colosal que, una vez que el sistema global de poder de arriba hacia abajo alcance su crisis final, será capaz de favorecer el surgimiento de una nueva democracia de abajo hacia arriba, basada en la solidaridad y la cooperación, que se extenderá desde la aldea hacia un orden global, y que ofrecerá las respuestas necesarias para la construcción de un mundo más humanizado.

Los siguientes son solo algunos ejemplos concretos de los intereses y acciones de los grupos ciudadanos relacionados con la nueva economía que proponemos; ejemplos que son coherentes con los cinco principios para una economía del siglo XXI que enumerábamos en el Capítulo X. Comenzamos con una breve historia del desarrollo a escala humana, y continuamos con experiencias en Colombia y Suecia; dos contextos muy diferentes pero aun así con objetivos similares.

El desarrollo a escala humana

En los primeros años de la década de 1980, la Fundación Dag Hammarskjöld de Suecia lanzó un programa con el título «De la aldea al orden global». Como parte de ese programa estaba el Centro para Alternativas de Desarrollo (CEPAUR) que yo (Manfred) dirigía y cuya finalidad era proponer una economía alternativa. En 1986, después de tres años de trabajo y discusiones en varios seminarios internacionales donde confluyeron académicos y expertos con intereses similares, el CEPAUR elaboró un documento delineando los principios del desarrollo a escala humana y su *Teoría de las necesidades humanas fundamentales*. El texto final fue publicado por la Fundación, primero en castellano y dos años después en inglés. A través de la red de la Fundación, el texto fue difundido en la mayoría de países latinoamericanos. Casi de inmediato generó interés y entusiasmo, no solo entre los académicos disidentes y grupos alternativos, sino también, para nuestra sorpresa, entre muchas comunidades campesinas e indígenas de Sudamérica. Quedamos completamente estupefactos cuando supimos que la versión original en castellano se había convertido en esos días en el documento más fotocopiado del continente. Solíamos llegar a comunidades andinas y ser abordados por líderes locales con una fotocopia de una

fotocopia de una fotocopia, casi ilegible, dispuestos a discutir si su interpretación era correcta y si sus proyectos satisfacían la filosofía del desarrollo a escala humana. Era conmovedor presenciar cómo estas comunidades marginales adoptaban los principios y elaboraban proyectos de desarrollo local que los expertos convencionales no hubieran sido capaces de concebir. Muchos de estos proyectos han sobrevivido y prosperado; uno de ellos, la Asociación para el Desarrollo Campesino, es descrito más adelante en este capítulo.

La primera lección que aprendimos de tales experiencias fue que el lenguaje del desarrollo a escala humana y de su teoría de las necesidades podía ser fácilmente comprendido por la gente sencilla que carecía de cualquier tipo de educación formal, más allá de unos pocos años de escuela primaria. La segunda lección fue que ningún desarrollo verdadero puede tener éxito sin la comprensión, la participación y la creatividad de la gente misma. La tercera lección fue que lo que moviliza a la gente común no necesariamente moviliza a los académicos. De hecho, aquello que a los campesinos prácticamente no les llevó tiempo aprender, necesitó de casi quince años para generar interés en los ámbitos académicos. Actualmente, el desarrollo a escala humana está incorporado al sistema académico, y su teoría de las necesidades humanas es reconocida como una de las contribuciones más importantes en este campo.⁶

Las necesidades humanas, la calidad de vida y el bienestar son conceptos que la gente entiende, no las abstracciones de los indicadores macroeconómicos que nada tienen que ver con la vida real. El desarrollo se refiere a la gente, no a los objetos. El hecho de que una vez más la sociedad civil esté deseosa de redescubrir y respetar los sentimientos humanos y el valor de todas las manifestaciones de la vida, significa que un mundo mejor es posible, aun cuando no sea mencionado en las noticias difundidas por los medios controlados por el poder.

La Asociación para el Desarrollo Campesino

La Cocha es un lago situado en el Departamento de Nariño, al sur de Colombia, cerca de la frontera con Ecuador. Está rodeado por

6. Google muestra cerca de 300.000 páginas para Desarrollo a Escala Humana.

un gran número de propiedades de pequeños agricultores y campesinos. Tradicionalmente, la principal actividad económica era la explotación de los bosques, para utilizar la madera para la producción de carbón. A fines de la década de 1980, cuando un grupo de agricultores tomó conciencia de los principios del desarrollo a escala humana y comprendió que la deforestación estaba comenzando a tener efectos devastadores, se tomó la iniciativa de organizar la comunidad en torno a formas alternativas de generación de ingresos. Esto llevó a la constitución, en 1991, de una asociación llamada Minga Asoyarchocha,⁷ que declaró todas sus propiedades como Reservas Naturales Privadas de la Sociedad Civil; un concepto hasta ese momento desconocido en Colombia. Como resultado, 4.000 hectáreas se convirtieron en tierra protegida, incluyendo humedales, selvas templadas y biodiversidad, dando origen a los que luego se identificaría como corredores biológicos.

Desde su inicio la Minga organizó programas educativos promoviendo principios sociales, económicos, políticos y culturales basados en el respeto a todas las formas de vida, el uso sostenible de la biodiversidad, y el desarrollo a escala humana para todos los miembros de la comunidad. Todas las parcelas fueron divididas en zonas que facilitaban las mejores alternativas para el uso del suelo, priorizando la seguridad alimentaria y mayores niveles de autosuficiencia. Las reservas se convirtieron en espacios para el trabajo y la investigación transdisciplinaria sobre biodiversidad, ecología, agroecología y sostenibilidad en el uso de los recursos naturales. Políticamente, la Minga se basa en una democracia directa, con plena participación de todos los miembros de la comunidad. Esto ha permitido un fortalecimiento de su poder como sociedad civil, hasta tal grado que han sido capaces de detener la construcción de dos megaproyectos que habrían alterado radicalmente toda la región.

Los ingresos familiares de los miembros de la Minga han aumentado 2,77 veces sobre el promedio de la región, y 1,8 veces sobre el promedio nacional. En términos de autosuficiencia, tradicionalmente producían cerca del 40 por ciento de los alimentos consumidos, mientras que ahora producen el 83 por ciento. El uso

7. Minga es una forma ancestral de organización cooperativa indígena, cuyo propósito es lograr condiciones que benefician a los miembros de la comunidad, o a la comunidad en su totalidad, mediante el trabajo comunal.

de productos químicos ha sido eliminado completamente, por lo que toda la producción agrícola es orgánica. Todas las familias de la comunidad ceden el 66 por ciento de sus parcelas para la conservación, comparado con el 20 por ciento conservado por los que no son miembros. Las iniciativas de reforestación y regeneración que la Minga ha emprendido ha favorecido el retorno de las aves migratorias, que pueden ser observadas como resultado del aumento en número y variedad de especies. Esto ha generado un enorme interés entre los miembros de la comunidad, razón por la que ahora es habitual encontrar adultos y niños que registran la taxonomía, los hábitos alimentarios y las rutas migratorias de la mayoría de aves que aparecen por la región.

La Minga Asoyarcocha ha tenido impactos tanto a escala regional como nacional. En el departamento de Nariño se han creado otras tres mingas, siguiendo los mismos principios, y al unirse han dado origen a la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC).⁸ El éxito de esta estructura se debe al hecho de que todos los proyectos productivos, así como otras iniciativas, están diseñados coherentemente con las características ecológicas, geográficas y culturales de las diferentes zonas. Esto es promovido mediante el trabajo voluntario de diferentes grupos activos, como la Red de Reservas Naturales, los Recuperadores de Suelo, los Comunicadores Comunitarios, las Mujeres en Acción, los Productores Agroecológicos y el Grupo Sociocultural. A escala nacional, la ADC es cofundadora de la Red Colombiana de Reservas Naturales de la Sociedad Civil, que promueve iniciativas similares en otras regiones del país.

El concepto de sostenibilidad de la ADC está fundamentado principalmente en intereses intergeneracionales. Esto ha dado como resultado la que probablemente sea la más hermosa iniciativa: el Programa de los Herederos del Planeta, cuyo propósito es crear espacios para niños y jóvenes con la intención de darles la oportunidad de desarrollar sus habilidades y capacidades artísticas, culturales, artesanales, ecológicas y lúdicas, permitiéndoles tomar decisiones basadas éticamente y convertirse en los auténticos creadores de sus propias vidas. En el momento de escribir esto, el programa incluye a 512 niños y adolescentes adheridos a cinco grupos diferentes,

8. ADC, «Asociación para el Desarrollo Campesino».

llamados los Amigos de la naturaleza, los Tucanes, la Orquídea, Gualmaventura y Vida Verde.

La ADC debe asegurar la continuidad de la organización y su filosofía de comunidad, solidaridad y cooperación. Una generación de relevo de 18 jóvenes miembros está actualmente estudiando en la universidad aquellas disciplinas que les permitirán contribuir como asesores, con el fin de favorecer el liderazgo, la administración y la eficiencia técnica de las mingas y de la ADC. Antes de ingresar en la educación superior formal, los niños y los jóvenes pasan por un centro que les brinda orientación sobre cómo ser capaces de generar un contexto social y político atractivo y familiar, que asegure la permanencia de los campesinos en su territorio y favorezca el desarrollo de un modelo productivo ecológicamente sensato, económicamente viable, socialmente justo y culturalmente aceptable.

Un principio fundamental fomentado por la comunidad es lo que ellos llaman el «diálogo del conocimiento», como un reconocimiento de la importancia de los valores culturales, espirituales y organizativos tradicionales de los campesinos, que han sido desacreditados por las técnicas y actitudes modernas. A través de esto, hacen un continuo esfuerzo por recobrar y honrar las sabidurías ancestrales.

La ADC se ha convertido en un destacado ejemplo de desarrollo sostenible de abajo hacia arriba, que promueve la autosuficiencia, un espíritu comunitario y la armonía con la naturaleza. En 2007, su proyecto «Cultivando la diversidad del sudeste colombiano, una alternativa de conservación y bienestar según los principios del desarrollo a escala humana» fue galardonado con el premio nacional medioambiental, el Premio Planeta Azul.

En sus esfuerzos por promover el diálogo y compartir experiencias, desde la década de 1990 la ADC ha organizado tres seminarios internacionales: en 1996 con 200 participantes de catorce países, en 1998 con 280 participantes de once países, y en 2010 con 250 participantes procedentes principalmente de países latinoamericanos. Los seminarios consisten en compartir sueños sobre el futuro. De hecho, los participantes se definen a sí mismos como «diseñadores de sueños», y todas las presentaciones y ponencias deben consistir en sueños diseñados. En las sesiones y mesas redondas resulta interesante ver a campesinos discutiendo como iguales con políticos, académicos y expertos; a menudo las intervenciones de los campesinos son las más

creativas y valiosas. Los seminarios se prolongan durante cinco días, y no solo incluyen debates, sino también excursiones, muestras de artesanías, folclore, música, poesía y otras manifestaciones culturales.

Algo que resulta especialmente fascinante es que mientras los seminarios tienen lugar en una orilla del lago, en la orilla opuesta otro seminario, con los mismos temas e interrogantes, es conducido por los Herederos del Planeta. Al finalizar el primer día, una delegación de cuatro miembros del seminario principal cruza el lago para informar a los niños y jóvenes sobre los resultados de su encuentro. Al finalizar el segundo día, una delegación de los jóvenes cruza el lago para informar a los adultos sobre sus debates y conclusiones. Lo mismo ocurre los siguientes dos días. La culminación se da el quinto día con un encuentro conjunto final, que se convierte en una inolvidable y enriquecedora experiencia para los participantes.

El ejemplo de la ADC está siendo emulado en muchas zonas rurales de América Latina. Habiendo trabajado para la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura) y para la OIT (Organización Internacional del Trabajo), yo (Manfred) nunca he visto un proyecto de desarrollo organizado por instituciones oficiales tan exitoso como aquellos organizados como iniciativas comunitarias autosuficientes de abajo hacia arriba. Según mi experiencia, el caso de la ADC es el ejemplo más evidente, pero hay muchos más en todo el mundo. ¿Por qué no son noticia? En mi opinión, la respuesta es que para los burócratas del desarrollo es más aceptable un fracaso convencional que un éxito no convencional.

Ecomunicipios

A mediados de los años ochenta, un pequeño pueblo de 6.000 habitantes del norte de Suecia llamado Övertornea recibió el premio nacional de Municipio del Año. Su historia confirma la fortaleza de los procesos de abajo hacia arriba, en el sentido de que una iniciativa local, no importa cuán pequeña, puede tener impactos grandes y significativos; muy a menudo aún mayores y más significativos que los enfoques de arriba hacia abajo implementados por las políticas a gran escala. El orador principal en la ceremonia de los premios comparó a su pueblo con un abejorro. Recordó a sus oyentes que Igor Sikorsky, un famoso ingeniero aeronáutico de comienzos del

siglo XX, tenía en el recibidor de su despacho un letrero en el que se podía leer: «Según los cálculos de nuestros ingenieros, el abejorro no podría volar en absoluto, pero el abejorro no lo sabe y vuela».

Övertornea sufrió muy intensamente la recesión económica de la década de 1980, que hizo subir el desempleo hasta el 20 por ciento, perdiendo en consecuencia el 25 por ciento de su población en comparación con 30 años antes. Muchos expertos vaticinaron que la región estaba condenada a morir. No parecía que hubiese ninguna solución, y la gente se iba sumiendo en la apatía y la falta de confianza mutua. Fue entonces cuando el gobierno municipal decidió explorar otras posibilidades para el futuro.

Junto con miembros de la comunidad, las autoridades del municipio se comprometieron a iniciar un proceso de desarrollo que estuviese en armonía con la naturaleza. Debía ser una relación de *todos ganan* entre los seres humanos, la sociedad y la naturaleza. Los residentes comenzaron a comprender que invertir con una orientación ecológica podría traer aparejados efectos económicos positivos. Para caracterizar la transformación que estaban iniciando, Övertornea comenzó a definirse como un «ecomunicipio». Según relata Torbjörn Lahti:

Övertornea estaba debatiendo y poniendo en práctica ideas tales como movilizar a la gente, adoptar un enfoque de abajo hacia arriba para la planificación comunitaria, un desarrollo comunitario colaborativo, cooperación entre los sectores público e industrial, inversión en la cultura local, y tener en cuenta a la economía informal local. Todas estas ideas eran en esa época inusuales en las prácticas convencionales de planificación urbana y desarrollo comunitario en Suecia. Lo que el establishment regional y nacional pudo observar, sin acabar de comprender el por qué, fue que estas extrañas ideas producían sin duda excelentes resultados.

La clave de estos éxitos fue una amplia participación comunitaria. Los ciudadanos de Övertornea asumieron que el desarrollo comunitario sería la vía para lograr el pueblo que ellos querían. En los seis años siguientes a haber tomado esa decisión, se desarrollaron y prosperaron 200 nuevas empresas en Övertornea. Estas nuevas empresas incluían granjas orgánicas, apicultura, piscicultura, cría de animales y emprendimientos de ecoturismo. Más de 600 residentes participaron en círculos de estudio espe-

ciales que analizaban cuestiones relativas al desarrollo regional y sus posibilidades de futuro. De estos círculos de estudio nacieron asociaciones para el desarrollo local que se hicieron cargo de las ideas que iban surgiendo y tomando forma gradualmente. La perspectiva ecológica se puso de manifiesto en una inversión municipal para ofrecer al distrito calefacción en base a biocombustibles, el apoyo a la agricultura ecológica mediante la educación de los agricultores y la compra de alimentos orgánicos por parte del municipio, el establecimiento de un «hogar de la salud» y la construcción de una ecoaldea para atraer a nuevas familias.⁹

Como prueba de que nada es demasiado pequeño como para no producir efectos importantes e inesperados (como el aleteo de una mariposa en China que genera un huracán en el Caribe), las noticias sobre la transformación de Övertornea se expandieron por el país durante los años siguientes. Inspirado en parte por tal revitalización de un pueblo pequeño, se consolidó un movimiento a escala nacional de 3.300 grupos de desarrollo de aldeas, en el que cientos de miles de habitantes comenzaron a tomar parte en el desarrollo de sus comunidades en la dirección que cada una escogiese.

Durante los primeros años de la década de 1990, proyectos ecocomunitarios similares se iniciaron en Noruega, Dinamarca y Finlandia. La colaboración entre estas ecociudades y ecoaldeas escandinavas desembocó en una presentación combinada de ecocomunidades nórdicas en la Cumbre de NN UU sobre Desarrollo Sostenible, en Río de Janeiro en 1992. Gran parte de la Agenda 21 elaborada durante la Cumbre, en lo relativo al desarrollo sostenible local, fueron propuestas de la delegación escandinava. De ahí que la guía mundial de NN UU para el desarrollo sostenible local inste a las comunidades a trabajar de la misma manera en que Övertornea había comenzado a trabajar diez años antes. Una vez más, este es un ejemplo de cómo el trabajo de una simple célula del sistema inmunitario del planeta hace visible lo invisible. Y es lo visible, sin duda, lo que sale en las noticias.

Todo el proceso aquí descrito ha dado origen a instituciones que también son elementos importantes para la supervivencia, el

9. Sarah James y Torbjörn Lahti (2004). *The Natural Step for Communities: How Cities and Towns can Change to Sustainable Practices*, New Society Publishers, Canadá.

fortalecimiento y la difusión del proceso. Algunas de ellas aportan orientación y respaldo científico; otras, educación y asistencia.

La Estrategia del Paso Natural (The Natural Step Framework)

Los fundamentos provienen de las Cuatro Condiciones para la Sostenibilidad o «Condiciones de sistema» que propone la Estrategia del Paso Natural. La siguiente descripción de la Estrategia aparece en la página web de la Alliance for Sustainability.¹⁰

Los principios científicos consensuados sobre los que se basa la Estrategia del Paso Natural (NSF) fueron utilizados por el físico sueco Dr John Holmberg y el fundador de Natural Step (NS) y médico oncólogo sueco Dr Karl-Henrik Robèrt para establecer cuatro «condiciones de sistema» básicas, o condiciones de sostenibilidad, que son el núcleo de la NSF y han sido modificadas como se señala más abajo.

La Estrategia del Paso Natural sostiene que en una sociedad sostenible, la naturaleza no debe estar sujeta a:

1. el incremento sistemático de las concentraciones de sustancias extraídas de la corteza de la Tierra;
2. el incremento sistemático de las concentraciones de sustancias producidas por la sociedad;
3. la degradación por medios físicos;

y que en esa sociedad:

4. las necesidades humanas son satisfechas en todo el mundo.

Para abordar los tres primeros puntos, las estrategias incluyen la desmaterialización (utilizar menos recursos para cumplir la misma tarea), la sustitución de alternativas, el uso más eficiente de las materias primas y las «tres erres»: Reducir, Reutilizar, Reciclar, además del compostaje. He aquí una forma práctica y fácil de comprender para abordar dichos principios:

1. **Lo que extraemos de la Tierra: minería y combustibles fósiles.** Evitar sistemáticamente el incremento de las concen-

10. Alliance for sustainability: The Natural Step Framework's Four Conditions for Sustainability or «System Conditions». Ver: <http://homepages.mtn.org/iasa/tssystemconditions.html>.

traciones de sustancias extraídas de la corteza terrestre. Dicho sencillamente, necesitamos utilizar energías renovables y materiales no tóxicos, reutilizables, para evitar la diseminación de metales peligrosos y contaminantes. ¿Por qué? La minería y la quema de combustibles fósiles liberan una amplia gama de sustancias que no desaparecen, sino que continúan acumulándose y se despliegan por la ecosfera. La naturaleza se ha adaptado durante millones de años a cantidades específicas de materiales. Las células no saben cómo manejar cantidades significativas de plomo, mercurio, materiales radioactivos y otros compuestos nocivos procedentes de la minería; esto con frecuencia provoca discapacidades para el aprendizaje, debilitamiento del sistema inmunitario y nacimientos defectuosos. La quema de combustibles fósiles genera niveles peligrosos de contaminantes, contribuyendo al aumento del smog, la lluvia ácida y el cambio climático global.

Podemos respaldar políticas tendientes a reducir nuestro consumo global de energía. Podemos conducir menos, compartir coche, utilizar el transporte público, montar en bicicleta o caminar. Podemos ahorrar energía mediante una iluminación eficiente, aislamiento térmico adecuado, tecnologías solares pasivas, y la reducción de la calefacción y la refrigeración. Podemos respaldar el cambio a energías renovables como la solar y la eólica, en lugar de energía nuclear, carbón o petróleo. También podemos reducir nuestro uso de metales y minerales mediante el reciclaje, la reutilización y, preferiblemente, una reducción en su consumo. Podemos evitar los fertilizantes químicos.

- 2. Lo que hacemos: productos químicos, plásticos y otras sustancias.** La naturaleza no debe estar expuesta a un sistemático incremento de las concentraciones de sustancias producidas por la sociedad. Dicho simplemente, es necesario que utilicemos sustancias seguras y biodegradables que no favorezcan la propagación de toxinas en el entorno natural. ¿Por qué? Desde la Segunda Guerra Mundial nuestra sociedad ha desarrollado más de 85.000 productos químicos como el DDT y los PCB. Muchas de estas sustancias, que

son desconocidas en la naturaleza, no desaparecen sino que se dispersan y se bio-acumulan en la naturaleza y en las células grasas de los animales y los humanos. Las células no saben cómo reaccionar ante cantidades importantes de tales sustancias químicas, que a menudo provocan cáncer, alteraciones hormonales, desarrollo inadecuado, defectos de nacimiento y cambios genéticos a largo plazo.

Podemos favorecer el diseño de políticas ecológicas y el uso de productos de limpieza y para el cuidado personal que sean naturales y no tóxicos. Podemos reducir nuestro uso de plásticos y reutilizar aquellos que tenemos, como bolsas de plástico, platos, tazas y utensilios para comer. Podemos dejar de usar CFC y otras sustancias que contribuyen a la disminución de la capa de ozono. Podemos hacer uso de métodos sanos y naturales para el control de malos olores en nuestras escuelas, parques, hogares, prados y jardines. Podemos fomentar que los agricultores utilicen métodos sostenibles y que eliminen los plaguicidas nocivos, utilizando nuestro dinero para comprar ropa y alimentos orgánicos certificados. Podemos exigir la eliminación de la cría industrial de animales y de los purines que causan contaminación del aire y de las aguas.

3. Lo que le hacemos a la Tierra: biodiversidad y ecosistemas.

La naturaleza no debe ser víctima de la degradación por medios físicos. Dicho sencillamente, necesitamos proteger nuestros suelos, aguas y aire, o no seremos capaces de comer, beber o respirar. ¿Por qué? Los bosques y selvas, los suelos, los humedales, los lagos y océanos, y los demás ecosistemas naturalmente productivos proporcionan alimentos, fibras, hábitat, oxígeno, absorción de desechos, moderación de las temperaturas y multitud de bienes y servicios esenciales. Durante millones de años han estado purificando el planeta y creando un ambiente adecuado para todas las manifestaciones de la vida. Cuando destruimos o agotamos estos sistemas, ponemos en peligro tanto nuestro sustento como la existencia humana futura.

Podemos adquirir productos forestales certificados, obtenidos de manera sostenible, en lugar de destruir las selvas tropicales.

Podemos reducir o eliminar nuestro consumo de productos que no sean obtenidos sosteniblemente, como ciertas variedades de pescados y mariscos. Podemos hacer la compra con bolsas reutilizables en vez de usar bolsas de plástico o de papel. Podemos disminuir nuestro uso de agua y utilizar inodoros con cámara de compostaje que devuelven a la tierra los nutrientes valiosos. Podemos oponernos a la expansión urbana y fomentar la limpieza de solares y otros sitios contaminados. Podemos defender un crecimiento inteligente y salvaguardar a las especies amenazadas protegiendo los hábitats de vida silvestre.

4. **Satisfacer las necesidades humanas fundamentales.** Las necesidades humanas han de ser satisfechas en todo el mundo. Dicho simplemente, podemos utilizar menos cosas y ahorrar dinero a la vez que satisfacemos las necesidades de cada ser humano en este planeta. ¿Por qué? EE UU tiene solo el cuatro por ciento de la población mundial pero consume más del 25 por ciento de los recursos. El veinte por ciento de la población mundial con ingresos más bajos solo recibe el 1,4 por ciento de los ingresos mundiales. Para poder sobrevivir, no tienen otra alternativa que talar las selvas tropicales, comerciar con especies amenazadas y utilizar fuentes de energía contaminantes. Debemos hacer tomar conciencia a las empresas, los gobiernos y las organizaciones no lucrativas de que podemos lograr multiplicar por diez la eficiencia necesaria para ser sostenibles, y en ciertos casos, multiplicar por cien la productividad que ahorrará dinero, creará puestos de trabajo y reducirá los desechos, como parte de una nueva Revolución Industrial. Podemos fomentar el debate sobre las necesidades fundamentales, como propone Manfred Max-Neef en su *Teoría del Desarrollo a Escala Humana*.¹¹ Podemos preguntarnos si necesitamos más cosas, y diseñar nuestros lugares de trabajo, nuestros hogares y organizaciones para que nos den menos de lo que no queremos (contaminación, estrés y gastos) y más de lo que sí queremos (entornos saludables, atractivos

11. Manfred Max-Neef (1991) *Desarrollo a escala humana*, Icaria, Barcelona, 2006.

y favorecedores) y, sobre todo, un sentido de comunidad entre nosotros y todas las formas de vida.

El Instituto para la Educación y Asistencia de Ecomunicipios

El componente educacional del proceso lo aporta el Instituto para la Educación y Asistencia de Ecomunicipios. La siguiente información ha sido extraída de un folleto del Instituto.

El propósito del Instituto es brindar apoyo a los ecomunicipios incipientes y a aquellas comunidades interesadas en un enfoque sistemático y comprehensivo que permita la transición a prácticas sostenibles. Un ecomunicipio es definido como un gobierno local –un gobierno municipal o provincial– que ha adoptado oficialmente un conjunto específico de principios de sostenibilidad y se ha comprometido con un enfoque participativo de abajo hacia arriba para ponerlos en práctica. Como se mencionaba anteriormente, los primeros ecomunicipios se desarrollaron en el norte de Suecia en los años ochenta. Su trabajo sirvió de modelo para la Agenda 21, aprobada en 1992 en la Cumbre sobre Desarrollo Sostenible de Río de Janeiro.

El proceso se ha extendido enormemente durante las últimas dos décadas. A estas alturas (2010) hay más de 70 ecomunicipios en Suecia; casi un tercio de todos los municipios del país, siendo Estocolmo el más importante de ellos. El movimiento se ha expandido por otros países. En Estados Unidos varias ciudades, pueblos y gobiernos de condado se han declarado oficialmente como ecomunicipios, adoptando los mismos principios de sostenibilidad que sus contrapartes suecas y trabajando para que sus gobiernos locales y comunidades más amplias asuman un cambio sistemático a prácticas sostenibles. Iniciativas semejantes están teniendo lugar en Kenia, Ghana, Japón, Canadá y México, y próximamente también en Chile.

El papel del Instituto en este proceso en expansión es proporcionar educación y entrenamiento sobre cómo convertirse en un ecomunicipio, cómo desarrollar habilidades de liderazgo y capacitación del equipo municipal en los principios de sostenibilidad y sobre cómo cambiar a prácticas sostenibles.

Los servicios incluyen talleres y presentaciones sobre:

- El enfoque de los sistemas de ecomunicipio para el cambio comunitario sostenible.

- La Estrategia del Paso Natural, un sistema con base científica para el desarrollo sostenible.
- Un enfoque participativo «de abajo hacia arriba» para el cambio comunitario y municipal sostenible.

El entrenamiento municipal incluye:

- Una comprensión —basada en la ciencia— de la sostenibilidad y su aplicación práctica en lo cotidiano.
- Cómo traducir los principios de sostenibilidad en cambios sistemáticos y concretos dentro de las prácticas municipales.
- Cómo integrar e institucionalizar el cambio hacia prácticas sostenibles en las operaciones, políticas y regulaciones de los distintos departamentos y agencias.
- Sesiones de «entrenamiento para entrenadores».

La educación comunitaria, la planificación y la estrategia de desarrollo incluyen:

- Permitir una participación comunitaria incluyente.
- Involucrar a las empresas e instituciones.
- Educación en la sostenibilidad utilizando principios claros para proyectar las acciones.

El liderazgo para el proceso de transición a ecomunicipio, que incluye:

- Asesoramiento y asistencia a los gobiernos locales y a las organizaciones comunitarias interesadas en un enfoque sistemático al cambio comunitario sostenible.
- Cómo diseñar y aplicar procesos sistémicos de cambio plurianuales.
- «Liderazgo en procesos» y orientación durante los procesos de cambio plurianuales.
- Eventos educativos y de entrenamiento.

El entrenamiento se ofrece también a las ONG que lo soliciten.

Reflexiones finales

Es motivo de optimismo el observar que no hay nada tan pequeño ni tan frágil que no pueda provocar un enorme y amplio cambio

positivo; y que no hay nada tan grande y tan fuerte que no pueda colapsar estruendosamente. Pensemos en la hermosa explosión positiva desencadenada por la pequeña comunidad de Övertornea, ubicada en uno de los lugares más remotos del planeta, y compáremoslo con la horrible y catastrófica implosión de un gigante como Lehman Brothers, con sede en Nueva York. Por supuesto, en el caso de este último los medios de todo el mundo han hablado del daño devastador para la economía y sobre el desastre financiero resultante. En el primer caso, nadie se ha hecho eco de los procesos terapéuticos que han ido surgiendo y extendiéndose desde la base hacia arriba.

Probablemente lo mejor que le puede suceder a aquellos de nosotros que creemos en la comunidad, en el respeto a todas las formas de vida y en una economía más humanizada, es permanecer lo más invisibles posible en tanto el combate continúe. La invisibilidad, mientras dure la lucha, puede ser después de todo nuestra mayor fortaleza. Si logramos la victoria al finalizar el día, la visibilidad podrá ser nuevamente bienvenida.

Mientras escribía este capítulo, en junio de 2010, recibí la noticia de que la propuesta de volver a legalizar la cacería de ballenas fue desestimada en un encuentro internacional en Marruecos. Esto se debió principalmente a que en unas pocas semanas se recogieron 1.200.000 de firmas de ciudadanos de todo el mundo opuestos a semejante práctica; fue la mayor petición en defensa de las ballenas de toda la historia. El impacto de esta campaña fue demostrado por el ministro de medio ambiente de Australia, Peter Garret, cuando recibió la petición: «Muchas gracias Avaaz.¹² Es un gran placer estar aquí y aceptar esta petición... Creo que las voces de la gente del mundo deben ser escuchadas. Yo, sin duda, hoy las escucho».

Una vez más, tenemos aquí un maravilloso sistema inmunitario planetario haciendo su trabajo.

Acabamos con una recomendación final para todos aquellos que siempre quieren saber cómo poner en práctica buenas ideas: haced un esfuerzo y tratad de descubrir qué es lo que hay detrás de lo que veis. Siempre hay muchas más cosas aconteciendo si despertáis todos vuestros sentidos. Tal vez descubramos que un mundo mejor es posible.

12. Avaaz es el nombre de la ONG que promovió la recolección de firmas. Apoya muchas otras iniciativas relacionadas con la justicia social.



Icaria ✿ Antrazyt

OTROS TÍTULOS

BERNAT RIUTORT
La gran ofensiva

**JUAN HERNÁNDEZ
ZUBIZARRETA, ERIKA
GONZÁLEZ Y PEDRO
RAMIRO (eds.)**
**Diccionario crítico
de empresas transnacio-
nales**

**DAMIEN MILLET
y ÉRIC TOUSSAINT (dirs.)**
La deuda o la vida

**J. M. NAREDO
y A. MONTIEL MÁRQUEZ**
**El modelo
inmobiliario español**

**FRANÇOIS DUFOUR
y JOSÉ BOVÉ**
**El mundo no
es una mercancía**

**FRANÇOIS DUFOUR
y JOSÉ BOVÉ**
La semilla del futuro

**M. GANDARILLAS
y E. GONZÁLEZ (coords.)**
**Las multinacionales
en Bolivia**

ALEJANDRO TEITELBAUM
**La armadura del
capitalismo**

**JUAN HDEZ. ZUBIZARRETA
y PEDRO RAMIRO (eds.)**
**El negocio
de la responsabilidad**

JOAN BUADES
Do not disturb Barceló

IGNACIO RAMONET
La catástrofe perfecta

**JEAN-LOUIS LAVILLE
y JORDI GARCIA JANÉ**
**Crisis capitalista
y economía solidaria**

JUAN HDEZ. VIGUERAS
**La Europa opaca
de las finanzas**

**JOAQUIM SEMPÈRE
y ENRIC TELLO (dirs.)**
**El final de la era
del petróleo barato**

VV AA
**El futuro imposible
del capitalismo**

BRUNO JETIN
La tasa Tobin

MARC LAVOIE
**La economía
postkeynesiana**

MARCOS ARRUDA
**Humanizar
lo infrahumano**

El sistema económico en el que vivimos no sólo obliga a la mayoría de la humanidad a vivir sus vidas en la indignidad y la pobreza, sino que además amenaza a todas las formas de vida del planeta. La economía desenmascarada ofrece una convincente crítica del sistema económico dominante, demostrando que las construcciones teóricas de la economía ortodoxa tienden principalmente a generar injusticias.

La despiadada arremetida contra los ecosistemas globales de las últimas décadas, provocada por el masivo incremento en la producción de bienes, y el consiguiente agotamiento de las reservas de la naturaleza, no son una característica fortuita del sistema económico; son el resultado directo del pensamiento económico neoliberal, que solo reconoce valor a los objetos materiales. La obsesión por el crecimiento no es un concepto erróneo que los economistas ortodoxos puedan desaprender, sino algo inherente a su visión de la vida. Pero un sistema socioeconómico basado en la obsesión por el crecimiento nunca podrá ser sostenible ni propiciará la felicidad de las personas.

Este libro detalla los fundamentos de una nueva economía, donde la justicia, la dignidad humana, la compasión y la reverencia por la vida sean los valores rectores. Contrariamente a la absurda suposición de los economistas ortodoxos de que la economía es una ciencia exenta de valores éticos, una nueva economía debe explicitar sus valores.

“Demuestra que los autoengaños de la economía ortodoxa y el mundo real se dirigen hacia una colisión”.

Andrew Simms, NEF (New Economics Foundation)

**LA ECONOMIA
DESENMASCARADA**

MANFRED MAX-NEEF; PHILIP B. SMITH

R 2014

EC

1021

ICARIA EDITORIAL

ISBN: 978-84-9888-557-6



9 788498 885576

402

MANUEL MORALES Y PHILIP B. SMITH

La economía desmascarada

Icaria & Antrazy